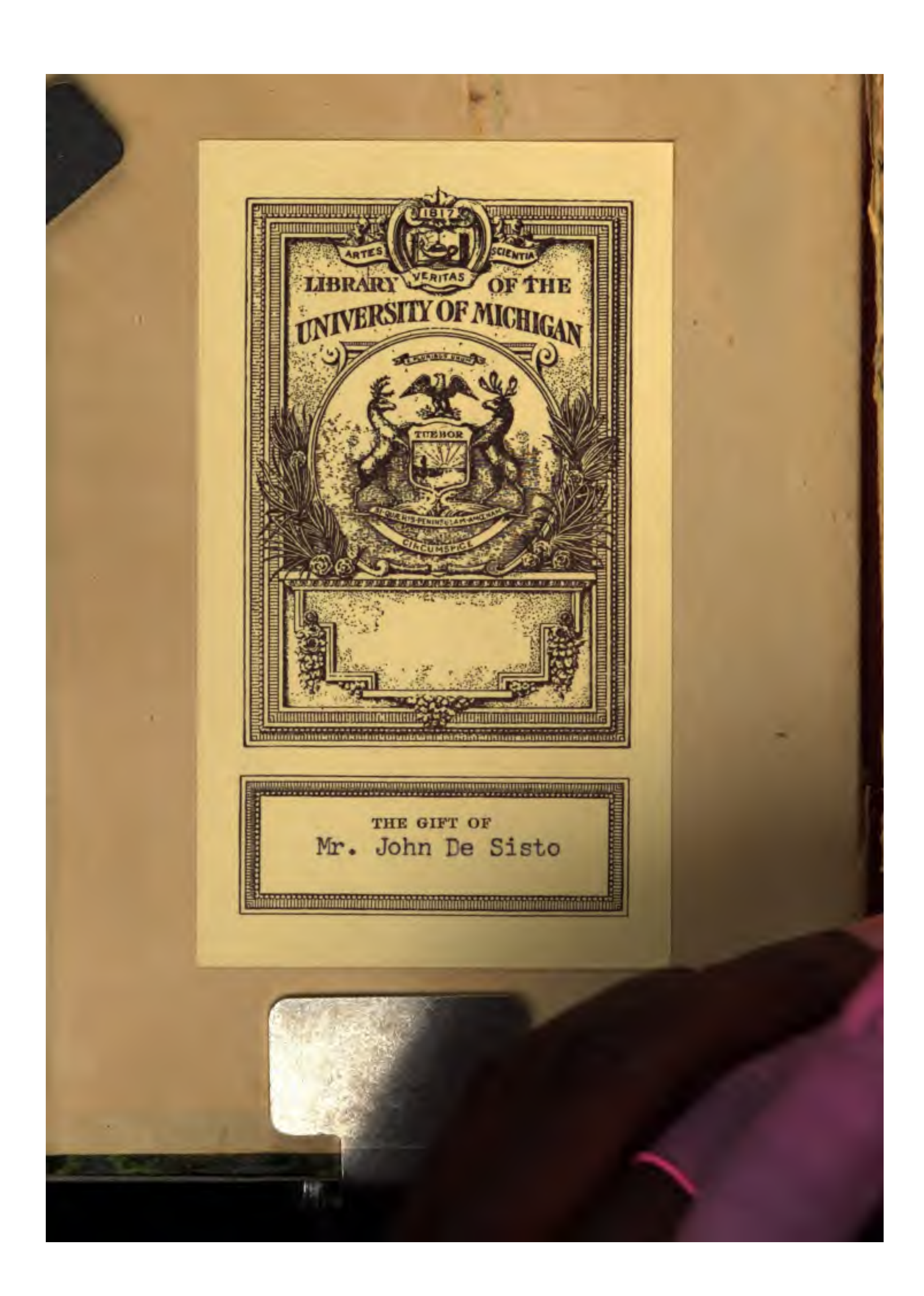

A 463681
DUPL


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE
THE GIFT OF
Mr. John De Sisto



LA SENSIBILIDAD EN LA POESIA CASTELLANA

POR

NICOLÁS HEREDIA

LA COMPAÑIA LEVYTYPE
EDITORES, IMPRESORES Y GRABADORES
FILADELFIA
1898

Ha no genio portuguez ó quer que e de vago e fugitivo que contrasta con a terminante affirmativa do castelhano; ha no heroismo lusitano una nobreza que differe da furia dos nossos visinhos; ha nas nossas letras e nosso pensamento una nota profunda ou sentimental, ironica on meiga que en vao se buscaria na historia da civilisacao castelhana, violenta sem profundidade, apaixonada mas sem entranhas, capaz de invectivas, mas alheia á toda ironíą, amante sem meiguice, magnanima sem caridade, mais que humana muitas vezes, outras abaixo da craveira do homen á entestar con as feras.—Oliveira Martins. (*Historia de Portugal.*)

PRIMERA PARTE.

RESUMEN.

I.

RASGOS CARACTERÍSTICOS DE LA POESÍA CASTELLANA—SUS RELACIONES CON LA RAZA—INSTINTO BÉLICO—DUREZA DE CARACTER—LEALTAD MONÁRQUICA—DEFORMACIÓN DE ÉSTE SENTIMIENTO: GUZMÁN EL BUENO, GARCÍA DEL CASTAÑAR Y SANCHO ORTIZ DE LAS ROELAS—ESTOICISMO CRISTIANO: EL PRINCIPE CONSTANTE—EL HONOR, EL AMOR, LA MUJER Y LOS AFECTOS DOMÉSTICOS.

II.

ASCETISMO Y MISTICISMO—OPINIONES DE CANALEJAS, MENENDEZ Y PELAYO Y OLIVEIRA MARTINS—SENSUALISMO—BARBARIE Y PIEDAD—LA FÉ SIN LAS OBRAS—FATALISMO RELIGIOSO, SOCIAL Y ARTÍSTICO—LA VIDA ES SUEÑO, LA DEVOCIÓN DE LA CRÚZ Y EL CONDENADO POR DESCONFIADO—HORIZONTE MORAL DE ÉSTAS OBRAS COMPARADAS CON ALGUNAS DEL TEATRO GRIEGO.

III.

FRUTOS DEL FANATISMO—EL SANTO OFICIO—INSENSIBILIDAD COLECTIVA—LAS EXPULSIONES—PROPENSIÓN Á LA VIOLENCIA—COLOR SOMBRÍO DEL ARTE ESPAÑOL—SEQUEDAD DE SENTIMIENTOS—ALGO SOBRE EL REGIONALISMO Y EL TIPO NACIONAL.

Antonio J. Sotillo.

LA SENSIBILIDAD EN LA POESIA CASTELLANA.

I.

RASGOS CARACTERÍSTICOS DE LA POESÍA CASTELLANA—SUS RELACIONES CON LA RAZA—INSTINTO BÉLICO—DUREZA DE CARACTER—LEALTAD MONÁRQUICA—DEFORMACIÓN DE ÉSTE SENTIMIENTO: GUZMÁN EL BUENO, GARCÍA DEL CASTAÑAR Y SANCHO ORTIZ DE LAS ROELAS—ESTOICISMO CRISTIANO: EL PRINCIPE CONSTANTE—EL HONOR, EL AMOR, LA MUJER Y LOS AFECTOS DOMÉSTICOS.

Conocer los poetas castellanos por lo que sienten es un estudio muy curioso que, hasta ahora, no ha sido acometido por la crítica. Yo no tengo ni fuerzas ni conocimientos para emprenderlo en toda la extensión que reclama y, por lo mismo, condensaré modestamente en estas páginas el resultado de la íntimidad mental en que he vivido con los poetas españoles.

Cada lector al terminar un libro, sintetiza sus impresiones, como cada viajero al fín de una excursión rememora lo que ha visto. Pues bién, el que observa atentamente los primeros balbuceos de nuestro lenguaje poético y llega después al instante decisivo en que, formado el idioma, la musa castellana exhibe sus más bellos atavíos, al resumir sus impresiones para darse cuenta cabal de su lectura, viene á la conclusión definitiva de que la imaginación, divorciada de la naturaleza y servida por una forma excesivamente trabajada, imprime caracter predominante, casi exclusivo, al

caudal lírico español. Y paralelamente á esta conclusión se viene á otra, esto es, que el sentimiento, el agente esencial de la obra de arte, casi nunca brilla ó sólo por casualidad se advierte en él. Por lo común, el poeta se sustrae al amor del objeto el cual sólo conoce mentalmente al extremo de que lo reproduce sin sentirlo. El trabajo psíquico, la operación de conocer y crear combinando el fenómeno íntimo con los elementos objetivos, se convierte en un mero ejercicio de retórica y la inspiración aunque ilumine no calienta. Así la oleada misteriosa que brota de lo más recóndito del alma para envolver lo que toca en una atmósfera encendida, deja su lugar á la aridez del afecto disimulada con frases huecas y sonantes.

El corazón es la víscera que menos trabaja en el organismo del autor. Desde el divino Herrera hasta Quintana se escucha el ruido armonioso de una lengua bien rimada, pero pocas veces se nota el latido de una emoción sentida con calor y expresada con verdad. Esa indiferencia tradicional, incorregible, hacia aquello á que el poeta ha debido dar la preferencia en su cualidad de intérprete del alma, puede servir de argumento á un libro muy interesante que no se ha escrito aún, á la historia, más que literaria, psicológica de la poesía castellana.

Yo no he visto en nuestro idioma ningún trabajo que, metódicamente, analice y explique al hombre en el poeta. La labor de los críticos en España se reduce-con alguna excepción—á considerar la obra en sus relaciones con el tiempo en que ha sido escrita y la escuela literaria á que pertenece, pero dejando casi siempre el

alma del autor en la penumbra cuando no en la más densa oscuridad. El intelecto nacional, por su molde frailuno, tiende inevitablemente á la hipocresía y repugna el lenguaje de la verdad si no puede disfrazarlo con ciertos eufemismos. Lo que pasa en la historia política pasa también en la historia de las letras.(1)

La tradición crea sus ídolos y al crearlos les dá bula perpetua contra toda investigación que pueda herirlos, siendo empresa poco menos que imposible juzgarlos con arreglo á la justicia. Lope de Vega, v. g. fué un sacerdote sacrílego y, sin embargo, se ha tratado de ocultar el hecho para que no sufran detrimento ni su sotana ni su gloria.

Para mí lo más interesante en la poesía es el estudio de sus elementos espirituales. La suma de ellos, fielmente reflejada en la literatura de un pueblo, constituye el alma de ese pueblo. Todos los séres dentro de la naturaleza física disfrutan del mismo patrimonio: el aire, la luz, el calor, la tierra ofrecen sus dones lo mismo al esquimal que al europeo, salvo las naturales variaciones de la topografía y el clima. La diferencia principal estriba en la transformación que cada raza

---

(1) El Sr. Pí y Margall, con honrada franqueza que hace de él una maravilla en su pais, después de afirmar que está aún por escribir la Historia de España, agrega: " Urge que se la reemplace por la Historia verdadera, á fin de que no padezcamos ilusiones como las que nos han traido á las presentes guerras."—El Nuevo Regimen, año 8°, No. 339. Como dato ilustrativo debo añadir que el Sr. Morayta, Catedrático de la Universidad Central, ha sufrido serios disgustos en su papel de historiador sincero.

imprime á esos factores. Hay paises ricos y paises pobres según las aptitudes de los habitantes que los pueblan. En el mundo moral existen, así mismo, esas aptitudes de los estímulos humanos. El amor, el heroismo, le filantropía, la magnanimidad, el honor, el culto al deber etc. forman otro lote para el hombre sea cual fuere la localidad en donde habite. Pero este patrimonio se fomenta por unos ó se descuida ó adultera por otros, de modo que en cada pais el tesoro moral resulta más ó ménos útil á los fines de la vida según prevalezcan las propensiones racionales ó las infecundas ó malsanas.

Tratándose de la sociedad española, debemos principiar por preguntarnos que clase de móviles han actuado en ella y cuales son los que su literatura ha recogido con preferencia. Desde luego puede contestarse diciendo que el español desprecia lo sentimental y tiende á lo heróico como puede observarse en los períodos más salientes de su historia. La rudeza ibera fué común á todas las razas primitivas, mas en los primeros pobladores de la península se perfiló con mayor relieve y aspereza. No ha habido gente más porfiada en la defensa de su suelo : Macedonia, Grecia, Cartago, Numidia, Egipto y los demás pueblos sojuzgados por Roma, caían en una ó dos batallas; los celtíberos prolongan la lucha hasta los tiempos de Augusto á contar desde el primer Escipión. Esa tenacidad ha de manifestarse en las mismas condiciones muchas centurias después, porque en todo lo que se refiere á la persistencia de sus cualidades históricas, los siglos no pasan por España ni logran destruir en

sus moradores el residuo originario. El guerrillero do Viriato es idéntico al de Mina y Cabrera.([2])

Los ejemplos, tantas veces citados, de Sagunto y Numancia son datos muy sugestivos para conocer la índole de una nación que acumula todas sus energías en un orden exclusivo de inclinaciones, debilitando, de paso, las demás funciones morales, especialmente la sensibilidad. El valor indómito, á veces sin un propósito racional; la dureza de corazón que moldeará de un modo perdurable la austera fisonomía del castellano, tenaz y "sem entranhas," y una fiereza mezclada de heroismo, que se estima como virtud y que llega hasta matar el instinto de la propia conservación, nos dan la clave de los hechos capitales de una raza tan esforzada como estéril que ha ofrecido el espectáculo original de ciudades suicidas en donde el hierro y el fuego, aplicados por sus mismos moradores, destruyen simultaneamente, al hombre y su hogar.

El Lacio barnizó cuanto pudo tan dura corteza y llegó á prolongar su cosecha literaria en la Península española, la cual produjo algunos poetas famosos que sostuvieron con brillo las ya espirantes letras clásicas. Pero aún aquí observaremos la propensión del español

---

([2]) Las cualidades especialísimas del guerrillero español fijaron la atención de los historiadores antiguos y, sobre todo, de Plutarco en la "Vida de Sertorio." Julio César en sus "Comentarios de Bello Civili" confiesa que se sintió desconcertado cuando, cerca de Lérida, trabó una refriega con las tropas de Afranio que habían aprendido el modo singularísimo de pelear que tenían los españoles "Cum lusitanis reliquisque barbaris genere quodam pugnæ assuefacti."

á los géneros viriles—tragedia y epopeya—como observaremos, también, á pesar de la sobriedad característica del latín, la primera manifestación de determinadas tendencias que serán permanentes en la literatura nacional. Me refiero al predominio de la imaginación y al desenfreno del lenguaje, que engendrarán luego la hinchazón calderoniana y los delirios de Góngora.(3)

El descendiente del celtíbero, que conservó la mayor parte de los rasgos propios de su raza, á pesar de su contacto con fenicios, griegos, cartagineses y romanos, apenas se modifica al recibir ciertos elementos—tendencia individualista, fanatismo y fatalismo—que le traen el godo y el semita. Despreocupado de su vida, la cual estima en poco, y más despreocupado de la ajena, la cual no estima nada, es siempre igual con nombres diferentes.(4) La misma tenacidad con que

(3) En su *Historia de la Literatura Antigua y Moderna,* dice Schlegel: "Desde el reinado de los primeros césares muchos han creido advertir algo de particular en los escritores romanos nacidos en España, como si hubieran percibido que la lengua latina no era la de sus autores; así es que han comparado las antítesis de Séneca y la hinchazón de Lucano con algunos escritores españoles modernos."

Cueto declara que "los principales escritores italianos achacaban á España la corrupción del buen gusto en las letras európeas desde la antigüedad romana, y presentaban ésta corrupción como una dolencia crónica inherente al suelo y clima de España."—LEOPOLDO AUGUSTO DEL CUETO, *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII.*

(4) "Regardez l'espagnol que decrivent Strabon et les historiens latins, solitaire, hautin, indomptable, vetu du noir,

defiende su terruño sacrificándose sin vacilación, pone en juego para tomar el del enemigo exterminándolo sin misericordia. Es necesario observar del mismo modo que las luchas civiles, por la frecuencia con que se producen, han tomado en España y los pueblos que de ella proceden el aspecto de una enfermedad endémica y que sus guerras se distinguen por la prolongación extraordinaria que han tenido.(5)

---

et voyez—le plus tard, au moyen age, le méme dans ces principaux traits, quoique les wisigoths aient apporté un peu de sang nouveau dans ses veines, aussi intratable et aussi superbe, acculé á la mer par les maures, et regagnant pied á pied tout son pays par une croisade d'huit siécles, encore exalté et roidi par la longueur et la monotonie de la lutte, fanatique et borné, enfermé dans ses meures d'inquisiteur et de chevalier, le méme au temps du Cid, sous Philipe II., sous Charles II., dans la guerre de 1700 et dans la guerre de 1808 et dans le chaos de despotismes et insurrections que il supporte aujourd'huí."—TAINE, *L'ideal dans l'art.*

(5) Justino ha dicho que el español busca al enemigo dentro de casa cuando no lo tiene fuera. En efecto, todavía en este siglo, España sigue siendo víctima del mal y ha gastado luchando la casi totalidad de los noventa y pico de años que de él han transcurrido. Sus albores presenciaron las contiendas con Inglaterra y el famoso desastre de Trafalgar. Después se registran las campañas contra Napoleón—cuatro años—las revoluciones de los paises hispano-americanos proclamando su independencia—quince años—la invasión de los cien mil hijos de San Luis al mando de Angulema; el levantamiento de los Apostólicos en Cataluña; el de los carlistas—tres ó cuatro veces: doce años—la guerra de Africa, la del Pacífico; la de Santo Domingo—próximamente dos años—las de Mindanao, las de Cuba—tres veces: catorce años—la de los Estados Unidos, la de Filipinas, las revueltas de

La reconquista del territorio peninsular y la conquista de América son pruebas evidentísimas de una perseverancia y de un vigor inauditos que templaron el caracter nacional hasta un extremo de que hay pocos precedentes en la historia. A juzgar por ésta, la vida para el español no era más que un episodio heróico, la consagración á un propósito, á veces noble á veces absurdo y casi siempre trágico. I lo realiza ó no lo realiza, pero va derecho al fin ya sea la catástrofe ó el triunfo. Solo así podemos explicarnos esas figuras imponentes, monolíticas, de memoria siniestra, que se llaman Torquemada, Pizarro, Loyola, Felipe II., el Duque de Alba, hombres gloriosos ó funestos, pero de voluntad tan dura como el bronce.(6) Enamorados de un pensamiento ó esclavos de un apetito, pierden de un modo radical la noción de lo bueno y de lo malo y siguen inflexiblemente en pos de su objeto aunque para

1821, 1836, 1843, 1848, 1854, 1856, 1866, 1868, 1869, 1873 y 1874 y una infinidad de motines, pronunciamientos y asonadas—cuya enumeración es poco menos que imposible—de donde han surgido, alternativamente, situaciones anárquicas ó dictatoriales que han empapado en sangre á la nación.

(6) Boves, Tacon, Valmaseda, Cánovas y Weyler representan admirablemente la fisonomía histórica de la familia en este siglo. Por cierto que, bien considerados, estos hombres vienen á ser curiosos ejemplares de inconsciencia moral que oscurece su razon haciéndolos en cierta medida irresponsables de sus actos por el influjo de las perversas tradiciones á que fatalmente obedecieron. ¿Cómo explicarnos si no el cinismo de Weyler en presencia de sus crímenes los cuales estima como una prueba magna de sublime patriotismo? Y el pueblo ha sancionado la obra con su aplauso.

ello tengan que exterminar razas ilustres, llevar el prójimo á la hoguera, violar las promesas más solemnes, poner en conflagración al universo, abrir cauces á la sangre y levantar montañas de cenizas. Cuando sus preocupaciones les dominan—y nunca dejan de dominarlos—se aferran á ellas como abstracción exclusiva y con olvido absoluto de la naturaleza, sin importarles nada ni el principio racional violado, ni la severa lección de los sucesos. Su labor histórica es distingue por la intensidad de la acción y la estrechez del propósito. Durante muchos siglos miraron el mundo á través de su fé intolerante y tal parece que la mayor parte de su descendencia vive muy á gusto con la horrible tradición que le ha creado el fanatismo. La reconquista fué un empeño religioso: el descubrimiento y la conquista de las Indias occidentales entrañó la misma tendencia, robustecida por la codicia. No tuvieron otro fin las guerras de Carlos V. y sus sucesores de la Casa de Austria y hasta en el levantamiento contra Napoleón fermentó, ostensiblemente, la levadura religiosa.(7) El problema continúa planteado en nuestros dias, porque la causa principal de la pugna sangrienta y repetida entre liberales y carlistas, consiste en la idea

(7) Los púlpitos se convirtieron en tribunas desde donde se lanzaban rayos contra el invasor; los conventos en cuarteles; los curas y frailes en guerrilleros. (Recuérdese que el cura Merino llegó á Brigadier.) En la reciente güerra con los Estados Unidos, el principal argumento contra los americanos ha consistido en llamarlos herejes, iconoclastas y hasta violadores de sepulcros. Véanse entre otros divertidos desahogos las proclamas del General Augustín y el Arzobispo de Manila.

que abrigan los segundos de hacer de España una teocracia. Sobre éste punto capital me propongo insistir luego con datos más precisos, porque es la clave de mi tema.

Como manifestación importantísima del espíritu nacional, se señala también el sentimiento de lealtad al soberano. No hay hecho en la historia de España que no responda á los dos estímulos citados. Los vicios y virtudes que de ellos se derivan podrán ser causa de acciones incongruentes ó contradictorias, de acciones en donde los efectos no corresponden siempre á los principios, mas en tales móviles radica el impulso originario. Cuando surgen esas desviaciones es que la realidad despierta para corregir á la abstracción.

La fidelidad al rey fué para nuestros progenitores la la virtud más recomendable después de las obligaciones contraidas con la Iglesia. Buckle juzga este sentimiento como una consecuencia inflexible del predominio que el clero ejercía en la conciencia de los españoles. "Es evidente—consigna el gran historiador inglés—que hay una conexión practica y real entre la superstición religiosa y la fidelidad al rey.(8) En cambio el Sr. Menendez y Pelayo sostiene que es un fenómeno completamente extraño al español la exageración de ese sentimiento y que solo tuvo acogida en los poetas drámaticos del período de los Austrias.(9) A esta afirmación cabe objetar que el pueblo español vino á ser un organismo adulto á partir de los Reyes Católicos antecesores inmediatos del primer monarca de la aludida

(8) *Historia de la Civilización en Inglaterra.*

(9) *Calderón y su Teatro.*

dinastía Desde ese instante la colectividad peninsular asume un caracter uniforme y antitético con relación al anarquismo medioeval, época en que las nacionalidades presentan un aspecto fragmentario que no puede tomarse como punto de partida para fijar la condición histórica de un pueblo. Cierto que el Cid en Santa Gadea ultraja con un juramento impuesto y denigrante la soberanía de Alfonso VI. de Castilla, pero esto obedició á que entonces el principio feudal, no el democrático, relajaba cualquier vínculo que pudiera unir al noble con el rey.

A mayor abundamiento, mucho antes del gran período literario que el eminente escritor á que me refiero considera como progenitor del fechitismo monárquico en España, la Historia nos ofrece en Guzmán el Bueno, un ejemplar perfecto de la especie. No fué Guzmán propiamente un patriota sino un súbdito leal que realiza su discutida heroicidad obedeciendo á un impulso de adhesión personalísima al Rey Don Sancho IV el Bravo.

En la Edad Media el concepto de patria no se determina claramente porque apenas si se entiende. El feudalismo lo oscurece con frecuencia y el lazo íntimo y dulce que hoy une al ciudadano con la bandera nacional, se sustituía con el deber del vasallaje que subordinaba el hombre al señor inmediato en vez de subordinarlo á la nación. Entonces las fronteras no tenian la inmutabilidad que en las épocas posteriores: un testamento, un matrimonio entre principes, una bula papal, las alteraba profundamente, cuando no las oscilaciones repetidas que las guerras producían.

A su vez, el vasallo en ciertas circunstancias podía desligarse del juramento de fidelidad y en ese caso nada le retenía en el lugar en donde había morado, yéndose á otras tierras en busca de soldada. Y aún hallaba asilo entre los moros á los cuales servía, como lo hizo el Cid al decir de los romances y Guzmán al de las crónicas.[10]

Resulta, pues, que ante la conciencia moderna el acto de Guzman el Bueno carece de grandeza. La mezquindad del estímulo no corresponde á la magnitud del sacrificio realizado en provecho no ya de un rey légitimo sino de un usurpador como Don Sancho.[11] Además, el detalle cruel é inútil de arrojar un arma al enemigo para precipitar la ejecución del hijo infortunado, es un dato acusador de insensibilidad, de barbarie estupenda qne sólo se explica por la tendencia á la hipérbole, á la exajeración propia del caracter español,

---

[10] "En las estrechas relaciones que había entonces entre las dos naciones que se disputaban el señorio de España, era muy común ver á los caballeros cristianos irse á servir á los moros y á los moros venir á los cristianos."—QUINTANA, *Guzman el Bueno* (Vida de Españoles célebres).

[11] No fué el defensor de Tarifa al único Abraham que tuvo en poco al hijo por efecto de la superstición monarquica.

Juan de la Torre y Villegas murió ahorcado en el Perú como reo de traición, y su padre al recibir la nueva de la muerte del rebelde mancebo, "la festejó paseándose por las calles de Arequipa envuelto en una capa roja. ¡ A tanto llegaba para los hombres de aquel siglo el sentimiento de lealtad á su rey."—RICARDO PALMA, *Tradiciones peruanas.*

el cual no admite términos medios entre Sancho y Don Quijote. (12)

La poesía suele hacer á la historia, pero la historia hace también á la poesía. Viniendo á la dramática, vemos que Rojas halló en el servilismo político del pueblo castellano el trágico argumento de su bellísimo drama Garcia del Castañar. Trátase de una aventura amorosa, no ya de un hecho heroico como el de Tarifa. García, viendo asaltada la alcoba conyugal, lleva su degradación hasta el punto de poner una escala al seductor, creyendo que éste es el rey, para que escape; pero, como después averigua que el tal era un cortesano llamado Don Mendo, deja á un lado los escrúpulos y lo mata á puñaladas. (13) Aquí

(12) Agrava más el juicio que formamos de este héroe sin entrañas, la famosa frase que pronunció al oir los alaridos de los suyos cuando vieron que los moros ejecutaban al mancebo: "Creí que los enemigos entraban en Tarifa." Esto no en ya valor moral llevado á lo sublime sino jactancia indecorosa que toma el suplicio de un hijo por peldaño. Aquiles lloró á Patroclo, su amigo, y César á Pompeyo su rival.

(13) *García:* El rey es ¡ válgame el cielo!
Y que le conozco sabe . . . .
Honor y lealtad ¿Qué haremos?
¡ Que contradicción implica
La lealtad con el remedio! . .
Don Mendo: Pues quien nace como yo
No satisface ¿Qué haremos?
Garcia: Que os vais y rogad á Dios
Que enfrene vuestros deseos
Y al Castañar no volvais
Que de vuestros desaciertos
No puedo tomar venganza
Sino remitirla al cielo.

observamos como el poder de una ficción corrige á la naturaleza, como García castiga en otro hombre lo que debe quedar impune en el monarca. Es decir, que la ofuscación de un deber supuesto desvía el instinto natural que es lo último que muere en la criatura.

Sancho Ortiz de las Roelas en la Estrella de Sevilla, ama con vehemente pasión á una mujer y, de pronto, recibe orden terminante del rey para que mate nada menos que al hermano de su amada. Esta muerte, sugerida por el apetito que despierta en el monarca la hermosura de la joven, no era justa ni legal, era un simple asesinato. Una conciencia medianamente recta, no obstante la presión de la orden soberana, se hubiera desligado del mandato aun á riesgo de la vida; pero, Sancho hace por lealtad, por veneración á su amo, lo que nunca hubiese hecho por temor al castigo que su desobediencia pudiera aparejarle. Es valiente y caballero y, sin embargo, á causa de una ficción irracional que gravita sobre él como obligación ineludible, no

---

En la *Estrella de Sevilla* hay un lance parecido. Busto Tabera corta el paso al Rey Don Sancho el Bravo que se ha introducido furtivamente en la habitación de la doncella sevillana, y, al verlo, exclama aparte:

El embozado.
Es el rey, no hay que dudar
Quiérole dejar pasar
Y saber si me ha afrentado
Luego . . . . . .

D. Gutierre en el Médico de su honra, como dice muy bien Menendez y Pelayo, perdona el agravio al bastardo Don Enrique "solamente porque es infante y la sombra del trono le escuda."—*Calderón y su Teatro.*

vacila en sacrificar con la victima su propia felicidad.[14]

([14]) Del concepto idolátrico, de la resignación ó conformidad del vasallo siempre que se atraviesa el mandamiento real, hay una infinidad de ejemplos en el teatro del Siglo de Oro, fiel reflejo de la historia y de la vida nacional. Busto Tabera en el acto primero esç. VIII. del drama que me ocupa, después de comunicar á Roelas que el rey quiere dar ó otro marido á Estrella, á pesar del compromiso contraido, exclama:

Volviendo á informar al rey
Que están hechos los conciertos
Y escrituras, serán ciertos
Los contratos, que su ley
No ha de atropellar lo justo.

Sancho: Si el rey la quiere torcer
¿Quién fuerza le podrá hacer
Habiendo interés ó gusto?

La idea se remacha luego en ésta forma:

Sancho: Y cuando el rey con violencia
Quisiere torcer la ley?

Busto: Sancho Ortiz el rey es rey
Callar y tener paciencia.

Pero ¿qué más? Cuando el monarca da orden al caballero sevillano de matar, sin darle el nombre, á un súbdito que se ha hecho reo del delito de lesa magestad, Sancho que, tuvo un momento de vacilación, dice ya resuelto:

Que muera luego
A voces, Señor, os pido,
Y si es así la daré,
Señor, á mi mismo hermano.

El dualismo, ó mejor dicho, la monstruosidad de este caracter, caballeresco por un lado y falto de sentido moral por

Hechos como los referidos explican la falta de sentido humano revelado por la mayor parte de esos dramaturgos que con tanta complacencia envilecen á sus

---

otro, se evidencia al indicarle el rey que puede matar á Busto cogiéndolo descuidado:

Sancho: Siendo Roela y soldado
¿Me quereis hacer traidor?
¡Yo muerte en caso pensado!
Cuerpo á cuerpo he de matalle
Donde Sevilla lo vea,
En la plaza ó en la calle.

Los dramaturgos españoles de este siglo—algunos de los cuales en los dias de Fernando VII. pudieron oír los vergonzosos gritos de ¡Vivan las caenas! y ¡Muera la nación!—nos ofrecen también nuestras repetidas en que la idolatría monárquica se manifiesta con la misma desnudez que observamos en Lope, Rojas, Calderon y demás poetas dramáticos del siglo XVII. En el drama de Narciso Serra, El reló de San Plácido, dice el Sr. Fernandez Bremón—"Don Diego que ronda la calle á Doña Ana, trata de acometer á un embozado que sale á deshora de la casa. Don Juan, padre de la novia, detiene al agresor y defiende al desconocido que es el rey, diciendo á su presunto yerno:

Juan: ¡Vive Dios!
Pasará que yo le amparo.
Diego: ¿Vos aquí Don Juan?
Juan: Yo aquí.
Diego: ¿Sabeis que quiere?
Juan: Sí sé.
Diego: ¿Sabeis que os deshonra?
Juan: ¿Y qué?
Diego: ¿Y le defendeis?
Juan: Sí, sí.
Pondré mi boca á sus piés
Besando me deshonor.

héroes. Y el fenómeno se repite mucho para que se nos antoje un accidente ó un sencillo recurso de efectismo. Por lo pronto hay en él la analogía de la expresión artística con la índole tradicional del temperamento español que no atina á obrar si no lleva por delante afirmaciones ó negaciones absolutas. Zorrilla —que ha revelado mejor que cualquier otro poeta de este siglo el sentimiento tradicional de la nación— presenta en el Zapatero y al Rey, con la sanción del aplauso popular, el acto de feroz fidelidad realizado por el Capitan Blas Perez, el cual mata á su novia hija natural de Don Enrique de Trastamara, para cobrar á éste el asesinato de Don Pedro:

Como á Don Pedro me des,
Mi furor te la dará.

Observaciones parecidas, aplicadas á otro orden de ideas, inspiraron á Don Francisco Silvela una frase amarga y célebre sobre la incapacidad jurídica de sus paisanos. (15)

Diego: ¡ Ay, Don Juan, vuestro dolor
Me ha revelado quien es.
Pasad.
(Se descubre y el rey pasa)."

Autores dramáticos y joyas del teatro español del siglo XIX.

Estos ejemplos prueban que no siempre prevalecía en la escena la tésis que en forma de tan hermoso arranque puso Calderón en boca del "Alcalde de Zalamea":

Al rey la hacienda y la vida
Se han de dar, pero el honor
Es patrimonio del alma
I el alma solo es de Dios!

(15) "Los españoles no tienen sentido jurídico."

La consecuencia que de ello se deriva es evidente: todo camino que se desvía de la naturaleza lleva al absurdo y al absurdo aunque interese no conmueve. No es fácil producir en el lector ó espectador la impresion honda y simpática, el movimiento de atracción sugerido por la lógica del conflicto pasional, cuando mira á un personaje huyendo de sí mismo, de las insinuaciones inevitables de su sér, para arrojarse locamente en el vacío de una abstracción. Porque el rey que viola el hogar de un súbdito para deshonrarlo, no es digno, aún siendo rey—quizás menos por ser rey—de que el marido ultrajado le ponga una escala y le facilite la salida, ni el caballero que recibe orden de su soberano para que mate al hermano de su prometida, debe vacilar en repelerla así juegue en el lance su cabeza.

Pero se dirá que los ejemplos aludidos son un resultado indeclinable de la época y que el discernimiento crítico no tenía entonces el vigor, la lucidez con que se manifiesta en nuestro siglo. Según y conforme, desde luego. En todas las edades de la historia y en los estados de conciencia más rudimentarios, ha existido siempre, ya que no una idea bien definida, un concepto ó un instinto relativo de moral. Ciertos actos repugnan á las conciencias más obscuras como repugnan á la bestia ciertas plantas venenosas. Lo peor no está en que lo malo se realice sino en que lo admita como bueno aquel que lo ejecuta. Sancho Ortiz consultando á su interés, consultando al miedo de agraviar á su amo con una negativa, pudo matar á un inocente. El arranque, aunque repulsivo, hubiera sido lógico. Lo que no puede admitirse por monstruoso,

por horrendo, es que creyera que su honor no padecía con semejante asesinato, es que tomara su acción como título de gloria para pavonearse con él en plena luz :

Cuerpo á cuerpo he de matalle
Donde Sevilla lo vea,
En la plaza ó en la calle.

Versos que constituyen una revelación indigna de la horrible confusión moral, del concepto malsano, irracional, abominable, creado por una institución meramente humana que, en virtud de la conformidad servil de los que la aceptaban como delegación de la omnipotencia divina, destruyó no sólo las nociones más sencillas del decoro individual sino hasta los movimientos más irresistibles de la sensibilidad.

Sin exigir á aquellos tiempos una elevación de principios para la cual no estaban preparados, sin exigir al hombre de esa edad una filosofía que le era impropia, la conciencia menos escrupulosa se pregunta : ¿ qué sentido moral es ése ? Las ideas eran muy pobres, muy confusas, norabuena, pero la ley ineludible del sentimiento y la ética divina del cristianismo bastaban para corregir los mayores desafueros. Y si tal era el sentir común á aquellas gentes, es preciso declarar que, al ser evocadas por el poeta, no podemos concederle la parte de alma, la atención benévola y el ardiente entusiasmo que cada cual pone en la contemplación de una obra de arte.

Este aspecto del teatro castellano es casi un geroglífico para todo espiritu moderno. Se necesita hacer un esfuerzo extraordinario cada vez que tratamos de explicarnos móviles tan extravagantes, los cuales creería-

mos puramente imaginados si la historia no viniese á confirmar la extraña psicología de los dramaturgos españoles al relatar como ciertos muchos actos que se nos antojan inverosímiles ó absurdos.

Para que se vea, con más relieve aún, la deformidad de los estímulos citados, comparémoslos con los que mueven á El Príncipe Constante de Calderón. La grandeza del protagonista impone desde el primer momento, aunque impone más aún por su misma soledad dentro de la escena castellana, y la impresión que crea debe parecerse á la que causa en la pupila del viajero la aparición de la pirámide en medio del desierto. Hay en ese caracter extraordinario la augusta dignidad que imprime el cumplimiento del deber bien entendido, y de aquí que el sacrificio de la víctima nos interese y nos subyugue por el sublime estoicismo con que lo acepta y la austeridad del ideal que lo provoca. Baste saber que el argumento del drama reproduce—haciéndola más subjetiva—la situación de Guzmán en el trance de Tarifa. Si el rey de Portugal devuelve á Ceuta, los moros devolverán al infante cautivo. A tal proposición contesta Don Fernando con la sobrehumana entereza de Régulo negándose á aceptar la humillante condición[16].

Como se vé, el principe lusitano es un personaje que por su estupenda abnegación está muy lejos de nuestra flaca naturaleza, semejando á una de esas formidables

---

(16) ¿Qué soy yo? Soy más que un hombre
. . . . Rey, yo soy
Tu esclavo, dispón, ordena
De mí, libertad no quiero.

personificaciones del patriotismo romano que viven como un recuerdo de la edad heróica de la historia. Quizá consista en esta excesiva condición su incompatibilidad con el marco restringido de la escena. El Sr. Menendez y Pelayo dice acertadamente que la acción del Principe Constante es más propia de la epopeya que del drama([17]) como sucede cada vez que las inmensa proporciones de un caracter ó la proyección exajerada del pensamiento de una fábula teatral, se sale de los límites reales de la vida.

Pero este desnivel entre la realidad y la creación artística, es común á los tipos más salientes del repertorio dramático español. Diríase que carecen de coyunturas y no tienen otro movimiento sino el que les imprime el resorte de una sola idea. Los más bellos, los más fascinadores nos quitan la voluntad de compadecerlos á trueque de admirarlos. I es esto si es sublime, á veces no es humano. Cuando tocan el tema del honor—no obstante su propensión á degradarse siempre que la obsesión monárquica los perturba—despliegan tal lujo de energías y se subordinan á sus preocupaciones de un modo tan completo que el conflicto inicial pasa al segundo plano porque el ofendido no se fija tanto en la lastimadura que su amor burlado le produce como en el propósito de redimir su reputación escarnecida.

El honor se fundaba en la opinión ajena, no en la apreciación racional de las acciones([18]). El individuo

---

([17]) *Calderón y su Teatro.*

([18]) Razón tuvo Calderón al escribir:

Poco del honor sabía

se considera inútil para el cumplimiento de sus fines cuando se publica el acto que lo denigra. Este es un toque invariable en la fisonomía moral de los personajes caballerescos del teatro español. Léanse los parlamentos interminables, los monólogos enrevesados en que razonan y discretean con frialdad inconcebible acerca de su situación y se verá enseguida que el conflicto trágico nace de la ofensa por la significación social que ésta reviste, excluyendo la decepción simplemente subjetiva que el hecho debe provocarles. Se vengan no para cobrar una deuda íntima de índole amorosa sino para que los demás no juzguen que han sido indiferentes al ultraje. D. Lope de Almeida mata al amante de su mujer y arroja al agua el cadaver; luego quita la vida á la infiel esposa y destruye su casa solariega reduciéndola á cenizas. El fuego y

---

El legislador tirano
Que puso en ajena mano
Mi opinión y no en la mía.

Idea que Jovellanos moderniza en el *Delincuente Honrado:* "El honor, dice, es un bién que no está en nuestra mano sino en la estimación de los demás. La opinión pública lo dá y lo quita." "Intimamente unido á la desbordada imaginación del español está su orgullo, ó sea la exagerada opinión de su dignidad personal. Es capaz de cualquier sacrificio cuando se invoca á su honor que es la forma peculiar que asume del respeto á si propio y de cualquier violencia y crueldad cuando se considera ofendido en aquél atributo. El teatro clásico español gira casi enteramente en torno de ese sentimiento que es medioeval y gótico y del de los celos que es oriental."—IRVING BABBIT, *Luces y sombras del caracter español. Atlantic Monthly*, Agosto, 1898.

la sangre borran la huella de la infamia y garantizan el secreto de la deshonra([19]).

Nótase, también, que los lances á que dá origen el sentimiento del honor dependen, casi exclusivamente, de la liviandad de las mujeres en su trato con los hombres. Muchas de esas conciencias quisquillosas del repertorio calderoniano, no consideran que padece su dignidad consumando actos que repugnarían á personas no muy delicadas en puntos de honradez y decoro. ([20]) En cambio, si peca la mujer, la buena reputación del padre, el esposo ó el hermano cae al suelo. ([21]) No son-

([19]) Calderón, *A secreto agravio, secreta venganza.* D. Gutierre Alfonso en *El Médico de su honra* mata secretamente á su mujer, obligando á un cirujano á qne le aplique una sangría.

([20]) "La distinción moral entre el caballero y el pícaro suele borrarse."—Menendez y Pelayo, *Obr. cit.*

([21]) Lo cual hace decir á Don Pedro de Lara en un rasgo de sana filosofía:

¡Mal haya el primero que hizo
Ley tan rigurosa, pacto
Tan vil, duelo tan impío
Y entre el hombre y la mujer
Un tan desigual partido
Como que esté el propio honor
Sujeto al ajeno arbitrio!

Calderón, *No siempre lo peor es cierto.*

Aun hoy, á pesar de que impera una moral más discreta que en el siglo XVII., no hemos podido curarnos de esta absurda preocupación. Los más ven en la liviandad femenil el colmo de la deshonra y tal vez los que así piensan roben al prójimo, despojen al huérfano, trafiquen con la ley y atropellen al inocente sin que juzguen que en ello hay nada que afecte á su decoro. En esto los sajones son menos puntillosos, pero más sabios.

celos de amor sino de honra los que sienten esos personajes y antes que de su herida se preocupan del ridículo. El impulso de matar no brota en ellos como el desenlace de un proceso psicológico sino como el desenlace de un proceso judicial. Y claro está: esa abstracción del honor ultrajado con el asesinato por sistema, elimina del drama cualquier otro elemento que tienda á humanizarlo.([22]) Por eso la obra concluye

([22]) Cabe la excepción del *Tetrarca de Jerusalem*, donde, entre mil anacronismos pasionales ó ideológicos, pinta Calderón el arrebato de los celos un una forma bastante original, porque el Tetrarca los siente *á priori* y sin causa efectiva que los engendre.

D. Gutierre en el *Médico de su honra*, cede á impulsos salvajes, pero hasta cierto punto humanos. Hallándose oculto en la habitación de su esposa Da. Mencía, nota que ésta le confunde con el seductor D. Enrique el Bastardo y decide matarla, aunque, por lo pronto, se reprime. Luego hace creer á la infortunada que él acaba de llegar y disimulando sus torturas entabla el diálogo siguiente:

Mencía: Parece que celoso
Hablas en dos sentidos . . . .
Gutierre: (aparte) —Riguroso
Es el dolor de agravios
Mas con celos ningunos fueron sabios—
¡Celos! ¿sabes tu lo que son celos . . . ?
Que yo no sé que son ¡viven los cielos!
Porqué si lo supiera
Y celos . . . . . .
Mencía: (¡Ay de mí!)
Gutierre: Llegar pudiera
A tener, ¿qué son celos?
Atomos, ilusiones y desvelos
No más que de una esclava, una criada,

invariablemente tiñéndose de sangre, por eso el poeta combina y crea, no con arreglo al modelo universal sino ajustándose á las preocupaciones de su tiempo, y por eso los tipos creados se resienten de una uniformidad incorregible. La monotonía del temperamento sólo presenta una fachada y es inútil buscar los estados sucesivos y, en ocasiones, simultáneos, que el agente pasional sugiere á la conciencia. La escala gradual de los afectos queda suprimida: no hay sombras crepusculares ni matices intermedios: se va del amor á la venganza á grandes saltos, esquivando la evolución interna y suprimiendo la gestación perseverante del fenómeno psicológico como si cada acto espiritual no fuera el resultado de impresiones y movimientos eslabonados. I como es de rigor, la emoción verdadera apenas si halla una expresión sentida en aquellos hidalgos adustos y fercoces que subordinan á la exigencia

---

Por sombra imaginada
Con hechos sobrehumanos
A pedazos sacara con mis manos
El corazón, y luego
Envuelto en sangre, desatado en fuego
El corazón comiera
A bocados, la sangre me bebiera,
El alma le arrancara
Y el alma ¡ vive Dios! despedazara
Si capaz de dolor el alma fuera!

Aunque no revela exactamente la intensa sobriedad shakesperiana, nótase en este pasaje un vigor extraordinario. Es menester llegar á Otelo para encontrar algo que lo supere, que así ruge la pasión cuando le tocan una llaga. Pero ¡ es tan raro que los personajes de nuestro teatro hablen con el corazón! Razonan y matan, pero no sienten.

social las inclinaciones naturales y dejan de ser hombres para ser exclusivamente caballeros.

El hecho se comprende mejor en cuanto nos penetramos del modo especial que los antiguos poetas dramáticos españoles tuvieron de concebir el amor y considerar á la mujer. Se ha hablado mucho de idealismo en el amor calderoniano ; pero yo no he visto allí otra cosa que la hipocresía idealista, la sensualidad embellecida por un lirismo encantador, el respeto galante á la mujer desmentido con frecuencia en lances donde la honra queda malparada.([23]) Los caballeros más escrupulosos no tienen inconveniente en provocar y extremar las ocasiones, y no hay ninguno que, como Don Quijote, sea capaz de defender su castidad, ya se trate de Maritornes ó princesas. La intriga amorosa, puramente carnal, tiene un descenlace que solo se tapa con el matrimonio y en las austeras alcobas alterna el ruido de las estocadas con el ruido de los besos. Una galantería convencional y formularia desmiente ó modifica la expresión ingenua conque la sinceridad pasional se manifiesta y al lenguaje del amor, sencillo y elocuente, suple el concepto elaborado por la retórica.

Obsérvese como se requiebran Otelo y Desdémona, Romeo y Julieta, y, nótese, así mismo, como perfilan el razonamiento amoroso las damas y galanes españoles

---

([23]) Hablando de la organización de la familia en el siglo XVII., Menendez y Pelayo confiesa que "las costumbres eran desenfadadas y livianas en demasía." Cánovas del Castillo confirma la idea con multitud de testimonios en el *Prólogo General á las Joyas del Teatro Español del siglo diez y nueve.*

del XVII. En boca de éstos habla el lozano ingenio del poeta y en la de aquellos la naturaleza humana sinceramente emocionada.([24]) Para los caballeros de

([24]) La charla amorosa en el antiguo teatro español es hija del ingenio y muy pocas veces del sentimiento humano. Yo no conozco una muestra en que se sinteticen ambos elementos comparable á la escena en que Julieta y Romeo quieren y no quieren separarse, tomando cada cual las razones del otro, según el movimiento de sus almas. Es una escena de la cual se han hecho muchas pálidas traducciones, pero cuyo perfume exquisito debe ser aspirado en su cáliz inglés:

Julieta: Wilt thou gone? It is not yet near day;
It was the nightingale, and not the lark
That the fearful hollow of thine ear;
Nightly she sings on yon pomegranate-tree,
Believe me, love, it was a nightingale.
Romeo: It was the lark, the herald of the morn,
No nightingale: look, love, what envious streaks
Do lace the severing clouds in yonder east:
Night's candles are burnt out, and jocund day
Stands tiptoe on the misty mountain tops:
I must be gone and live, or stay and die.

Coloquio divino que llega á su colmo cuando Romeo se decide á bajar de la escala, exclamando:

Farewell, farewell, one kiss and I'll descend.

Oigamos á Calderón en la DAMA DUENDE:

Don Manuel: Huye la noche, señora,
Y pasa á la dulce salva
La risa bella del alba
Que ilumina, mas no dora.
Después del alba, la aurora
De rayos y lus escasa
Dora, mas no abrasa. Pasa
La aurora y tras su arrebol

Lope y Calderon, la mujer es sol, estrella, luna, flor, brisa y perfume ; pero entre tantas palabras armoniosas en vano buscaremos el rasgo sóbrio y cálido que penetra y se graba para siempre en el espíritu. Sin duda por este incurable convencionalismo, la dramática de ese tiempo no nos ha legado ningún ilustre ejemplar que pueda citarse como un poema de amor, trágico ó idílico, en donde se condense y perpetúe todo lo que hay de humano y də sublime en esa pasión avasalladora. No ya Shakspeare, hasta la misma literatura clásico—pagana nos lo ofrece en Medea, Fedra, etc, no obstante la pobreza sentimental que algunos le

---

Pasa el sol y sólo el sol
Dora, ilumina y abrasa,
El alba para brillar
Quiso á la noche seguir ;
La aurora para lucir
Al alba quiso imitar ;
El sol deidad singular
A la aurora desafía,
Vos al sol, luego la fría
Noche no era menester,
Si podeis amanecer
Sol del sol, después del dia.

Angela: No soy alba pues la risa
Me falta en contento tanto,
Ni aurora porque mi llanto
De mi dolor no os avisa.
No soy sol, pues no divisa
Mi luz la verdad que adoro ;
Así lo que soy ignoro ;
Que solo sé que no soy
Alba, aurora ó sol ; pues hoy
No alumbro, rio ni lloro . . .

suponen. Para encontrar en España obras de esa veta —como El Trovador y Los Amantes de Teruel—es preciso llegar al siglo XIX.

Por otra parte, la mujer del teatro clásico español, suele ser muy poco femenina. Aunque no le exijamos la expresión de una sola cualidad, pues, al fin, la mujer, sobre todo la moderna, no es una reproducción invariable del tipo de Sakúntala—ó, lo que es lo mismo, del alma niña durmiendo en la cuna de su inocencia([25]) —si podemos pedirle que responda con fidelidad á las leyes más esenciales de su sexo, cosa que no sucede en las heroinas de los grandes poetas dramáticos de esa época. Lope es el único que acierta á darle pinceladas de dulzura.([26]) En Tirso de Molina es astuta y desenvuelta ; pero no sensible.([27]) En Calderón exhibe por rareza las graciosas modalidades de su sexo siendo, ante todo, la matrona que ve en el hombre al señor natural y no al amante.([28]) Otro tanto pasa con

([25]) De esta creación de Kalidasa se ha dicho que es la más femenil de las mujeres.

([26]) "Son las mujeres de Lope tiernas, apasionadas y sujetas á la voluntad de sus amantes ; son, como el mismo Lope las llama, esclavas de su galán." Don Pedro Ramos Peña. *El Teatro del Maestro Tirso de Molina.*

([27]) "Las de Tirso luchan por el objeto de su cariño resultando por consecuencia de esta lucha, atrevidas, osadas, incansables para inventar artificios conque reducir á sus amantes y siendo á la postre algo lijeras y desenvueltas." *Id.*

([28]) "En general Calderón no es feliz en los tipos femeninos ; aun los que mejor le han salido como acontece con éste (el de Da. Mencia) tienen siempre algo de rudo y varonil." *M. y P. Calderón y su Teatro.*

Alarcón.[29] Tal es el molde en que casi todas se han vaciado y de aquí que como creaciones de arte, como símbolos de sensibilidad y delicadeza femenil, no interesen como las que ha sabido imaginar el genio profundamente humano de Guillermo Skakspeare.

Pero tampoco cabe afirmar que los dramaturgos españoles hayan sido infieles en este punto al espíritu de su pueblo. En muchos períodos de la historia de España y en ocasiones muy críticas, la mujer ha competido con el hombre en virilidad y heroismo. Las saguntinas y numantinas aceptaron el sacrificio del puñal y la hoguera. Las de la Edad Media acompañaban á sus maridos, como dice Quevedo "más veces en la hueste què en la cama."[30] Doña Urraca de Castilla,

---

[29] De Alarcón dice el Sr. M. Gonzalez Llana que "salvo en *Mudarse por Mejorarse* brilla poco en la pintura de los caracteres femeninos." *Teatro selecto de D. Pedro de Alarcón y Mendoza.*

[30] "Hilaba la mujer para su esposo
La mortaja primero que el vestido;
Menos la vió galán que peligroso.
Acompañaba al lado del marido
Más veces en la hueste que en la cama.
Sano le aventuró, vengóle herido.
Todas matronas y ninguna dama
Que nombres del halago cortesano
No admitió lo severo de su fama."

Epístola al Conde de Olivares en su valimiento.

También Bartolomé Argensola en su Epístola á Fernando, encomia la virilidad de las mujeres españolas:

No con esfuerzo de ínclitos varones
Faltarán otras vírgenes guerreras

hija de D. Fernando I, se encierra en Zamora y defiende con tenacidad masculina sus derechos, después que sus hermanos D. Alfonso, D. García y Doña Elvira, fueron desposeidos de sus respectivas coronas por D. Sancho. Las cualidades extraordinarias de Doña Maria de Molina é Isabel la Católica son bastante conocidas para que se haga necesario decir nada sobre ellas. ([31]) Posteriormente, Doña Maria Pacheco, viuda del célebre comunero Padilla, resistió porfiadamente en Toledo después de la rota de Villalar. En la guerra de las germanías las hembras de Játiva resistieron con esfuerzo varonil las acometidas de las tropas imperiales. María de Pita, anticipando algunos siglos la gloria de Agustina de Zaragoza, hizo eterno su nombre

Como en frigios y tuscos escuadrones.
Aqui verás Pentiséleas fieras,
Camilas fuertes que dejada el arte
De Aracne siguen trompas y banderas.
Ni caerá ocioso el arco en esta parte,
De cuyos tiros nacen los deseos
Conque amor solicita al mismo Marte.

([31]) Tirso, que ha dado celebridad artística á la madre de D. Fernando el Emplazado, la hace hablar en lenguaje masculino:

Infanta soy de León,
Salgan traidores á caza
Del hijo de una leona
Que el reino ha puesto en su guarda.
Vereis si en vez de la aguja
Sabré ejercitar la espada
Y abatir lienzos de muro
Quien labra lienzos de Holanda.

La Prudencia en la mujer

lidiando en la Coruña con los soldados ingleses mandados por Norris. "Hasta las mujeres—dice D. Segis-" mundo Moret—participaban de aquel instinto gue-" rrero, como numerosos ejemplos lo demuestran y, " entre otros, la ilustre Varona y *La monja Alferez* no " menos famosa por su valor y heroismo."(32)

¿Cómo extranar que esos poetas asignaran á las damas de su teatro determinadas cualidades que hoy nos parecen desnaturalizaciones del tipo femenino? La mujer de su repertorio se distingue ó por su graciosa travesura como la pinta Tirso de Molina ó se nos presenta con rasgos muy austeros, siendo raro sorprender en ella la expresión tierna y efusiva, la espontaneidad sencilla y dulce que su sexo le sugiere cuando se siente estimulada por el móvil amoroso(33). Esta clase de

---

(32) Prólogo á *El Bandolerismo*, obra de D. Julián Zugasti. Se puede asegurar que el mejor tipo de mujer femenina que hay en la Historia de España, es Doña Juana la Loca, reina infortunada que, como Maria Estuardo, más pertenece á la poesía que á la historia.

(33) Hay algún ejemplar de mujer calderoniana en donde se revelan, por excepción, cualidades exquisitas de ternura, figurando en primera línea la Leonor de *No siempre lo peor es cierto*. La Justina de *El Mágico Prodigioso* no desmiente á su sexo al sentir las primeras emociones del amor. El poeta sorprende admirablemente el momento decisivo en que el alma de la doncella despierta á los halagos de la seducción preparada por el demonio y prorrumpe en versos tan melodiosos que el idioma castellano se convierte en un instrumento musical:

Aquel ruiseñor amante
Es quien respuesta me da,
Enamorando constante

sensibilidad no palpita en los dramas y comedias de la época, porque sus autores no hallaban el modelo ní en su corazón ni en el medio en que vivian.

Pero el vacio verdaderamente inesperado que presentan es el creado por la ausencia de la madre proscripta en absoluto de la escena, según me la hecho observar un eminente literato([34]). Curiosa tarea es la de averiguar á que causa obedece esta omisión inexplicable y sostenida en lo relativo á un factor tan importante para la expresión de lo patético. Tal vez estribe en la insignificancia social, ya que no dómestica, de la mujer esposa y madre; pero por menguada que fuera su representación, siempre seriá superior á la que tuvo en los dias del pagmismo y, no obstante, como elemento dramático figura dignamente en las obras de los clásicos antiguos. El hecho es que el amor maternal no existió para los dramaturgos españoles del siglo XVII y que, por causa de esta incredible amputación, privaron á sus obras de todo lo que la madre significa como personificación, la más angusta, de sublimidad sentimental.

A su turno, la hija vive bajo la vigilancia de una

A su consorte que está
Un ramo más adelante.
Calla ruiseñor, no aquí
Imaginar me hagas ya
Por las quejas que te oí
Como un hombre sentirá
Si siente un pájaro así.

([34]) D. Enrique José Varona, en la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York, á propósito de una discusión sobre este libro, aún manuscrito.

dueña ó en la íntimidad de su criada que comparte sus más íntimos secretos y le sirve de mentor ó cirineo en los lances apurados. El padre, como hemos visto, es forzosamente viudo. Las relaciones que mantiene con la hija son escasas, ceremoniosas y exentas de las efusiones naturales del cariño entre séres ligados por vínculos tan dulces. Háblala aquél con sequedad si no con aspereza, y ella acentúa la sumisión en sus gestos y palabras, sin perjuicio de engañarle metiendo en la alcoba á su galán apenas el anciano le vuelve las espaldas. Es así que si el amor maternal no halló cabida en los dramas de la época, tampoco el de la hija llegó nunca á producir ningún caracter que, por la pureza y elevación de ese sentimiento, pueda compararse con Antígone ó Cordelia.

No son más tiernas las relaciones afectivas del hermano con la hermana. Esta le teme, pero no le ama, y para burlar su tiranía pone en juego cuantos ardides se le ocurren por ilícitos á incorrectos que parezcan. El otro le corresponde extremando sus rigores, haciendo más estrecha la reclusión en que la tiene y viendo en ella una carga moral, casi insoportable, derivada del peligro que la fragilidad del sexo pueda crear para su honor.

Dentro de este marco estrecho se contiene la árida pintura de la vida española en el período mejor de su teatro. Fuera de las sugeridas por el amor, en la forma especial que hemos notado, no hay emociones que aviven y calienten el espíritu con la reproducción de los afectos tales como la naturaleza los inspira. El hogar doméstico es tan convencional, tan poco huma-

no, como los procedimientos y los fines que el hombre se atribuye en su capacidad de ente social. Y como la dama y el caballero siempre son los mismos, como los móviles se repiten y las acciones se reproducen dentro de un horizonte de limitada perspectiva, con inflexible precisión y monótono compás, el valor psicológico de esas obras resulta casi nulo, á pesar de la inmensidad y la belleza literaria del repertorio que nos han legado los poetas dramáticos del gran siglo.

Antonio T. Sotillo

II.

ASCETISMO Y MISTICISMO—OPINIONES DE CANALEJAS, MENENDEZ Y PELAYO Y OLIVEIRA MARTINS—SENSUALISMO—BARBARIE Y PIEDAD—LA FÉ SIN LAS OBRAS—FATALISMO RELIGIOSO, SOCIAL Y ARTÍSTICO—LA VIDA ES SUEÑO, LA DEVOCIÓN DE LA CRUZ Y EL CONDENADO POR DESCONFIADO—HORIZONTE MORAL DE ÉSTAS OBRAS COMPARADAS CON ALGUNAS DEL TEATRO GRIEGO.

La causa esencial de esta série de fenómenos, hállase en el modo originalísimo con que la religión se ha vaciado en el temperamento español, cuyo molde es africano. El ilustre Buckle, con su habitual perspicacia, encuentra en la superstición religiosa la superstición monárquica, porque la monarquia, rodeada de atributos idolátricos, como organismo político no es más que la reproducción, en el orden temporal, del organismo de la Iglesia. Dice Menendez y Pelayo que España es una nación de teólogos armados y no hay frase que exprese mejor el pensamiento y la obra histórica de su pueblo. Antes había dicho Donoso Cortés que en materia política, económica y social no existia ninguna cuestión que no encerrase un problema teólogico, y sin duda tendría razón completa el famoso apologista de la teocracia si, exclusivamente, refiriese esa verdad á su páis. En el actual florecimiento de la novela española siempre figura el sacerdote ó la tésis religiosa. Léanse las más notables de Perez Galdós, Pereda, Valera, Alarcón, Armando Palacio, Leopoldo Alas y Emilia Pardo Bazán y de seguro que es rarísima la que carezca de sota-

na.([85]) No es éste un mero recurso artístico del novelista, es una necesidad de la obra solicitada por el material histórico con que los siglos han formado la vida moral de España. El catolicismo es allí el orígen obligado de una serie de hechos que le pertenecen en el fondo aunque visiblemente no parezcan tener el más lejano parentesco con su causa fundamental que es á los aspectos psicológicos que he señaldado lo que la luz á los colores. Así como cada uno de éstos no es más que una transformación parcial de aquella, así en la conciencia española cada faceta del sentimiento y de la idea no es más que un accidente del concepto religioso. La conexión es tan íntima que el poeta dramático más nacional, el más fiel á la verdad como pintor del alma de su gente, es el más católico, Calderón de la Barca.

Sin la educación mística, conventual, llena de escrúpulos insustanciales, cuando no de terrores, y adscrita á la rígida norma de la creencia que lo domina, aún respecto de los actos más sencillos de la vida civil, el español no hubiera convertido cada idea en una procupación, ni hubiera exajerado el principio de autoridad hasta el punto de olvidar por él las exigencias más naturales para sustituirlas con ficciones. La devoción monomaniaca creó si asceta y el ascetismo que imperó en España con los

---

([85]) Díganlo *Gloria*, *Doña Perfecta*, *La familia* de *León Roch*, *Tormento*, *Angel Guerra y Halma* de Galdós, *Pepita Jimenez y Doñ Luz* de Valera, *El Escándalo y el Niño de la Bola* de Alarcón, *La Fé y Marta y Marta* de Armando Palacio, *De tal palo tal astilla* y otras de Pereda, *Los Pazos de Ulloa* de la Pardo Bazán, *La Regenta* de Alas, etc.

caracteres alarmantes de una epidemia, se fué agramando hasta constituir el agente más poderoso en la obra de la desnaturalización del hombre. Realmente parece á primera vista que debiamos hallar el colmo de la sensibilidad en aquellos místicos y extáticos que reconcentraban sus mayores energias en un punto luminoso—el amor á Diós—llegando á suprimir el proceso fisiológico para supeditar toda sus facultades y funciones al culto apasionado que su fé les inspiraba. Así, en efecto, lo parece y más si nos fijamos en que se hallaban dotados—unos por cualidad nativa, por determinismo orgánico, y otros por educación perseverante de su temperamento—de un aparato nervioso muy adecuado para percibir y retener las impresiones más sutiles, aún aquellas que por su aparente inmaterialidad no dejan casi ningún rastro en el sensorio.

Pero este ejercicio constante en un orden único de sensaciones, si desarrolló en esos iluminados una aptitud especial para inmergirlos en alucinaciones delirantes llevándolos hasta el éxtasis, hasta la absoluta soberanía de una percepción que borraba ú obstruia las demás funciones de relación entre el mundo externo y el sujeto, produjo á la postre un efecto contrario, mató la sensibilidad en su aspecto humano y limitó la fecunda actividad del sér á un solo trabajo del espiritu([36]).

([36]) Ninguna autoridad es comparable á la de Santa Teresa de Jésus para comprobar la percepción originalísima de que se hallaban dotados los místicos. Explicando á su confesor una de sus visiones, se expresa así: "Yo le dije que le veia (á Cristo.) Díjome que como sabía yo que era Cristo. Yo le dije que no sabía como, mas que no podia dejar de enten-

Abandonarse á Dios, entrar en un convento, irse á un retiro, á un bosque, á una cueva, á alguna ermita solitaria, era desligarse radicalmente del prójimo, olvidar, odiar ó despreciar á la humanidad y meterse en un sepulcro. El asceta era un muerto y entre los muertos y los vivos no debía existir siquiera la comunión de los recuerdos. La función de amar si no se amaba á Dios era indigna de la criatura,(37) La familia, los afectos más dulces y atrayentes, los lazos más íntimos, las inclinaciones más naturales eran estorbos que impedían las relaciones del hombre con el cielo. Los místicos eran misóginos, rasgo manifiesto de insensibilidad erótica, obtenida, cuando efectivamente existía, por el empeño sistemático de contrariar las leyes de la naturaleza.(38) Interesarse en las cosas del

---

der que estaba cabe mí y lo veía claro y sentía y que el recogimiento del alma era muy mayor en oración de quietud y los efectos eran muy otros que solía tener y que era cosa muy clara. No hacía sino poner consideraciones para darme á entender y cierto que para esta manera de visión á mi parecer no la hay que mucho le cuadre . . . "

Después agrega : " No es como presencia de Dios que se siente muchas veces, en espécial los que tienen oración de unión y quietud, que parece que en queriendo comenzar á tener oración hallamos con quien hablar y parece nos oye por los efectos y sentimientos espirituales que sentimos con gran amor y fé y otras determinaciones con ternura." *Vida de Santa Teresa de Jesus, escrita por ella misma, con una introducción aclaratoria por I. C. y Ck.*

(37) " En queriendo mirar alguna cosa particular luego se pierde Cristo." *Vida de Santa Teresa.*

(38) Este misogenismo de los místicos, si en alguna ocasión llega á producirse por la falta de ejercicio del órgano sexual,

mundo, alegrarse, conmoverse ante la felicidad á la desdicha ajena á propia, valía tanto como transigir con las debilidades terrenales, celestinas del pecado. La antigua España si en su totalidad no practicaba estas doctrinas, teóricamente simpatizaba con ellas, viendo en su ejercicio la última palabra de la perfección y la virtud. Hasta los reyes consultaban con místicos y ascetas los negocios más dificiles del Estado y de su conciencia individual. (39) El estoiscismo religioso fué, pues, el primer factor moral de aquella sociedad y el hombre, á fuerza de amar á Dios, dejó de amar al hombre. (40)

Y dejó de amarlo, en cuanto el misticismo es una forma más ó menos elevada, pero una forma al fin del

---

es un efecto, las más de las veces, de las mismas tentaciones que la abstinencia y la soldedad les aparejan. "En vez de renegar de sus propias flaquezas—como dice una eminente escritora que se precia de ortodoxa—reniegan de lo que inocentemente las causa, semejantes al borracho que descarga en el vino el reato de su culpa." EMILIA PARDO BAZAN, *Don Francisco de Quevedo con ocasión de un libro reciente. Nuevo Teatro Crítico*. Madrid, Julio, 1892.

(39) Véase la correspondencia entre Felipe IV y Sor Maria de Agreda en el interesante libro de D. Francisco Silvela.

(40) Nunca con mayor rázon pudiéramos repetir lo que el abate Mably expone en sus *Elementos de Moral:* "Si en vez de conducirme y elevarme hasta Dios haciéndome amar sus criaturas se me quiere hacer bajar del amor de Dios al amor del prójimo, temo mucho que se me haga un entusiasta y un iluminado. Mi imaginación se acalorará y mi razón llena de desprecio de mi mismo y de todo lo que me rodea, apenas si estará dispuesta á amar á su prójimo."

egoismo. Como instrumento de relación entre lo divino y humano venía á ser un goce inaudito, porque la visión, el éxtasis, lo producia de un modo intenso, según el testimonio espontáneo de los que apuraban sue delicias las cuales consideraban como un anticipo del Paraiso. Como fin, entrañaba un propósito de utilidad aplazada, de utilidad ultraterrestre, pues la salvación del alma era el negocio principal, el único oficio para el creyente verdadero([41]). Todos los demás sentimientos debian desarraigarse sino se ajustaban á tal aspiración cuya eficacia era mayor á medida que se

---

([41]) Después de hacer constar Mr. Irving Babbit que el español está especialmente dotado para la soledad y el aislamento, dice: " Y ese propio modo de ser del español, le ha impedido aceptar el nuevo ideal humano. Desde los tiempos de Moliére el hombre ha sustituido el culto de Dios por el de la humanidad, ó sea la apoteósis de si mismo en su capacidad colectiva; ha investigado minuciosamente su pasado, dando así nacimiento al espíritu crítico; se ha ocupado detenidamente de su comodidad y conveniencia para encontrar en esta mundo algún equivalente de su desvanecido sueño del Paraiso; y de tal modo el individuo se ha subordinado á esa gran obra común que casi ha perdido el sentimiento de su valer individual. Berthelot lo ha dicho: " el individuo representará menos en la sociedad del porvenir."

" El español se niega á identificar sus intereses con el interés de la humanidad. Está imbuido en el sutil egoismo, engendro de la religión medioeval, que desdeña las relaciones del hombre con la naturaleza, fijando tan solo su atención en el problema de su salvación *personal.* En otros tiempos era frecuente que un piadoso español defraudara á sus acreadores, dejando toda su fortuna en favor de su alma." *Luces y sombras, etc.*

hacía más impenetrable á cualquier afecto simplemente humano.

El empeño del místico era de pura disciplina religrosa, aunque Canalejas—contradiciendo un libro de Rousselot—no admite en absoluto que la fé exaltada fuese la causa directa y precisa del misticismo español, al que atribuye—buscando su génesis en la escuela de Alejandria, en Plotino, Lulio y Gabirol—caracteres francamente filósoficos.([42]) Lanzado por esa via crée ver en ese estado no la expresión excepcional, febricitante de espíritus morbosos, extraviados, que anulan voluntariamente sus energías para ingerirse de una manera inusitada en un ambiente superior, sino todo un método de psicología, un gran trabajo introinspectivo con propósito científico, el conocimiento propio, la labor porfiada sobre el yo como un medio preparatorio para llegar á la posesión completa de lo infinito y lo perfecto. Considerado así, no es el misticismo, como supone Rousselot, un episodio de la historia del catolicismo español sino el tributo del genio filosófico de España á la historia universal de la Filosofía.

Pero lo cierto es que los místicos españoles se hubieran espantado del empeño que el Sr. Canalejas y otros recientes investigadores les cuelgan, porque en el viaje que hicieron á través de sus visiones jamás se propusieron cargar esas alforjas. Aquellos séres de fé sencilla y temperamento apasionado, buscaban una satisfacción íntima, un fin de índole subjetiva extraño á todo

([42]) *Estudios de Crítica y Filosofía*, por D. Francisco de Paula Canalejas. Léase el articulo consagrado á *Las escuelas místicas en España.*

interés intelectual y sólo daban á la especulación científica lo que era indispensable—y eso de un modo inconsciente—para acercar su alma á Dios por la vía contemplativa. Su instrumento favorito era la oración que Fray Luis de Granada, autoridad decisiva en la materia, creía la más excelente y necesaria de las virtudes. Santa Teresa, Venegas, Malón de Chaide, Jerónimo Gracián, etc, no tuvieron otra idea. Sus obras no son productos de un trabajo cientifico, son himnos y reclamos á la Divinidad para unirse con ella por medio del amor. Buscaban á Dios atravesando sus conciencias sin pensar en problemas filosóficos que, lejos de servirles para su intento, hubieran tomado á sus ojos las formas abominables del pecado. Salvarse era su empresa capital y de Platón abajo lo despreciaban todo, y más la Filosofía.

Menendez y Pelayo cree también que á todo poeta místico precede siempre una escuela filosófica. (43) La afirmación en términos generales podrá ser cierta, si bien en España que es el país de los poetas místicos, nunca ha habido una escuela filosófica. "El misti-"cismo constitucional del español no es metafisico " sino moral. Santa Teresa ó San Ignacio no llegan "al estado de visión por el camino de las especula-"ciones filosóficas que estimuló á los alejandrinos. " Nada hay de inmediatamente común entre los disci-"pulos de Plotino y los de San Ignacio. La España "mística siente repugnancia por la Filosofia y las elu-

(43) *De la Poesiá mística*, discurso leido en la Real Academia de la Lengua Española.

"cubraciones de la metafísica no iluminan las páginas "de su historia."([44])

Examinemos ahora en sus resultados la extraña labor de ese agente poderoso que actuó de un modo tan directo sobre el pueblo español durante siglos. Las manifestaciones de la vida colectiva se hallan ligadas por una raiz común, y en las cuestiones de arte es preciso estudiar las ideas para explicarse bien sus formas. La exaltación religiosa tuvo por instrumento visible el misticismo que es la nota más aguda del alma del devoto. ¿Puede darse empleo más noble á nuestras facultades que la contemplación fervorosa de una causa suprema de todo bien y origen permanente de la vida? La función de amar es un gran elemento de disciplina y perfección moral; amar á Dios es como la dilatación del amor en lo infinito. Nos identificamos con él para identificarnos con todo; con su esencia y con sus obras. Pero ya sabemos que ascetismo el y misticismo son formas especiales de un solo anhelo el cual enturbia su pureza primitivo con el propósito de acercarse á Dios para alcanzar el cielo.([45]) I así vemos que cuando se habla de amor místico debe traducirse como amor propio, como afán de asegurar la eterna vivienda prometida por una consagración

---

([44]) OLIVEIRA MARTINS. *Historia da civilisacao ibêrica.*

([45]) No todos llegan al grado de desinterés y perfección que revelen estos versos:

Aunque no hubiera cielo yo te amara
Y aunque no hubiera infierno te temiera.

Si no hubiera una cosa ní otra no habria místicos ní aun creyentes.

perseverante al ideal ultraterrestre. El ente social, preocupado con este intento, cuya acción no interrumpado lo exime de las penas horribles del infierno y le garantiza los goces incomparables de la Gloria, se aparta de la colectividad, riñe con ella y se desliga de todo comercio natural que considera el mayor de los peligros para su anhelada salvación. Como el gérmen del pecado, por decreto ineludible de lo alto, vive en la conciencia, espiando el menor desliz para mancharla, el asceta se constituye en celador de sí mismo y pone en cada sentido un vigilante á fín de prevenir las ocasiones y matar el apetito. (46) Los escrúpulos in-individuales se convierten en causa de locura, ridícula ó terrible según el temperamento del paciente, llámese Torquemada ó Pedro Alcántara. Entonces

(46) Sería cosa de llenar volúmenes enteros si se emprendiera el trabajo de citar los hechos y los nombres de los ascetas españoles que, extremando su devoción, entablaron una lucha de atletas con las exigencias fatales de su organismo. Aquello de San Hilarión y los higos que con tanta gracia cuenta D. Juan Valera, no es nada comparado con le que realizó Pedro de Alcántara, un verdadero tipo en ese orden de ejemplares. Hizo treinta años de penitencia, pero, qué penitencia! Durante ese tiempo solo durmió hora y media cada noche y el resto de ella lo pasaba de pié ó de rodillas para que no le venciera el sueño. Comia una vez cada tres dias y en ocasiones pasaba hasta ocho sin tomar alimento. Andaba siempre descalzo, y su habitación era una celda de cuatro y medio piés de largo. Tres años estuvo en una casa de su Orden sin haber mirado la cara de ninguno de sus compañeros. ¡ Los conocía por el habla! Basta este rasgo para comprender hasta donde llega el hombre cuando renuncia á su propia naturaleza.

aparecen aquellas almas adustas que no hablan en nombre del amor sino en nombre del castigo, que confunden la justicia de Dios con las iras de su espíritu. Todas las fibras, aún las que mejor responden á los movimentos de la naturaleza, se paralizan su tan duros corazones y una piedad antipática y tremenda seca en ellos el manantial de la compasión y la ternura. El hombre vaciado en ese molde podrá ser una abstracción, nunca una conciencia. A sus ojos el valor de los hechos depende de la bandera que los cubre, porque lo bueno si no es obra de la fé debe repelerse, y lo malo es lo bueno si se invoca el nombre de Dios al practicarlo.(47)

Nada más curioso que los resultados en el arte y en la vida de esta moral abominable. El desinterés originario de la vocación va degenerando ostensiblemente y las inclinaciones contenidas concluyen por buscar su nivel en otro exajeración: el sensualismo. El prestigio espiritual de la cogulla engendró el poder social y político de las comunidades religiosas que explotaron su influjo acopiando inmensos intereses temporales y extremando tanto su codicia que la mejor parte de la propiedad territorial paró en sus manos, hecho que impuso en este siglo la desamortización de los bienes de la Iglesia como una condición necesaria y urgentísima para la vida económica de la nación. El resulta-

(47) "Ensoberbecida el alma con la posesión de Diós, llega á menospreciar el cuerpo y la personalidad humana hasta el punto de que todas las acciones le son indiferentes y el bien y el mal se presentan iguales á sus ojos." VICTOR COUSIN. *De lo verdadero, lo bueno y lo bello.*

do es contradictorio y lógico á la vez: á mayor suma de virtud, mayor suma de influencia; á mayor suma de influencia mayor suma de autoridad y á mayor suma de autoridad mayor suma de provechos. Y como la manera más expedita para eludir la lucha por la vida era entrar en un convento—que venía á ser una sociedad anónima contra la miseria—la población laica —y con ella el elemento productor—disminuyó de un modo extraordinario. El ejemplo de la holganza provechosa contagió á los otros órdenes sociales y al morir Carlos II. casi no había labradores ni industriales.(48)

Pero no se detienen aquí las consecuencias: hay que ver y pesar toda la inaudita cosecha del absurdo. Fué legítima gloria de los teólogos españoles en el concilio de Trento combatir la heregía luterana en nombre del sentido común agraviado por el dogma de la predestinación y de la gracia.(49) La libertad moral del hombre quedaba asegurada, la conciencia era responsable de sus determinaciones y la voluntad soberana de sus actos. Mas en la práctica, si hemos de creer á

(48) Así lo prueba con datos muy precisos el ilustre economista D. Alvaro Flores Estrada.

(49) Lainez y Salmerón se opusieron á la fórmula ideada por Cortarini para orillar el problema de justificación. Según los dos jesuitas españoles: "la justicia divina, cuya diferencia de la humana no puede negarse, no por ser distinta se separa del mundo en cuanto se revela por la fé y las obras. El hombre es gobernado simultáneamente por ambas, por un libre albedrio y por una predestinación coexistentes, coeficientes. Diós se revela en la fe y en las buenas obras cuyos méritos elevan á la gracia." OLIVEIRA MARTINS. *Historia da civalisacao ibérica.*

la literatura, que es el mejor vocero de las nacionalidades, suceden cosas muy opuestas. El alma española se enamoró del dogma sin las obras. Esto es un hecho. Bastaba creer para salvarse si al pecador se la dejaba un momento para afirmar su fé que era la primera, la única, á veces, y siempre la más aficaz de las virtudes. Una vida incorrecta, escandalosa, podia purgarse en un instante, en el supremo, si el culpable —más que por amor á Dios, por temor al infierno—dirijia sus ojos á lo alto. ¿Qué hay aquí sino el poder de la gracia sin el concurso del ejemplo? No tienen otra explicación el desprecio á las buenas obras y las incongruencias que se notan al comparar los resultados con los principios. De ahí nace la mezcla de barbarie y piedad que esos tiempos nos ofrecen, la contradicción de amar á Dios y detestar al prójimo si el prójimo era un hereje ó un infiel y la repulsión insensata que inspiraba todo lo que estuviese fuera del círculo de la fé católica, pues ni los personajes más elevados escapaban al odio teológico que es el más irreductible entre cuantos la falta de caridad suele engendrar en el corazón humano.[50]

La pura virtualidad de la creencia y su eficacia teórica en oposición á la práctica genuina del Evangelio, pro-

---

[50] El furor religioso más que el patriótico inspiró á Góngora su famosa diatriba contra Isabel de Inglaterra:

Mujer de muchos y de muchos nuera,
¡Oh reina torpe, reina no, más loba
Libidinosa y fiera.
Fiama d'il ciel sue la tue treccie piova!

Canción *Al armamento de Felipe II. contra Inglaterra.*

yectan una luz muy viva sobre ciertos actos originalísimos que registra la historia de España y hasta explican por qué los bandoleros andaluces se llenan todavía de escapularios y hacen promesas religiosas que cumplen al pié de la letra cuando sus depredaciones tienen un término feliz. " Raro es el caso en el "cual no se ven mezclados en los bandidos esos dos "elementos de crueldad y fanatismo que comunican "tan especial colorido á los tipos retratados en este "libro y sabido es de cuantas maneras la imaginación "fértil en recursos para justificar sus extravíos ha en-"contrado la protección de un santo ó de la Vírgen pa-"ra cubrir sus fechorías."(51)

Semejante estado de confusión fué traido por la fe escueta sin la práctica del bien y con ese traje se presentaba á los espíritus ignorantes que olvidaban la doctrina por el ídolo. En efecto, la exajeración de la fé dió vida al fatalismo, porque la comodidad de creer evitaba el trabajo de obrar y discurrir. "La duda es "el punto de partida del progreso."(52) Para progresar es necesario investigar y no hay investigación si no hay excepticismo. "Creemos porque ignoramos; "si conociésemos sabriamos."(53) "La ignorancia en-

---

(51) MORET y PRENDERGAST. *Prólogo á El Bandolerismo.* A este propósito consúltense los datos estadísticos de Mulhall en donde consta que los paises supersticiosos son los que dan mayor contingente al crímen. Italia y España van á la cabeza.

(52) BUCKLE. *Historia de la civilización en Inglaterra.*

(53) SANCHEZ CALVO. *Historia de la maravilloso positivo.*

"gendra la credulidad y ésta quita á los hombres la "aptitud de querer y comprender por su propia inicia- "tiva."([54]) Quien no quiére ni piensa por si mismo se entrega al azar, á lo ignorado, eximiéndose de contribuir, en lo que dependa de su voluntad, á la preparación de sus destinos. Este horror á la ciencia, á la investigación, al análisis llegó á su colmo en la memorable y vergonzosa exposición de los catedráticos de la Universidad de Cervera al rey Fernando VII, donde le decian: "Lejos de nosotros, Señor, la funesta manía de pensar." I el vicio histórico de creer sin discurrir no sólo obstruyó todo conato de cerebración en nuestros progenitores sino que dió origen al extravio moral que vengo señalando.

Veamos ahora como se refleja en el teatro. Que el sentido estético ha aprovechado en España esa concepción extravagante del destino para producir obras muy originales, es un hecho evidente. Yo no sé—porque hay cierta complejidad y hasta contradicción en el pensamiento generador de la obra—si en el desenlace de *La vida es sueño* se halla imbíbito el triunfo del fatalismo ó la libre voluntad humana.([55]) Aunque

---

([54]) BUCKLE. También Babbit nota la falta de curiosidad que aqueja al español: "Quien sabe" es la fórmula de su indiferencia intelectual y "No se puede" la de su fatalismo. La Iglesia ha mostrado una indulgencia especial hacia la ignorancia. El intelecto crítico del español ha sido tan comprimido y atrofiado por siglos de desuso que ha llegado á perder el sentido de su deficiencia. La educación es el último objeto que lo preocupa." *Luces y sombras* . . .

([55]) Menendez y Pelayo cree que *La vida es sueño* es anti-

el poeta parece desdeñar el influjo efectivo de la "estrella" y aunque uno de los pensamientos de la obra, según el insigue historiador de las ideas estéticas en España, se compendie en la antigua sentencia: *Vir bonus dominabitur astris*, el hecho es que la estrella no miente y que impone á la letra su decreto. Las canas del rey Basilio fueron alfombra del principe Segismundo y padre é hijo no pudieron eludir el fallo del destino.

Como si este ejemplo fuera poco, Calderón nos ofrece uno más decisivo y más immoral en otro drama, donde, esquivando la astrología, penetra en pleno dogma para justificar la fatalidad, santificándola. Eusebio —el héroe de *La devoción de la Cruz*—vive completamente convencido de que ésta ha de ampararlo en el momento supremo porque así se lo ha hecho saber una multitud de prodigios, y se lanza al crímen con la despreocupación del que tiene bien guardadas las espaldas. Roba, hiere, mata, es un bandido, un desalmado, pero no importa; al morir es conducido al cielo por los ángeles en virtud de su fé, de su adhesión meramente abstracta al signo redentor. Hay en el teatro español muchas obras movidas por el mismo resorte y en este siglo ha exhumado una moral paracida—adquiriendo immensa popularidad—el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla.(56)

---

fatalista, "pero con algunas manchas todavia de superstición astrológica." *Calderón y su teatro.*

(56) Si un punto de contrición
Dá al alma la salvación . . .

Dice el gran calavera encomendándose á la misericordia

El Condenado por desconfiado de Tirso de Molina—ejemplar muy interesante de fatalismo cristiano—desarrolla un pensamiento parecido. Paulo es un ermitaño que pasa dos lustros de su vida probando todo género de mortificaciones para ganarse el cielo. Lleno de escrúpulos acerca del destino reservado á su alma en la otra vida, interroga á Dios, el cual permite que el demonio le tiente diciéndole que su fin será el de Enrico, un facineroso napolitano cuya existencia es un tejido de maldades. Paulo espantado al principio con la revelación, reflexiona luego y dando por segura la pérdida de su alma se convierte en bandido y muere inconfeso. Por el contrario Enrico se arrepiente en el momento de ser ajusticiado y entra en la Gloria.

¿ Es fatalista la tésis de este drama ? Aunque digan lo contrario críticos muy respetables, así lo hacen suponer algunas proposiciones claramente enunciadas por el poeta([57]) si bien atenúa en parte esta opinión un aspecto muy especial de caracter del hijo de Anareto. Vive en el bandido napolitano el sentimiento de piedad filial que corrige en cierta forma las inclinaciones de su

---

divina en la hora de la muerte y, no obstante sus maldades, sube al cielo entre angelitos y luces de bengala.

([57])
Mas siempre tengo esperanza
En que tengo de salvarme,
Puesto que *no va fundada*
Mí esperauza en obras mías
Sino en saber que se apiada
Diós con el más pecador
Y con su piedad se salva.

Acto II., escena VIII.

feroz temperamento. Revilla encuentra en esta faz psicológica del protagonista la médula doctrinal del drama y dice que es una afirmación del libre arbitrio opuesta á las afirmaciones del determinismo luterano.([58]) Pero lo cierto es que Enrico no se salva por ser buen hijo sino por la aficacia momentánea de su fé. Su regeneración no es obra de la ternura filial sino del acto de creer realizado en el patíbulo. Además, aqui nos hallamos con la misma inconsecuencia que se observa en los dos dramas de Calderón antes citados : el destino de cada personaje—fijado *a priori*—se cumple en absoluto. De nada servirán á Paulo las excelsas virtudes de sus dias de penitencia en el instante mismo de liquidarlas'; la vida criminal no será en Enrico un obstáculo que le cierre las puertas de los cielos si se arrepiente en la hora más cómoda para él, en la hora de la muerte. De todas modos, el interés se debilita y la sensibilidad permanece impasible ante el absurdo. Creo, pues, que si el gran poeta cómico español tuvo un propósito crítico, más que contra las afirmaciones perturbadoras de los heresiarcas alemanes, lo esgrimió en forma indirecta contra los malos ejemplos que en casa florecian.

El fatalismo en el arte es un caudal fecundo de emociones ; pero si hemos de amar á sus víctimas es preciso que el artista creador atine á embellecerlas. La lucha tenaz, siempre entablada en el teatro clásico pa-

---

([58]) *¿ El Condenado por desconfiado es de Tirso de Molina?* Obras de D. Manuel de la Revilla publicadas por al Ateneo de Madrid. Madrid, 1883.—Revilla atribuye á Lope la paternidad de este drama.

gano, de la voluntad individual con el hado formidable, se achica y envilece cuando el hombre sucumbe sin porfía ante las preocupaciones extrambóticas que él mismo se ha creado. Comparemos si no la altura de estos dramas con los modelos del arte griego. En Orestes hay la sugestion natural de la venganza de un hijo á quien el hado coloca entre la madre y el amante, ambos adúlteros y asesinos. El acto vengador es horrible, pero lógico ; se explica aunque repugne. Edipo es el bienhechor de Tebas, al que una série de incidentes muy bien eslabonados, racionales si horrendos, trueca en incestuoso y parricida. La inconsciencia del héroe despierta la piedad del que lo juzga y la repulsión naturalisima que engendran los horribles episodios de su historia, no elimina el sentimiento de lástima profunda inspirado por la consideración de su impotencia ante el impulso irresistible que lo mueve. Aquí se explica la fatilidad por la accion de ciertas leyes imperiosas de la naturaleza humana.(59) Prometeo es

(59) "Se nota que el común de los hombres tiene mucha propensión á creer que existe una especie de fuerza superior que le conduce casi á pesar suyo, expresando esa idea vaga con las voces de suerte, destino, estrella, fatalidad, etc. Esta disposición general del pueblo lo acerca, á lo menos hasta cierto punto, al estado de los antiguos ; de donde nace que el poeta trágico puede aprovecharse de ese sentimiento, infundado y absurdo cuanto se quiera, pero que el cabo existe. Aún con más confianza aconsejaria yo valerse de esa inclinación general, mezclando habilmente el influjo del destino y la violencia de las pasiones, pues entonces pudiera lograrse á un tiempo presentar en movimiento las cuerdas del corazón humano y aumentar el efecto trágico con cierta

el símbolo de la rebelión del bien contra la fuerza, un verdadero filántropo condenado á purgar con crueles suplicios el amor que siente por los débiles. Son los tres personificaciones inmensas cuyas vicisitudes describen círculos tan amplios que parecen contener á la humanidad entera. El hombre de todas las edades establece un contacto permanente con esas grandes figuras del dolor y mira en ellas la reproducción de algún aspecto de su alma. (60)

---

oscuridad misteriosa é impenetrable que agrada mucho al hombre." MARTINEZ DE LA ROSA. *Anotaciones á la Poética.*—El duque de Rivas, con gran habilidad, supo aprovechar este resorte en su célebre drama *Don Alvaro ó la fuerza del sino.*

(60) Que los dramaturgos griegos poseian en alto grado no sólo el secreto de la expresión artística en la plenitud de su belleza sino que eran también éminentismos psicólogos, lo demuestra la habilísma manera conque sabían legitimar la emoción trágica convirtiéndola en lógica y humana. En Prometeo, especialmente, se impone ineludiblemente le honda simpatía inspirada por todo sacrificio que encierra un fin fecundo:

—"Yo libré á los mortales—exclama el titán—de ser precipitados, hechos polvo, en el orco profundo. Por esto me veo abrumado con tan fieros dolores, dolorosos de ver, lastimosos de sufrir. Movime á piedad de los hombres y no soy tenido por digno de ella, mas tratado sin misericordia."

Y el coro le responde:

—"De férreas entrañas será y hecho de dura roca quien no se ablande con tus quebrantos. ¿Quién no los hubiera visto que en el alma me duele verlos?" BRIEVA SALVATIERRA. *Las siete tragedias de Eschylo.*

Nótase á primera vista que en la tragedia esquílea hay un problema de interés humano, el sacrificio por al prójimo; en

Por el contrario, las tésis teológicas son muy poco pasionales y aunque el poeta, á fuerza de inventiva, logre dramatizarlas empequeñecen á todo el que como Paulo sólo se preocupa del enigma planteado por la posibilidad de salvarse ó condenarse. La ruindad del problema no es propia para producir las fuertes sacudidas que provoca el arte mediante la grandeza moral de sus creaciones. Nadie se siente atraido por personajes que son juguetes de risibles cavilaciones más que de contrariedades y desgracias positivas, y es empresa fatigosa penetrar en el laberinto de sus conciencias, donde el crímen y la devoción se dan le mano. Los que abrigan un concepto de Dios proporcionado á la

---

los temas teológicos de Tirso y Calderón no hay sino casos particulares de conciencia; el egoismo que lidia por su cuenta. Naturalmente, la emoción se restringe.

Pero esas tésis de interés permanente y tendencia cosmopolita son muy escasas en la dramática española. Alarcón es el que más frecuentemente entreteje ideas trascendentales en el organismo de sus comedias. En todo el teatro calderoniano sólo *La vida es sueño* nos presenta un pensamiento con horizonte universal. Segismundo al ver la realidad entre dos sueños la supone una mera ilusión de sus sentidos y se abandona á una duda pasiva y resignada cuyo alcance se expresa en el título del drama. Cuando el Principe de Polonia, corregido por la fragilidad de sus grandezas, dice que, "el vivir sólo es soñar" recuerda el "to die, to sleep" del principe de Dinamarca. Hay, sin embargo, en aquél la forzada conformidad que sucede al escarmiento, mientras que en el otro persiste atormentándolo el afán del análisis y con el afán del análisis la inquietud intelectual y la constante oscilación de las ideas. Hamlet es propiamente el psicólogo, mientras que Segismundo es el moralista.

sabiduria de su obra se indignan cuando le ven constituido en guardián y protector de vulgares delincuentes en cuyo obsequio trastorna los principios inmutables de la justicia y la lógica.

Antonio J. Sotillo.

III.

FRUTOS DEL FANATISMO—EL SANTO OFICIO—INSENSIBILIDAD COLECTIVA—LAS EXPULSIONES—PROPENSIÓN Á LA VIOLENCIA—COLOR SOMBRÍO DEL ARTE ESPAÑOL—SEQUEDAD DE SENTIMIENTOS—ALGO SOBRE EL REGIONALISMO Y EL TIPO NACIONAL.

He examinado, hasta el presente, ciertos elementos que al actuar sobre la sociedad española, crearon estados de conciencia muy originales, estados que, á su vez, recoge el arte para dorarlos con su brillo. La encarnación tangible de esa concepción siniestra de la vida que dió al alma nacional un perfil inalterable, halla su nombre en un tribunal que toma por guía el hilo teológico y somete á su jurisdicción no ya los actos manifiestos sino la intimidad más recóndita del sér. La religión, adulterada por el fanatismo y la codicia, de función individual se convertió en instrumento permanente de gobierno. Si la salud del alma era lo primero para el hombre, la salud de las almas había de ser el más esencial de los fines del Estado. La Inquisición respondió á un plan de higiene espiritual y, de paso, á un fin político por la convivencia dentro de la sociedad católico—española de dos pueblos igualmente aborrecibles desde el punto de vista religioso: moros y judios. Cultos diferentes los separaban del cristiano dominador y á las persecuciones de éste respondían, como era de rigor, con el odio, más profundo á medida que se guardaba más secreto. La ferocidad nacional que no se había hartado todavía con los crímenes de la

conquista de las Indias, los horrores del saco de Roma y las matanzas de Flandes vino á su propio suelo para repetir lo que ya había hecho en los judios, practicando una forma de exterminación sin sangre visible y dando el espectáculo inhumano de una inmensa tropelía que arrancó violentamente de su hogar á un pueblo desvalido. (60)

(60) Refiriéndose á la expulsión de los moriscos escribe Buckle, apoyado en el testimonio de escritores nacionales y extranjeros—principalmente nacionales :—" Muchos de ellos fueron muertos, otros maltratados y desbalijados y la mayor parte se embarcó para el Africa en la situación más lastimosa. Durante la travesia, la tripulación de más de un buque cayó sobre el pasaje, robando á los hombres, violando á las mujeres y echando al mar los niños. Los que sobreviviendo á sus desgracias desembarcaron en Berbería fueron atacados por los beduinos que pasaron un gran número á cuchillo. No tenemos un dato auténtico que fije el total de los que fueron sacrificados, pero autoridades en la materia afirman que en una expedición de 140,000 moriscos, perecieron más de 120,000," *Historia de la civilización en Inglaterra.*

En la expulsión de los judios sobre el pecado de la crueldad hubo el de la más negra ingratitud. Isaac Abarbanel y Abraham Senior, ambos israelitas tan ricos como sabios, prestaron á los Reyes Católicos el inmenso servicio de aprovisionar al ejército que sitiaba á Granada durante dos años, sin que como dice el Sr. Pierra, le faltase no ya lo necesario y lo útil sino lo supérfluo. " Y ¿ qué recompensa pedian Senior y Albarbanel por tan extraordinario servicio? Bien poca cosa ; pedian tolerancia y justicia para su raza, y tolerancia y justicia les fué prometida por Isabel, por esa Isabel, que, tres meses después de la rendición de Granada, con incalificable perfidia, burlándose de su promesa, pisoteando su real palabra, violando todos los derechos y ultrajando la justicia

Mas como toda colectividad homogénea, arrancada violentamente de su solar, deja algún sedimento en la sangre más ó menos adulterada de su prole, en los lugares donde asentó su pié durante siglos y en las tradiciones y leyendas que difunde la poesía como se esparce el polvo en el aire al sacudir un mueble viejo, resultó que la persecución contra el morisco y el judío no cesó con el destierro. El inquisidor rastreó al infiel

---

y los fueros más sagrados de la humanidad, firmaba aquel decreto de expulsión terrible y cruel, que en el término preciso é improrrogable de cuatro meses arrancaba de sus hogares á más de doscientas mil almas y sin permitirles sacar moneda, oro, plata y otras mercancías prohibidas, los arrojaba á playas extranjeras á morir en la miseria y en la desesperación . . . Entre esa muchedumbre de hombres, mujeres y niños apiñados en sucias carretas ó á pié, agobiados por el cansancio y más bien arrastrándose que caminando, iban también arruinados y pobres, los venerables ancianos Isaac Abarbanel y Abraham Senior, antiguo consejero de la pérfida Isabel, Rabb Mayor de las Aljamas hebreas y Factor General de los ejércitos conquistadores de Granada." FIDEL G. PIERRA. *Isabel la Católica ante el Tribunal de la Historia.*

Los que, parodiando á Quintana, culpen al tiempo de estas atrocidades, pueden convencerse de la perseverante tendencia española á la exterminación en grande escala, fijándose en lo que acaba de hacer Weyler con el aplauso de la nación. La muerte aislada de un cubano, por mucho que se multiplicara, era poca cosa para él, algo así como un entretenimiento parecido al de las matanzas de moscas por el emperador Domiciano. La obra maestra, la patente del desalmado mallorquin, lanzado sin bozal sobre Cuba por Cánovas del Castillo, ha sido la "concentración," procedimiento peor que el de las expulsiones, porque el concentrado, sin haber sido culpable del delito de rebelión, estaba condenado á mo-

en la ley de herencia, en la filiación genealógica, en ciertos resíduos que se le antojaban auténticos para que, á manera de virutas, alimentaran las hogueras. Y con los semitas réprobos iban también los reos de hechicería y los tocados de lepra luterana.

Puede suponerse hasta donde llegaría la organización policiaca que habria de responder al propósito exterminador de un tribunal sin misericordia y de una sociedad fanatizada. Hombres de piedad tan sincera y de vida tan correcta como Fray Luis de Leon y San Juan de la Cruz pasaron por los calabozos inquisitoriales; santas como Teresa Cepeda ó de Jesús tuvieron mey cerca el denigrante sambenito, un arzobispo de Toledo—Carranza—sufrió terribles persecuciones; un virrey del Perú—el conde de Alba de Liste—fué objeto de amenazas desde un púlpito en plena solemnidad religiosa y todo un monarca—Carlos II.—pasó por el ridículo á que le sometieron los frailes exorcistas. Nadie, ni el más alto ni el más humilde, pudo eximirse de arreglar cuentas con tales jueces ya fuera como acusador ó como víctima. El hermano debía denunciar al hermano, el hijo al padre, la mujer al marido, el

---

rirse de hambre ó de las enfermedades que engendra la miseria. ¡Horripila el número de ancianos, niños y mujeres que ha perecido por efecto de esa bárbara medida, cuyos terribles afectos sufrirá el país durante muchas generaciones! Este ejemplo prueba que la propensión histórica de la raza persiste en nuestros dias y exhibe mayor ensañamiento que en las épocas anteriores, logrando el General Weyler crearse una originalidad dentro del crimen, cosa que parecía imposible después de tantos horrores como ha presenciado el género humano.

criado á su señor. Al llegar á este punto todos los sentimientos naturales fenecian, no debiendo extrañarnos que Felipe II. sintetizara en una frase célebre, la falta de sensibilidad de su época y de su pueblo: "Si mi hijo fuese hereje, yo sería el primero en llevar la leña de su hoguera."([61]).

([61]) Para apreciar el valor efectivo que tiene la famosa frase de Felipe, sin necesidad de explicarla por la acción destructora del fanatismo religioso, no hay más sino fijarse en los actos de crueldad realizados por algunos reyes españoles en sus hijos y en los ejemplos nada edificantes conque éstos desmienten el amor y el vasallaje que deben al monarca como padre y soberano. Bastará recordar lo que hizo Leovigildo de su primogénito que hoy se venera en los altares; los sinsabores que D. Sancho el Bravo causó á su padre D. Alfonso el Sabio; las rebeldías de D. Enrique I Vel. Impotente antes de ceñirse la corona para obligar á D. Juan II. á prescindir de su favorito el condestable D. Alvaro de Luna; el mal trato que D. Juan de Aragón dió á su malogrado heredero el Príncipe de Viana; la conducta equívoca de D. Fernando el Católico con Doña Juana la Loca sometida por su orden á un bárbaro régimen de reclusión y aislamiento; el castigo que impuso el mismo Felipe II. al príncipe D. Carlos precipitando la muerte de ese joven infeliz; el que aplicó Carlos IV., á causa de la conjuración del Escorial, al que fué más tarde Fernando VII., etc.

De los disgustos entre hermanos y parientes no se hable. La historia relata monótonamente las guerras que por disputas de reinos, derechos y dominios sostuvieron los herederos de D. Fernando I. de Castilla; las discordias de D. Sancho IV. el Bravo y D. Juan el Tuerto; el despojo de que hizo víctima aquél á los infantes de la Cerda hijos de su hermano mayor D. Fernando; las matanzas de bastardos ordenadas por D. Pedro I. conocido por el Cruel; el asesinato de este rey cometido por el fratricida conde de Trastamara;

El auto de fé en forma de castigo á la discrepancia del pensamiento ajeno en materia religiosa, era una salvaje violación de la conciencia, pero como espectáculo igualó ó excedió á los mayores refinamientos de crueldad de los césares romanos. La presencia del rey y su corte, el concurso de la aristocracia y la muchedumbre, el desfile de las comunidades, cofradías, familiares, sayones y alguaciles, el bullicio, la curiosidad, todo convidaba á regocijarse con la escena. La multitud acostumbrada á estos horrores se educó en un olvido absoluto de la ley natural y del sentimento de caridad, de benevolencia que atrae al hombre hácia su prójimo.(62)

---

la sublevación del infante D. Alfonso, efímero rey de Castilla, contra D. Enrique IV.; el odio hipócrita que Felipe II. tuvo siempre á D. Juan de Austria, como lo evidencia el asesinato de Escobedo; la hostilidad entre Fernando VII. y el pretendiente D. Carlos de Borbón seguida de la primera guerra entre carlistas y cristinos y la participación del duque de Montpensier en la revolución de Setiembre de 1868 contra Doña Isabel II. su cuñada, hecho que dió orígen á su trágico duelo con el infante D. Enrique duque de Sevilla. Estos ejemplos de las familias reales españolas no han debido ser muy eficaces para que sus súbditos aprendan á respetar las leyes de la sangre.

(62) Aunque parezca el hecho inusitado es lo cierto que en la postrer etapa de esta centuria, los gérmenes de excepticismo y tolerancia que las ideas modernas han logrado introducir en la nación, limitan su influencia á ciertas clases y lugares. La población de la Península continúa fanatizada en su mayoría, conservando su odio tradicional hacia las otras religiones. Los protestantes apenas hacenprosélitos y tropiezan con mil obstáculos en su estéril propaganda. En la

El derrumbamiento de ciertas tradiciones no ha podido destruir ese gusto horrible que convierte el dolar ajeno en diversión no sólo del populacho sino también de las clases superiores. La conciencia social, ya desnaturalizada, vió desaparecer la hoguera, pero sin que por esto desaparecieran sus aficiones; el pueblo pedia aún el drama vivo, la sangre en la arena á falta de las cenizas del quemadero, el toro destripando al caballo, el matador hiriendo á la fiera; en una palabra, la emoción aplastante que produce la exhibición pública de la muerte en cualquiera de sus formas. La plaza de toros, monumental, siempre repleta, no reconoce otro motivo. Erguida seguirá mientras subsista la necesidad que la creó.

Con estos antecedentes, las figuras más características del espíritu español no son enigmas para la crítica moderna. Así como la aberración del sentimiento de lealtad monárquica explica en la escena á Garcia del Castañar y Sancho Ortiz, la concepción absurda del catolicismo explica en la historia á Torquemada, Felipe II, el duque de Alba etc, hombres piadosos y crueles que van al crímen por el camino de su fé. Al dilatarse la energía nacional en Europa y América, llevaba por norma la propensión nativa que despoblaba

---

gente rural y provinciana prevalece, con mayor fuerza aún, la hostilidad hacia el hereje. El que conozca este aspecto de la vida íntima española no debe repugnar por inverosímil el desenlace de la novela *Doña Perfecta* en donde la protagonista manda á matar á su sobrino porque escandaliza al levítico pueblo de Orbajosa con su impiedad de hombre moderno.

el suelo propio y secaba con pasmosa rapidez las fuentes de la inteligencia y el caudal del sentimiento. Esa es la manifestación capital de la locura española, porque en las naciones se observan las mismas enfermedades que causan un profundo desnivel en el sistema nervioso del organismo humano. Los desequilibrios que estudia la ciencia no ya en casos aislados sino en el proceso patológico de las familias ó generaciones que los recogen y reflejan, también se manifiestan en los pueblos y nos ponen al corriente de sus locuras que corresponden en mayor extensión á los casos de neurósis meramente individuales. Una lesión cerebral hace al demente, al extraviado. El órgano herido es orígen de una série de actos que incapacitan al sér como entidad consciente ó racional. Pues de ese mal están tocadas las sociedades en sus horas de crísis y, por lo tanto, la tarea del historiador ó el sociólogo es parecida á la del clínico que observa casos particularses como el otro estudia síntomas generales cuya naturaleza según se conforme ó no con las leyes de la razón, con las principios de la lógica, hace de un pueblo un organismo sano ó perturbado. Algunas veces la monomanía social es útil á los fines de la humanidad, como lo demuestran las Cruzadas—ejemplo del delirio religioso—que llevaron de Oriente á Europa gérmenes fecundos de civilización y cultura ; el movimiento expansivo hacia las tierras desconocidas iniciado durante el siglo XV—manifestación del delirio aventurero—y el periodo del renacimiento clásico exponente del delirio estético que contagió primero á Italia y después á casi todo el occidente de Europa. En la edad moderna la enferme-

dad se presenta con caracteres más definidos porque los pueblos alcanzan ya su completo desarrollo. Francia en el Terror, fué un caso de monomanía homicida. La guillotina, instrumento del odio político, era la expresión visible de la locura francesa. A poco la propensión cambia de forma y toma un aspecto que podemos relacionar con lo que se llama en el loco el delirio de grandezas. Las guerras napoleónicas no son el simple efecto—como muchos creen—de la ambición personal del gran emperador sino la resultante de la demencia colectiva, porque Napoleon no fue más que el traductor del sentimiento nacional enloquecido por el afán de las conquistas.

Inglaterra—que es, sin duda, la nación más equilibrada—es un caso de utilitarismo que corresponde á la monomanía de la codicia. Observando este vicio anglo-sajón comprendemos la falta de escrúpulos que en su política internacional demuestra la Gran Bretaña cuando trata de obtener, á costa de los otros paises, provechos positivos, que la hacen olvidar—no obstante el respeto y la eficacia conque su régimen interior atiende al derecho de cada cual—los principios de justicia y equidad. Pero el buen sentido de la raza ó, si se quiere, la clara percepción de su interés, corrige el apetito histórico, moderándolo con una sabia disciplina; siendo así que explota á sus colonias en el periodo de la infancia, mientras son simultáneas la colonización y la conquista. Después, cuando el salvaje deja de serlo ó el inmigrante se connaturaliza con la tierra, lo convierte en cindadano, en un inglés y le otorga cuantas garantias reclaman sus derechos.

La monomanía española es la inclinación á la violencia, el afán de imponer á todo trance lo que cree—sea racional ó no lo sea—como verdad definitiva.(63) La imposición oficial, por la fuerza, de la unidad católica empezó con Recaredo. Hasta el día anterior los arrianos constitúan un elemento vivo, de genuina cepa gótica, mas á partir de la conversión del rey debían ser, por este hecho, perseguidos, odiados, muertos ó, proscriptos. Lo mismo se hace con el hebreo y á su tiempo se hará con el morisco. La Inquisición cuidará, cuando llegue su turno, de destruir cualquiera manifestación que se oponga—siquiera sea como principio ideológico, no como viva realidad—á la ortodoxia tradicional de la nación. I una vez que el espíritu español se sienta poderoso, el régimen interno pugnará por hacese universal y traspasando las fronteras le veremos ir con Carlos V. á imponer por medio de las armas la heguemenomía del Papado á los herejes alemanes. Luego irá á Flandes con el duque de Alba para que los tercios y los inquisidores cumplan con sus respectivos ministerios. Por su lado Felipe II. convertirá toda Europa en un campo de batalla en nombre de la fé y así seguirá sucediendo hasta que desangrado y exánime el pueblo español, como consecuencia necesa-

(63) Puede heredarse ó no la tierra; la fortaleza física, la cultura, la historia se hereda siempre . . . Lo característico en esa historia (la del pueblo español) es el largo predominio de la violencia. Entre las naciones que constituyen verdederamente la civilización europea no hay ninguna en donde haya durado más." ENRIQUE J. VARONA. *El Bandolerismo*. *Revista Cubana*, Junio 1888.

ria de la increible aventura, purgue su error con la más espantosa descadencia.

El Quijote es la mejor filosofía de la historia de España. Lo que Cervantes concibió en abstracto, día, por dia, desde D. Pelayo, se ha venido realizando sin que ninguna de las contiendas estrafalarias de hidalgo haya dejado de tener su traducción en la historia. ([64]) El afán de imponer á toda prójimo la opinión de que Dulcinea era la más fermosa de las mujeres del universo sin enseñar siquiera su retrato, aunque éste fuera del tamaño de un grano de trigo, como demandaba el mercader, corresponde á la empresa peregrina de irse una nación por ambos mundos en busca de aventuras para que el hugonote y el indio, el luterano y el idólatra, el moro y el flamenco renunciaran de pronto á sus creencias y tomaran, con el hierro y las llamas por argumento decisivo, la que les endosaba su opresor. Los historiadores españoles refieren como cosa natural que, apenas desembarcado en Méjico, Hernán Cortés hizo trizas los ídolos aztecas—del mismo modo que el caballero andante los títeres del tablado de Maese Pedro—y celebran este arranque digno de un insensato y no de un héroe. ([65]) Las crónicas españolas están llenas de

([64]) Hay que distinguir, sin embargo: los procedimientos son iguales, pero la finalidad no es la misma. El hidalgo manchego sale al campo para buscar camorra á todo el mundo, mas no con el propósito exclusivo y materialista de conquistar ínsulas y reinos sino también con el de desencantar princesas y proteger doncellas, viudas y desvalidos, precisamente lo [illegible] contrario de lo que, al salirse de casa, han hecho sus paisanos.

([65]) " Los más principales de estos ídolos y en quienes ellos

episodios de esta clase que por su constante repetición á nadie maravillan como no maravillan al lector penetrado del estado mental de D. Quijote el encuentro con los yangueses, la batalla de los carneros, la provocación á los leones, la embestida á los molinos, el lance de los galeotes y otros divertidas escaramuzas del caballero de la Mancha. Al provocar y al imponerse con razón ó sin razón, con sus bríos ó su flaqueza, la patria del hidalgo obedece á su índole histórica que le dicta la violencia como norma y así se ha paseado por el mundo triunfante ó apaleada, pero siempre incorregible.

Este instinto terrible se revela, especialmente, en la conquista de América, que sorprende tanto por la audacia de los que la emprendieron como por la ferocidad que demostraron, primero al destruir á los conquistados y luego al devorarse ellos mismos.(66) Hatuey, Caonabo, Xicotencal, Guatimoc, Atahualpa no son las únicas victimas del drama; son, también victimas Vasco Nuñez, de Pedrarias, Olid, de Casas y Gonzalez de Avila ; Almagro, de Francisco Pizarro ; Francisco Pizarro, de Almagro el joven; Almagro el joven, de Vaca de Castro ; Blasco Nuñez de Vela, de

---

más fé y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los fice echar por las escaleras abajo." HERNÁN CORTÉS. *Cartas de Relación.*(II.)

(66) Los conquistadores transmitieron á sus descendientes ese vírus funesto que se va corrigiendo con desesperante lentitud. Al morir el dragón, sus dientes, como en el episodio mitológico, fueron la semilla de las inumerables revoluciones que han asolado la tierra americana desde Méjico á Patagonia.

Gonzalo Pizarro; Gonzalo Pizarro, de Gasca, y así tantos y tantos que pasan rápidamente del crímen al castigo. Primero la pugna con el indio, después la pugna por el botin.

En la vida vulgar se advertia, así mismo, esa absurda inclinación á la violencia. Era tan natural y corriente emplearla que no hay drama ó comedia del teatro clásico en que el hierro no tenga su papel. Los caballeros se embisten á cuchilladas sin saber muchas veces el orígen de la riña. Bastaba ver á dos individuos enredarse á cintarazos para que los transeuntes, por determinación improvisada, se pusiesen al lado de cada uno de los combatientes prescindiendo del motivo. I no se diga que los poetas fantaseaban á su antojo. Algunos de ellos probaron personalmente que no les eran desconocidos los lances y las estocadas de sus héroes. Calderón de la Barca fué acuchillado en el Buen Retiro. (67) Bances Candamo resultó gravamente herido en un desafio(68) y Quevedo mató á un caballero que ultrajó á una dama en su presencia. (69) El poeta satírico conde de Villamediana murió de una puñalada yendo en su carroza. La memoria de Moreto fué manchada, durante mucho tiempo, con la culpa del asesinato de Baltasar de Medinilla. Garcilaso de la

---

(67) Así lo refiere Pellicer en sus *Avisos*.

(68) CUETO. *Bosquejo histórico—crítico, etc.*

(69) A. FERNANDEZ GUERRA. *Obras de D. Francisco de Quevedo y Villegas*. El mismo Quevedo hirió á otro individuo en la calle Mayor, porque no quiso cederle el paso por la acera.

Vega perdió la vida en un asalto y Miguel de Cervantes quedó manco en la batalla naval de Lepanto. La costumbre imponía el uso permanente de la espada porque parecia indecoroso encomendar á la justicia ordinaria lo que debía resolver por su cuenta un caballero. Así la esposa infiel sucumbía á manos del esposo ofendido y el amante adúltero purgaba su delito con su sangre.

El rasgo original de España es haber prolongado la Edad media hasta siglo XIX. Repugna lo nuevo y el trabajo inteligente, pero se enloquece soñando con las glorias marciales de otros dias en que sus hijos recorrieron el mundo espada en mano. La entusiasman, principalmente, los hechos militares cuyas proporciones trágicas resultan más extraordinarias, aunque muchos de ellos sean fabulosos y tenga que explicárselos por medio del milagro. Nace este vicio de la depravación ética de la raza, de la falta de discernimiento, de sentido crítico, que es la más grave entre las deficiencias mentales de los españoles. (70)

---

(70) Los historiadores españoles, hasta aquellos que han escrito en nuestro siglo, admiten la intervención personal del Apóstol Santiago en las batallas de Clavijo y las Navas de Tolosa. En cada una de esas descomunales refriegas murieron ochenta ó cien mil moros y apenas si cayeron algunos castellanos. Estos disparates tienen cabida no ya en los establecimientos de enseñanza de inferior categoría, sino en las mismas universidades que, por su rango y seriedad, debían repeler tan ridículas patrañas. Lo más grave es que el pueblo vive satisfecho y confiado en esa atmósfera de optimismo quijotesco y se incapacita para prevenir catástrofes que, como las de Manila y Santiago de Cuba, lo aplastan sin corregirlo.

El arte sufre, el influjo de esta perturbación del intelecto. Los sangrientos descenlaces que idearon Lope, Calderón y Rojas venian á satisfacer las exijencias de un público que sólo se conmovía cuando la nota dramática se elevaba á la altura del asesinato. Era el mismo público del auto de fe, que buscaba en el teatro la aproximación de las terribles emociones gustadas por él en la realidad de otro espectáculo. La pintura es excesivamente ascética ó excesivamente trágica. Los monjes cadavéricos de Zurbarán, los santos descuartizados de Rivera armonizan con el gusto popular y hoy mismo se reproducen con todo su siniestro colorido en los cuadros de Gispert, Casado etc, donde la sangre corre desbordada. La emoción estética no se obtiene sin la hipérbole y el estímulo que no se abulta enormemente es incapaz de actuar sobre el aparato sensitivo.([71])

([71]) La pintura no ha perdido todavía el colorido tétrico que se observa en las obras de Zurbarán, Valdés Leal y el Españoleto. Los cuadros mejores ó más célebres que se han pintado en España durante el curso de este siglo, desarrollan argumentos sombríos que, á veces, cansan una impresión horripilante. Citaré el entierro de las víctimas del Dos de Mayo por Goya cuyo enérgico pincel ha trazado la escena con rasgos de verdad aterradora ; el testamento de Isabel la Católica en que Rosales pinta los últimos momentos de la reina y la muerte de Lucrecia en donde el mismo autor ha sombreado el lienzo con trágicas y vigorosas pinceladas. Gispert revive la escena de la decapitación de los comuneros de Castilla y el fusilamento de Torrijos y sus compañeros. El último de éstos cuadros reviste una grandeza dramática espantosa. Domingo ofrece en el suicidio de Séneca una muestra de realismo tan crudo que hace daño; Casado

Los sentimientos dulces no podían tener cabida en conciencias anestesiadas por el fanatismo y el desprecio á la vida, y, como es lógico, esta aridez moral se refleja en la poesía. Los poetas españoles de los siglos XVI y XVII se hallaban dotados de un verbo poderosísmo cuando tocaban temas heróicos y caballerescos, pero casi nunca conseguían expresar con naturalidad las emociones sencillas cuyo lenguaje alambicaban. Faltábales sinceridad y corazón, aptitud para despertar en ellos y llevar á los demás ciertas impresiones delicadas que acarician el espíritu como una brisa ténue y refrescante; faltábales aquel latir del alma, aquella pulsación interna que extremece al lector y al poeta con la misma sensación, que los identifica en la comunidad del propio afecto, sentido y provocado por el uno, aceptado y sentido por el otro como si la emoción sugerida fuera común para los dos.

"En todo el trascurso de nuestra literatura—dice "Zeda en sus *Impresiones literarias*—([72]) desde sus "comienzos hasta muy entrado el siglo XIX, apenas "si se encuentra no una composición entera, pero ni

---

amontona cabezas recien cortadas en la Campana de Huesca; Pradilla ha reproducido á Doña Juana la Loca viajando con el sarcófago de su marido; Muñoz Degrain exhibe el triste episodio de la muerte de los amantes de Teruel; Pinazo los últimos momentos de D. Jaime el Conquistador; Moreno Carbonero en la conversión del duque de Gandía nos presenta el cadaver de la emperatriz Da. Isabel y Luis Jimenez ha hallado asunto en un hospital para la más notable de sus obras.

([72]) D. Francisco J. Villegas, á propósito de *Dolores* de D. Federico Balart.

"siquiera un fragmento de poesía íntima y personal.
" El subjetivismo, no siendo el religioso ó puramente
" erótico, es fruto exclusivo del tiempo presente. Nues-
"tros antepasados casi nunca nos hablan de sus des-
"dichas privadas, á excepción de las amorosas más
" fingidas que reales y rara, rarísima vez, nos hacen
"verter lágrimas. Nos conmueven si, hondamente,
" como Rodrigo de Caro, mostrándonos las campos de
"soledad en donde fué Itálica, ó como Calderón pre-
" sentándonos el gran desengaño de la vida, ó como
" Cervantes haciéndonos ver el contínuo vencimiento
" del ideal, ó como Quevedo burlándose de las malda-
" des de los hombres ; pero las ternuras del corazón,
"los pudores del sentimiento, los delicados matices de
" nuestros sueños, el dolor íntimo que tiene por teatro
"el estrecho recinto de nuestro hogar ó los misteriosos
" abismos de la conciencia, todo eso que es hoy fuente
" de inspiración para el poeta, campo de estudio para
" el psicólogo, tesoro inagotable para el novelista, falta
" casi por cimpleto en nuestros escritores de los siglos
" pasados. Garcilaso en sus églogas, y en alguna de
" las suyas Lope, por ejemplo, la titulada *Amarilis*,
" expresan con viveza y sinceridad los tormentos del
" amor desgraciado ; Fray Luis de León nos comuni-
" ca la serena tranquilidad de su espíritu ó nos deja
" entrever las venturas celestiales por él soñadas ;
" Fray Juan de la Cruz parece como que nos guía hasta
" aquel centro profundo *en donde se oye la respiración*
"*de Dios;* Rioja nos pone delante de los ojos las vani-
"dades de la vida como hojas marchitas de flores des-
"hojadas y el autor de la *Epístola moral á Fabio*, en-

"cierra en sus famosos tercetos graves y profundas re-
"flexiones; pero es lo cierto que ninguno nos hace
"llorar. Quizá sea Jorge Manrique el único de los an-
"tiguos poetas que nos llega al corazón. Por regla
"general los epístolas elegiacas, las églogas lacrimosas
"y los patéticos idilios de otro tiempo son pura pala-
"brería y fría retórica. La causa principal de esta
"frialdad es, sin duda, lo insignificante y pequeño que
"el hombre se consideraba en presencia de los grandes
"ideales que iluminaban su conciencia. Cuando todo
"se sacrifica en aras de la patria, los quebrantos par-
"ticulares sólo arrancan á los labios del que sufre el
"fiero grito: ¡ No importa ! Cuando se tiene fé ver-
"dadera, el dolor de los dolores, la pérdida del hijo
"amado, deja de ser una gran desgracia; la muerte
"es, entonces, una separación momentánea . . .
"hasta sería una especie de impiedad la aflicción ex-
"cesiva. Sólo siendo esto así se explica la insensibi-
"lidad que se advierte en nuestra literatura anterior al
"siglo XIX. A veces la ausencia de toda ternura
"llega á lo inconcebible, como se advierte en aquel D.
"Francisco Benegasi que habiéndole el rey regalado
"una carroza y miértosele en el mismo día una hija,
"escribia los siguientes versos:

Murió la niña, importante
Será enterrarla esta noche,
Porque si sabe que hay coche
Resucitará al instante.

"Esto, como dice D. Leopoldo Augusto del Cueto,
"no necesita comentarios."([73])

([73]) He recibido estas lineas, cuando la presente obra esta-

Es evidente que hay excepciones, como algunas de las que apunta el Sr. Villegas, pero la ley general es que los poetas castellanos no conmueven, no despiertan afectos suaves y sencillos. La cuerda de seda no existe casi en sus liras. El factor íntimo desaparece ante la invasión de elementos ficticios que dan vida á una especie de conciencia adventicia en el poeta. Sobre el hombre gravitan, imponiéndose, los errores de su educación, los hábitos creados por las preocupaciones religiosas y políticas, el concepto extraviado de sus fines y, como debe suceder, la personalidad humana se mistifica, se desmiente. Al contradecir el sér —adulterado por obra de tanta ficción disparatada— las leyes naturales, desaparece la base auténtica de sus afectos y sería inútil pedirle la verdad, la espontanei-

---

ba muy adelantada, por conducto del erudito escritor D. Vidal Morales. También el poeta Nuñez de Arce en carta dirijida al Sr. Balart, abunda en las mismas opiniones: "No recuerdo—dice—en la poesía castellana, que no sobresale ciertamente por la ternura, una composición comparable á *Resignación* que es, á mi juicio, la nota de dolor más agudo y más intenso en la lírica española contemporánea. ¡ Compadre ! Cuando se escribe una poesía como esa puede uno quedarse tranquilo."

Posteriormente he leido un trabajo del Sr. Menendez y Pelayo en donde declara le que sigue : "La nota elegiaca pura rarísima ves suena en la poesía castellana y aun puede decirse que en toda la literatura española salvo Portugal. No trataré de discutir si es superioridad ó inferioridad de raza ; lo cierto es que somos poco sentimentales y, aun si se quiere, duros y secos. Ni aquel género de sentimiento que parece va envuelto en la misma sensación física y que en algún modo la depura y realza, ni aquella otra aspiración ine-

dad del sentimiento. Los más grandes artifices de la poesía castellana se han limitado á trabajarla como un tema, si exquisito, de pura convención, no como un instrumento del alma emocionada, y muy pocas veces han logrado sentir directamente la naturaleza que, casi siempre, ha sido un arcano para ellos. Rara vez logran producir la vibración simpática que hace palpitar el verso como palpita la fibra nerviosa solicitada por una sensación y generalmente se fijan en el aliño, en la exijencia de la forma, esquivando ú olvidando la idea y el sentimiento.

Pero, hasta ahora, me he referido únicamente á lo que llamo poesía castellana para abarcar con un calificativo las obras en verso de todos los que, en diferentes comarcas de la Península, han escrito dentro del la comunidad del idioma, porque habría que decir

---

fable que se pierde en vagos ensueños y cavilaciones para acabar las más veces por sensibilizar lo espiritual en vez de espiritualizar lo sensible, tienen cuna y progenie en España. Ni la musa de Tíbulo y Propercio, ni mucho menos la de Lamartine, son las nuestras." (*La España Moderna*, Diciembre de 1895.)

La Sra. Pardo Bazán, dice en un artículo muy reciente: "Lo menos humano en las letras españolas hasta nuestro siglo es, sin duda, la poesía lírica. Por lo seca parece un erial; por lo afectada y retórica un jarrón lleno de hojarasca trapera y floripones de papel de trapo. En vano buscaríamos desde el blando y aromado Villegas hasta Herrera el magnificente y broncíneo, un grito sincero, un suspiro hondo, un clamor salido de las entrañas, lo que debe entenderse por lirismo."

Los críticos españoles, al fin, vienen á darse cuenta del fenómeno, pero no se atreven á estudiar las causas.

algo, aunque de paso, respecto á las literaturas regionales.

Sin exajerar el principio que ve en el arte un producto de la vida histórica combinada con los elementos físicos de un pueblo, es necesario convenir en que la literatura española refleja condiciones muy marcadas de topografía y de clima. En los poetas líricos propiamente castellanos se revela una rigidez magestuosa que trae á la mente, con bastante aproximación, el aspecto monótono y adusto de las llanuras de Castilla. Yo no acierto á explicarme sino por la invariable ley de la excepción como la fantasía exuberante de Zorrilla brotó de esa tierra desolada que, á juzgar por su aspecto, solo debe producir espíritus opacos en armonía con sus campos sin verdura y sus tétricas ciudades. Todo habla en su suelo de la decrepitud de la naturaleza y de una raza : el vetusto caserío, la campiña pelada, interminable; el labriego empobrecido y taciturno. Al dejar las perspectivas pintorescas de las provincias septentrionales, se hace aún más aguda esta impresión de árida tristeza que persiste y se aumenta por la uniformidad inexorable del paisaje. En cambro, los andaluces en contacto con una luz alegre y con las creaciones deslumbradoras del arte musulmán, son los que han dado á nuestra lengua sus vestiduras más lujosas. Allí la imaginación se excita facilmente y es más apta para imprimir á la poesía el intenso colorido que llega en Góngora al absurdo. El que visita la Aljama de Córdoba, el Alcázar de Sevilla ó la Alhambra de Granada experimenta el mareo de la retina ante aquella visión fantasmágorica de arabescos y co-

lumnas y comprende, mejor que otro cualquiera, la tendencia al desequilibrio que se nota en la fantasía de los poetas andaluces. Los catalanes, manejando una lengua tan expresiva como dura, muestran en sus cantos la áspera virilidad de su caracter. Un escritor de esa región dice que "las cualidades predominantes del "catalanismo literario son la ordinariez, la dureza, el "vigor y la energía. El bloque ligeramente desbas-"tado de la literatura catalanista, muestra aún el "color de las estratificaciones areniscas de la roca y "tiene aún el color de la arcilla del terruño del cual "acaba de arrancarse."(74) Contradiciendo una opinión del Sr. Canalejas,(75) la literatura catalana ha conseguido abrirse paso y dado celebridad á algunas obras que han impuesto su traducción al castellano; pero no ha vencido la falta de elegancia y distinción que el Sr. Gener apunta en las líneas anteriores. Cataluña, aunque cultiva el arte, no puede constituir un pueblo artista. El hábito industrial la absorbe demanado para que le sea facil conseguir la absoluta compenetración de su actividad vulgar y práctica con el ideal vaporoso de lo bello. Esta apreciación no contradice el hecho de que haya producido á dramaturgos como Guimerá, pintores como Fortuny y escultores como los hermanosValmitjana; pero es cierto que la atmósfera artística no existe en el alma del pais. Sucede al catalán lo que á los norte-americanos

(74) POMPEYO GENER. *Heregías.*

(75) Afirma este escritor que el renacimiento de la poesía catalana "con su antigua y peculiar inspiración es una utopia literaria." *Estudios de Crítica y Filosofía.*

quienes, á pesar de su gran civilización, aún no saben presentar el lado bello de los cosas.

La poesía gallega, es siempre quejumbrosa. Como el dialecto carece de vuelo y más parece un arrullo que un idioma, traduce muy bien la apacible condición de esa comarca rica de nieblas y de paisajes melancólicos. La amarga tristeza y el fondo de sentimentalismo que se advierte en la musa gallega son atribuidos por el publicista portugués Pinheyro Chagas á la idiosincracia de la familia celta cuyos restos viven esparcidos en distintas localidades europeas, conservando su perfil de raza, no obstante la uniformidad que las instituciones modernas intentan imprimir á los diversos elementos que hoy forman las naciones.

" Principalmente en las poesías gallegas—escribe— " D. Manuel de la Revilla—la melancolía es la nota " predominante. Bajo aquel cielo brumoso, á orillas " de aquel mar agitado, en medio de aquella natura- " leza tan bella como triste, la raza gallega oscurecida, " abandonada y menospreciada sin razón, se siente do- " minada por una pasión exclusiva, el amor á la patria " gallega, la nostalgia del país natal y una como som- " nolencia melancólica que hasta en las poesías amoro- " sas se revela. Sus cantos son el eco lastimero de un " pueblo pobre dulce, abandonado y triste, sin otro " sentimiento que el que le producen las brumas del " cielo y las brumas del alma."(76)

---

(76) *La poesía portuguesa.* Consúltese, tambien, por la profundidad analítica que revela, lo que acerca de Pondal,

En realidad, la poesía gallega no es más que una derivación de la portuguesa. Si el mapa de Europa se trazara atendiendo á la filiación antropológica de los pueblos, las lineas que marcan sus fronteras sufrirían violentas rectificaciones y sería muy distinto lo asignado al francés, al alemán, al inglés, al eslavo, al español y al italiano siempre que la distribución se hiciera con datos precisos de lo que es propiamente francés, alemán inglés, español, eslavo ó italiano. Muchos elementos que hoy se miran como enemigos habrían de reconocerse como hermanos por la sangre y el orígen ya que no por los intereses que ha creado la necesidad del equilibrio en las relaciones de los pueblos. El normando del norte de Francia podría tender la mano á la rama desprendida de su tronco que hoy forma el patriciado de Inglaterra. El celta de Irlanda hallaría en el centro y mediodía de Europa ejemplares disgregados de su vieja familia. El alsaciano reconocería su progenitor en el alemán aborrecido y el marsellés estaría más cerca del griego que del franco.

En España, no obstante la comunidad de la bandera, la centralización politico—administrativa y el uso generalizado y oficial del idioma castellano, el aspecto físico y moral de los reinos medioevales prevalece con rasgos muy enérgicos. Nadie sabe hasta que punto

Rosalía Castro de Murguía y otros poetas gallegos ha escrito la Sra. Pardo Bázan en el libro titulado: *De mi tierra.*

Las condiciones que observa Revilla se esbozan en la Edad Media. Menendez y Pelayo inserta en su *Antologia* muchas composiciones de ese caracter tomándolas del *Cancionero de la Vaticana* y del de *Colocci Brancuti.*

pueden llamarse compatriotas un andaluz y un catalán, un valenciano y un gallego, un extremeño y un euskaro. Como en unos predomina el sedimento celta, el gótico en los otros, en aquellos el latino y el berberisco en los demás, el acento cuando no la lengua, las costumbres, los trajes, la estructura física, los alimentos, el caracter varían de un modo radical, al extremo de que sin la bárbara disciplina de la monarquía absoluta, sin los graves castigos impuestos por Carlos I., Felipe II. y Felipe V. la España actual sería muy semejante al imperio abigarrado de Austria-Hungría.

El renacimiento del regionalismo que ha tomado la literatura en Cataluña y las Provincias Vascongadas como punto de partida para reivindicaciones de mayor alcance, es un síntoma cuyos resultados hemos de ver muy pronto. Ya he dicho que algunos escritores catalanes han impuesto la traducción de sus obras al idioma castellano. No hace mucho tiempo, en el Ateneo de Barcelona hubo gritos y golpes á causa de la lengua en que habia de leese el discurso inaugural. Lo Centre Catalá se refiere al gobierno y las cosas de Madrid como si se tratara de algo, más que extraño enemigo de las aspiraciones naturales del antiguo Principado.[77]

Menos ruidosos, pero más efectivos en sus manifesta-

[77] Como poetas y escritores Cabanyes, Rubió, Balaguer, Verdaguer, Serafí Pitarra, Narciso Oller, José M. Guardia, Valentín Almirall, Pompeyo Gener y otros tienen casa aparte del solar castellano. Algunos de ellos tratan á España con más severidad que Buckle.

ciones, los vascongados acentuán su divorcio con relación á las demás regiones de la monarquia, y este divorcio se agrava porque los euskaros están unidos solamente por un mero parentesco de afinidad con el resto de los españoles y su idioma completamente original y autónomo les permite crear una literatura muy pobre si se quiere, pero desligada en absoluto de Castilla. Quizás por estas causas el Sr. Pi y Margall con admirable previsión, que sus ciegos paisanos califican de locura, quiere adelantarse al cataclismo creando una federación destinada á contener el movimiento disolvente y á dar satisfacción á las aspiraciones regionales.

Velviendo á Galicia, debo consignar que es tierra portuguesa más que castellana. Su dialecto encaja mejor en el idioma de Camoes que en el de Cervantes, siendo común á portugueses y gallegos el estado de original melancolia conocido con el nombre de "saudade" cuya expresión caracteristica es la nota "profunda ou sentimental" que Oliveira Martins atribuye al genio lusitano. Este ejemplo, como otros muchos de su clase, prueba fácilmente que la geografia de las naciones suele estar mal delineada por la diplomacia y la conquista y que el factor étnico y la colocación histórica de un pueblo no siempre se armonizan y completan.

Pero estas reflexiones hasta cierto punto se hallan fuera de mi objeto. Al hablar de España es preciso referirnos á Castilla como la región engendradora del tipo nacional y como la resultante indiscutible de las selecciones seculares que han dado una fisonomía defi-

nitiva á la sociedad peninsular. Los elementos regionales se subordinan á su influjo y, léjos de dar color á la vida política española, de buena ó mala gana reproducen el de la comarca directora. La organización centralizada de todos los resortes que se mueven al influjo del gobierno y los partidos y el cebo de una burocracia que recluta su averiado personal en todas las provincias, vienen siendo, desde la implantación del sistema parlamentario, los continuadores de la obra iniciada al finalizar el siglo XV. por Fernando é Isabel. La corrupción ha sustituido á la violencia.

El predominio de Castilla es, pues, el que ha prevalecido por razón del caracter y el idioma y por ser obra suya la creación del gran imperio colonial que fue orígen del inmenso poderío y tambien de la irremediable debilidad de la nación. Desde entonces toda obra que se emprende lleva un sello exclusivamente castellano y el papel de los regiones se reduce al de colaboradoras deslucidas que, si no han perdido el nombre, han perdido su antigua y peculiar iniciativa. En lo que atañe á la literatura esa preponderancia tiene que ser más acentuada y, por lo mismo, tomaré del parnaso castellano los ejemplos adecuados al objeto de este libro.

Antonio J. Sotillo

SEGUNDA PARTE.

RESUMEN.

IV.

LA EDAD MEDIA—RUDEZA DE SENTIMIENTOS—INSUFICIENCIA ARTÍSTICA—ESPEJISMO MENTAL—EL ARCIPRESTE—POESÍA MERCENARIA—POETAS ERUDITOS—CONVENCIONALISMO Y ARIDEZ AFECTIVA—EXCEPCIONES: RODRIGUEZ PADRÓN Y JORGE MANRIQUE—DUDAS ACERCA DE LA ORIGINALIDAD DE LAS COPLAS—JUICIO SE ÉSTAS.

V.

INFLUJO ITALIANO—INVEROSIMILITUD PASTORIL—GARCILASO DE LA VEGA—MELANCOLÍA Y TERNURA—COMPARACIÓN DE TEÓCRITO CON GARCILASO—FRANCISCO DE LA TORRE—PSICOLOGÍA ARTÍSTICA—LOS POETAS MÍSTICOS Y LOS AFECTOS ABSTRACTOS: FRAY LUÍS DE LÉON Y SAN JUAN DE LA CRUZ—HERNANDO DE HERRERA—PASIÓN IMAGINARIA—EL SENTIMIENTO EN LA POESÍA DOCENTE—LA EPÍSTOLA MORAL Á FABIO Y LAS SILVAS DE RIOJA—PARALELO ENTRE LA ELEGÍA Á LAS RUINAS DE ITÁLICA Y LAS COPLAS DE MANRIQUE—QUEVEDO—EL CHISTE EN ESTE AUTOR—DEPRAVACIÓN DEL LENGUAJE POÉTICO: GÓNGORA—INEPTITUD DE SU ESCUELA PARA INTERPRETAR EL ALMA—EPOPEYA—SU ESTERILIDAD EN ESPAÑA—ERCILLA—COMO SINTIÓ LA NATURALEZA DEL NUEVO MUNDO—LO PATÉTICO EN LA ARAUCANA—LA OBRA DE LA CONQUISTA.

VI.

PERSISTENCIA DEL CARACTER ESPAÑOL — DECREPITUD, ATRASO É IGNORANCIA—INFLUENCIA TRANSPIRENÁICA —POBREZA DE IDEAS—IMITACIÓN—PASIÓN POR LOS TOROS—DECADENCIA MORAL—ARTE INSUSTANCIAL É INEXPRESIVO—SENSIBLERÍA—CIENFUEGOS Y MELENDEZ—RIGORISMO CLÁSICO: MORATÍN (HIJO)—QUINTANA —NUEVO HORIZONTE—ALTRUISMO—IRA PATRIÓTICA.

VII.

ESPRONCEDA—DUDA FILOSÓFICA Y SENTIMENTAL—MORAL DE LO BELLO—TERESA—ZORRILLA—REACCIÓN—EL OJO Y EL OIDO—CAMPOAMOR—VARIEDAD DE ESTÍMULOS—BECQUER—POESÍA SEPTENTRIONAL—NUÑEZ DE ARCE—TEMPERAMENTO CONTRADICTORIO—SUS IMITACIONES—EL IDILIO.

IV.

LA EDAD MEDIA—RUDEZA DE SENTIMIENTOS—INSUFICIENCIA ARTÍSTICA—ESPEJISMO MENTAL—EL ARCIPRESTE—POESÍA MERCENARIA—POETAS ERUDITOS—CONVENCIONALISMO Y ARIDEZ AFECTIVA—EXCEPCIONES: RODRIGUEZ PADRÓN Y JORGE MANRIQUE—DUDAS ACERCA DE LA ORIGINALIDAD DE LAS COPLAS—JUICIO SE ÉSTAS.

Buscar las condiciones que he venido investigando, esto es, una expresión auténtica de la sensibilidad en la poesía castellana, si en cualquier período de la historia de España es empeño trabajoso, en los siglos medios es un propósito sin éxito. Las manifestaciones más delicadas del espíritu—y el sentimiento es la que más se pronuncia como tal—necesitan un arte adulto, una poesía ya sazonada que se nos presente en fruto y no en semilla. La Edad Media, como dato psicológico y como expresión artística, es la segunda infancia de la humanidad. Caracterízase por una confusión bastarda de instintos heroicos y móviles groseros. No es posible encontrar en ella nada que sea definitivo y homogéneo; es un cuadro de composición vacilante en donde se esbozan los colores indecisos de una nueva civilización junto á las huellas medio borradas de la antiguedad. Se rompe con el pasado y no se acaba de engendrar el provenir. Hay en ella un inmenso material desordenado cuya organización armoniosa corresponde á los siglos posteriores. El arte es deforme y rudo. Unicamente la arquitectura, por la

densidad abrumadora de sus masas y el esfuerzo físico que representa, se adapta á su carácter de bárbara grandeza. La pintura se resuelve en líneas pronunciadas y contornos angulosos. Muchos ven en la actitud de regidez beatífica que revelan las figuras pintadas en el período pre-rafaelista, una expresión de arrobamiento, pero quizás el efecto proceda no del fervor sino de la inexperiencia del artista. La escultura, tosca é inexpresiva, hállase apegada exclusivamente al ideal religioso y divorciada de la vida civil. Los idiomas son aún instrumentos rebeldes al pensamiento, siempre que éste, alzando el vuelo, se aparta de la materialidad que lo rodea. Cuando se escribe sobre asuntos elevados es preciso recurrir al latín, porque el romance infantil y tartamudo carece de flexibilidad para lanzarse á los arriesgados ejercicios de las ideas cada vez que un objeto superior las solicita. La poesía no canta, balbucea. Sólo en Provenza y principalmente en Italia—que ha sido un milagro de precocidad intelectual—se desmiente la ley común á los demás paises europeos.

En España—aparte de los esfuerzos que hizo en habla gallega durante el reinado de D. Alfonso el Sabio—el arte poético prolongó su infancia hasta muy entrado el siglo XV., cuando empieza á brillar una gran aurora para el espíritu humano, cuando la Edad Moderna está en la puerta. Mientras la poesía, con su ingenuidad primitiva, refleja fielmente los sentimientos de donde emana, es viril, pero inarmónica. Los documentos literarios de entonces sirven con preferencia de asunto al trabajo del filólogo y ya esto demuestra su

inutilidad para el presente estudio en el cual se buscan organismos desarrollados y no fetos.([78])

Concedamos todo el valor histórico que se quiera á las leyendas pueriles que entretuvieron á una parte importantísima del género humano durante muchos siglos de civilización deficiente, pero no les supongamos valor literario, salvo al tratarse de algunos contados ejemplares que si nos maravillan es, precisamente, por su rareza.

Alguien ha dicho que en la Edad Media, el hierro estaba en las corazas y que hoy, por el contrario, está en los corazones, consideración que se disculpa por la perspectiva supuesta, convencional, que esa edad lejana y pintoresca ofrece á los ojos que la aman. El hombre siente una inclinación irresistible hacia lo que fué en virtud de la conocida falacia que le muestra el pasado, ya inasequible, más hermoso que el presente cuya realidad se halla á la vista.([79])

([78]) "La planta lírica era demasiado tierna para que no la helasen los ásperos cierzos de las Edad Media. . . ." MENENDEZ Y PELAYO. *Antología de poetas líricos castellanos.*

"Cuando se examina la literatura de los siglos medios, no es, ciertamente, el aspecto literario ó artístico el más importante; por lo general son otras las miras, otro el intento de los que se proponen recoger, ilustrar y examinar esos preciosos restos del saber y de la historia de nuestros antepasados." PEDRO J. PIDAL. *Prólogo al Cancionero de Baena.*

([79]) "Por una contradicción harto frecuente en la historia de la humanidad, hay que buscar en una época calificada de bárbara, la sensibilidad, el entusiasmo religioso, el amor caballeresco, el culto del honor, fuentes inagotables de poe-

La poesía vive de recuerdos. La epopeya, su forma más elevada, busca sus argumentos en la cuna de los pueblos, poniendo á contribución la fábula y la historia. A medida que pasan los siglos se enriquecen las estratificaciones poéticas, porque las leyendas, los recuerdos heróicos son al arte lo que las capas geológicas á nuestro globo. Pero la crítica se ha hecho para algo, y, aplicada á la historia, debe distinguir la verdad de la ficción, aunque tolere—conociendo las grandes exigencias del ideal—que el sol de la imaginación alumbre los vastos dominios de la poesía. Por eso Mommsen, al dañar á Tito Livio, deja en paz á Virgilio. El lector un poco avisado, si encuentra muy bella á la antiguedad cuando la mira á través de la Iliada y á la Edad Media cuando la mira al resplandor de los romances, no ignora que la vida real en los tiempos heróicos de la Grecia, como en la edad de oro de la caballería, estaba muy lejos de la atmósfera luminosa que la fantasía de los poetas le concede. Nos deleitamos en nuestro papel de lectores con la narración de esas maravillas; pero, pensando racionalmente, nadie se sometería, aunque fuese posible, á vivir entre los héroes griegos y dardaneos y entre los paladines mediovales que eran hombres groseros é intratables. Nos fascinan las armaduras y los penachos, los dioses y los paladines que pinta la imaginación con bellísimos

---

sía. ¡Cosa rara, pero cierta! Los grandes corazones palpitaban debajo de una armadura de hierro, y ahora que iluminan todo el orbe los destellos del astro de la civilización, las corazas son inútiles, el hierro está en los corazones." MANUEL SILVELA. *Obras literarias.*

colores, si bien sabemos positivamente que entonces como después—hasta llegar muy cerca de la actual centuria—los corazones eran más duros que las corazas.

El poder del arte estriba en el imperio de la ilusión, en un fenómeno de espejismo mental aplicado á las cosas lejanas y á las edades que fueron, y por eso ha sido el cómplice más ilustre del espíritu de reacción que se manifiesta aún en las naciones más libres y adelantadas.(80) Hombres existen hoy que son capaces de

(80) Por cierto que es un hecho interesante la benevolencia que siente la poesía hacia algunas famosas figuras condenadas por la historia. Conocido es lo que hizo le musa de Beranger por la restauración del sentimiento bonapartista, que allanó á Napoleon III. el camino del trono. Una de sus muchas canciones en ese sentido, la titulada *Recuerdos del pueblo*, fué un plebiscito anticipado—el plebiscito de la leyenda—que la gloria del tio otergaba á las ambiciones del sobrino. La muchedumbre enardecida evocaba la imagen del belicoso emperador con todo el aparato de sus hazañas increibles :

El recuerdo de su gloria
En el pueblo vivirá
I en medio siglo otra historia
En las chozas no se oirá.
De solaz buscando un rato
Todos á la abuela irán
I absortos escucharán
De tanta gloria el relato.
—" Aun el pueblo le ama fiel,
Dirá la prole agrupada,
I abreviadnos la velada
Abuela, hablándonos de él."

La anciana entonces les relata los cuatro periodos de la

igualar en heroismo á los Aquiles, Guzmanes y Bayar-

---

epopeya—triunfos sobre Europa coaligada, coronación en Nôtre Dame, campaña contra la invasión y muerte del emperador en Santa Elena—poniendo ante sus ojos con maravillosa plasticidad la figura del guerrero:

La colina en que me hallaba
Subió á pié; lo ví muy bién,
El sombrerito llevaba
I el capote grís también,

Pero en Napoleón, lo excepcional de su gloria le garantiza cierta tolerancia aún respecto de sus mayores desafueros. I lo que el genio hace con el corso lo hacen con Maria Estuardo el infortunio y la belleza. Leyendo á Mignet y otros historiadores que han reconstruido la exacta fisonomía de la reina y la mujer, se comprende hasta donde han fantaseado sus simpatizadores para transfigurarla ante la posteridad, á pesar de los actos indignos en que fué complice ó instigadora, como el asesinato de Lord Darnley, seguido de su matrimonio con Bothwell.

Hay un ejemplo más extraordinario todavia de esta admiración inexplicable conque el arte ilumina á algunos monstruos. Recuérdese á D. Pedro de Castilla, apellidado el Cruel, cuyas atrocidades no han podido arrebatarle el privilegio de ser un personaje popular y leyendario, favorito del romanticismo que lo ha pintado como un héroe. La pugna de la realidad con la ficción en casos como éste será eterna. Es muy raro el tipo de virtud que merece una sonrisa de las musas. Marco Bruto figura entre los pocos que han vencido ese desvío, gracias al acto más discutible de su vida : la puñalada á Julio Cesar. Arístides será siempre ménos bello que Alcibiades. Ante un resultado semejante nos inclinamos á pensar si el personaje estético exije fatalmente su dósis de vicios y pasiones reprobables para ser más hermoso, como los vegetales que crecen más lozanos entre las inmundicias del abono.

dos, y, no obstante, como los vemos de cerca nos parecen inadecuados para servir de argumento á la epopeya. Damas hay que por su delicada belleza y los incidentes dramáticos de su vida, serían muy propias para crear leyendas como las de Francesca y Eloisa, pero les falta la poesía de la distancia.([81])

([81]) La realidad de hoy es la idealidad del porvenir; creo que Lamartine ha dicho esto ó algo por el estilo. Los hechos más extraordinarios necesitan también esa pátina del tiempo que les imprime, como á las viejas pinturas, una expresión de belleza linajuda y exquisita. Sin remontarnos demasiado, y observando en torno nuestro, vemos que el General-Gordon ha realizado en China y el Sudán hazañas tan caballerescas como las que relatan los cronicones y romances, demostrando hasta donde llega por su cuenta la iniciativa de una voluntad poderosísima. Más brillante aún la personalidad de Garibaldi deslumbra por su audacia en las guerras de la América del Sur, en las campañas de Lombardia, en la de Francia contra Prusia, etc. I esto es nada comparado con lo que habrá de decir el poeta ó novelista de mañana al relatar la rápida conquista de Sicilia con el escaso contingente conocido por los "Mil de Marsala."

Ahora mismo, viendo lo que pasa en Cuba, podemos preguntarnos ¿por qué ha de ser más grande que Máximo Gomez, dirijiendo la invasión del occidente de la Isla con seis mil soldados contra diez veces ese número, Xenofonte dirijiendo la retirada de los *Diez mil*, y porqué han de ser más épicos Aquiles ó Ayax Telamón que Antonio Maceo?

Dejando á un lado la parte heróica de la vida contemporánea, es indudable que los hechos artísticamente trágicos y los espíritus profundamente curiosos por sus dramáticas vicisitudes, se reproducen á nuestra vista más que en otros dias. La personificación del césar decadente que la neurósis romana nos ha legado como un modelo de grandeza enfermiza y de monomanía derrochadora, no es realmente más com-

Ahora bien: si consideramos la Edad Media ateniéndonos á las obras literarias que produjo—conste que sigo refiriéndome á la literatura española—la realidad no corresponde á la benevolencia conque se la juzga. La belleza en el arte es el resultado de una exquisita depuración y, por consiguiente, no será poeta el que no atine á pensar y sentir de cierto modo y el que, á más, no sepa expresar artísticamente lo que siente y piensa. Partiendo de los datos que ella misma nos ofrece, no es posible admitir, sin muchísimos reparos, la decantada exaltación sentimental é idealista, que, arbitraria ó rutinariamente, adjudicamos á la edad del feudalismo, de la intolerancia religiosa llevada á la crueldad, del

---

pleta que el tipo extravagante del rey Luis de Baviera, haciendo representar, con magnificencia inaudita, óperas de Wagner en que él solo era el auditorio; construyendo alcázares en la cumbre de montes inaccesibles, viajando de noche en fantásticas carrozas con la velocidad de una tromba, arrojando por las ventanas de su palacio botellas de vino cosechado trescientos años antes y muriendo, al fin, de manera misteriosa.

No es menos "poetizable" Rodolfo de Hapsburgo—el príncipe imperial de Austria—desdeñoso de su rango y hastiado de la vida, que concluye su idilio con la baronesa de Vetsera por un doble suicidio ó asesinato, pues el drama de Mayerling sigue siendo una novela tenebrosa.

El General Boulanger, aspirante á Dictador—si no á más—conmueve por un momento á Francia y arremolina alrededor su caballo á la multitud que lo deifica, mas de pronto huye á Bélgica y en vez de morir en descomunal batalla con el ejército alemán, se suicida sobre la tumba de su amante Mad Bonnemain, como Romeo sobra el sarcófago de Julieta.

Hoy la poesía en acción abunda y sobra, lo que falta es la perspectiva de los siglos.

pillaje sistemático y de la guerra permanente. Las sociedades de ese tiempo nacieron de un gran cataclismo que destruyó todo lo que en el orden material é intelectual tenía la humanidad de culto y refinado. Hasta el siglo XV el contacto de la barbarie era muy reciente, y no son Paolo, Romeo ó Diego Marsilla los que mejor caracterizan á sus coetáneos sino tipos como Ricardo Corazón de León, Carlos de Anjou, Simón de Monforte, Duguesclin, Pedro el Cruel, que si eran guerreros esforzados, almas de acero, no eran hombres sentimentales mi idealistas. Lo que pasa es que solemos examinar una sola faz para explicarnos un organismo muy complejo.

La poesía épica medioeval, que es, en España, la poesía sincera y naturalista, nos provée de algunos datos que presentan un sentido opuesto á esa afirmación. Por ella nos enteramos de la facilidad indecorosa conque Ximena se une á Rodrigo de Vivar, el matador del conde Lozano, padre de la doncella. En nuestro siglo á nadie se le ocurrriría proponer ó aceptar una indemnización ó componenda tan original y repugnante([82]). Ni tampoco es fácil encontrar

([82]) El depurado helenismo del Sr. Menendez y Palayo no es tan intransigente que repugne ciertas extravagancias de nuestra literatura y, no obstante, al querer justificar, artísticamente por supuesto, al proceder de Ximena, no puede menos de decir que un lector vulgar "necesita muchos esfuerzos para pasar de la Ximena dramática de Guillén de Castro ó de Corneille, fluctuando entre el deber y la pasión, á la Ximena épica, la de la *Crónica rimada*, pidiendo con toda sencillez al rey que la case con Rodrigo á modo de compensación pecuniaria." *Antología de poetas líricos castellanos.*

—como no se trate de bandoleros desalmados—un caballero que haga lo que hicieron los condes de Carrión con "ambas las fillas del Cid," á las cuales desposaron para afrentarlas, dejándolas "á sendos robles ata-"das," según cuentan los romances. I nada quiero decir de quien estafase á un prestamista, como la cosa más natural del mundo, endosándole un arca llena de piedras en vez de joyas. Aunque haya actualmente quien, colocado en cierto rango social, se infame de ese modo no encontrará un poeta que lo celebre.

Aparte de la insuficiencia del lenguaje poético, la lira castellana era incapaz de expresar delicadezas de sentimientos, porque éstos carecían de suavidad y las costumbres de barniz. Por las crónicas que podemos consultar, por las viviendas, objetos y utensilios que se conservan—sin contar otros documentos preciosos que sirven á la erudición y la crítica para conocer las intimidades de la vida humana en esos días—puede juzgarse, con bastante aproximación, de las costumbres y de las necesidades que las engendraban. La armadura, el casco, la lanza, la espada, el guantelete, toda una indumentaria bélica ha quedado como un dato

---

El duque de Rivas, en lo más recio del temporal romántico, no se atrevió á desenlazar en esa forma su poema *El Moro Expósito*. Cuando Kerima y Mudarra van á unir sus destinos, la joven retrocede espantada y rechaza la mano de su prometido, recordando la muerte de su padre:

I exclama: no, jamás . . . Está manchada
Con sangre de mi padre . . . La voz oigo
Del cielo que estos lazos me prohibe . . .
Yo me consagro á Dios . . . Cristo es mi esposo . . .

simbólico de ese período, y cuando se le evoca, la fantasia, por movimiento simultáneo, inevitable, contempla el ginete armado y en lontananza la silueta del castillo trepado sobre la áspera eminencia. Es preciso desvariar con exceso para conceder á aquella edad semicivilizada, brutalmente desdeñosa hácia todo lo que no fuese el valor temerario y material, el imperio de la fuerza divorciada de la razón, el duelo ó la guerra como único medio de dirimir las contiendas, aun las que eran de la competencia del derecho ó el procedimiento civil; es necesario forzar extraordinariamente la imaginación para suponerle ciertos refinamientos espirituales, el platonismo puro, la mística aspiración y el culto desinteresado al ideal con otras cualidades que la sociedad adquiere, á la manera del mármol y del oro, después de eliminar mucha tierra y mucha escoria.

En sus breves paréntesis de tregua—porque una paz prolongada era imposible—el caballero se solozaba en rudos pasatiempos, con preferencia en la caza, entre halcones, perros y caballos, cuando no en los torneos que solían ensangrentarse como un combate en forma. Sus privilegios señoriales, que pesaban horriblemente sobre el siervo y el vasallo, dejábanse sentir también sobre sus allegados con la brutalidad del déspota, más que con el derecho natural y suave de un jefe de familia. El hábito de aplicar la justicia en sus dominos endurecía su alma predispuesta á la crueldad por su falta de cultura y la educación exclusivamente guerrera que recibía.

En realidad, ese tipo caballeresco, galante, generoso,

tierno para el amor, esclavo de su dama—según lo vemos en dramas óperas y novelas—era ni más ni menos que un forzudo jayán, muy bravo en la pelea, pero adusto, codicioso y sanguinario. I no podía ser de otra manera porque sus instintos y su género de vida trazaban en su fisonomía moral perfiles muy groseros. Se le acepta con el colorido romántico que le supone una poesía ilusionista y complaciente, como el ojo, á distancia, admite un monte azul y sin arrugas cuando es pardo su matiz y son quebrados sus contornos.

No hay cosa más fácil ni más expuesta á error que estudiar un periodo cualquiera en su apariencia histórica, omitiendo el conocimiento íntimo de la vida social que si radica en alguna parte para la posteridad es en la literatura. En España, la Edad Media produjo una buena cosecha de cronistas cuya principal ocupación—legada á los historiadores de las épocas subsiguientes—era mirar á la sociedad por el prisma restringido de la política y la guerra. Los apetitos vulgares, las pasiones y vicios menudos, las costumbres privadas, el modo de sentir y obrar á diario, es decir, la normalidad de las cosas desligadas del aparato teatral conque aparecen en la historia, vive, especialmente, en algunos rasgos de la poesía popular y en un poeta de forma erudita, pero cuyo caracter literario, por la espontaneidad licenciosa de su musa, es el más representativo y sintético de su época.

En las obras de Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, el sentido heroico de la Edad Media se atenúa muchísimo, si no desaparece por entero. En el poeta late el hombre auténtico: el primero realista, ingenioso, burlón,

sacando notas relativamente armoniosas de una lengua y de una versificacián erizadas de asperezas; y el segundo, epicúreo, cínico y lascivo á pesar de su sostana. Como clérigo es un exponente precioso de la corrupción y la sensualidad de su clase en una edad que siempre se ha considerado como expresión cabal del ascetismo. Véase lo que escribe de sus compañeros de Tatalavera cuando les llevó las cartas del Arzobispo Don Gil prohibibiendo la barraganía; las elogios que le merece su diligente alcahueta "Trotaconventos"—el apodo indica bien el oficio sacrílego á que se dedicaba —á cuya muerte dedicó una desvergonzada elegía con epitafio, y léanse, por último, los graciosos incidentes —dignos de un libreto de opereta—á que dá orígen la lucha de Don Carnal y Doña Cuaresma, sin contar los malignos conceptos que estampa desnudando la gangrena del utilitarismo esparcida en todas las esferas, hecho que, entre otros escritores, confirma un poeta tan austero como el canciller Pero Lopez de Ayala en más de un fragmento de su *Rimado de Palacio*.[83]

---

[83] He aqui con qué graciosa y cruda naturalidad, bajo la capa del Estagirita, expone el Arcipreste la moral utililaria de su siglo:

> Como dice Arestóteles, cosa es verdadera,
> El mundo por dos cosas trabaja, la primera
> Por haber mantenencia; la otra cosa era
> Por haber juntamiento con fembra placentera.

Lo más extraordinario en Juan Ruiz no es la clarividencia crítica adquirida en la atenta observación de las debildades de los hombres sino el sutil excepticismo, refinado y maduro propio de una sociedad más vieja y de tiempos más cultos y avanzados. Satírico y humorista, al presentar el vicio

Además, la poesía no era entonces un trabajo exclusivo del espíritu que al rimar sus emociones halla el premio apetecido en la creación desinteresada de su obra. El juglar vivía de sus versos como el caballero de su lanza, y para aquella sociedad víctima del aislamiento intelectual, era una compensación á la falta del periódico y el libro. Las narraciones de torneos, amores y batalles, los ecos lejanos de las Cruzadas que tanto interesaron á la Europa occidental, llegaban al vulgo por su boca. Errante peregrino, buscaba albergue en el castillo ó la choza, y el infanzón ó la castellana que le oían, la multitud que en calles y plazas le rodeaba pagábanle sus cantos en dinero ú hospedaje. El oficio varió después de forma, y el trovador tasaba sus

---

sonrie socarronamente y apenas si pone en sus palabras una dósis muy leve de amargura. Este temperamento acomodaticio encaja bien en una edad de decadencia, pero no en una edad de fe, tan poco desgastada por el análisis como la suya. Pudiera creerse que mira ó indiferente ó complacido las ignominias que señala si no fuera porque su espíritu irónico transparenta una finalidad moralizadora que, sin puntualizarse visiblemente, se desprende, á la fuerza, del concepto.

Su sátira acerca del dinero excede en donaire é intención á la que escribió Quevedo con el mismo asunto. Allí dispara sobre Roma:

Si tovieres dinero habrás consolación;
Placer et alegria é del Papa ración;
Comprarás paraiso, ganarás salvación;
Do so muchos dineros, es mucha bendición.
Yo ví en corte de Roma, do es la Santidat
Que todos al dinero facen gran homildat;
Gran honra le facían con gran solemnidat;
Todos ante él se homillan como á la magestad . . .

coplas, dando esto orígen á rivalidades desvergonzadas que deshronran la memoria de algunos poetas como Antón de Montoro, Xerena y Villasandino, los cuales, cegados por la vanidad ó aguijoneados por la codicia, no podían perdonarse sus respectivas ventajas en el negocio y con este motivo se manchaban mutuamente arrojándose al rostro los denuestos más indignos.

El arte debia responder al burdo material que trabajaba, aunque, de vez en cuando, la naturaleza humana encontrase un eco débil en alguna composición inusitada como la *Fontefrida*, la *Rosa fresca* y en algún otro romance por el estilo donde se toca la cuerda del sentimiento.(84) Fuera de éstas manifestaciones aisla-

---

(84)

Fonte frida, fonte frida,
Fonte frida y con amor
Do todas las avecicas
Van tomar consolación,
Si non es la tortolica
Que está viuda y con dolor . . .

Hay dos romances de la *Rosa fresca*, ambos de autor anónimo. Uno principia:

Rosa fresca, rosa fresca
Por vos se puede decir
Que naciste con más gracia
Que nadie puede escribir,
Porque vos sola naciste
Para quitar el vivir

El otro dice:

Rosa fresca, rosa fresca
Tan garrida y con amor
Cuando yo os tuve en mis brazos
Non vos supe servir, non,
I agora que vos servía
Non vos puedo yo aver, non.

Romancero de Durán.

das y raquíticas, de estos hallazgos imprevistos que si para algo sirven es para hacer más visible el divorcio entonces imperante del arte y la naturaleza, la Edad Media fué en España para la poesía sentimental lo que lógicamente había de ser ; la edad de piedra.([85])

El influjo de los trovadores provenzales, ya fuese directo, como se creía hasta ahora, ó ya tomase el camino de Galicia y Portugal, como opina Menendez y Pelayo, y luego la acción decisiva de los grandes poetas

---

([85]) El poema del Cid ofrece algunos rasgos de sentimentalismo balbuciente que es preciso anotar como excepción y que contrastan con la rudeza de la obra. En la despedida del Cid y Ximena demuestra el autor alguna sensibilidad cuyo efecto se malogra por la ineptitud y barbarie del idioma. Quintana cita con encomio el siguiente trozo :

El Cid á Doña Ximena íbala á abrazar
Doña Ximena al Cid la mano l'va besar
Lorando de los ojos que no sabe que se far
El á las niñas tórnalas á catar . . .
A vos encomiendo fijas
E la mujer al padre spirtual
. . . .
Mío Cid con los sos vasallos
A todos esperando la cabeza tornando va.

La misma lucha del sentimiento con la insuficiencia de la versificación y de la lengua, se revela en el *Libro de Apolonio* cuando el personaje de éste nombre reconoce á su hija :

Púsola en sus brazos con muy grant alegría
Diciendo : ¡ ay mi fija ! que yo por vos moría,
Agora ha perdido la cuita que había . . .
¡ Fija, no amanesció para mí tan buen día !

Léase todo el pasaje en la *Antología de poetas líricos castellanos* ya citada.

italianos fomentan la poesía erudita cuyos refinamientos de forma dan orígen á un arte que elude el color de la época y desmiente las condiciones especiales del español. La inspiración se acicala con afeites exóticos y la alegoría dantesca penetra por conducto de Micer Francisco Imperial encarnando definitivamente en Juan de Mena, así como la poesía docente, reflexiva y llena de alusiones clásicas se refleja en el marqués de Santillana y otros poetas que no es indispensable enumerar. Pero el placer derivado de esta poesía sin raices indígenas, era un privilegio muy limitado, un privilegio de espíritus escogidos cuyos gustos y aficiones se desarrollaban en una atmósfera distinta al medio en que vivían. Lo particular del caso es que los poetas eruditos, considerados como intérpretes de los fenómenos afectivos de aquella sociedad, son aún más áridos y de lectura más ingrata que los que hablaban por el vulgo, en cuanto carecen de la savia y la espontaneidad que exhibe á su manera la musa popular. Sus trovas pseudo—eróticas, heladas y vacías, llenas de sutilezas inaguantables é inspiradas en un petrarquismo degenerado, cantan al amor como un tema convencional, no como un movimiento inevitable del organismo humano. La emoción supuesta, las sensaciones imaginadas crean una poesía artificial, localizada en el cerebro y absolutamente extraña al corazón.(86) Los poetas del

(86) Estos poetas eruditos son los exploradores que abren el camino á Herrera, Cienfuegos, Melendez y demás ilustres farsantes que envilecieron á la poesía—si no en la forma, en el espíritu—falsificando emociones y burlando á la naturateza en el arte, como los onanistas la burlan en los apetitas de la carne.

período literario de D. Juan II., para halagar su vanidad y ofrecer un contraste favorable á su erudición comparada con la ignorancia de los siglos anteriores, se esmeran en amontonar citas y alusiones clásicas, olvidando el lenguaje natural de los afectos.([87])

([87]) Dígalo el marqués de Santillana que rellena toda una canción amorosa con ejemplos de esta clase :

Antes el rodante cielo
Tornará manso é quieto
E será piadoso Aleto
E fervoroso Metelo,
Que yo jamás olvidase
  Tu virtud.
Vida mía y la salud
  I te dejase . . .
Sinón se tornará mudo
E Tarsides virtuoso,
Sardanápalo animoso,
Torpe Salomón é rudo,
En aquel tiempo que yo
  Gentil criatura
Olvidase tu figura
  Cuyo so . . .

¡ Que diferencia tan grande entre esta pueril exhibición de nombres apolillados y la frescura y la gracia ingenua de *La vaquera de la Finojosa !*

Aunque muy conocida, no quiero resistir al deseo de copiar algo de esta composición que tanto contrasta con la anterior :

Moza tan fermosa
Non vi en la frontera
Como una vaquera
  De la Finojosa.

Faciendo la vía
De Calatraveño
A Santa Maria,
Vencido del sueño
Por tierra fragosa
Perdí la carrera
Do ví la vaquera
De la Finojosa

En un verde prado
De rosas é flores
Guardando ganado
Con otros pastores,
La ví tan fermosa
Que apenas creyera
Que fuera vaquera
De la Finojosa . . .

Por las razones expuestas, á más de otras no menos sabidas, el sentimiento amoroso en los trovadores del siglo XV. carece de verdad, dejando espacio sólo á una absurda fraseología y á conceptos hiperbólicos que lejos de cautivar el alma, causan risa.([88])

"He observado—dice un escritor distinguido—que "si este amor á la gaya ciencia cortesana era favorable, "en cierto modo, á la cultura y el progreso de la so- "ciedad, quizás no la era tanto al vigor y á la fuerza "de la poesía y á la verdad misma de los sentimientos "que expresaba. Nada hay, en efecto, más lánguido "y más frío que este amor platónico, sutil y metafísico "y las poesías amorosas de nuestros cancioneros léjos "de producir en el ánimo la impresión elevada que se

---

La sencillez y naturalidad nunca fallan en el arte; por esto valen y significan más las estrofas copiadas—en donde se percibe el grato perfume de una poesía risueña y juvenil cuyo marco es la misma realidad del paisaje—que toda la indigesta erudición y lo inoportuna retórica conque el docto marqués abrumaba á sus otras producciones.

([88]) Para que se vea á que grado de exajeración se llegó por ese camino, fíjese el lector en estos desahogos del Condestable Don Alvaro de Luna:

Si Dios nuestro Salvador
Ovier de tomar amiga
Fuera mi competidor.

I como si lo dicho fuera poco, no teme habérselas con Dios en combate singular:

Si fueras mantenedor
Contigo me las pegara
E non soltara la vara
Por ser mi competidor.

Cancionero de Baena.

"proponían sus autores ni nos conmueven siquiera co-
"mo los sencillos romances de este género y mucho
"ménos como los versos naturales y sentidos que más
"adelante inspiró el amor á Garcilaso, Villegas y otros
"muchos de nuestros poetas."([89])

El mismo autor—que ha metido el brazo hasta lo más hondo de la poesía castellana del siglo XV.—cita tres nombres de tres trovadores que se inmortalizaron por la sinceridad del afecto amoroso: Macías—héroe de un drama y una novela de *Figaro*—más conocido por su desgraciada pasión que por sus composiciones; Garci Sanchez de Badajoz que moría de amores por una parienta suya y que atinó á expresarlos con cierto colorido([90]) y Rodriguez Padrón que despreciado por su dama se iba á Jerusalem dejándole por despedida una poesía que fué una de las producciones más celebradas y comentadas de la época. ([91])

([89]) PEDRO Y. PIDAL. *Prólogo al Concionero de Baena.*

([90])
La mucha tristeza mía
Que causó vuestro deseo
Ni de noche ni de día
Cuando estoy donde no os veo
No olvida mi compañía . . .

([91]) Es, sin disputa, la más inspirada y sentida de todas y estoy por decir que lo único que vale como documento subjetivo procedente de aquella época, prescindiendo de las *Coplas* de Manrique. Las dos siguientes estrofas lo dirán:

Vive leda si podrás
Non esperes atendiendo
Que según peno sofriendo
Non entiendo
Que jamás

Pero los tres son inferiores á Jorge Manrique el único poeta que ha herido de lleno la fibra del sentimiento precisamente cuando agonizaba la edad tenebrosa á que vengo refiriéndome. Bueno es saber, no obstante, que existen dudas acerca de la originalidad de sus *Coplas*. La versión al castellana de una composición del poeta árabe—andaluz, Abul Becka, ha dado fundamento á la creencia de que Jorge Manrique no solo se apoderó del espíritu de esa poesía sino también de una parte de su forma con algunos variaciones de nombres, cosas y lugares, lo cual, si literalmente no es un plagio, merma su gloria literaria por la falta de personalidad creadora que supone, relegándole á la condición de un imitador afortunado. El Sr. Menendez y Pelayo le defiende con habilidad diciendo que Jorge Manrique tiene dentro de la propia literatura castellana de los siglos XIV y XV una serie de precursores que se van eslabonando con tal rigor en los detalles que es imposible considerar la famosa elegía como producto maravilloso y fortuito ni mucho menos como derivación solitaria de un arte lírico que no tuvo con el nuestro

---

Te veré nin me verás.
¡ Oh, dolorosa partida
De triste amador que pido
Licencia que me despido
De tu vista y de mi vida !
El trabajo perderás
En aver de mi más cura,
Que según mi gran tristura
Non entiendo
Que jamás
Te veré nin me verás . . .

ningún género de contacto sino como la última y más perfecta forma de una tradición literaria antiquísma que venía repitiendo, á través de los siglos, uno de los tópicos predilectos de la oratoria sagrada.(92)

(92) "Llegó, por fin, un día—continúa diciendo—en que toda esta materia de meditación moral, que, en rigor ya no pertenecía á nadie y que á fuerza de rodar por todas las manos había llegado á vulgarizarse con mengua de su grandeza, se condensó en los versos de un gran poeta que la sacó de la abstracción, que la renovó con los acentos de la ternura filial y con un no sé qué de grave y melancólico y de gracioso y fresco á la vez, que era la esencia de su ingenio." *España Moderna.* Diciembre de 1895.

Sin embargo, es tan visible la semejanza, no ya de la idea fundamental sino de los elementos accesorios, que no puede admitirse como inapelable la sentencia dictada por el eminente escritor en este pleito. Poco importa el motivo accidental á que obedece cada una de estas elegías—Manrique llora la muerte de su padre y Abul Becka la conquista de Córdoba y Sevilla por D. Fernando el Santo—porque lo verdaderamente digno de estudio es la repetición en la castellana de los conceptos y hasta de las comparaciones de la árabe, al punto de que el paralelismo únicamente se interumpe cuando uno y otro autor concretan ó especializan la causa de su pena. Y aún así la desviación no es absoluta, toda vez que persiste en ambos la nota pesimista y dolorosa con caracteres análogos por la expresión si no por el objeto.

Los lectores podrán formar su opinión con la lectura del fragmento que transcribo:

Cuanto sube hasta la cima
Desciende pronto abatido
Al profundo.
! Ay de aquel que en algo estima
El bien caduco y mentido
De este mundo !

En vista de estás dudas, sería muy interesante saber hasta donde el poeta castellano, como artista y como hombre, ha sentido por su cuenta y que es lo que, en rigor, le pertenece, en una obra de carácter tan íntimo como las Coplas. ¿ Ha habido adaptación ó coinciden-

---

En todo terreno sér
Sólo permanece y dura
    El mudar.
Lo que hoy es dicha y placer
Será mañana amargura
    Y pesar.
Es la vida transitoria
Un caminar sin reposo
    Al olvido;
Plazo breve á todo gloria
Tiene el tiempo presuroso
    Concedido.
Hasta la fuerte coraza
Que á los aceros se opone
    Poderosa,
Al cabo se despedaza
O con la herrumbre se pone
    Ruginosa.
Con sus cortes tan lucidas
Del Yemen los claros reyes
    ¿ Donde están?
¿ En donde los Sasanidas
Que dieron tan sabias leyes
    Al Irán?
Los tesoros hacinados
Por Karún el orgulloso
    ¿ Donde han ido?
De Ad y Fermud afamados
El imperio poderoso
    ¿ Dó se ha hundido?

cia? Me inclino á creer lo primero por la similitud de elementos que se advierte en ambas elegías, y confirmo por lo tantos la opinión que fundo en un fenómeno de mi especial observación, el cual consiste en que los cuatro poetas españoles de mayor sensibilidad obedecen más ó ménos á influencias extranjeras: Jorge Manrique á la de Abul Becka, Garcilaso de la Vega á la de los poe-

---

El hado que no se inclina
Ni ceja, cual polvo vano
　　Los barrió
I en espantosa ruina
Al pueblo y al soberano
　　Sepultó.
Y los imperios pasaron
Cual una imagen lijera
　　En el sueño;
De Cosroes se allanaron
Los alcázares do era
　　De Asia el dueño.
Desdeñado y sin corona
Cayó el soberbio Darío
　　Muerto en tierra.
¿A quién la muerte perdona?
Del tiempo el andar impío
　　¿Qué no aterra?
De Salamón encumbrado
¿Al fin no acabó el poder
　　Estupendo?
Siempre del seno del hado
Bien y mal pena y placer
　　Van naciendo.

La elegía de Abul Becka consta íntegra en la obra titulada *Poesía* y *Arte de los árabes en España y Sicilia* por el conde Adolfo Federico Schack, traducción de D. Juan Valera.

tas bucólicos latinos é italianos, Espronceda á la de Lord Byron y Becquer á la de Heine y otros líricos alemanes. Es decir, que mientras menos español es el poeta, mientras menos se identifique con los tradiciones nacionales es más sensible, como si su índole nativa estuviese en razón inversa del color de humanidad que desarrolla.

Esto aparte, las Coplas han tenido el privilegio de universalizar un dolor privado, individual, sea cual fueren la ocasión y el tiempo en que se lean. La pérdida de su padre da pretexto á la musa de Manrique para formular su pesimismo—de caracter docente—justificado por los ejemplos melancólicos que las vicisitudes del hombre y los cambios de la naturaleza le presentan. La realidad aparece aún más enlutada por las sombras de sus ideas, como si mirase con vidrio negro el panorama de la vida. La composición se resuelve, pues, en una série de pensamientos que desarrollan una sola afirmación llena de amargas y desoladoras enseñanzas: el poder de la muerte contrastando con la fragilidad de las cosas terrenales. El concepto, iniciado en la primera estrofa, se repite hasta el fin, á guisa de ritornelo, y el cuadro general de la elegía—respondiendo admirablemente á su objeto—se destaca dentro de un ambiente de tristeza resignada cuyo monótono colorido contribuye á dar mayor intensidad á la emoción que se desprende de esta magnífica poesía.([93])

([93]) No hay estrofa que no contenga la misma idea:

Recuerde el alma adormida
Avive el seso y despierte
Contemplando

No es posible negar que en ciertos lugares adolece de graves desaltiños y que algunas estancias decaen por el afán de desdoblar un motivo que fatiga á causa de su misma persistencia, pero siempre despierta más legítimo intéres que las que antes se escribieron y las despúes han venido á enriquecer el repertorio lírico de

---

Como se pasa la vida
Como se viene la muerte
Tan callando . . .
I pues vemos lo presente
Como en un punto se es ido
I acabado
Si juzgamos sabiamente
Daremos lo no venido
Por pasado . . .
Nuestras vidas son los ríos
Que van á dar en la mar
Que es el morir,
Allá van los señoríos
Derechos á se acabar
I consumir,

Pero el autor tuvo el tino de corregir la monotonía del asunto con la variedad de los ejemplos. Unas veces los toma del curso de la vida humana:

Partimos cuando nacemos
Andamos mientras vivimos
I allegamos
Al tiempo que fenecemos,
Así que cuando morimos
Descansamos.

Otras veces del aspecto físico de la persona:

Decidme ¿la hermosura
La gentil blancura y tez
De la cara

la poesía castellana en donde la poca profundidad del cauce no corresponde á la anchura de la vena. I es lo cierto que ni aún la acción de la vejez le ha robado su matiz y aroma primitivos y que lejos de vivir estacionada en la biblioteca inaccesible del erudito, rueda todavía de labio en labio como si hubiera sido escrita en nuestros días. (94)

La color y la blancura
Cuando viene la vejez
¿Qué se pára?

También de la fragilidad del papel que desempeñaron los grandes actores de la historia de su tiempo:

¿Qué se hizo el rey D. Juan?
Los infantes de Aragón
¿Qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galán,
Qué fué de tanta invención
Como trujeron?

I lógicamente corona su propósito con la comparación que establece partiendo de la mudanza inevitable de las cosas:

Las justas y los torneos
Paramentos, bordaduras
I cimeras,
¿Fueron sino devaneos,
Qué fueron sino verdura
De las eras?

No puede darse un ajuste más perfecto entre el estado de ánimo del poeta y la contemplación del espectáculo del mundo más pródigo en duras disciplinas que en halagos.

(94) Es el mayor elogio que puede hacerse de la obra de Manrique, pues son muy pocas las que obtienen ese honor. Millones de versos se han escrito en nuestro idioma y no pueden ser más escasos los que viven fuera de los libros. La

Sin embargo, ni esta composición extraordinaria ni los ejemplares imperfectos que he citado, son suficientes para dejarnos satisfechos acerca del ponderado sentimentalismo de la época y para delinear el perfil permanente de toda una literatura. En la Edad Media no había elementos capaces de crear una poesía definitiva. Su espiritu fué de reacción ciega y vigorosa respecto de otra edad más refinada, de reacción contra la forma, y la forma—que constituye la gloria del mundo clásico—pagano—es consustancial con los agentes ideológicos, de modo, que la belleza es imperfecta desde el instante en que ambos factores se disgregan. En sus albores, la materia prima que esa edad ofrece á la

---

primera estancia de las Coplas se ha hecho tan sabida que hasta la gente indocta la recita. Garcilaso también ha difundido y perpetuado en la memoria popular algunos de sus rasgos, principalmente el que dice:

Flérida para mí dulce sabrosa
Más que la fruta del cercado ajeno,
Más blanca que la leche y más hermosa
Que el prado por abril de flores lleno.

No hay quien no recuerde la hipérbole estupenda de Quevedo:

Erase un hombre á una nariz pegado . . .

y la conceptuosa décima de Calderón;

Cuentan de un sabio que un día . . .

Quintana entrega á los labios del vulgo su bellisima exclamación:

¡ Ay, infeliz de la que nace hermosa !

con el apóstofe, no menos repetido:

Inglés te aborrecí, héroe te admiro.

poesía es la que puede dar de sí una sociedad excesivamente varonil, ignorante y brutal si la miramos por un aspecto, y si la miramos por el otro muy poco apta como consecuencia de su ascetismo contradictorio—puro en la intención, grosero y bárbaro en la práctica—para percibir y amar la naturaleza que nunca debe ser ajena al hombre, pues, madre ó madrastra, sus encantos y sus horrores deber constituir la eterna preocupación del alma humana.(95)

Luego, cuando el idioma se hace más flexible, cuando la ola brillante desprendida de Italia bruñe y dora

---

Pero nadie ha difundido tantos versos como Espronceda:

Sólo en la paz de los sepulcros creo . . .
Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo . . ?
Malditos treinta años
Funesta edad de amargos desengaños . . .
Con diez cañones por banda
Viento en popa, á toda vela,
No corta el mar sino vuela
Un velero bergantín . . .
Hojas del arbol caidas
Juguetes del viento son,
Las ilusiones perdidas
Son hojas; ¡ay! desprendidas
Del arbol del corazón.

Becquer murmura constantemente en nuestros oidos:

Volverán las oscuras golondrinas . . .
¡Qué tristes, qué solos
Se quedan los muertos!

El instinto del pueblo suele demostrar una aptitud inesperada para asimilarse lo que es bello.

(95) Littré. *Etudes sur les barbares et le Moyen Age.*

el rudo verso castellano, el espíritu medioeval se evapora quedando solo el feto ó el cadáver de alguna idea original que los poetas líricos arropan con vestidura extranjeriza. A partir de ese momento—ó lo que es igual una vez que el influjo italiano perfecciona la métrica rudimentaria de Berceo, Juan Lorenzo y el Arcipreste de Hita jubilando la estrofa monorrima y despúes el verso de arte mayor, que hizo el principal consumo dentro del ciclo literario de D. Juan II, para dar entrada al endecasílabo que se ha mantenido como la forma más elevada y armoniosa de nuestra versificación—salimos de la penumbra para penetrar en aquel período luminoso en que el pensamiento español—ya realizada la unidad política—tiene su molde característico y en que la lengua de Castilla, adulta y sazonada, le sirve de instrumento.

Antonio T. Sotillo.

V.

INFLUJO ITALIANO—INVEROSIMILITUD PASTORIL—GARCILASO DE LA VEGA—MELANCOLÍA Y TERNURA—COMPARACIÓN DE TEÓCRITO CON GARCILASO—FRANCISCO DE LA TORRE—PSICOLOGÍA ARTÍSTICA—LOS POETAS MÍSTICOS Y LOS AFECTOS ABSTRACTOS: FRAY LUÍS DE LÉON Y SAN JUAN DE LA CRUZ—HERNANDO DE HERRERA—PASIÓN IMAGINARIA—EL SENTIMIENTO EN LA POESÍA DOCENTE—LA EPÍSTOLA MORAL Á FABIO Y LAS SILVAS DE RIOJA—PARALELO ENTRE LA ELEGÍA Á LAS RUINAS DE ITÁLICA Y LAS COPLAS DE MANRIQUE—QUEVEDO—EL CHISTE EN ESTE AUTOR—DEPRAVACIÓN DEL LENGUAJE POÉTICO: GÓNGORA—INEPTITUD DE SU ESCUELA PARA INTERPRETAR EL ALMA—EPOPEYA—SU ESTERILIDAD EN ESPAÑA—ERCILLA—COMO SINTIÓ LA NATURALEZA DEL NUEVO MUNDO—LO PATÉTICO EN LA ARAUCANA—LA OBRA DE LA CONQUISTA.

Al llegar á Garcilaso—que es el iniciador del período más fecundo de la literatura catellana—no podemos evitar un movimiento de asombro si consideramos la calidad de su poesía cuyo valor se duplica por lo que dice al corazón y por los elementos exquisitos que cristilizan en su forma. Garcilaso era un soldado y ya esto constituye una contradicción en un poeta pastoril. La guerra fué su ocupación habitual y en la guerra sucumbe cuando estaba en lo más florido de sus años. A pesar de ello, apenas si ha habido en su país quien haya logrado traducir como él—aún dentro de un género anacrónico y convencional como la égloga—ciertas situaciones llenas de suave melancolía, de una melancolía semejante á la que nos infunde la soledad cam-

pestre en la hora del crepúsculo vespertino. El hecho es más extraño porque en España—según se ha indicado—no había tradiciones poéticas adecuadas á la expresión del sentimiento individual con un matiz tan delicado; pero tiene su mejor explicación en el influjo italiano ("el itálico modo" que decía el marqués de Santillana). Sabido es que la ineptitud nacional para el cultivo de lo bello durante la Edad Media, se hubiera prolongado indefinidamente sin el ejemplo de los poetas provenzales y sin las pretensiones de los reyes de Aragón, completadas por las empresas militares de Carlos V, que llevaron á los españoles sobre Italia en donde adquieron hábitos más cultos y aficiones más selectas.(96) El contacto con una sociedad muelle y refinada, modificó el gusto indígena, que, desde entonces, trató de asimilarse las formas puras y escogidas de los maestros italianos. Mas, también, introdujo el vicio clásico que rompe la intimidad entre el molde literario de la obra y el sentimiento que la anima. Me refiero al modo imaginado, no sinceramente personal, conque los poetas bucólicos despertaban la sensibilidad de los lectores. El concepto exacto de la vida se borraba en las églogas que venian á ser meras suposiciones de un estado ideal de la naturaleza y el espíritu. El pastor no era el gañán sucio y mal oliente, cercano á la bestia y refractario á las delicadezas sentimientales—incompatibles con su oficio—sino una absurda abstracción, un dechado de belleza é idealismo, de todas aquellas

(96) D. Pedro Madrazo desarolló el tema de la incapacidad de la raza española para las artes de la elegancia, en su discurso de recepción en la Academia de San Fernando.

cualidades que, en efecto, no tenía. I para atenuar la inverosimilitud de los personajes y la escena, el poeta se disfrazaba de zagal asociando en esta divertida mascrada á unos cuantos amigos que también tomaban nombres pastoriles.

No obstante la ridiculez del procedimiento, Garcilaso es el único que leemos con agrado entre los cultivadores de la poesía bucólica. Ni antes, por no ser posible á causa de la dificiencia del idioma, ni después por la série de desviaciones que, al complicar los sentimientos y las ideas, alambicaron el lenguaje, ha habido en el parnaso español quien como él haya suavizado tanto la virildad y el énfasis de nuestra lengua, trocándola en un instrumento blando, en donde suspira esa ternura apacible que parece sollozar "sin duelo," como él dice. Han pasado los siglos dejando formas especiales de interpretación á la poesía, y, sin embargo, Garcilaso no envejece. La esquila de sus ovejas aún suena con dulzura; sus imágenes sencillas lucen el color original de una naturaleza que se mantiene joven todavía; sus descripciones conservan la frescura de una reciente pincelada y el corazón humano que nunca cesa de repetir como nuevas sus habituales emociones, halla en los versos de este poeta la fiel reproducción de sus anhelos más suaves, el eco melodioso de sus ansias.(97)

(97) En Garcilaso es necesario distinguir lo que hay de personal de lo que hay de allegadizo. Como poeta bucólico no es más que un imitador, especialmente, de Virgilio. Lo que, sin duda, es propio de él es el dulce colorido que dá á ciertos pasajes de sus églogas. La melodía sentimental que brota de ellas como un trémolo suavísimo, ha debido ser producto

Por lo mismo que no hay género de poesía menos racional que el bucólico, nuestra admiración debe crecer hacia los poetas que, como Teócrito y Garcilaso, aun nos interesan manejando ese ridículo instrumento. Mas si el resultado es el mismo—me refiero á la atrac-

---

de su corazón sensible y tierno. Todo lo que yo pudiera añadir para explicar las emociones que despierta el poeta, resultaría pálido é inutil ante los ejemplos que, seguidamente, copio:

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitário bosque me agradaba,
Por tí la verde yerba, el fresco viento
El blanco lirio y colorada rosa
I dulce primavera deseaba.
¡ Ay cuánto me engañaba !
¡ Ay cuán diferente era
I cuán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondía !
Bien claro con su voz me lo decía
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mía.
Salid, sin duelo, lágrimas corriendo.

¿ Quién me dijera Elisa, vida mía,
Cuando en aqueste valle el fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que había de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario día
Que diese amargo fin á mis amores?

Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales piés pisas y mides
I en mudanza me ves estando queda,
¿ Porque de mí te olvidas y no pides

ción que ejercen todavia—los medios conque lo producen son opuestos. El arte de Teócrito se revela en cuadros palpitantes, tomados de un paisaje agreste que el poeta presenta á nuestros ojos tal cual es, con sus encantos y asperezas. Es un arte naturalista pro-

---

Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo y verme libre pueda?
I en la tercera rueda
Contigo mano á mano,
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros ríos,
Otros valles floridos y sombríos
Do descansar y siempre pueda verte
Sin miedo y sobresalto de perderte.

Vosotros los del Tajo en la ribera
Cantareis la mi muerte cada día.
Este decanso llevaré aunque muera
Que cada día cantareis mi muerte,
Vosotros los del Tajo en la ribera.

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estais en la memoria mía,
I con ella en mi muerte conjuradas.
¿Quién me dijera, cuando las pasadas
Horas en tanto bien por vos me vía,
Que me habrías de ser en algun día
Con tan grave dolor representadas?
Pues en un hora junto me llevastes
Todo el bien que por término me distes,
Llevadme junto al mal que me dejastes;
Si no sospecharé que me pusistes
En tantos bienes porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

pio de la juventud del género humano, en el cual se contienen cuentos elementos son precisos para que la realidad se vea dentro de su marco, varia y hermosa, pero sin luz artificial ni colorido ilusionista. I es tan robusta la verdad de la naturaleza vaciada en sus idilios que la pintura imaginada parece una prolongación del cuadro vivo.

En Garcilaso el aspecto psicólogico eclipsa al objetivo. La intervención del poeta y su intimidad con la naturaleza exterior, tomada ésta como elemento plástico y estímulo preferente del pincel, es menos sostenida que en Teócrito. La melancolía—su atmósfera habitual—al reflejarse en sus églogas como un rayo de sol poniente, da origen á emociones muy intensas que el griego no provoca.(96)

---

(96) Balbuena es, en España, el más naturalista entre los poetas que han escrito églogas y el que más se acerca á Teócrito con el cual tiene algunos puntos de contacto. Los dos tercetos siguientes tienen el sabor especialísmo de la bucólica griega:

Rosanio:
Dime cabrero ¿es tuyo aquel ganado
Conque te vide ayer pasar el río?
¿O á soldada con Clónice has entratado?
Beraldo:
No: más á Tirsis guardo su cabrío:
Dos cabras solamente tengo mías
I el cabrón la mitad también es mio.

Hay en Balbuena lindas pinceladas que siempre se han citado con elogio:

Aunque más blanca tú que ella morena,
Aunque ella sea lirio y tú seas rosa
La una sea amapola, otra azucena,

El único poeta que refleja á Garcilaso en ciertos rasgos es Francisco de la Torre, cuya vida, hasta la fecha, es una incógnita aún para los más diligentes eruditos. Pero, en cambio, descubrimos en sus composiciones vestigios de un alma, dato que suele ilustrarnos mejor que las más minuciosas biografías. Sin embargo, su ternura, con ser bastante pronunciada, es menos exquisita y transparente que la de aquél. No siempre llorar es sentir, y Francisco de la Torre, pródigo en quejas blandas y armoniosas, no penetra en el corazón con tanta suavidad como *Salicio*. El resultado depende de su inferioridad como poeta si lo comparamos con el modelo. Las huellas indelebles que deja

---

No fíes en beldad, Fílis hermosa,
El lirio vive, la azucena muere
I todo pasa con la edad forzosa.
Si por ventura alguno te dijere
Que en su huerto las rosas siempre viven
Dile tú, Fílis, que engañarte quiere.

Rosas le llevo y flores de contino
I pongo mis guirnaldas á su puerta
I me huelgo de hablar con su vecino.
I de la primera fruta de mi huerto
Una cestilla le enviaré colmada
Toda de flores y azahar cubierta

Pero estas son rosas perdidas entre los desgreñados maniguales. Balbuena es excesivamente desigual. Unas veces toca de manera inoportuna en las altas cimas de la poesía filosófica y de las imágenes sublimes:

Contempla aquellas luces soberanas
Que la preciosa estambre van hilando
Que tú, entre ciega vanidad, devanas.

en el espíritu la musa de Garcilaso, proceden de una inspiración peculiarísima que al bañar su poesía con la miel del sentimiento produce una sensación rítmica claramente perceptible, pero sin vibraciones materiales. Hay aquí un problema de psicología artística cuyos efectos nos explicamos por lo que se llama armonía imitativa, no en la acepción material de la frase sino en aquella otra de sentido etéreo que se refiere á un fenómeno de formas intangibles cuyo fin es la traducción musical de los movimientos del espíritu. El lector advierte, sin poder analizarla ni explicársela, una correlación muy estrecha entre las ideas, las imágenes y las palabras, como si cada elemento—el inte-

---

El cielo en ejes de oro va volteando
I en la incierta baraja de los días
Unos naciendo y otros acabando.
Viene el verano envuelto en alegrías
I muere á manos de sus tiernas flores
El triste invierno con sus canas frias.

Conceptos tan elevados encajarían perfectamente en una composición de índole moral, mas no están bien colocados en una égloga. Otras veces peca de rastrero y poco cuidadoso de la forma. Además—como dice muy bien Quintana—Balbuena "no ponía calor en los afectos," y tales deficiencias le dejan muy atrás de Garcilaso. En las siete églogas del Siglo de oro solo recuerdan al bardo toledano estos conceptos:

Ninfas que entre las flores de estos prados
Vivís en tiernas plantas convertidas
Sin apartar de allí vuestros cuidados,
O ya en las claras aguas escondidas
Guardeis, por dicha, aquesta dulce fuente,
Guardad, también, mis lágrimas perdidas.

lectual, el plástico y el fonético—concurriera á crear una impresión de tristeza serena que mantiene al alma en dulce congoja como si estuviera solicitada á la vez por la resignación y el dolor. Toques de tan refinada delicadeza, que como un matiz lijero y vago se esfuman suavemente en las profundidades del sentimiento, no suele darlos con tanta frecuencia Francisco de la Torre, á pesar de la fama que disfruta de poeta sensible y melodioso, si bien es justo reconocer que, descontando á Garcilaso, es el más recomendable entre los cultivadores del género erótico—elegiaco. A ello contribuye, notablemente, la diafanidad de su lenguaje, cualidad aún más digna de aprecio porque ya se acercaba el momento en que tantos otros se encargarían de revolver las aguas del idioma.(99)

(99) Citaré, como ejemplo, la canción 1ª de la cual tomo esta estrofa:

Tórtola solitaria que llorando
Tu bien pasado y tu dolor presente
Ensordeces la selva con gemidos;
Cuyo ánimo doliente
Se mitiga penando
Bienes asegurados y perdidos,
Si inclinas las oidos
A las piadosas y dolientes quejas
De un espíritu amargo
(Breve consuelo de un dolor tan largo
Con quien amarga soledad me aquejas)
Tú con tu compañía
I acaso á tí te alivará la mía . . .

Francisco de la Torre es un poeta alegórico que quizá vela algun dolor de su vida en esta canción y en la que dedicó á

En Fray Luís de León hallamos un ejemplo de sensibilidad austera, la cual se resuelve en un estado de unción, de manso goce propio del alma contemplativa que relaciona el sublime espectáculo de la naturaleza con el poder y la bondad de Dios. Menendez y Pelayo no se equivoca cuando dice que Fray Luís "es lo más sencillo, candoroso é ingénuo que darse puede y esto no por estudio y artificio sino porque juntamente con la idea brotaba de su alma la forma pura, perfecta y sencilla, la que no entienden ni saborean los que educaron su oido en el estruendo y tropel de las odas quintanescas."[100]

Como el mismo escritor lo considera un poeta místico, el nombre de Fray Luís pone sobre el tapete esa clase de poesía, cuya importancia está de moda ponderar sin duda á causa de la reacción espiritualista que actúa sobre el arte en estos días.[101] En las obras literarias

---

La Cierva. Ya se ha hecho notar la alusión contenida en la segunda estrofa de aquella:

La rigurosa mano que me aparta
Como á tí de tu bien á mí del mío,
Cargada va de triunfo y victorias;
Sábelo el monte, el río,
Que está cansada y harta
De marchitar en flor mis dulces glorias.

[100] *De la poesía mística.*

[101] Es Fray Luis un espíritu contemplativo, pero no revela el desarreglo mental propio de los místicos. Lejos de ello, en su poesía se oye la voz sencilla y reposada del que anhela penetrar en el misterio de las cosas, no para entregarse á alucinaciones y delirios—extraños en absoluto al equilibrio inalterable de su temperamento—sino para explicarse razo-

es necesario distinguir los móviles permanentes de los móviles acccidentales del sentimiento. El hombre se interesa por muchas cosas unas eternas y otras transitorias y cada temperamento trabaja sobre ellas con mayor ó menor intensidad según la naturaleza del afecto. Tratándose de un poeta, de un artista, el trabajo de sentir pide un complemento indispensable, la comunicación de lo sentido en el corazón ajeno, lo que llamaré "la inoculación del estímulo." De esta manera el artista y el público se hacen solidarios de la misma sensación. Entonces dejamos de ver al intérpetre para vernos á nosotros, porque la emoción sugerida por él ya nos pertenece y la imagen que evoca no ha sido sino el despertador de una impresión dormida, aletargada que,

---

nablemente el orígen providencial y la causa eterna de las cosas.

Allí en mi vida junto
En luz resplandeciente convertido
Veré distinto y junto
Lo que fué, lo que ha sido
I su principio propio y escondido.
Entonces veré como
La soberana mano echó el cimiento
Tan á nivel y plomo
Do estable y firme asiento
Poseé el profundísimo elemento.
Veré las inmortales
Colunas do la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Conque á la mar hinchada
La Providencia tiene aprisionada.
Porqué tiembla la tierra,
Porqué los hondos mares se embravecen,

al sacudirse, se convierte en eco del reclamo. Para llegar ahí es indispensable que el propósito se halle dentro de nuestro atmósfera moral, y en esto se distingue el poeta de verdadera sensibilidad del que no la tiene ó la tiene de un modo inadecuado.

A despecho de las transformaciones históricas, de la acción perseverante de los siglos, de la sustitución de unas ideas por otras, del gusto ó hábito caduco por el nuevo, cuando miramos al sentimiento descubrimos un fondo común para el hombre sea cual fuere la época en que viva. En esto no hay ni habrá prescripción mientras la humanidad conserve las condiciones esenciales de su naturaleza. Entre las nieblas de los tiempos y

---

Do sale á mover guerra
El cierzo y por qué crecen
Las aguas del océano y decrecen.
De do manan las fuentes,
Quien ceba y quien bastece de los ríos
Las perpetuas corrientes,
De los helados fríos
Veré la causa y de los estíos.
Las soberanas aguas
Del aire en la región que las sostiene,
De los rayos las fraguas,
Do los tesoros tiene
De nieve Dios y el trueno donde viene . . .

No es esta una aspiración febril y arrebatada sino anhelo natural en el sabio ó el filósofo que ansía romper el velo oscuro que limita la acción de los sentidos, y nada hay aquí, por consiguiente, de exaltación mística ni mucho menos de la sutil jerigonza, entre sensual y metafísica, en que suelen expresarse los tocados de ese mal. Las bellísmos estancias de la *Noche serena*, la más notable y elevada de sus produccio-

en el espacio inmenso de los siglos, las ideas no siempre se reconocen, los sentimientos sí. El arte es el mejor documento para la historia porque es el más inalterable; pero á su labor se impone irremisiblemente la conformidad voluntaria del espíritu con el impulso que lo sacude, de donde nace la aceptación de lo viejo, de lo anteriormente creado como si fuera obra de una actualidad siempre renovada. En la Iliada no son extraños ó indiferentes las genealogías de los griegos, las disputas groseras y ridículas de los héroes, la intervención de los dioses en la lucha, porque nada de esto armoniza con nuestras ideas y propensiones; por el contrario, siempre vivirán los pasajes en que Homero,

---

nes líricas por la grandeza del objeto y el solemne sentimiento que la mueve, podría fimarla cualquier poeta de nuestros días siempre que tenga el espíritu un poco levantado. Todo el que mira arriba siente en su alma el roce del infinito sensibilizado en tantas soberbias luminarias y tantos interminables horizontes como la inmensidad del éter pone ante sus ojos.

Pero hay una prueba mayor de la ponderación de su fantasía en la oda I, donde campea el egoismo moralista—con sus ribetes de epicúreo—que pone la dicha en el placer causado por la serenidad de una vida moderada:

Un no rompido sueño
Un día puro, alegre, libre quiero . . .
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido . . .
Vivir quiero conmigo
Gozar quero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo
De odio, de esperanza, de recelo . . .

apelando al sentimiento, universaliza su creación—entre otros, la despedida de Héctor y Andrómaca y los ruegos de Priamo á Aquiles para que le devuelva los ultrajados restos del hijo—como vivirá también el canto en que pinta Virgilio la muerte de Dido, que es un cuadro de colores eternos donde se revela la acción decisiva del amor en todos las edades.

No puede decirse lo mismo de la poesía que canta afectos abstractos, aunque tenga una expresión tan elevada como la que se deriva del sentimiento religioso.(102)

---

(102) A pesar de haberse hecho ya la distinción, no está de más insistir en que "poesía religiosa y poesía mística son cosas diferentes." Esta—según Menendez y Pelayo—abarca más y abarca ménos. Los asuntos que tocan á la religión y, particularmente, algunos pasajes bíblicos, han dado tema á no pocas composiciones que, por su inspiración grave y sostenida y la austera belleza de la forma, gozan de legítimo renombre. Recuérdese la oda de Fray Luis *A la Ascención.* Jáuregui nos ofrece un selecto ejemplar del género en su paráfrasis del psalmo *Super flumine Babylonis:*

En la ribera undosa
Del babilonio río
Los fatigados miembros reclinamos
I y allí con faz llorosa
Junto á su margen frío
Con lágrimas sus ondas aumentamos.

Digno de loa es también el famoso soneto que empieza:

No me mueve mi Dios para quererte.

En siglo menos creyente y más prosaico, la inspiración nada cálida de D. Leandro Fernandez de Moratín, dejó oir acentos vehementes y sonoros en su cántico *Los padres del Limbo.*

Si en el Egipto ardiente

Todo lo que se refiere á Dios, ha de tomar los caracteres de una abstracción inmensa, por mucho que intentemos concretar la idea suprasensible, inabarcable que de él nos formamos. Esta concepción sin carne de una entidad ilimitada no puede individualizarse sin achicar su

---

Padece servidumbre
La estirpe de Jacob, tú la aseguras
En la fuga que intenta, portentosa;
Tú disipas la fiera muchedumbre
Que la persigue en vano.
Abre su centro el mar y en su espumosa
Tumba sepulta al pertinaz tirano.

Ya en nuestros días, el malogrado Larmig halló en el sentimiento religioso ocasión para sus bellas producciones. Pero nadie, en la presente centuria, ha llegado á donde alcanza la Avellaneda en su canto á la Cruz. Villemain, lleno de entusiasmo, lo tradujo al francés. Plácido rescató sus repetidas complacencias con las cofradías que le encargaban versos en honor de fiestas y santos determinados, escribiendo un magnífico soneto á la muerte de Jesucristo:

Torva nube que arroja escarcha fría
Rayos aborta que al mortal espantan,
De las tumbas los muertos se levantan,
Tiembla la tierra, se oscurece el día.
Las crespas ondas de la mar sombría
Cabe las duras rocas se quebrantan,
Ni el río corre ni las aves cantan
Ni el sol su luz al universo envía;
Cuando en el monte Gólgota sagrado
Dice el Dios Hombre con dolor profundo:
¡Cúmplase Padre en mí vuestro mandado!
I á la rabia de un pueblo furibundo
Inocente, sangriento y enclavado.
Muere en la cruz el Salvador del mundo.

grandeza, y "la poesía es más poesía—ha dicho un eminente escritor—á medida que individualiza más y generaliza menos." La superioridad de los poetas de la antiguedad clásica no reconoce otro motivo: personificaban, es decir, convertían la idea en el sér viviente y conocido. Júpiter, Apolo, Marte, etc., fueron creados por la musa pagana dentro de un concepto restringidamente humano. El uno frunce el ceño y lanza el rayo, el otro es un gentil mancebo con lira de oro y el tercero un soldado rudo cuya armadura relumbra en los combates. Las tres ideas, poder, arte y fuerza quedan perfectamente individualizadas.

En cambio, las abstracciones han solido hacer á los poetas cristianos. Dios, en sus versos, es más imponente, más oscuro, pero no tan bello al modo como apreciamos la belleza mirada con ojos terrenales. Podemos concebir sus fantasías, aunque no las sentimos cuando las refieren á los misterios del dogma cuyos recursos artísticos son inferiores á los del paganismo, por más que Chateaubriand haya querido convencernos de lo contrario. En la Divina Comedia nos identificamos con lo que toca de cerca al hombre como los episodios de Ugolino y Francesca. El Paraiso es lo menos popular, porque es lo más metafisico, lo más teológico. Sólo mediante un esfuerzo extraordinario de fé aliada con una percepción agudísima de lo puramente espiritual podríamos penetrar en esta poesía enturbiada por un ontologismo nebuloso· Para sondear sus profundidades se necesita ser más que creyente, se necesita ser devoto; más aun, es necesario llegar al grado máximo de exaltación en donde se borran las líneas materiales

de lo externo. Lo que el alma vidente percibe por disposición nativa ó por disciplina rigorosa del temperamento, no alcanza á verlo el vulgo que repugna salirse de la esfera de sus habituales sensaciones. No existe, pues, solidaridad entre el poeta místico y el hombre de este siglo. La conciencia actual responde á ideas más inmediatas y vé en el místico á un alma solitaria que agota sus facultades en un trabajo sin provecho, para demostrar, sin duda, que su esterilidad como elemento artístico es el complemento de su esterilidad como elemento social.

En lo relativo á San Juan de la Cruz—el perseguido traductor de El Cantar de los antares—el convencionalismo de los que aceptan sin discusión la autoridad de la cosa jurgada ó la ingerencia inoportuna del factor religioso en una materia de carácter literario, nos llena los oidos hablándonos del perfume sutil y penetrante que difunden sus ingénuas poesías, cuando, en mi humilde opinión, lo que hay en él—fuera de algún que otro rasgo que á grandes saltos descubrimos—es un caso de simplicidad ó de insigne candidez expresada con bastante desaliño.(103) No diré lo mismo de las

(103) Exceptúo la Icanción mística en donde la ingenuidad es candor y no simpleza:

¡ Oh noche que guiaste !
¡ Oh noche amable más que la alborada !
¡ Oh noche que juntaste
Amado con amada
Amada con amado transformada !

En mi pecho florido
Que entero para él sólo guardaba,

poesías de Fray Luís de León, que como son más humanas resultan más artísticas y, aunque no llegan al fondo del alma moderna, embelesan al lector por la corrección serena que el gusto horaciano les ha impreso.

Si el verbo resonante, si la vehemencia aparatosa fueran manifestaciones auténticas de la sensibilidad. Hernando de ~~Hernando~~ Herrera el poeta de las formas atrevidas y las imágenes osadas, sería el tipo de la clase. En sus poesias heroicas, especialmente en sus canciones á D. Juan de Austria y á la batalla de Lepanto, el arrebato lírico parece hervir y borbotar como el agua que se rompe espumante entre las peñas. (104) Nadie, á

Allí quedó dormido
I yo le regalaba
I el ventalle de cedros aire daba . . .
Quedéme y olvideme,
El rostro recliné sobre el amado,
Cesó todo y dejeme
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado . . .

De la II tomaré este rasgo:

¡ Oh cristalina fuerte,
Si en estos tus semblantes plateados
Formaras de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!

(104) La canción á la muerte del rey D. Sabastián de Portugal, no obstante la intención que tuvo el poeta el escribirla, no es elegiaca sino heroica. La musa varonil de Herrera jamás pudo llorar. He aquí una nuestra del tono que domina en la composición:

¿ Son estos, por ventura, los famosos,

primera vista, ha poseido como él las condiciones supremas enumeradas por Horacio: "Ingenium cuit sit, cui mens divinior ataque os—magna sonatorum des nomines hujus honorem . . . "—Pero si el examen se apura, vemos que en Herrera prevalecen los efectos sonoros y que todo lo sacrifica á la combinación de los sonidos dispuesta con artificio prodigioso,

---

Los fuertes los belígeros varones
Que conturbaron con temor la tierra?
Que sacudieron reinos poderosos,
Que domaron las hórridas naciones?
Que pusieron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar indio encierra
I soberbias ciudades construyeron?
¿Do el corazón seguro y la osadia?
¿Cómo así se acabaron y perdieron
Tanto heroico valor en solo un día
I lejos de su patria derribados
No fueron juntamente sepultados?

Toda la composición abunda en versos rotundos y viriles, pero no despierta la impresión tétrica ó doliente que nace de lo que restringidamente llamamos elegia. No hay allí ni una lágrima. Ni siquiera compadece á la nación vencida, pues la increpa llamándola:

Mezquina Lusitania sin ventura.
Desnuda de valor, falta de gloria

y concluye amenazando á Libia con mano española:

Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez al español coraje
Despedazada con aguda lanza
Compensará muriendo el hecho altraje
I Luco amedrentado al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

con la habilidad del escenógrefo que finje en una decoración interminables perspectivas.(105)

Herrera es, para mí—si fuese lícita la comparación —el escenógrafo del oido. La primera de las canciones á que me refiero, es una andanada de truenos, una poesía ajustada al modelo pindárico, pero sin la emoción inquieta y los bruscos vuelos de las olímpicas. "Es una poesía pronunciadamente mitológica y está muy recargada con los recuerdos de Encélado, Marte y las Musas.(106) Aparte de la expresión, del léxico

---

(105) Véase como robustece y dilata los sonidos:

Cuando con resonante
Rayo y fragor del brazo impetuoso
A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Arrojó airado en Etna cavernoso . . .
De Palas Atenea
El gorgóneo terror, la ardiente lanza,
Del rey de la onda egea
La indómita pujanza
I del hercúleo brazo la venganza . . .
Tú solo á Oromedonte
Trujiste el hierro agudo de la muerte
Junto al doblado monte . . .

———

Hondo Ponto que bramas atronado . . .

———

Rompa el cielo en mil rayos encendido
I con fragor horrísono cayendo
Se despedace en hórrido estampido . . .

(106) VILLEMAIN *Essai sus le genie de Pindare et la poesie lirique.*

admirable y vigoroso, lo restante es inadecuado ó traido por los cabellos.

En la que dedicó á la batalla de Lepanto, responde mejor á sus peculiares aptitudes y es la obra más notatables que nos ha legado su númen poderoso. En el espíritu del español—y, con especialidad, del español-andaluz—la ínfluencia semitica ha dejado huellas imborrables. La poseía suele reproducirlas con bastante aproximación y Herrera es un típico ejemplar de orientalismo en las letras castellanas. Confirmalo así, su imaginación exuberante, la audacia del tropo que da proporciones colosales al concepto y las magestuosas ondulaciones de sus versos.(107) Sus ritmos tienen el compás de los versículos de la Biblia, como si en ellos resucitara aquella voz de los profetas que traducía en acentos más que humanos las cóleras y promesas de Jehovah.(108)

---

(107) Es el poeta español que presenta mayor número de figuras atrevidas:

I espíritu de miedo envuelto en ira . . .
Nuestros niños prender y las doncellas
I la gloria manchar y *la luz de ellas* . . .
Llorad naves del mar que es destruida
Vuestra vana soberbia y *pensamiento* . . .
I de tus pinos ir el mar desnudo.

(108) Esos de la lira hebraica son estos rasgos:

Venid, dijeron, y en el mar ondoso
Hagamos de su sangre un grande lago . . .
Sus manos á la guerra compusiste
I sus brazos fortísimos pusiste.
Con el arco acerado y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.

Pero estas apreciaciones son accidentales, porque lo que interesa en este trabajo es el aspecto íntimo del poeta. Hernando de Herrera, lejos de ser exclusivamente un vate heroico, malgastó los inejores recursos de su arte en el culto tributado á una pasión que no sentia. Buen chasco llevarían los que aceptaron la sinceridad de ese amor que no fué otra cosa sino un caso de extravagante platonismo. Luz ó Eliodora no es más que un tema artistico. La atracción de un ideal sin forma viva, es cosa muy corriente. Ya hemos visto á donde llega el místico; pero no es necesario tomar por esta vía para hallar muchos espíritus que contemplan y aman lo invisible con mayor intensidad que lo real. Estos desequilibrados si no culminan en el genio suelen llegar á la locura ó, lo que es peor, á la simpleza. Lo que no se concibe es la pasión hipotética que se aplica á una mujer de carne y hueso sin que la tal inspire amor. I eso pasaba á Herrera, el cual nos hace reir compasivamente cuando sabemos que convino con el conde de Gelves en amar fingidamente á la esposa de éste magnate, Doña Leonor de Milán;(109), de

Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando y desmayaron . . .
I tu ira luego
Los tragó como artista seca el fuego . . .
I el santo de Israel abrió su mano
I los dejó y cayó en despeñadero
El carro y el caballo y caballero . . .

(109) "Los versos amorosos en alabanza de su Luz—dice su primer biógrafo Pacheco—aunque de su modestia y recato no se pudo saber, es cierto que los dedicó á Doña Leonor de Milán

donde se deduce que su amor era un entretenimiento literario y nada más. ([110])

condesa de Gelves, como lo manifiesta la canción del libro II que yo saqué á luz el año de 1619, que comienza *Esparce en estas* flores, la cual con aprobación del conde su marido aceptó ser cantada de tanto genio." D. Adolfo de Castro, dice: "La poca vehemencia conque están escritos estos versos, revela que en el poeta no había la pasión que nos cuentan los que han tratado de su vida. No creo que en Herrera hubiese amor sensual y aún estoy por decir que ni platónico." *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII.*

([110]) ¿ Qué había de resultar ? Unas cuantas elegías declamatorias, desnudas de interés y faltas de color. Exhiben sí, prendas superiores de versificación y estilo, porque Herrera, sea cual fuere el asunto que maneje, es el Júpiter tonante de la lírica. Así al cantar á su amada—ó lo que haya sido en realidad—lanza acentos vigorosísimos que más que al género amatorio y elegiaco pertenecen al heroico:

Mis quejas oiga el ímpetu sañudo
De Vulturno y las lleve resonando
Do Iperión esconde el rayo agudo;
I traspase de allí el caliente bando
I la llena región de fría nieve
Mi cuidado y dolor multiplicando.
Mi daño alcance quien sulcando debe
Abrir el hondo lago de Neptuno
I quien ¡ oh Marte ! á tu furor se atreve.
Escrita mi infelice historia quede
En bronce . . .

En todas sus elegías amorosas solo hay un pasaje que esté dentro del cuadro, pasaje que, por su misma soledad á este respecto, se cita con elogio:

Cándida luna que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mío,
¿ Has visto en otro amante otra igual pena ?

Este desacuerdo entre el resultado aparente y la inspiración verdadera que Saint Beuve juzga como causa de inferioridad literaria, es un vicio viejo en los poetas castellanos. Entregados á pueriles ficciones eróticas, ninguno de ellos—con excepción de Espronceda—ha logrado dotar de personalidad á la mujer amada, de modo que su nombre venga á la mente y pase por los labios como una evocación luminosa del amor embellecida por el arte, según sucede tratándose de Beatriz, Laura, Victoria Colonna, Grazziella, etc., cuando se nombra á Dante, Patrarca, Miguel Angel y Lamartine. En estos ejemplos, el consorcio artístico de dos séres no es sino la dilatación de su intimidad sentimental, que parece encontrar su expresión definitiva en la esfera superior de la poesía. A su vez, los dioses mayores y menores del parnaso castellano se emboban con el amor tomado como hipótesis. ¿Quién podría—con semejante antecedente—penetrar en el alma del autor y descubrir lo que en su obra hay de auténtico y sincero? Así sucede y suele verse á cada instante que muchos poetas de lenguaje meloso "cuando cantan," en su cualidad de hombres andan cerca de la bestia. La hipocresía artística hace tiempo que pide su Tartuffe.

Desde Herrera al autor de la Epístola moral á Fabio,

Mírame en este solo y hondo río
Lamentando mi mal con su rüido
I me cubre del cielo el manto frío . . .
Mas pues Diana sigue su alta vía
I acogida á mis lágrimas me niega,
Llora conmigo, amor, la pena mía.

el salto es tan brusco como si pasáramos rápidamente desde el sol africano al anochecer de un día septentrional. Esta obra cuya magnífica arquitectura literaria ha sido enaltecida con rara unanimidad, corresponde admirablmente á la fisonomía taciturna del caracter castellano. El asunto que desarrolla—las ventajas de la medianía y los riesgos que apareja la ambición cuando una voluntad bien dirijida no la doma—es bastante común en la poesía y tiene en Horacio su abuelo más ilustre. (111) El mérito de la Epístola estriba, sobre todo, en la poderosa corriente de emoción que circula por sus hermosísimos tercetos, emoción inesperada, pues si algo se propone es dar una lección de pesimismo previsor, de moral utilitaria, lo cual no es un obstá-

---

(111) Cuando el autor de la Epístola dice, contrayéndose á la vida :

¿ Qué es más que el heno á la mañana verde
Seco á la tarde . . . ?

recuerda el concepto de Jorge Manrique :

¿ Qué fueron sino verduras
De las eras ?

El hermoso símil de Epístola :

Como los ríos en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

trae á la memoria aquella sabida comparación :

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar á la mar
Que es el morir . . .

Hay también en dicha composición ecos de la oda I de Fray Luis.

culo para que su autor logre imprimirle un subido matiz sentimental. El poeta y el filósofo parecen ser consustanciales y la dura enseñanza se desvía insensiblemente del cerebro buscando el corazón que siente el inquieto matestar de una tristeza indefinible.(112)

No es esta la única manifestación de esa poesía cavilosa y austera que intenta relacionar órganos tan diversos como el corazón y la cabeza hablando á cada uno su lenguaje para identificarlos en un fin determinado. Francisco de Rioja hiere la fibra sensible con alguna

(112) Esta invasión terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.
Dejémosla pasar como á la fiera
Corriente del gran Bétis cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera . . .
Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea cuyo clima
Te será más humano y más sereno;
A donde, por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
" Blanda le sea," al derramarla encima.
¡ Oh, si acabase viendo como muero
De aprender á morir antes que llegue
Aquel forzoso término postrero!
Antes que aquesta miés inútil siegue
De la severa muerte dura mano
I á la común materia se la entregue.
Pasáronse las flores del verano
El otoño pasó con sus racimos
Pasó el inverno con su nieve cano;
Las hojas que en las altas selvas vimos
Cayeron, y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos.

reflexión conmovedora al describir el fugaz destino de las flores que en todas las literaturas constituyen los ejemplos más aprovechados y poéticos de una vida lozana en contraste con una muerte prematura. Su silva á la rosa, de composición descriptiva llena de primores, se trueca en materia apropiada para graves consideraciones filosóficas.([113]) Pero la tendencia que señalo se pronuncia más en la elegía á las ruinas de Itálica de Rodrigo de Caro. Así como el estudio de la naturaleza viva en su forma más delicada, excitó el numen de Rioja, la observación arqueológica, el espectaculo de una ciudad en escombros, sugirió á Rodrigo de Caro esa producción única que ha salvado su nombre del olvido.([114]) Sin embargo, aunque ambos modulan sonidos semejantes, la melancolía de las silvas no es tan honda y persistente como la que se desprende de las Ruinas, porque siendo en esta poesía mas amplio el escenario la emoción es más trágica y profunda. Piedras disgregadas traen á la mente del observador el

---

([113]) Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida
Que no sé si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora

Calderón, con distinta forma, expresa el mismo pensamiento:

A florecer las rosas madrugaron
I para envejecerse florecieron,
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.

([114]) "Hombre de una sola oda y de un solo momento," le llama Menendez y Pelayo. *Vida y escritos de Rodrigo de Caro.*

recuerdo de una grandeza soberbia convertida en polvo. El poeta fuertemente impresionado, ha sabido armonizar, fundir la sublimidad del asunto y su expresión natural, sentida y noble. Uno á uno, con rítmica lentitud, con pausa fúebre, van levantándose los monumentos caidos para deshacerse de nuevo al conjuro de los versos que suenan como un solemne miserere. (115)

(115) Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo,
Este llano fué plaza, aquel fué templo;
De todo apenas quedan las señales;
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro
Impío honor de los dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro
¡Oh fábula del tiempo! representa
Cuanta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De la desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Donde, pues, fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Donde está el atleta fuerte?
Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo,
Mas aún el tiempo da á estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos
I miran tan confuso lo presente
Que voces de dolor el alma siente.

Para pintar la impresión de tristeza eievada y filosófica que infunden las profundas vibraciones de estos versos, es

En esta canción, como en las Coplas de Jorge Manrique, las cosas externas se asocian á los fenómenos del espíritu y ensanchan el ambiente de la obra que deja de ser el eco aislado de un dolor individual para convertirse en la interpretación grandiosa é imponente de las tragedias colectivas. Pero en las Ruinas el propósito inicial es menos subjetivo que en las Coplas. Al fin y al cabo, Jorge Manrique se halla subjeto al dolor, concreto y personalísimo, que la causa la muerte de su padre. La emoción surge de él y encuentra fuera objetos que se conforman con su pena, como los ríos que mueren en el mar, como las eras antes verdes y ya secas. El sentimiento propio se dilata empapando en llanto todo cuanto le rodea, para replegarse después volviendo á la causa original que lo provoca. En las Ruinas no hay nada que afecte subjetivamente á Caro. Mas aún, el que nos parece motivo principal de la canción, está subordinado á la estrofa incongruente que la cierra.(116) Pero como el autor era un arqueólogo, de-

---

necesario apelar, por falta de otra comparación menos manoseada, al efecto que causan las notas solemnes de un órgano resonando y gimiendo en las altas bóvedas de un templo. Producir este resultado es elevar un idioma á la categoría de música divina. I entonces no hay quien no se incline ante la majestad de la poesía.

(116) Esta corta piedad que agradecido
Huésped á tus sagrados manes debo
Te doy y consagro ¡ oh Itálica famosa !
Tú, si el lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa,
Permíteme piadosa

jóse llevar de sus aficiones, animándolas con un soplo de tristeza poética al fijarse en los muros deshechos, en la rota escultura, en la planta parásita, en la piedra envejecida, en tanto polvo ilustre que le invitaba á sentir y meditar. Entonces evoca la cuidad antes viva y opulenta, patria de césares, escenario de placeres—como por analogía recuerda á Ilión, Atenas y Roma—para compararla con el estado de desolación en que la mira, deduciendo del ejemplo lecciones conmovedoras. La impresión va de fuera adentro y como no obedece á un movil personal tiene mas alcance y mayor austeridad, despertando un sentimiento, si profundo, reposado que es el que cuadra al filósofo cuando contempla los depojos de la historia.

En las composiciones sérias de Quevedo se pierde el matiz sentimental de esta poesía conservando sólo su aspereza docente agravada por un fatigoso conceptismo.(117) El contraste se evidencia comparando la an-

Usura á tierno llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Geroncio tu mártir y prelado.
Dame de su sepulcro algunas señas
I cavaré con lágrimas las peñas
Que cubren su sarcófago sagrado.

(117) La tendencia de ambos Argensolas, con ser también muy austera, no es tan áspera como la disciplinante y moralista de Quevedo, pero es inútil buscar en ellos nada que toque al sentimiento. Graves é intencionados en sus sátiras que apenas sonrien, diestros en la versificación la cual manejaron con extraordinaria habilidad, tal vez insuperables en la mecáncia del soneto, urbanos, conceptuosos y sesudos, sus obras—vaciadas en los moldos bellos, pero fríos del clasi-

terior elegía con sus odas á Roma, á la Codicia y al Escarmiento y con alguno de sus sonetos filosóficos en donde el pensador y el moralista usurpan en absoluto el puesto del poeta. Pero á bien que este autor popularísimo—uno de los pocos que viven en la mente del vulgo—no tuvo cuerda pasional ni mucho menos buscó nunca el contacto del dolor.([118]) I no se diga que la

---

ciomo—son extrañas al corazón que se nutre de afectos más que de doctrinas y sentencias.

Arguijo, en lo poco que escribió, es el poeta que recuerda más á los clásicos antiguos. Sus sonetos nos merecen la misma admiración que tributamos á las reliquias esculturales de los griegos, mas el decoro y la serenidad suprema de su forma sólo producen una emoción intelectual.

Paso por alto la Amínta de Jáuregui porque, aparte de ser una traducción, pertenece al género pastoral y sobre esto algo he dicho en el lugar correspondiente.

([118]) Hay un rastro de sentimiento sollozante en la silva al Escarmiento:

Yo soy aquel mortal que por su llanto
Más conocido fué que por su nombre
Ni por su dulce canto.

Lleno de inconsolable pesimismo está el soneto que principia:

Miré los muros de la patria mía
Si un tiempo fuertes ya desmoronados . . .

y concluye con acentos impregnados de tristeza vespertina:

Entré en mi casa, ví que amancillada
De anciana habitación era despojos;
Mi báculo más corto y menos fuerte
I no hallé cosa en que poner los ojos
Que no fuese una imagen de la muerte.

Pero estos nublados melancólicos en el alma de Quevedo, no eran más que rápidos paréntesis. Su poesía es jocosa ó docente, nunca pasional.

condición de satírico adormece ciertas fibras para dar al espíritu una dirección inquebrantable, porque el humorista suele ser un meláncólico. Lo es Cervantes para el que lée las entrelíneas del Quijote; Larra lo es, también, y así lo prueba su risa enferma y el desenlace trágico que tuvo; lo es Enrique Heine al punto de que sus poesías son antinomias en donde alterna la broma con el llanto. Hasta en Juvenal hallamos un resíduo de misantropía derivado de la ira implacable que inflama el organismo de sus sátiras. Los más de estos autores y otros que no cito, presentan una desviación de la cólera ó la risa hácia un estado de congoja, más ó menos disimulado, que sombrea sus pensamientos.

El buen humor de Quevedo no nos ofrece esta doble perspectiva. Generalmente se inspira en lo grotesco para lo cual le daba harto paño aquella época infeliz que se distingue por un gran desequilibrio entre la realidad harapienta, llena de angustias y reveses y un optimismo hiperbólico que cubría con mentiras descaradas los fracasos y miserias nacionales. Felipe IV. hizo de los poetas sus abogados ante la posteridad, y á la desfachatada adulación de los mismos deben cargarse los más de los elogios que alcanzó con mengua de la justicia y verguenza de la historia. Se le llamó el "Grande" por haber mutilado su patrimonio con la pérdida de Cataluña y Portugal, y hubo quien le felicitó por tan infortunados eventos ya que de ese modo tendría menos preocupaciones en el mando. (119) Estas

---

(119) En el drama *D. Francisco de Quevedo* de Eulogio

enormidades penetraban también en la poesía, que revela con fidelidad extraordinaria el convencionalismo de la época. Nunca tanto como entonces, se desnaturalizó la sensación al vaciarse en las palabras y Quevedo se dejó llevar por la corriente.

En sus poesías jocosas, cadiendo á las exajeraciones de esos dias y abultándolas desmesuramente, obtiene el efecto por el volúmen. Su chiste no resulta de la sugestión de un concepto que se vela con arte en el celaje de una idea y saca, al fin, su aguda punta para hacerla penetrar en lo más hondo del espíritu. El asteismo y la ironía le son desconocidos y el gracejo sutil, el que brota de una insinuación exquisita ó de un contraste habilmente preparado, no era fruta de su huerto. Hace reir por le construcción descomunal, de las imágenes, la hipérbole desaforada y la enorme paradoja. Relaja la frase y tortura las ideas como el clown las vértebras de su cuerpo. (120)

Florentino Sanz, hay un personaje cuyo constante estribillo: "mejor que mejor," pinta ese necio optimismo que tan cínicamente prevaleció en el reinado de Felipe IV.

(120) Erase un hombre á una nariz pegado . . .

Yo el menor padre de todos
Los que hicieron ese niño
Que concebísteis á escote
Entre más de veinte y cinco;
A vos Doña Diguindaina
Que pareceis laberinto
En las vueltas y revueltas
Donde tantos se han perdido . . .
Fuimos sobre vos, señora,

La vacuidad sentimental é ideólogica en el arte produce siempre tales consecuencias. Nada más lozano y atrayente que el ingenio español del siglo de oro cuando el mal gusto no lo adultera. Cervantes lo transforma en genio y en Calderón anda muy cerca de esta síntesis maravillosa de facultades. Se lée el Quijote y se viene al conocimiento de que no se ha escrito nada más encantador é interesante. Se lée *La dama duende* ó *El secreto á voces* y se afirma, con razón, que el ningún teatro nos ofrece sorpresas tan amenas y tan entretenidos incidentes. Las mismas cualidades se reflejan con brillo mas ó menos vivo—como la luz del sol en los planetas según la distancia á que se encuentran—en los demás escrrtores y poetas de aquel siglo. Mas como la competencia era muy activa y el camino estaba muy trillado, se inició un trabajo loco

---

Al engendrar al nacido
Mas gente que sobre Roma
Con Borbón por Carlos V . . . !

Buena muestra de su afición á la paradoja, es la defensa que hace de Nerón con razones de este calibre:

Dicen que forzó doncellas;
Mas de ningún modo creo
Que él encontró con alguna
Ni que ellas le resistieron.
Quísole Suetonio mal,
Pues le llamó deshonesto
Porque adoraba á su madre
Siendo obligación hacerlo . . .
Si á Séneca dió la muerte
Siendo su docto maestro
Hizo lo que una terciana
Sin culpa pudo haber hecho . . .

sobre el idioma. Los primeros abcesos del lenguaje poético se manifiestan en Herrera. El verbo de este lírico, naturalmente robusto, presenta los caracteres de un edema. Garcilaso, Francisco de la Torre, Rioja, los Argensolas, Arguijo eluden la tendencia, pero no así los demás, empeñados en magullar los conceptos á fuerza de esprimirlos. El sentimiento que, por su misma delicadeza, pide intérpretes sencillos, no hallaba su lengua natural en la complicada algarabía de los culteranos á cuyo frente figura un poeta famoso que ha bautizado ese vicio con su nombre. El divorcio de los dos elementos capitales del arte—ideológico y sensible—es ya irremediable. Las palabras no son las formas obligadas del pensamiento; viven por sí mismas como elementos musicales y pictóricos sin conexión con las ideas. La frase se trabaja de tal modo que pueda suplir su falta de significación con las seducciones de la pincelada y el sonido.

Lo que se ha llamado gongorismo no es otra cosa que una incapacidad manifiesta para emplear los matices medios en la coloración de la poesía. También se enferma la retina intelectual, y Góngora sufre de ese mal como ninguno.([121]) *Las Soledades* y *el Polifemo* nos dan la medida de su desequilibrio.

([121]) Con razón se ha dicho y repetido que las letras españolas nunca lamentarán bastante el extravío de una imaginación tan llena de magníficos fulgores como la de Góngora. El soneto en que describe la salida del sol, es una explosión de luz, pero de luz á la vez que armoniosa brillantísima:

Raya dorado sol, orna y colora

La locura literaria es mucho más común de lo que generalmente se crée, y los poetas, que son los más expuestos á padecerla, necesitan un íntimo contacto con la realidad para que sus facultades no se desnivelen con el predominio absoluto de la imaginación. Lo peor del caso es que nos posée una indulgencia innata ó, cuando no, un profundo indiferentismo hácia el disparate si se nos sirve en versos armoniosos.* Así se han dicho tantos que de estar en prosa llana no hubieran sido fácilmente tolerados. (122) El desdén que algu-

---

Del alto mente la lozana cumbre
Sigue con silenciosa mansedumbre
El rojo paso de la blanca aurora;
Suelta las riendas á Favonio y Flora
I usando al esparcir tu nueva lumbre
Tu generoso oficio y real costumbre
El mar argenta y la campiña dora . . .

De sus romances no se hable, son modelos en el género. I respecto á sus canciones siempre serán citadas muchas de sus estrofas por las bellezas que contienen :

Dichosa tú mil veces
Que con el pico haces
Dulces guerras de amor en dulces paces.

Detén oh Clori ! el vuelo . . .
Pues en tan gran carrera
Tu bellísimo pié nunca ha dejado
Estampa en el arena
Ni en tu pecho cruel mi grave pena.

Dormid que el diós alado
De vuestras almas dueño
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.

(122) Séneca anunció con pasmosa clarividencia el descu-

nas inteligencias superiores sienten por la poesía, halla su causa cuando se piensa en su propensión natural al desatino. El arte más sublime, el que arrancando del corazón lleva sus divinos resplandores á la mente, es, sin duda, el más pueril y hasta el más necio cuando se convierte en un mero entretenimiento de ociosas imaginaciones. Sin adscribirla forgosamente á la tésis, á un trascendentalismo obligado que marchite su lozana virginidad, la poesía abre tan anchos horizontes al cerebro que por solo por ella logramos percibir el infinito espiritual del mismo modo que nos damos cuenta aproximada del infinito material mirando al cielo ó al océano. La belleza es tan sagrada como la verdad. Quizás abrigue yo un concepto exajerado de lo que significa para el hombre como un medio de depuración y cultura psíquica, pero lo cierto es que la misma compasión desdeñosa que sentimos hácia el que se mancha con la mentira en el orden científico y moral, debe merecernos el que miente en el arte deshonrándolo.

---

brimiento de un nuevo mundo. Lope de Vega presintió el telégrafo al decir que algún dia habrian de llegar las noticias con el rayo. Shakspeare tuvo, también, la intuición del cable. Pero ¡ cuantos dislates rimados es preciso cargar á la cuenta de los poetas ! Calderón hizo á Varsovia puerto de mar y afirma que los peces "no respiran," si bien estos lapsus son de buena gana perdonados conociendo la ignorancia de aquella sociedad. Lo increible es que se digan disparates más gordos hoy que se ha generalizado tanto el cultivo de las ciencias. Rodriguez Rubí habla del "*ardiente* y el helado polo," Balaguer dota de plumas á las gacelas—¡ ambos fueron ministros !—y Zorrilla escribe con la mayor impavidez : "Tumba *Leonidas* demandó á *Platea.*"

La falta de verdad y solidez no es lo peor en Góngora y sus imitadores que se están reproduciendo ahora con nombres caprichosos. He venido examinando la clase y cantidad de sentimiento que revelan los poetas castellanos y al tratarse del célebre cordobés hallamos seco el caudal que alimentaron Jorge Manrique y Garcilaso. En Góngora, cuyo trabajo fué el de un cincelador extravagante, no hay, como es de suponerse, calor humano y arrebatos pasionales.(123) Sus

(123) Un soplo ténue de sentimiento se escapa del romance que comienza:

Amarrado al duro banco
De una galera turquesa,
Ambas manos en el remo
I ambos ojos en la tierra . . .

A esta gráfica pintura del forzado corresponden sus lamentos:

Pues eres el mismo mar
Que con sus crecientes besas
Las murallas de mi patria
Coronadas y soberbias,
Tráeme nuevas de mi esposa
I dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras . . .
Pero pues no me respondes
Sin duda alguna que es muerta
Aunque no lo debe ser
Pues que yo vivo en su ausencia,
Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella.

Me he abstenido de copiar aquello de que "las aguas tienen lenguas" y otras resabios por el estilo que empañan la sencillez de la pintura.

facultades poéticas eran, sin duda, las más poderosas de su tiempo, pero por la misma exaltación de su fantasía, él menos que nadie supo sustraerse á la tendencia que divorcia la sensación de su verbo, el instrumento del sonido. La voluntad más complaciente se fatiga con la lectura de sus versos y el corazón no encuentre nada que lo atraiga como no atrae el jeroglífico al ojo del profano.[124]

---

[124] Del fárrago inmenso de la lírica castellana se podría aún sacar algunas muestras menudas que se recomiendan por la expresión delicada y feliz de las ideas y, á veces, de los afectos. Figura entre ellas este soneto de Lope:

Daba sustento á un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
Fuésele de la jaula el pajarillo
Al libre viento, do vivir solía.
Con un suspiro á la ocasión tardía
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dijo—y de sus mejillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardía—
¿Adonde vas por despreciar el nido?
¿Al peligro de ligas y de balas
I el dueño huyes que tu pico adora?
Oyola el pajarillo enternecido
I á la antigua prisión volvió las alas:
Que tanto puede una mujer que llora.

Estimo este soneto como obra perfecta, no obstante el reparo que se le hace á causa del paréntesis conque termina el segundo cuarteto.

Muy celebrados son los madrigales de Luis Martín y Gutierre de Cetina: *Iba cogiendo flores* y *Ojos claros, serenos*, lo mismo que los sáficos adónicos de Villegas: *Huésped eterno del abril florido* . . . Gil Polo no desmerece al lado

Algo debo decir ahora acerca de la epopeya en lo que se roza con el propósito de este trabajo.

La poesía épica no está llamada á interpretar el sentimiento individual porque su carácter más que subjetivo es objetivo. En ella—lo mismo que en el drama y la novela—el arte se manifiesta como acción y las pasiones se expresan con los hechos visibles que realizan. El poeta narra y al narrar se desprende casi de sí mismo para dar á su relato todo el lugar que piden en la lírica sus peculiares ideas y sentimientos. Aunque el asunto lo domina, no afirmo cerradamente que al desarrollarlo se obligue á prescindir en absoluto de sí mismo, porque en todo poeta hay ó debe haber un hombre que algo pone de su sangre en la tinta conque escribe. Así procede el genio que es, por su índole, marcadamente personal. Quiero decir tan solo que en el cuadro inmenso de la épica es harto reducido el rincón que el narrador toma para sí, dejando un amplio ambiente al suceso real ó aceptado como auténtico por la historia ó la leyenda. Tal vez la epopeya—palabra cuyo sentido es muy elástico—se comprenda de otra

---

de los autores citados en unas preciosas quinitillas que han quedado como modelo:

Galatea desdeñosa
Del dolor que á Licio daña
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña . . .
Junto al agua se ponía
I las ondas aguardaba,
I en verlas llegar huia,
Pero, á veces, no podía
I el blanco pié se mojaba . . .

manera en este siglo, como se vé en el Fausto y Child Harold poemas en que sus autores toman á los personajes por disfraz y como un medio indirecto para la expresión de sus estados de conciencia y de sus propias emociones. En este caso, la narración es desimuladamente subjetiva, siendo el heroe el poeta y la obra su instrumento.

Pero no es mi ánimo referirme á esta variedad original de un género literario cuyos elementos se toman, por lo común, de la historia y aparecen ligados á todo lo que en un pueblo ó nación hay de vivo ó tangible, viniendo á ser el patrimonio permanente de sus hijos. Juzgada en esta forma, como manifestación de un ideal común—y así la considero, porque en España no ha sido cultivada de otro modo—presenta un grave obstáculo que en las literaturas europeas solo ha sido vencido por Homero y Dante. Me refiero á la dificultad de crearla en un siglo de fé sencilla y con el concurso de una lengua ya formada que al ser ennoblecida por el arte, conserve, sin embargo, su virilidad originaria. No doy por lo tanto—y otros muchos lo han hecho antes que yo—el calificativo de epopeyas á todos los poemas que se han escrito bajo el amparo de ese nombre, y exceptúo, precisamente, las de ambos poetas porque las dos eran obras de actualidad en cuanto sus autores participaban del espíritu difundido en sus creaciones. El uno estaba aún próximo á las tiempos heroicos de la Grecia, los sentía á su alrededor como formando parte de su atmósfera moral y eran contemporáneos del otro los amores y los odios que ha inmortalizado en su poema.

Hay en lo que llamamos epopeya ó un tema bien sentido, mas sin arte, ó un arte refinado aunque con tema no sentido. Ni los grandes poemas de la India, ni las fábulas nebulosas del Septentrión son, á mi ver, obras artísticas. La poesía flota en ellas como la bruma sobre un paisaje obscuro y la ley de las proporciones armoniosas que traza el compás eterno de lo bello no tiene espacio en tan irregulares concepciones. Por el contrario, la Eneida, la Farsalia, la Tebaida, la Jerusalem, la Henriada y otros poemas de ese corte son engendros que ha aliñado la retórica. No existe en ellos la proyección inmensa de lo épico y es inútil buscar allí los grandes horizontes que Homero y Alighieri desarrollan.

En la épica española sucede lo mismo con algunas circunstancias agravantes. Rodrigo de Vivar, la figura más típica de la Edad Media en España, no ha tenido nunca un poema definitivo con ser el heroe mas cantado en prosa y verso. En la obra atribuida erróneamente á Pedro Abat, falta la lengua. La barbarie de un romance no pulido ata la pluma del poeta que apenas deja ver su inspiración á través de unos versos sin medida. El Romancero no es una obra homogénea; está hecho con retazos de autores y épocas distintas. Fuera de esta ocasión en que hubo mucho material para un poema sin Homero y sin arte que crearan, la poesía épica en España no ha sido más que un accidente. Sobran cantos heroicos, pero nadie resiste su lectura.([125]) Con alguna excepción como Balbuena—

([125]) **Reto al aficionado más paciente á que se atreva con la Austriada, la Cristiada, el Bernardo, el Monserrat, Méjico**

cuya desigualdad le incapacita para erigirse en modelo de ningún género literario—acometen el trabajo poetas sin alientos y mediocres. Juan Rufo, el Padre Hojeda, Lasso de la Vega, Cristóbal Virués, etc., carecían de las condiciones más rudimentarias que exije la epopeya. Lope de Vega, cuya fecundidad lo osaba todo, hizo alarde de su ingenio tocando á su manera asuntos ya ilustrados por Homero y Tasso, en la Circe y la

---

domada, Bética conquistada etc. En la que toca á mi asunto, citaré la Raquel de Ulloa, poema simetrico y frío, si bien embeliecido por una versificación correcta y armoniosa Cántase allí el feroz asesinato de la judía de Toledo, manceba, según la leyenda, de D. Alfonso VIII de Castilla. Ulloa pudo sacar notas muy patéticas, pero es evidente que no acierta á provocar el dulce sentimentalismo que mueve al corazón ante la debilidad y la belleza atropelladas. Aparte del soberbio arranque de Raquel faz á faz de sus viles matadores:

Traidores fué á decilles, y turbada
Viendo cerca del pecho las cuchillas,
Mudó la voz y dijo caballeros
¿Porqué infamais los ínclitos aceros?

lo más recomendable, desde el punto de vista artístico, es la respuesta de Fernando Illán al cruel Alvar Nuñez y con especialidad la octava en que pinta la acción incontrastable del amor:

Es el amor deidad tan misteriosa
Que con ningún concepto se percibe:
Siguiendo su bandera victoriosa
Milita todo cuanto siente y vive;
Aman los elementos la forzosa
Correspondencia que su sér recibe;
Amanse las estrellas á su modo,
Ama el autor universal de todo.

Jerúsalem conquistada, pero su caida es uno de tantos avisos saludables para los espíritus inquietos ó ambiciosos que en todo ponen mano. El único poeta que, después del autor del Mio Cid, estuvo frente á otra ocasión desperdiciada fué D. Alonso Ercilla y Zúñiga, el autor de la Araucana.

El descubrimiento y la conquista de América excedían á los sueños más atrevidos de la literatura romancesca. Lo maravilloso se hizo real por el hecho de robar á lo desconocido un nuevo mundo y se avaloró más todavía con las hazañas inauditas de los audaces conquistadores. La imaginación formó entonces alianza con la realidad que presentaba á sus ojos el panorama extraordinario de una tierra cuyo aspecto desmentía las opiniones de los sabios antiguos con relación al orden físico. Los objetos naturales se agrandaron de repente ; el individuo humano, los animales presentaron formas increibles ; árboles y frutos rompieron los moldes conocidos ; el Mont Blanc y el Mulhacem se achicaron ante el Chimborazo y el Pichincha ; el Volga, el Trajo y el Danubio se convirtieron en humildes arroyuelos comparados con el Missisipi y el Amazonas; las selvas escandinávicas no eran sino jardinillos de recreo al lado de los inmensos bosques de los trópicos ; las minas de Anáhuac y el Perú obscurecieron con el brillo y la cantidad de sus productos las doradas leyendas de Ofir y de Cipango ; en una palabra, la naturaleza virgen en sus combinaciones más vistosas, originales y variadas se exhibió de improviso como una apoteósis deslumbrante.

Si algo pudo enriquecer con elementos imprevistos

la savia artística española y abrir un horizonte ilimitado á sus poetas, fué la revolución geográfica operada por Colón. ([126]) Pero ninguno se ha elevado á la altura de un tema tan enorme y aquellos que han querido abrumar á su musa con la carga, resultan muy pequeños. El descubrimiento de América trajo una multitud incalculable de factores nuevos, á la vida nniversal; pero nada hizo—al menos en España—como resorte literario. Más afortunados los portugueses, si no conservan íntegros los vastos dominios que tuvieron en las Indias orientales, poseen el poema de Camoes que es para su debil nacionalidad una prolongacíon bella é idealista del pasado.

No alcanza á tanto la Araucana. Lo único interesante que hay en ella es la nota personal, en cuanto Ercilla fue poeta y actor en su creación. Poeta en cierto modo y á momentos, porque, para mí, no pasa de ser un versificador fácil y prosaico que sólo levanta el vuelo en ocasiones muy contadas. ([127]) Dejando aparte

---

([126]) Campoamor ha escrito un poema en honor de Colón; pero Campoamor es demasiado subjetivo y humorista para cultivar con éxito la epopeya, en la forma heroica de ese género.

([127]) Hablando de la negligencia de Valdivia, dice que á ser más activo hubiera hallado el arruinado castillo:

Con soldados, con armas, municiones
Seis piezas de campaña y tres cañones.

Las minuciosas y descripciones que hace Homero de las armas de los griegos y troyanos es cosa bien distinta á este inventario de maestranza. Pero aún hay algo más chocante: pintando el desastre de la ciudad de Concepción y descri-

el argumento, más propio de una crónica que de un poema, adviértese enseguida que el autor es incapaz de comprender y sentir la naturaleza americana por mirarla con ojos europeos. El poeta irlandés Tomas Moore, sin visitar la India y por una intuición extraordinaria del aspecto real de ese país, la comprendió y retrató tan bien en Lalla Rookh, que algunos de los fragmentos de esta obra una vez traducidos, se han incorporado á la literatura persa como si fueran cantos nacionales. Al revés de Lalla Rookh, en la Araucana falta el color, ó sea el agente esencial en todo cuadro y con mayor motivo en uno exótico. La paleta de Ercilla ó no lo tiene ó no lo exhibe, bien por amor á sus modelos, bien por falta de aptitud para crearlo. Con razón afirma un escritor que los cronistas españoles del descrubrimiento y la conquista han tenido mayor sensibilidad que los poetas y han logrado pintar con más calor las maravillas que narraban.(128) I no se alegue, por disculpa

---

biendo la hora patética en que todos los habitantes abandonaron sus hogares, desluce con versos de esta guisa la belleza poética del episodio:

Ya por la calle arriba caminaban
Volviendo atrás los rostros afiijidos
A las casas y tierras que dejaban
Oyendo de gallinas los graznidos,
Los gastos con voz hórrida maullaban . . .
Canto II.

I nada quiero decir de un canto dedicado á la descripción del globo con todo el horrible tecnicismo de la Geografía.

(128) El sabio Humboldt ya había observado en su Cosmos la palidez descriptiva de los poetas españoles que tomaron el

que la naturaleza del nuevo mundo carece de la consagración histórica del arte para que pueda ingresar en la epopeya, porque la silva de Bello ha demostrado ya lo que un poeta puede hacer con la flora americana. (129)

nuevo mundo como objeto de sus cantos. D. Enrique Vedia se fija en ello y dice: "Al paso que los historiadores descubren alguna vez la impresión que en ellos causaba aquella naturaleza nueva, gigantesca sublime, apenas se encuentra en ninguno de nuestros poetas el menor vislumbre de este sentimiento eminentemente poético. La Araucana de Ercilla, el Cortés valeroso, la Mejicana de Lasso de la Vega, el Arauco damado del Padre Oña, las Elegías de varones ilustres de Castellano, la Argentina de Barco Centenera y otra porción de escritos métricos malamente llamados poemas, nada dicen de los efectos que en la imaginación de sus autores debió causar el espectáculo de un nuevo continente con una vegetación del todo desconocida. Sus volcanes, sus cordilleras cubiertas de eternas nieves ninguna inspiración comunicaron á los hombres que dedicados al cultivo las musas, parece que debían mirar con predilección y cariño las bellezas que narraban y así es que los poemas citados son, simplemente, relaciones rimadas de los hechos que ocurrían." *Historiadores Primitivos de Indias*. (Rivadeneryra).

(129) No ya las flores—que por su delicadeza y lozanía siempre han sido y serán temas socorridos para producir imágenes bellisimas—algunos árboles y plantas menos exquisitos sin duda como el mirto, la encina, la vid, el olivo, el laurel, etc., han venido representando, casi exclusivamente, la parte estética de la botánica, por el uso que ha hecho de ellos el arte clásico á causa de haber sido consagrados á las deidades del paganismo. Por el contrario, la vegetación y los frutos tropicales tienen el sello de la vulgaridad y la prosa. Sus nombres, generalmente groseros, no los recomiendan mucho para ingresar en el escogido vocabulario de la poesía.

Es indispensible observar, así mismo, que el autor

Sin embargo, Bello ha dado un mentís á esta opinión. Nadie hubiera creido que el plátano, la papa ó patata, el tabaco, el maiz, el cacao, el algodón, el maguey, la yuca, todas esas viles menudencias de los mercados, podrían servir de materia á una composición cuyo mérito mayor estriba en la poesía del lenguaje y la dignidad de los conceptos. El poeta venezolano, unas veces directamente, otras por medio de hábiles perífrasis, las depura y ennoblece en su admirable silva *A la agricultura de la zona tórrida:*

Tu dás la caña hermosa
De do la miel se acendra
Por quien desdeña el mundo los panales:
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa:
Bulle carmín viviente en tus nopales
Que afrenta fuera al múrice de Tiro,
I de tu añil la tinta generosa
Emula es de la lumbre del zafiro.
El vino es tuyo que la herida agave
Para los hijos vierte
Del Anahuac feliz; y la hoja es tuya
Que cuando de suave
Húmo en espiras vagarosas huya
Solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabeo
I el perfume le das que en los festines
La fiebre insana templará á Lieo.
Para tus hijos la procera palma
Su feudo vario cría
I el ananás sazona su ambrosía:
Su blanco pan la yuca,
Sus rubias pomas la patata educa
I el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve . . .

de la Araucana—el cual á cada momento se emancipa de su propósito para relatar historias incoherentes como las batallas de San Quintín y Lepanto, los amores de Dido y Eneas y la conquista de Portugal por el duque de Alba—no ha logrado crear con éxito ni siquiera un episodio en que actuara el sentimiento para humanizar un poco la grave fisonomía de la epopeya. Esto hizo el viejo Homero en la despedida de Héctor y Andrómaca y en la entrevista de Aquiles y Priamo; Virgilio en el conmovedor relato de la muerte de la reina de Cartago; Dante en el pasaje de Francesca y Paolo y Camoes en la evocación de Inés de Castro. No hay epopeya que no se dulcifique con un toque de amor ó de piedad.(180) Ercilla intenta, en vano, producirlo. El episodio de Glauco y Cariolán es una historieta sin relieve de esas que emplean como relleno cuando el argumento es estéril ó cansado.

En el de Tegualda el efecto se destruye porque surge la comparación imposible del autor de la Araucana con Homero al cual sólo pudo acercarse en el conocido canto donde los caciques de Aranco se someten á la sabia proposición de Colocolo. Pero ¡cuán deslucido

---

(180) "El poeta que solo procure en obra de tan vasta extensión desplegar grandeza y energía, difícilmente logrará mantener por largo espacio el mismo tono robusto y sostenido; más aún, cuando lo consiguiera hasta el punto de igualar á Lucano, dejaría siempre que desear á los lectores; éstos anhelan que se varíe el placer que reciben y que no se tenga siempre tirante la misma cuerda del alma, sino que ya se sorprenda la imaginación con imágenes fuertes, ya se conmueva el corazón con sentimientos tiernos y apacibles." MARTINEZ DE LA ROSA. *Anotaciones.*

resulta si evocamos la súplica de Tegualda que acude á Ercilla pidiéndole noticias del cadáver de su amado y osamos cotejarla con la tierna demanda de Priamo al héroe aqueo para que le entregue el cuerpo destrozado de su Héctor! En la Iliada la escena es intensa porque es sobria, se ven de un modo plástico, como pudieran verse en una tela por donde hubiese pasado el pincel de Buonarrotti, las canas humilladas del rey y el padre y se escucha claramente la voz de un gran dolor exhalado con penosa mansedumbre.([131]) En la Araucana la india viuda se querella en cincuenta octavas reales, en cuatrocientos endecasílabos donde el autor consume todas las figuras patéticas de la retórica, sin que haya una nota, un rasgo para el alma á la cual no puede conmover el monótono rumor de tanto verso inútil y vacío.

Pero ¿estaba Ercilla en aptitud de producir emociones de esa índole? ¿Podía eludir las condiciones de la raza, rebelde á la ley natural del sentimiento? ¿Lo-

---

([131]) De tu padre te acuerda, ilustre Aquiles
Que en rugosa vejez, ya de la vida
Al término se acerca y tan anciano
Es como yo . . .
¡Quién sabe si á estas horas
Los reyes comarcanos, poderosos,
Le oprimen con sus armas sin que tenga
Quien le socorra y de la muerte libre!
Yo soy más infeliz, pues obligado
A sellar con mis labios ya me veo
La mano del varón que ha dado muerte
A tantos hijos míos . . .

Iliada. Libro XVIII. Traduc. de Hermosilla.

graría, por excepción como observamos en Garcilaso eliminar de su obra literaria el sedimento pertinaz que agentes seculares depositaron en el espíritu español? No era fácil, en verdad, porque la materia del poema y el lugar en que se desarrolla agravaban la tendencia histórica, la enardecian notablemente en una empresa trágica que ha pasado á la posteridad como uno de los mayores atropellos que el mundo ha presenciado. La terrible labor de la conquista arrancaba de cuajo cualquiera inclinación humanitaria, el más leve movimiento de benevolencia y de ternura. Para nadie es cosa nueva la opinión que entonces prevalecía respecto de los indios. La aparatosa legislación que tantas veces se ha citado como protectora de esa raza, no era más que un muro de papel opuesto á la codicia y crueldad alborotadas de una horda que, ante todo, buscaba su provecho. Los indígenas de América no eran, en rigor, para sus duros opresores séres humanos y sólo así se comprende que su libertad, sus propiedades, su existencia, valiesen tanto como el insecto que aplastamos sin escrúpulos.

Los conquistadores no corrían gratuitamente los peligros de sus osadas aventuras, y al poner su planta en el nuevo contiente ya sabían que la espada era el único asidero de la vida y la única llave que podía abrir de par en par las puertas del tesoro americano. Yo no me propongo insistir en consideraciones muy sabidas respecto de las hazañas y desmanes de esos hombres, porque mis razones no habrán de revestir ni interés ni novedad después de tanto como se ha escrito sobre ello. Creo que hubo innegable ferocidad en la mayor parte

de los hechos que forman el tejido de la conquista y que algunos nos fueron sino consecuencias obligadas del empeño. La aventura fué muy seria y los riesgos muy cercanos para andarse con remilgos. Esto á un lado, no es mi intento hacer historia crítica sino fijarme en la significación moral de ciertos actos, como raiz que después retoña en la poesía.

Las matanzas horrorosas, la infame servidumbre de una gente inerme y dulce, el despojo de sus bienes, el suplicio de sus reyes y caciques, la desolación de sus tierras son hechos incontestables que hoy aceptan todos como verdades evidentes; lo que se discute es la medida de la causa ó la necesidad que dió origen á tales desafueros. Bartolomé de las Casas, Oviedo, Herrera, Bernal Diaz del Castillo, Cieza de León, Zárate, Jerez y otros nos ofrecen datos muy interesantes para saber á que atenernos. Vemos allí que si hubo—no razón porque nunca la tiene el invasor de un país que no ha ofendido á aquel que lo atropella—algún pretexto más ó menos aceptable para encadenar á Caonabo y castigar á Xicotencal por haber combatido al que sin razón los oprimía, no lo hubo para asesinar á Anacaona, á los ochenta caciques de Xaragua, á Guatimoc y Atahualpa y para realizar, en mayor escala aún, innumerables fechorías cuyos relatos averguenzan y horripilan.

Además, sabido es que si los conquistadores eran hombres de un valor á toda prueba, eran, también, tornadizos, indisciplinados, codiciosos y fanáticos. No podían amar al indio cuando ellos mismos empezaban por odiarse. Entre soldado y soldado sólo existia el lazo de solidaridad momentánea que impone el instinto

de conservación ante el peligro. La buena fe les era extraña. Apenas es nombrado Hermán Cortés general de la armada que va sobre las costas del imperio de Moctezuma, empieza á madurar planes para emanciparse de la tutela de Velazquez. Los partidarios de éste intentan asesinarlo en Veracruz. Narvaez, en el momento más crítico de la obra, lo ataca por retaguardia. El odio y la envidia de Predarias levantan el cadalso de Vasco Nuñez de Balboa. Pizarro engaña á Almagro á pesar de la comunión á media hostia. Era imposible que los que olvidaban los derechos del soberano, los intereses de la patria, los vínculos del idioma, la cuna y la bandera diesen un curso de filantropía respetando los fueros naturales de una raza desvalida.

Ercilla, aunque poeta, debió sentir los apetitos de los suyos. La emoción que se despierta al tocar la fibra humana no brota de sus versos, y á fé que hizo bastante al reconocer algunas recomendables condiciodes en los indios.([132])

([132]) Es de su pluma el hermoso pensamiento de "que es tanto el vencedor más reputado, cuanto más el vencido es celebrado;" pero esta máxima no suele practicarse por la intolerancia del carácter español que nunca reconoce en el enemigo ninguna cualidad digna de loa. Quintana se sustrae á la costumbre y en la oda á Trafalgar tributa á Nelson el homenaje de su admiración:

También Nelson allí . . . Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra
Que vil insulte tu postrer suspiro :
Inglés te aborrecí, heroe te admiro.

VI.

PERSISTENCIA DEL CARÁCTER ESPAÑOL — DECREPITUD, ATRASO É IGNORANCIA—INFLUENCIA TRANSPIRENÁICA —POBREZA DE IDEAS—IMITACIÓN—PASIÓN POR LOS TOROS—DECADENCIA MORAL—ARTE INSUSTANCIAL É INEXPRESIVO—SENSIBLERÍA—CIENFUEGOS Y MELENDEZ—RIGORISMO CLÁSICO: MORATÍN (HIJO)—QUINTANA —NUEVO HORIZONTE—ALTRUISMO—IRA PATRIÓTICA.

Los siglos son para los pueblos lo que los trajes para los individuos; modifican su aspecto visible, pero influyen poco en la naturaleza íntima del sujeto. Precisamente lo que constituye una nacionalidad es la persistencia del carácter colectivo, y España es, por esta causa, una de las nacionalidades más típicas del mundo. Pudieran citarse mil ejemplos que lo prueban, millares de actos semejantes que, aun en pleno siglo XIX, han resucitado los días de Viriato, Alba y Olivares. Su historia, variada y movida en los hechos, es monótona, desesperante por la uniformidad del espíritu que la anima. Si algún Carlos III. se propone sacudir al coloso prostrado, pronto la tradición lo narcotiza de nuevo, reafirmando el dominio que le otorga la conformidad de un pueblo el cual vive muy á gusto con sus históricos harapos.

Antes y después, con la unidad católica y la tolerancia religiosa, con la monarquía absoluta y el régimen parlamentario, las tendencias populares son las mismas. Hasta ahora las revoluciones políticas, á pesar de su frecuencia, no han podido inocular las ideas modernas

más allá de la epidermis. Justo es reconocer, no obstante, que en sus peores días de decaimiento la falta del poder y de la gloria no ha matado en los españoles la predisposición al heroismo; pero, á su vez, el progreso y la cultura no han podido estirparles el amor á la intolerancia en sus formas más violentas. El siglo de Cervantes, Lope, Calderón, Velázquez y Murillo fué el de la expulsión de los moriscos y la edad de oro del Tribunal de la fé. Entonces gobernaban á Flandes con el hierro y la hoguera y, posteriormente,han gobernado á sus últimas colonias con el sable y la mordaza. Así lo harán siempre que puedan ó los dejen, porque la virtud del español es la tenacidad y su defecto una radical ineptitud para sacar de la experiencia enseñanzas provechosas.

El cambio de dinastía que se verifica al iniciarse el siglo XVIII. trae á la mano las reflexiones anteriores. Cuando muere Carlos II. después de consumir los últimos recursos, las migajas de su inmenso patrimonio, lo que deja es un mísero esqueleto cuyos huesos moldearán la nueva musculatura que con forma francesa resucitará el tipo tradicional de la nación. Felipe de Anjou y sus hábiles ministros, muchos de ellos extranjeros, importaban la luz en dosis muy escasas porque la pupila nacional no estaba preparada á resistirla. Buckle, en su Historia de la civilización en Inglaterra, explica le decadencia española en dos palabras: ignorancia y miseria. España era entonces un pueblo porque así lo indicaban sus fronteras. No había allí ejército, ni tesoro, ni marina, ni comercio, ni ciencias, ni artes, ni letras. Con el primer Borbón

entra el elemento galicano que aún actúa sobre la apariencia de las cosas. El factor transpirenáico al invadir á la península determinó un movimiento más que de expansión, de resistencia, como el de ciertas plantas que repliegan sus hojas al tocarlas. Andando el tiempo, según acabo de indicar, ese factor se impuso como forma, y España tuvo otra vez ejército, marina, hacienda, policía, centros de instrucción, literatura, artes, academias, todo á la francesa. Pero esto no era un cambio radical, sino el barniz que se daba á un pueblo viejo. ([133])

Los poetas españoles fueron clásicos y sus preceptistas aristotélicos, porque el rey era francés y los franceses, en el orden literario, eran clásicos y aristotélicos. "Felipe V—dice Cueto—sin embargo de su "firme propósito de identificarse con la nación, traía "involuntariamente consigo un vicio mortífero para la "poesía: el espíritu extranjero que, por la virtud "misma de las cosas, hubo de ingerirse gradualmente "en el corazón de los españoles."([134]) Lo que en realidad traía no era el la pulpa sino la corteza transpirenaica, y tanto es así que el clasicismo fué en

([133]) "La influencia francesa, si bien se entronizaba con cierta violencia política en la corte española, no se infundía aún en el alma de la nación." CUETO. *Bosquejo histórico-crítico.*

([134]) *Id.* Felipe V. no guiso identificarse con España sino que España se identificara con él, adoptando sus propósitos y gustos, y siempre persistió en las inclinaciones naturales del francés que, si amaba un trono extranjero, no parecía simpatizar gran cosa con sus súbditos.

Francia un agente poderoso y el molde favorito de su gran revolución, cosa en cierto modo lógica ya que las únicas tradiciones de libertad y democraacia—las más ilustres por lo menos—eran entonces las que procedían de Grecia y Roma. Los españoles, por su parte, con su Inquisición siempre vigilante y con el culto fetichista que tributaban á sus semi-divinos soberanos, no estaban predispuestos á tales escarceos. Es así que no pasaron de la copia superficial ó formalista, y hasta Quintana—único poeta que dió vigor á las ideas—el siglo XVIII. fué en España un siglo de palidez literaria y poesía descolorida.

Nadie osaba crear ; todos imitaban : inventar, subjetivar, revelar la intimidad de cada sér, era un defecto porque el arte hallaba un límite insuperable en la mera perspectiva de lo externo. La naturaleza no se observaba en su vida original sino en la copia muerta de los libros : imitación de imitación, esa era la consigna. La oda rígida sin vuelo ni entusiasmo ; la elegía sin latidos dolorosos ; la égloga repetidora incorregible de escenas pastoriles nunca vistas ; la tragedia momia augusta de un género anacrónico ; sonetos y romances sin sabor, tal era la cosecha de ese tiempo. Se eclipsó hasta el sentimiento de lo heroico que no suele abandonar á los españoles ni aún en los días de la más acentuada decadencia.([185]) I aun se puede asegurar

([185]) Un espíritu tan elevado como el de Jovellanos, pudo con razón dolerse de esto en su sátira II :

Apenas de hombres
La forma existe . . . ¿ Adonde está el forzudo

que nació en esa época lo que hoy se llama "flamenquismo," ó sea la frívola propensión al rebajamiento que demuestran no pocos individuos de las clases superiores en su empeño de asimilarse ciertos hábitos, si pintorescos groseramente populares.(136) En la

Brazo de Villandrando? ¿Do de Argüello
O de Paredes los robustos hombros?
El pesado morrión, la penachuda
I alta cimera ¿ acaso se forjaron
Para cráneos raquíticos? ¿Quién puede
Sobre la cuera y enmallada cota
Vestir el duro y centellante peto?
¿Quién enristrar la ponderosa lanza?
¿Quién . . . Vuelve, oh fiero berberisco! vuela
I otra vez corre desde Calpe al Deva
Que ya Pelayos no hallarás ni Alfonsos
Que te resistan. Débiles pigmeos
Te esperan . . .

(136) El mismo Jovellanos hace una gráfica pintura del tipo flamenco que vive aún inalterable como puede testificarlo cualquiera que haya pasado por Madrid ó Sevilla:

¿Vés Astolfo aquél majo en siete varas
De pardemonte envuelto, con patillas
De tres pulgadas afeado el rostro,
Magro, pálido y sucio, que al arrimo
De la esquina de enfrente nos acecha
Con aire sesgo y baladí? Pues ese
Es un nono nieto del rey Chico . . .
Mas no creas
Su memoria vacía. Oye y dirate
De Cándido y Merchante la progenie;
Quien de Romero y Costillares saca
La muleta mejor, y quien más limpio
Hiere en la cruz al bruto del Jarama.
Vé aquí su ocupación, esta es su ciencia.

fiesta taurina está el orígen de este y otros vicios sociales más funestos.

La corrida vino á sustituir más artística y ménos horrorosamente el naturalismo espeluznante de los autos de fe. Pero no es posible establecer de un modo afirmativo si hubo progreso moral en la suplantación del quemadero por el circo. Meditando en ello, hasta cierto punto podemos concebir cualquier acto de barbarie cuando nace de una pasión tan ciega como el fanatismo religioso; lo que no es tan fácil es hallar un argumento digno en descargo de la ferocidad humana si obedece tan sólo al afán de propinarse un pasatiempo. El césar de Roma no es tan repugnante cuando espoleado por el odio religioso arroja á los cristianos á las fieras, como cuando convierte su crueldad en un "sport." Imparcialmente considerada, la corrida de toros es más irracional que el quemadero aunque sus efectos no sean tan espantosos, porque toma el dolor como espectáculo que se se brinda al individuo equilibrado, no ya al sectario vengativo, juguete, al fin y al cabo, de la exaltación de sus pasiones.

Tal vez sea este dato el más interesante que el carácter español ofrece al que lo estudia, en cuanto su dura condición no responde en tal caso al influjo perverso del fanatismo que creó la Inquisición para curar almas enfermas con el fuego, ni tampoco á la codicia que, como es sabido, determinó la expulsión de los judíos y les matanzas de los indios, ni por último, al temor de un peligro nacional de orden interior que provocó, según algunos escritores, el éxodo morisco. Aqui no hay ni interés económico, ni causa política, ni

exijencia religíosa; hay sencillamente la diábolica afición á solazarse en presencia de la sangre derramada. I el que disfruta por costumbre ese espectáculo, es un dilettante de la barbarie, un heredero espiritual, más ó menos atenuado, del que iba á ver por mero gusto como caía el moribundo gladiador sobre la arena. (137)

(137) Más de un siglo antes que Jovellanos flagelase las corridas en su célebre discurso, Quevedo—que sorprende muchas veces por la elevación de sus ideas—lo había hecho en sus cartas al Caballero de la Tenaza y en la epístola *Al conde de Olivares en su valimiento:*

Pretende el alentado joven gloria
Por dejar la vacada sin marido
I de Ceres ofende la memoria.
Un animal á la labor uncidó,
I símbolo celoso á los mortales,
Que á Jove fué disfraz y fué vestido;
Que un tiempo endureció manos reales
I detrás de él los cónsules gimieron
I rumia luz en campos celestiales,
¿Por cual enemistad se persuadieron
A que su apocamiento fuese hazaña
I á las mieses tan gran ofensa hicieron?
¡Qué cosa es ver á un infanzón de España
Abreviado en la silla á la gineta
I gastar un caballo en cada caña!

. . . .

Con asco entre las otras gentes nombro
Al que de su persona sin decoro
Más quiere nota dar que dar asombro.

Menos exijente que Quevedo, D. Nicolás Fernandez de Moratín es el Píndaro de estas olímpicas taurinas. Ahí está su canción á Pedro Romero, "torero insigne," en donde pide á la sacra musa que alce "el divino canto:"

Esta degeneración del instinto heroico no robusteció ni ennobleció las cualidades opuestas ni, por lo mismo, logró dulcificar los rudos apetitos de la raza; lo que hizo fué crear un arte inexpresivo y sin rerelieve. Nunca la poesía ha demostrado mayor pueri-

---

Con eco que supere resonante
Al estruendo confuso y vocería,
Popular alegría
I aplauso cortesano triunfante
Que se escucha distante
En el sangriento coro matritense,
En cuya arena intrépido se planta
El vencedor circense,
Lleno de glorias que la fama canta.
. . . .
Todo el concurso atiende pavoroso
El fin de este dudoso
Trance. La fiera que llamó el silbido
A tí corre veloz, ardiendo en ira
I amenazando mira
El rojo velo al viento suspendido.
Da tremendo bramido
Como el toro de Fálaris ardiente,
Hácese atrás, redobla, cabecea
Eriza la ancha frente,
La tierra escarba y larga cola ondea . . .

En otra composición describe también la actitud de la bestia embravecida con la precisión de un verdadero aficionado:

La cola inquieta menea,
La oreja diestra mosquea,
Váse retirando atrás
Para que la fuerza sea
Mayor y el ímpetu más.

Quintillas. Antigua fiesta de toros en Madrid.

lidad ni ha gastado su sávia en asuntos más insignificantes y risibles. El rasgo más saliente de esa labor insustancial á indigna de hombres sérios, es la afectación hipócrita de un estado emotivo que se inventa para dar alguna ocupación al espíritu y la pluma, sin otra finalidad que matar el tiempo rimando boberías (138) Las zagales de salón se importaban de la corte de Luis XV. Se amaba en versos pálidos, se ideaban idilios campesinos sobre muellos alfombras y cómodos divanes y producía un furor indescriptible la nomenclatura de las Fílis, Nises, Rosanias, Lesbias y Dorilas. La simetría era el canon de lo bello, la lividez el tono del color y el almizcle el mejor de los perfumes partoriles. Hasta las musas más austeras hicieron de la frivolidad una grave función del intelecto.

"El éxito maravilloso de esta Academia—dice Cueto refiriéndose á una que entonces funcionaba en Madrid—"fué la consagración de aquella plaga de "poetas pastoriles que se inspiraban en su gabinete, "sin ver más cielo ni más campo que la pared ó el "tejado de la casa vecina y de aquella moda irrisoria "que convertía entre nosotros al respetable Jovellanos "en el mayoral *Jovino*, al rígido magistrado Forner

---

(138) Melendez canta al *Colorín de Filis* y *La inconstancia del céfiro*, Iglesias al *Desfallecimiento*, la *Duración de su amor* y *Los delirios de la desconfianza*, Arjona al *ara de Roselia*, sin contar la peste de versos que se dedicaban á Cupido, al rocío, al arroyuelo, á la brisa y demás asuntos de esta clase en que la simpleza humana no ha dicho aún su última palabra.

"en el zagal *Fornerio,* al severo canónigo Porcel en el "*Caballero de los Javalíes* y al grave D. Jaime Villa-"nueva en el pastor *Jamelio.*"([139])

Todos carecían de la verdadera emoción inherente al artista y lo que lograban á la postre era caricaturar la sensibilidad, convertiéndola en sensiblería.([140]) Poetas en el nombre que cantaban "al amor adeano" y alardeaban en idilios y anacreónticas de una sencillez sentimental que nunca conocieron, sublimaban, como hemos visto, el sangriento espectáculo de los toros. Ninguno de ellos—prescindiendo de Quintana—puso el ojo el nuevo horizonte abierto á la contemplación universal é iluminado por otros ideales más nobles y humanitarios que los conocidos hasta entonces en el país de Torquemada é Ignacio de Loyola; ninguno dió una nota que dejase ver su corazón sin el disfraz de la retórica.

Cienfuegos creyó quirás sustraerse el hielo de su época y pasó, por mucho tiempo, como una maravilla en medio de ese páramo; pero su ardor es aparente y ficticio su entusiasmo. Como las antiguas plañideras que es forzaban sus lamentos para expresar un dolor artificioso, el cual ese exajeraba más ó ménos según la mayor ó menor solemnidad del funeral, su lirismo gemebundo se desborda inútilmente sin que mojen sus

---

([139]) CUETO. *Bosquejo.*

([140]) "En suma, los afectos andan tan raros como las imágenes en el siglo XVIII., por lo mismo que no ha habido ninguno en que más de moda estuviese el tipo de hombre sensible." MENENDEZ Y PELAYO. *D. Francisco Martinez de la Rosa.*

lágrimas, porque el lector descubre la mentira detrás de tanta admiración y tantos puntos suspensivos. "Yo no sé si Cienfuegos era un hombre muy sensible y "apasionado; pero en sus versos me parece un decla-"mador frenético," dice Menendez y Pelayo en la obra que acabo de citar. Lo extraordinario es que atribuyéndo se le, como hubo de atribuirle la crítica en sus días, una imaginación espléndida y ardiente, no haya una sola pincelada que lo pruebe; no ya en sus composiciones de carácter subjetivo, sino en las meramente descriptivas, desnudas de color y sin un rasgo vivo, á pesar de la afición que, á creerlo, le inspiraba la naturaleza campesina.([141])

Melendez Valdés es otra personificación genuina de ese arte, si eso es arte. ¿Qué idea tendrían de la belleza sus cándidos admiradores cuando lo juzgaron como un semidios ó poco menos? Hoy recluta más lectores cualquiera antigualla medioeval que la más pulida de sus obras. La corrección y la elegancia hallan su lugar en las producciones literarias siempre que

---

([141]) En la descripción del otoño hay un toque que, aún no siendo gran cosa, reproduzco por ser el único en su especie:

Tú le viste brillante y florecido
A este rico peral que ora agobiado
Del largo enjambre de su prole hermosa
La frente inclina. Céfiro atrevido
De una poma tal vez enamorado
Bate rápido el ala sonorosa,
I la besa y la deja, y torna amante
I mece las hojitas, é inconstante
Huye, y torna á mecer, y cae su amada
I toca el polvo con la faz rosada.

no adulteren la expresión natural del sentimiento y de la idea. I Melendez sólo porque fué correcto y elegante fué perfecto, aunque—dado que lo fuese—nunca atinara á revelar un estado auténtico del alma. Bien es verdad que como poeta no la tuvo. Cuando se propone hablar al corazón fingiéndose sensible, cae en el ridículo y le pasa lo que á las gentes disfrazadas que para evitar que las conozcan dan á su voz un timbre desusado. Su labor fué de ociosidad y pasatiempo y ni su égloga premiada olía á tomillo sino á perfume parisión sustraido á las poetas pastoriles de Mme Pompadour, ni sus otras poesías eran obras immortales como creyeron sus coetáneos.([142]) Hoy cuando nos dá el humor por la bucólica, vamos hácia Garcilaso y tal vez hacia Balbuena, y tratándose de anacreónticas nos atenemos á Villegas que, á pesar de sus vicios de estilo, es un gigante comparado con Melendez.

No son mejores las otras poesías amatorias que escribió sin el pellico y la zampoña. Baste decir que

---

([142]) Todo Melendez está en estos cuatro versos de *El colorín* de Filis :

También *hijito* te llamo
Si á mi voz piando vienes
I tus *alitas* me halagan
I tu *piquito* me muerde.

I en ese tono compuso centenares de poesias ! Por cierto que comparado dicho romance con el soneto de Lope al pajarillo de Lucinda, prueba todo lo que un poeta verdadero puede decir en catorce versos y todo lo que Melendez ha dejado de decir en una composición interminable y llena de pueriles consideraciones sobre la cautividad de un pájaro referida á la de una joven casada sin amor.

en este género es más insoportable que Cienfuegos. Idénticos galicismos, menos bríos, mayor profusión de interjecciones lacrimosas y el mismos abuso de puntos suspensivos puestos con la idea de que sugieran una impresión profunda y misteriosa que, efectivamente, no sugieren.(143)

D. Leandro Fernandez de Moratín si no revela una gran inspiración, revela más dignidad artística que Melendez. Es hombre de su siglo, de poca altura moral, clásico de ideas limitadísimas é intolerante y preocupado en todo lo que atañe á su doctrina literaria; mas supo predicar y practicar cierto buen gusto que no

---

(143) Vayan algunas muestras tomadas de *La partida :*

¡ Oh Dios, de mi inefable
Felicidad huir ! En mis oidos
No sonará tu voz ! ¡ no las ternezas
De tu ardiente pasión !
¡ Yo extático de amor . . . Bárbara, injusta ! . . .
¡ Ay ¿ do si un paso das donde no encuentres
De nuestro eterno amor mil dulces muestras ?
¡ Qué de suspiros y esperanzas dulces
Crédulas nuestras almas concibieron . . .
¡ Qué proyectos formábamos !
Acaba
De arrojarme de tí, cruel . . . Perdona,
Perdona mi delirio . . .
¡ Oh Dios yo la he ultrajado, esto restaba
A mi inmenso dolor . . .

Hasta aquí, después de tanto llorar, no ha dicho nada :

Tu lengua se tropieza balbuciente,
I embarazada estás cuanda me miras.

Pero aquí me parece que, sin querer, ha dicho demasiado.

tenía heredero desde la muerte de ambos Argensolas. Hago caso omiso de Luzán, autor de una poética ordenancista y de unas cuantas composiciones inaguantables que en la actualidad solo estiman los bibliófilos, porque sólo se le debe citar como un simple dato histórico propio para medir la ruindad literaria de su época.

El principal defecto de D. Leandro Moratín era su adhesión exajerada á todo aquello que en el arte ó es accidental ó externo. Su poesía de apagadas vibraciones, carece de ese ritmo interior que, aun siendo muy escaso en la lírica española ofrece algunas muestras en ciertas producciones que en su oportunidad he señalado. Por un error de estética confundía lo simétrico con lo bello, lo acompasado con lo armónico; pero dentro del círculo estrecho en que giraba resulta superior á casi todos sus compañeros en las musas del siglo XVIII si comparamos su cultura, sobriedad, discreción y fino gusto con el desaliño de su padre, la opacidad de Jovellanos, la dureza de Forner, la vacuidad pretenciosa de Cienfuegos, la insulsez de Melendez y el prosaismo y la aridez de los demás.

Un sectario del pseudo—clasicismo tan incondicional é irreductible debió tener en poco el concurso del alma en la poesía. A juzgar por sus versos, el amor no lo perturba, y en materia de elegías sólo nos ha legado una muy notable en su adios á las musas, hija afortunada de su vanidad y su despecho.(144) Notorio

---

(144) **Siempre será digna de encomio la habilidad conque hería el teclado de la métrica, y hasta sus composiciones más**

es que Moratín fue cortesano de Godoy y le pidió su

---

sencillas son interesantes ejemplares de lo que llamaremos la especial arquitectura del lenguaje poético. En el verso blanco es un modelo casi único por la armonía, robustez y nobleza que le imprime. Recuérdese la Epístola á Jovino en donde la versificación llena de sonoridades magestuosas refleja dignamente la grandeza de la antigua Roma, evocando con la pompa viril reclamada por el tema, el espectáculo soberbio de sus generales y sus cónsules :

Conduciendo atados
Al carro de marfil reyes adustos,
Entre el sonido de torcidas trompas
I al ronco aplauso de los anchos foros.

Pero esta cualidad llega á su colmo en la elegía á las musas á que arriba me contraigo. Reproduzco el pasaje principal para que se vea cuanto calor y movimiento puede dar á una poesía, con la acción exclusiva de los recursos de la lengua, un artífice de opaca inspiración, si bien profundo conocedor del instrumento que maneja :

Yo ví del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer tiranos,
Atropellarse efímeras los leyes
I llamarse virtudes los delitos.
Ví las fraternas armas nuestros muros
Teñir en sangre nuestra, combatirse
Vencido y vencedor, hijos de España
I el trono desplomándose al vendido
Impetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio
Iras, desorden, esparciendo y luto
Comunicarse el funeral estrago.
Así como en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios su bifronte cima,
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas

ración en rimas clásicas.(145) Las contriedades de la emigración, el desdén de los suyos, el presentimiento de un cambio próximo que sería la negación de su sistema intolerante y anticuado, irritaron sus nervios y en la citada elegía tocó por primera y última vez la fibra pasional, desatando una racha poderosa que hizo ondular su estrofa antes inerte. Es un fenómeno que nunca se desmiente la ferocidad del amor propio en los poetas y más en los poetas cortesanos. Muchos de éstos transigirán con toda clase de vilezas—en la historia de las letras hay, también, bastante lodo—pero nunca callarán si se toca á su gloria, al orgullo infantil que suele poseerles.(146)

En Moratín la regla se confirma. Miró con absoluta

Turba el Averno sus calladas ondas
I allá del Tibre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia
Que dá sepulcro al sucesor de Cristo.
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro,
Quién dar al verso acordes armonías
Oyendo resonar gritos de muerte? . . .

(145) Debo consignar en justicia que sus adulaciones á Godoy, con ser muy repetidas, no le llevaron hasta la vengüenza de cantar á una mancebeba del valido como éste le pedia. "Esta conducta—dice Aribau—que en aquellas corrompidas antesalas se pintaba como un rasgo de ridiculez ó ingratitud, hizo presagiar una desgracia inmediata. En efecto, el duque manifestó descontento y aún amenazó castigo; pero la borrasca se disipó sin tardanza y este incidente no tuvo ulteriores consecuencias." *Vida de D. Leandro Fernandez de Moratín.* (Colec de Rivadeneyra.)

(146) Horacio dió la pauta de su amable ignominia á esta serie de gloriosísimos lacayos.

indiferencia la situación de su país, degradado por Godoy y aceptó complacido la invasion napoleónica. Nada pudo alterar la epicúrea placidez de su conciencia, pero tuvo un violento paroxismo ante el eclipse de su fama y de su escuela. La elegía á las musas es el grito iracundo de un vencido.

Al llegar á Quintana nos hallamos en frente del primero de los poetas españoles que piensa á la moderna. Su labor política y literaria se confunden y completan. Tuvo como Tirteo en Grecia y camo Teodoro Koerner en Alemania lo que suele faltar al vate heroico: la ocasión. No hay poeta ni antiguo ni moderno que en un instante crítico para la independencia y el honor de su país haya ejercido un influjo tan intenso como él de D. Manuel José Quintana entre los suyos.(147) Porque Beranger cantaba las glorias de la República y el Imperio como un recuerdo ó esperanza y no en medio del tumulto de las armas. Leopardi y Ginetti Giusti no hallaron pueblo. El primero es un ejemplar de patriotismo elegiaco que llora con razón al contemplar los magníficos resíduos de la Roma pagana sin hallar en parte alguna su gloria y su valor. Heredia tuvo arranques de Tirteo, pero, por desgracia, prematuros. Estanislao Krasinski actuaba de un modo impersonal, como que el poeta se ocultaba

---

(147) "Tirteo es una sombra; del personaje casí nada sabemos y del poeta poquísimo nos ha llegado, mientras que el Tirteo español, surgiendo en medio de un período histórico famoso, ha levantado su gloria sobre imperecedero monumento. ENRIQUE PIÑEYRO. *Manuel José Quintana*, 1772-1857, Ensayo Crítico.

entre las sombras.[148] Sólo en Alemania, donde las guerras de Bonaparte despertaron el ideal de la unidad, la lira fué tan eficaz como la espada.

Quintana supo unir sus aspiraciones liberales con la obra nacional frente al extranjero, pues los españoles ilustrados de su época pugnaban, á la vez, contra el despotismo extraño y el doméstico.

Sus gustos literarios eran los que imperaban dentro de una escuela esclava de Boileau y sin alientos para dilatar la inspiración una línea más allá de la preceptiva aristotélica. Sin embargo, por el fondo atrevido de sus odas y su insubordinación contra las tendencias históricas de su pueblo, D. Manuel José Quintana tiene más significación que cualquier poeta romántico español en cuanto es un precursor de la España política del día. Bebió en fuentes francesas las ideas innovadoras que vierte en sus poesías y aunque no refleja con toda exactitud el espíritu de análisis, el excepticismo sistemático con que la Enciclopedia destruía seculares tradiciones, como poeta se apoderó del resultado dando pretexto al Santo Oficio para que le ajustara cuentas á su tiempo. La España monacal y absolutista era una puerta muy cerrada por donde no entraban casi nunca las ráfagas modernas, y si entraban lo hacían por las rendijas. Quintana fué el primero en abrirla cuanto era per-

---

(148) "¿Quién era el poeta? Nadie lo sabía. El misterio duró tanto como la vida de un hombre." ENRIQUE JOSÉ VARONA. *El poeta anónimo de Polonia.*

Tipo de poeta heroico y, al mismo tiempo, erótico—cualidades que armoniza muy bien—es el húngaro Poetefi. Diego Vicente Tejera ha traducido algunos de sus cantos.

mitido en época tan vil. Hizo por la libertad entregándole su lira lo que, después, D. Emilio Castelar por la República al consagrarle su palabra, con la diferencia que se advierte entre un carácter indomable y un espíritu apocado é inconstante que se horripila ante su obra.

No es el Píndaro español un poeta de sensibilidad dentro del alcance que he venido asignando á este vocablo, pues si por algo se distingue—fuera de los grandes arrebatos que la musa guerrera le sugiere—es por la entonación solemne y hueca, la austera rigidez enemiga de las expansiones tiernas y apacibles y la frialdad estatuaria de sus versos. Así como su mente se acalora cuando evoca á Guttemberg ó Galileo, el corazón no suele responderle cuando intenta traducir sus movimientos cuya reproducción se le resiste. Considerado de este modo, más que un poeta es un tribuno y tal parece demostrarlo el período oratorio de sus odas.

Su concepción de la belleza es la clásico—pagana, la que se exhibe en líneas armoniosas y serenas y por esta cualidad sus versos son modelos de exquisita corrección, mas sin que el latido de una fibra llegue á enardecerlos siempre que se propone expresar algún afecto extraño al fervor exaltadísmo que encrespa sus canciones de patriota y se sectario. En su oda á la hermosura quiere eludir su inclinación é invoca al sentimiento en una estrofa que se ha hecho popular.(149)

(149) Sin él ¿ qué es la beldad ? flor inodora
Estatátua muda que la vista admira
I que insensible el corazón no adora.

Algo semejante podemos observar en su composición á Célida, la más apasionada de todas las que hizo, pero, á pesar de sus esfuerzos resulta siempre un sensualista.[150] Díganlo sus poesías *La Danza y Para un convite de amigos* en que da rienda suelta á su inclinación erótico—pagana al culto de la carne.[151] La

---

[150] De la poesía á Célida siempre recitarán los enamorados la siguiente estrofa:

Angel consolador ¿donde te has ido?
¿Qué has hecho de aquel bálsamo suave
Que sobre el triste corazón vertido
Su acerba llaga mitigar solía?
Contrario el cielo á la ventura mía
Me le robó dejándome inclemente
Con esta amarga soledad presente,
Recuerdos tristes de mi bien perdido.
Angel consolador ¿donde te has ido?

[151] Brindemos ¿y por quién? Por la hermosura.
No veis al rebullir del fresco viento
I á la vivaz fragancia de las flores
Despertar en enjambre los amores?
Que cada cual al punto por su amiga
Beba, que cada cual la encuentre siempre
Más fresca y más hermosa
Que por abril la rosa;
Siempre brillante y pura
Como es brillante el sol, puros los cielos;
Nunca sospecha ó ponzoñosos celos
Osen romper tan amorosos lazos.
Que á sus abrazos cedan los abrazos
Del álamo y la vid, y que á sus besos
Cedan también en fuego y en dulzura
Las deliciosas chispas centelleantes
Que ora en este licor mi labio apura.

fascinación de la belleza en su aspecto material, le lleva á prescindir de la significación moral de la mujer cuando dijo con motivo de la muerte de la duquesa de Frias:

¡ Muera mejor que envejecer la hermosa ! ([152])

Bebamos, acordémonos que un día
Dijo riendo Venus á Lieo:
Tu ardor va al par de la belleza mía
Tú iguales el poder con el deseo.

Refiriéndose á este sensualismo quintanesco dice el Padre Blanco García que no es tán digno de notarse, "porque ofrezca alguna expresión francamente deshonesta como por su ausencia de alma." *La Literatura Española en el siglo XIX.*

([152]) Casi todos los poetas españoles de más nombre en el primer tercio de la actual centuria, dedicaron alguna composición á la muerte de esa dama, y entre ellas se cita una de D. Juan Nicasio Gallego, muy aplaudida por su forma, aunque extraña á la impresión que debió inspirararle la naturaleza del asunto. Trátase de una poesía en donde el verso por su vuelo pindárico carece de ritmo sentimental y es incapaz de modular la nota conmovedora que vibra espontáneamente ante los despojos de una mujer joven y bella.

Mucho más adecuada es la Epístola que, con idéntico motivo, compuso Martinez de la Rosa. Ya los primeros endecasilabos proyectan la penumbra solemne que conviene á la melancolía del paisaje y la atmósfera brumosa de la muerte.

Desde las tristes márgenes del Sena
Cubierto el cielo de apiñadas nubes,
De nieve el suelo y de tristeza el alma
Salud te envía tu infelice amigo . . . .

Lo demás—exento en lo posible de retórica—va derecho al

Pero es necesario concederle que demostró alguna sensibilidad de un modo impersonal, en un sentido abstracto y en forma tan inesperada respecto de los suyos que ha hecho de su nombre una personificación original y casi única en la poesía lírica española. Débese á él la introducción de un elemento extraño, de grandes horizontes y novedad indiscutible. Me refiero al amor al bien en su sentido universal, importación doblemente meritoria porque de todos los pueblos europeos el menos cosmopolita y expansivo es el español. La entidad hombre que—aparte

alma que despierta al eco de un dolor exactamente interpretado.

La de Quintana es filosófica y refleja el pesimismo indiferente de la musa greco-romana ante el misterio de la eternidad y de la muerte. Allí consta el famoso cuarteto:

Granos todos de incienso al fuego que arde
Delante de mi altar sois arrojados,
Que uno caiga más pronto, otro más tarde,
¿Por eso habeis de importunar los hados?

I ahora vuelvo á Gallego á fin de ofrecer un nuevo ejemplo que demuestra la incapacidad de la lírica española para traducir el dolor individual y su aptitud para expresar el colectivo. Léase la oda al Dos de Mayo y en sus primeras estrofas se verá un magnífico cuadro, el cual, mediante unas cuantas soberbias pinceladas, deja al lector completamente al cabo de la catástrofe que sirve de argumento á la elegía:

Mas ¿quién el sempiterno
Clamor conque los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frío
I al pálido lucir de opaca luna
Entre cipreses fúnebres la veo,

de la restricción impuesta por las preocupaciones é intereses nacionales—tiene para el francés, el inglés ó el alemán una significación superior—la cual traspasa las fronteras y los climas y llega á sobreponerse al concepto étnico, geográfico é histórico que encasilla á los pueblos en el mapa—en España ha sido siempre un factor asaz menguado y más aún desde la instauración del Santo Oficio que engendró la política de recelo y

---

Trémula, yerta, desceñido el manto
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve á que le oculte el llanto,
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo y el león guerrero
Lanza á sus piés rugido lastimero.

Gallego no necesita poner más en la tela para que todo el mundo abarque enseguida el panorama de la tragedia provocada por la agresión de Bonaparte. Este ejemplo como otros muchos prueba que cuando los líricos castellanos hablan en nombre del odio ó el dolor de de su país, tienen siempre á mano la expresión natural del afecto que los mueve; por el contrario, cuando hablan subjetivamente rara vez logran emocionarnos de verdad. La razón del fenómeno es bien sencilla: toda elegía de índole nacional responde por lo común á la ira que provoca un ultraje y al acicate que estimula á la venganza, y los poetas españoles están en su elemento cuando tocan esas teclas, apresurándose á ofrecer muestras repetidas de esa "furia dos nossos visinhos" que Oliveira Martins ha observado.

Nuestro idioma por su viril sonoridad es el instrumento favorito de la cólera y no hay ninguno que abunde tanto en frases denigrantes y tremebundas fácilmente lanzadas, á manera de aguacero inagotable, sobre el prójimo que odiamos. En el púlpito, el periódico, la tribuna y más aún el verso, suena como el trueno amenazador y retumbante. Comprué-

aislamiento iniciada por Felipe II. y fielmente continuada hasta los principios de este siglo. En el orden científico, moral y literario los españoles jamás han hecho nada que no responda á su peculiar punto de vista, á sus preocupaciones y á sus fines. La palabra extranjero expresa, á su entender, hostilidad más que exotismo y la necesidad del contacto con los otras naciones por medio de alianzas y tratados, se ha sentido en el mundo oficial más que en el pueblo. Desde el Padre Las Casas—cuya extraviada caridad

---

balo Herrera en la iracunda elegía á la muerte del rey D. Sebastián y Góngora en sus invectivas contra Isabel de Inglaterra. Hasta el mismo Quintana sufre el contagio de esa furia cuando llama á los franceses "esos atroces vándalos del Sena" y pide un puesto en el combate:

Dadme una lanza
Ceñidme el casco fiero y refulgente,
Volemos el combate, á la venganza.

En cuanto á Gallego, véase como va levantándose y creciendo hasta llegar á lo sublime á medida que su indignación y su espíritu belicoso son más vivos:

Ya el duro peto y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo;
Fuego arrojó su ruginoso acero,
Venganza y guerra resonó en su tumba,
Venganza y guerra repitió Moncayo,
I al grito heroico que en los aires zumba
Venganza y guerra claman Turia y Duero;
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico son la regia frente
I del patrón valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza
Corre gritando al mar: *Guerra y venganza.*

intentó borrar un crímen con otro crímen no ménos reprobable—la planta del filántropo, dentro de la amplitud cosmopolita que debemos aplicar á esa palabra, no ha vuelto á retoñar como no sea—y esto mezquinamente—en lo que beneficia al español como miembro de una tribu que, aún viviendo en Europa, tiene su tienda aparte como el turco. (153)

Su literatura, por lo tanto, está privada de este gran horizonte que se ha abierto en otras partes, y salvo el jesuita Montegón que cantó contra la trata, solo Quin-

(153) El descubrimiento de la América no fué producto de la iniciativa nacional sino del famoso genovés que pasó por el vía crucis que sabemos. Descubierto y poseido el nuevo mundo por España, se cerraron sus puertos á la invasión del comercio universal y empezó la era inicua de explotación que San Martin, Bolívar, Sucre, etc., destruyeron con la espada. Antes habián arrasado los conquistadores los más de los vestigios históricos que hallaron á su paso, y la humanidad quedó casi en tinieblas respecto á pueblos tan interesantes como los que crearon los esplendores de Méjico y el Cuzco. La flora, los minerales, todos los tesoros de la nueva naturaleza si alguna vez se estudiaron no fué por cierto á beneficio de la ciencia sino en provecho de bárbaras industrias. I así todo lo demás.

La Compañia de Jesús, fundada por el caballero navarro Ignacio de Loyola, es otro empeño cosmopolita de la raza; y el fruto es conocido. Fuera de esto no hallamos un Vicente de Paul, un Jenner, un Fulton, un Peabody, un Pasteur, un Lesseps que ya en nombre de la filantropía, ya en el de la ciencia, han hecho algo más que servir á su país, sirviendo á la humanidad. En España se han invertido inmensos capitales en obras de indole religiosa como catedrales, seminarios y conventos; pero las instituciones benéficas y docentes no pueden ser más ineficaces y raquíticas.

tana ha sabido ensancharla infundiéndole un sentido universal y humanitario. Su oda á Balmis propagador de la vacuna en este continente, muestra á plena luz el intento generoso que lo anima; la trágica conquista de las Indias la merece frases vehementes de ira ó condolencia, según se trate del conquistador ó de sus víctimas; (154) su apoteósis de Padilla, infamado por la historia servil que entonces se escribía, demuestra cual era su carácter rebelde á la injusticia y la mentira; su homenaje á Guttenberg fué el primero que la poesía rindió al inmortal impresor de Maguncia en nuestro idioma y la evocación del perseguido Galileo le inspira versos tan sublimes, que son, en mi concepto, las alas vigorosas conque la lírica española ha llegado á más altura. (155)

El amor á la patria—por haber sido la solicitación más inmediata á causa de la guerra de la independencia—concluyó por prevalecer sobre los estímulos citados dando orígen á ciertos desniveles que hicieron del

---

(154) Vírgen del mundo, América inocente! dice condoliendose de su martirio, y llama á los conquistadores "tropel de hombres feroces, colosos para el mal . . .

(155) Levántase Copérnico hasta el cielo
Que un velo impenetrable antes cubría,
I allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que dá á torrentes su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar, la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío
I en tanto el globo sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.

enciclopedista el azuzador del odio á la nación que creó la Enciclopedia.([156]) El Sr. Piñeyro observa á este propósito que patria y libertad eran la misma cosa en el alma de Quintana y lo eran con más motivo en el critico momento de la invasión napoleónica en que el pueblo español sorprendido y ultrajado lidiaba de consuno por la libertad política y la independencia de su suelo. El odio en ciertas circunstancias puede ser tan legítimo como el amor y su acción no repugna cuando se ejercita en nombre de una causa racional ó natural. En el instante decisivo en que las armas reivindican el derecho de un país á regir sus destinos, el patriota debe odiar, sobre todo si es poeta. No es concebible que Quintana enmudeciese en esa hora. El silencio hubiera sido traición ó cobardía. Los Moratines, los Reinosos, los Melendez almas enanas, rimadores sin fuego, callaron ó aplaudieron ; no así el cantor de Padilla y de la Imprenta que lanzó " por los campos castellanos, los ecos de la gloria y de la guerra," porque en él no cabía ese egoismo estéril y desnudo que hizo decir á la pluma de Quevedo :

Vive para tí solo si pudieres
Que sólo para tí si mueres, mueres.

([156]) "Cuántas contradicciones—!" exclama el notable escritor Sr. Sanguily examinando el libro de Piñeyro, ya citado. Luego las explica por "el sentimiento de raza," "el poder étnico," "el inevitable salto atrás" que reincorporaron al enciclopedista en el molde nacional. Pero es indudable que la agresión francesa, hipócrita al principio, después violenta y descarada, legitimó la actitud del poeta cuya cólera fué justa.

VII.

ESPRONCEDA—DUDA FILOSÓFICA Y SENTIMENTAL—MORAL DE LO BELLO—TERESA—ZORRILLA—REACCIÓN—EL OJO Y EL OIDO—CAMPOAMOR—VARIEDAD DE ESTÍMULOS—BECQUER—POESÍA SEPTENTRIONAL—NUÑEZ DE ARCE—TEMPERAMENTO CONTRADICTORIO—SUS IMITACIONES—EL IDILIO.

Así como Quintana es el primero entre los poetas españoles que piensa á la moderna, Espronceda es el primero que siente á la moderna.(156) A su alrededor se había formado un mundo nuevo la revolución política y el romanticismo literario. El impulso fué harto violento en un país que había pasado por un sueño tan largo y tan profundo, mas como España nunca atina á moverse si no da saltos mortales, en vez de evolucionar serenamente sacudió de improviso sus gérmenes de inercia con un vigor extraordinario, al punto de que Europa la contempló por un momento esperanzada ó temerosa, según el desenlace.(157) La transformación era aparente, pero, por lo pronto, las

---

(156) "Espronceda est, dans tout la force du terme, le poete moderne. Il est de l'ecole des Byron, des Alfred de Musset, des Leopardi; il a toutes nos idées, tous nos sentiments. Aucune des nos ambitions, aucune des nos doutes, nulle de nous aspirations, no lui son inconnues." GUSTAVO HUBBARD. *Historia de la Literatura contemporánea en España.*

(157) La Constitución del año 12 vino á ser bandera de los revolucionarios europeos. Hasta en Rusia tuvo eco.

letras castellanas se lanzaron por el cauce que se abría y sus cultivadores, de curas, covachuelistas, togados y bohemios pasaron á hombres públicos, llegando muchos de ellos á ministros. ([158])

Espronceda fué, como sectario, de lo más radicàles, tal vez el más sincero, y aun se estima que con él dió principio la aspiración republicana([159]), la cual no llegaron á abrigar—ni mucho menos á exponer—aquellos que—como el agitador Romero Alpuente—pasaban por desaforados demagogos y casi casi terroristas. ([160])

Mas la historia política no es lo interesante en Espronceda, pues hoy nadie recuerda al barricadista y miliciano ; en cambio hay pocos que no sepan lo que hubo de original y novelesco en la esfera privada de su vida incorrecta y tormentosa, pero llena de luz y de pasión que al reflejarse en la poesía le ha dado un puesto próximo á Lord Byron del que fué un imitador

---

([158]) Entre los que ocuparon ese puesto figuran Martinez de la Rosa, el duque de Rivas, el marqués de Molins, Escosura, Cánovas del Castillo, el conde de Cheste, Rodriguez Rubí, Lopez de Ayala, Echegaray, Balaguer y Nuñez de Arce. Algunos de ellos han sido ministros de Ultramar. Todos á cual más calamitoso.

([159]) Durante las jornadas de Julio en París se batió en una barricada contra los Borbones. Después se alistó en la fracasada expedición que iba á ayudar á los polacos. Según Barrantes fué como diputado al Congreso para declararse republicano.

([160]) Pablo de Xérica marcaba en unos versos el límite de las aspiraciones liberales :

Leyes justas ; república no.

aun que no tan servil como muchos.han creido.[161]

El autor de *El Diablo mundo* es el tercer ejemplo de las cuatro excepciones consignadas cuando hablé de las Coplas de Manrique como antecedente explicativo de mi tésis, esto es, que mientras menos español es el poeta, mientras menos se confunde con el genio de su pueblo, es más sensible como si el carácter nacional estuviese en sentido contrario al calor de humanidad que desarrolla. La excepción en Espronceda no es solo sentimental sino ideológica. La lírica Española, prescindiendo de las audacias de Quintana, nunca osó analízar ni discutir las afirmaciones inmutables que han venido nutriendo la conciencia tradicional de la nación. Dos ó tres ideas han bastado á España para el cumplimiento de lo que ella considera sus destinos dentro del ideal extravagante que rigorosamente se ha trazado, y entregada al dogmatismo ha obstruido por completo el espacio intermedio en donde se acrisola la razón con el trabajo de la duda.

Si. Buckle encuentra en ese obstruccionismo la clave del atraso irremediable que la aqueja, el que estudia su poesía se penetra así mismo de la falta de horizonte intelectual y de matices psicólogicos que engendra la "terminante affirmativa" del espíritu español. El poeta castellano cuando expone un concepto lo priva de sus vértebras y afirma ó niega sin atenuaciones ni distingos, eludiendo la gradación depurativa conque la crítica corrige la inflexibilidad de las ideas. Ahora bien: haber llevado al verso las agonías de la razón

(161) Sabida es la octava de *El Diablo Mundo* que concluye:

cuando analiza montando el pensamiento sobre "el caballo negro de la duda" es el mérito más grande de Espronceda.([162])

El necio audaz de corazón de cieno
A quien llaman el conde de Toreno;

y es sabido también que el orígen de este insulto á uno de los personajes políticos más empingorotados de la época, se debió á que preguntado el conde si había leido á Espronceda, hubo de contestar: "No; pero he leido á Byron."

A mi juicio, Espronceda no es un copista literal de Byron; lo que hizo fué llevar á España el ambiente del romanticismo byroniano dentro del cual se creó una personalidad, gracias á su brillante inspiración. Yo le tengo por el primero de los poetas líricos españoles.

([162]) Hablar de Dios como no fuese con objeto de afirmar su existencia y ponderar su grandeza y su bondad incomparables, jamás hubiera sido lícito á las musas castellanas ó por incapacidad para el propósito ó por temor al anatema que el hecho hubiera provocado. Espronceda rompe con la costumbre y discute á la Divinidad formulando tantas interrogaciones cuantes puedan ser las dudas que se abriguen respecto á su naturaleza misteriosa:

¿Quién es Diós? ¿donde está? ¿Sobre la cumbre
De eterna luz que altísima se ostenta,
Tal vez en trono de celeste lumbre
Su incomprensible magestad se asienta? . . .
¿Es Dios, tal vez, el Dios de la venganza
I hierve el rayo en su irritada mano
I la angustia, el dolor, la muerte lanza
Al inocente que le implora en vano? . . .
Embebido en su inmenso poderío,
¿Es Dios el Dios que goza en su hermosura,
Que arrojó el universo en el vacío
Leyes le dió y abandonó su hechura? . . .
¿A esclavitud eterna condenada,

Desde Garcilaso no ha existido en el parnaso lírico español un temperamento tan rico de sensibilidad y con aptitud tan manifiesta para hacer hablar al corazón el lenguaje que le dictan sus más intensas emociones. I en Espronceda se realiza el fenómeno dando á su lira notas más variadas que las que suenan con innegable monotonía en el poeta de las églogas, porque en aquél el sentimento reviste formas diferentes que recorren toda la escala pasional, yendo desde el arrullo hasta el sarcasmo conforme se lo dicten el sujeto y la ocasión. Así vemos que ya le iguala en toques melancólicos y suaves([163]) ó ya le eclipsa si cediendo á sensa-

---

A fiera lucha, á guerra interminable
Tal vez estás divinidad sublime
Que etra divinidad de inercia oprime? . . .

Más adelante ataca el problema del dualismo que plantean las relaciones de la materia y el espíritu para concluir con una afirmación humorística, pero asaz intencionada:

I á nadie asombre que á afirmar me atreva
Que siendo al alma la materia odiosa,
Aquí para vivir en santa calma
O sobra la materia ó sobra el alma.

Por último, la emprende con la ciencia, diciéndole:

¡ Oh ciencia ! ¡ oh eiencia !
Tan grave, tan profunda y estirada
Vergüenza ten y permanece muda,
¿ Puedes tú acaso resolver mi duda ?

([163]) Como en estos versos que pone en boca de la Muerte:

Débil mortal no te asuste
Mi oscuridad ni mi nombre,
En mi seno encuentra el hombre
Un término á su pesar.
Yo compasiva le ofrezco

ciones más complejas y reflejando el mal del siglo—enfermedad desconocida en la atmósfera sana y transparente de las florestas pastoriles—ansía, blasfema y llora para acabar abandonándose al tedio de la vida. (164)

Léjos del mundo un asilo
Donde á mi sombra tranquilo
Para siempre duerma en paz.
Isla yo soy de reposo
En medio al mar de la vida
El marinero allí olvida
La tormenta que pasó
En mi convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo
En mí se duerme al arrullo
De una brisa sin rumor.
Soy melancólico sauce
Que su ramaje doliente
Inclina sobre la frente.
Que arrugara el padecer.
I aduerme al hombre y sus sienes
Con fresco jugo rocía
Mientras el ala sombría
Bate el olvido sobre él . . .

(164) ¿Porqué murió para el placer mi alma
I vive aún para el dolor impío,
Por qué si yazgo en indolente calma
Siento en lugar de paz árido hastío?
¿ Por qué este inquieto abrasador deseo,
Por qué este sentimiento extraño y vago
Que yo mismo conozco un devaneo
I busco aún su seductor halago?
¿ Por qué finjirme amores y placeres
Que cierto estoy de que serán mentira,
Por qué en pos de fantásticas mujeres
Necio, tal vez, mi corazón delira,

Sin embargo, como nunca le abandona la pasión, en lugar de nacer su excepticismo de la sequedad del sentimiento, es más bien la expresión dolorosa y angustiada de un alma inquieta y anhelante que en vano

---

Si luego en vez de prados y de flores
Halla desiertos áridos y abrojos
I en sus sandios y lúbricos amores
Fastidio solo encontrará y enojos?
Yo me lancé cual rápido cometa
En alas de mi ardiente fantasía,
Do quier mi arrebatada mente inquieta
Dichas y triunfos encontrar creía.
Yo me lancé con atrevido vuelo,
Lejos del mundo, en la región etérea,
I hallé la duda y el radiante cielo
Ví convertirse en ilusión aérea.
Mujeres vi de virginal limpieza
Entre albas nubes de celeste lumbre,
Yo las toqué y en humo su pureza
Trocarse ví y en lodo y podredumbre.
I encontré mi ilusión desvanecida
I eterno é insaciable mi deseo,
Palpé la realidad y odié la vida,
Solo en la paz de los sepulcros creo . . .
Pasad, pasad en óptica ilusoria
I á otras vírgenes almas engañad,
Nacaradas imágenes de gloria,
Coronas de oro y de laurel pasad.
Pasad, pasad mujeres voluptuosas,
Con danzas y algazara en confusión,
Pasad como visiones vaporosas
Sin conmover ni herir mi corazón.

Compárense los acentos de esta poesía desgarradora con los ridículos ayes de Melendez y los fingidos lagrimones de Cienfuegos.

busca el objeto superior capaz de comprenderla y de llenarla. I en este particular me parece injusta la opinión que una moral exajeradamente escrupulosa ha formado alrededor de sus poesías. Si Espronceda tiene más corazón que cualquier otro poeta castellano, demuestra con tenerlo un alta é inapreciable cualidad cuyo valor se multiplica con relación á su rareza. El sentimiento viene á ser el manantial inextinguible de donde nace la poesía, que es una rama esencialísima del arte. El objeto del arte es la producción de la belleza y la belleza constituye para el hombre un enérgico reclamo de perfección espiritual. Si se le veda este incentivo se le priva de un placer delicadísimo y además de un factor disciplinario que corrige oblícuamente sus groseras propensiones ; de lo cual se deduce que la estética es ética á su modo, no porque nos enseñe ó adoctrine con sentencias y lecciones inadecuadas á su objeto sino por la eficacia natural de su propósito, por la atracción pura y simpática que nos inspiran sus creaciones. La explicación no tiene novedad, pero es preciso repetirla ya que es indispensable decir algo de Teresa.

La poesía castellana ha llenado volnmen tras volumen hablando del amor sin crear un sólo tipo de mujer que lo simbolice y perpetúe. El esfuerzo de Herrera en Eliodora y la efímera idealización de tantas Nises y Dorilas que han poblado el parnaso sin que á nadie interesen, da un valor más efectivo, un perfil más acentuado á la única mujer de carne y hueso que vive solitaria dentro de la lírica española, si bien con tanta realidad que todo el mundo la conoce. La elegía de

Espronceda, ingerida en su poema *El diablo mundo*, ha hecho de Teresa una figura tan unida al poeta que es ya imposible desligar el recuerdo del uno del recuerdo de la otra. La historia de ese amor no es por cierto extraordinaria, es un episodio vulgarísimo que Espronceda ha embellecido con su brillante inspiración, á pesar de la poca limpieza que revela la aventura, como la materia prima pierde su originaria grosería por la acción inteligente de la industria.

El Sr. Barrantes dice que Espronceda no amaba ni mucho menos á Teresa al componer su celebérrima elegía y hasta cita un incidente que demuestra el desprecio de aquél por el antiguo objeto de su culto. Yo no niego la verdad del episodio, pues el mismo Espronceda deja ver ese desprecio en la hermosa alegoría donde pinta la vida vergonzosa de su amante; alegoría que viene á ser, por esta circumstancia, la síntesis del canto.(165) Mas la sensación retrospectiva actuó como presente despertando el sentimiento profundísimo que sublima y avalora la inmortal lamentación. La pasión verdadera cuando muere como hecho resucita en el recuerdo, y toda cicatriz duele siempre que la tocan si la herida ha sido grave. Aún divorciados de su afecto primitivo, Espronceda y Teresa son amantes simbólicos que el arte ha desposado en unión indisoluble.(166)

(165) Tú fuiste un tiempo cristalino río,
Manantial de purísima limpieza,
Después torrente de color sombrío
Rompiendo entre peñascos y maleza,
I estanque al fin de aguas corrompidas
Entre fétido fango detenidas.

(166) La obra capital de Espronceda estaba destinada á ser

Zorrilla, comparado con Espronceda, es la reacción. El uno importa el espíritu moderno, complicado, lleno de

---

El Diablo Mundo; pero como la dejó sin concluir no es posible afirmar si hubiera sidó un poema del valor y la trascendencia del Fausto de Goethe ó una simple humorada de su autor. Esto aparte, bien puede afirmarse que en lo que existe de ella están los versos más hermosos que se han escrito en nuestro idioma.

El Estudiante de Salamanca es otra muestra de la inspiración extraordinaria de Espronceda. Las descripciones, el color, el movimiento, la riqueza de poesía que hay en esa leyenda le dan la primacía sobre todas las de su clase, incluyendo las popularísimas de Zorrilla. Allí aparece como una visión ideal la figura de Doña Elvira contrastando con la satánica silueta de D. Felix de Montemar. La carta que aquella le escribe en la hora de su muerte, es el documento sentimental más expresivo de las literatura castellana :

Voy á morir, perdona si mi acento
Vuela importuno á perturbar tu oido,
El es D. Felix el postrer lamento
De esta mujer que tanto te ha querido.
La mano helada de la muerte siento ;
¡ Adiós ! ni amor ni compasión te pido,
Oye y perdona si al dejar el mundo
Arranca un ¡ ay ! su angustia al moribundo
¡ Ah ! para siempre adíos. Por tí mi vida
Dichosa un tiempo resbalar sentí
I la palabra de tu boca oida
Extasis celestial fué para mí.
Mi mente aun goza en la Ilusión querida
Que para siempre ¡ mísera ! perdí . . .
Ya todo huyó, despareció conmigo
¡ Dulces horas de amor, yo las bendigo.
. . . .
I tú Don Felix si te causa enojos
Que te recuerde yo mi desventura,

profundas inquietudes é irremediables contradicciones, mientras que el otro resucita el alma vieja de su pueblo en un romanticismo aparatoso, caballeresco y medioeval. En una palabra, es el poeta á la española, amante del pasado en sus forma más subidamente pintoresca, soñador incorregible y extraño en todo á nuestro

---

Piensa están hartos de llorar mis ojos
Lágrimas silenciosas de amargura,
I hoy al tragar la tumba mis despojos
Concede este recuerdo á mi tristura,
Estos renglones compasivos mira
I olvida luego para siempre á Elvira.

Hay en esa carta los siguientes rasgos tomados de la de Julia á D. Juan en el poema de Byron, canto II:

" You will proceed in pleasure, and in pride
Beloved and loving many . . . "
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria
Dichas el mundo, amor otras mujeres.

" And so farèwell—forgive me, love me—No—
That word is idle now—but let it go."
Adios ni amor ni compasión te pido . . .
Amame, no, perdona . . . inútil ruego.

" So dear is still the memory of that dream."
Mi mente aún goza en la ilusión perdida . .
Aun gozo en recordar mi desvario.

" I cannot aside
The passion which still rages before me."
Felices horas
Presentes siempre á la memoria mía.

" All is over for me on earth."
Todo acabó en el mundo para mí.

tiempo : un ejemplo original de incompatibilidad con el siglo en que nació.

Su facultad predominante—única quizás—es la fantasía, la que más necesitaba para sustraerse al medio histórico que la suerte le asignó por un error de fecha ; siendo, por lo mismo, muy difícil encontrar, fuera de él, otro caso de poeta que haya hecho trabajar con más ahinco la inventiva para dar vida é interés á un mundo muerto. I lo logra de tal modo que tipos tan horrendos como Don Pedro de Castilla ó tan desalmados como su popular Don Juan Tenorio son más aplaudidos por el vulgo que cualquier personaje de filiación contemporánea. Como el pueblo español mira siempre al pasado—porque la terrible realidad de sus desdichas le hace odiar el presente—se adhiere con vehemencia á cuanto le recuerda aquella edad evaporada en que sus instintos peculiares tuvieron ancho campo en que espaciarse. I Zorrilla lo complace sirviéndole, con sazón muy recargada, los platos de su gusto. El héroe de sus dramas y leyendas es la copia invariable del galán calderoniano que surge nuevamente con sus repulsivas deformaciones y sus fascinadoras gallardías. El espíritu es el mismo en uno y otro : altivos, camorristas, fanfarrones, pagados de su honor, que interpretan de la manera irracional que ya hemos visto, ninguno de ellos es exactamente el hombre aunque todos correspondan al antiguo ideal del caballero.

Sin embargo, Zorrilla es aún menos humano que su insigne modelo en cuanto es más limitado y más monótono. Calderón descuidaba, pero no ignoraba el alma, aunque la interpretase dentro de las absurdas exijencias

de su tiempo ; Zorrilla, en cambio, la desconoce ó la suprime, atendiendo tan sólo al desarrollo de las dos cualidades invariables que atribuye á sus héroes : el valor y la altivez. En sus obras la mujer no es más que un accesorio y el amor un accidente.([167]) I no obstante, sus versos, por su bellísima estructura producen todavía una fascinación extraordinaria que hace olvidar sus grandes deficiencias como documentos psicológicos. La pupila y el oido se embriagan de tal modo que eliminan la idea para entregarse en absoluto á la sensación incomparable despertada por los resplandores de la imagen y el susurro melodioso de la rima.([168]) En este punto el poeta no hace más que

---

([167]) Solo en Margarita la Tornera ha podido ó querido crear un tipo femenino interesante Una monja que abandona el convento siguiendo á su galán y luego vuelve sin que nadie sospeche el sacrilegio porque la Virgen, adoptando su figura, ha ocupado su lugar, es un tema muy bello desarrollado por Zorrilla con innegable habildad.

([168]) Entre millares de muestras que pudiera presentar escojo las dos siguientes octavas :

¿ Qué se hicieron las auras deliciosas
Que henchidas de perfumes se perdian
Entro los lirios y las frescas rosas
Que el huerto ameno en derredor ceñian ?
Las brisas del otoño revoltosas
En rápido tropel las impelían
Iahogaron la estasión de los amores
Entre las hojas de sus yertas flores . . .
Venid á mí, yo canto los amores,
Yo soy el trovador de los festines
Yo ciño el arpa de vistosas flores
Guirnaldas que recojo en mil jardines :

perpetuar un vicio ya muy viejo señalado por Schlegel al estudiar á Séneca y Lucano. Por cierto que sus funestas consecuencias no han quedado limitadas á la esfera literaria sinó que invadiendo la política han dado origen al más calamitoso de todos los lirismos, al que resuelve con frases efectistas los problemas capitales del país. En la prosa galoneada de los oradores españoles como en los versos deslumbrantes de Zorrilla, hay los mismos desvaríos, con la diferencia de aquellos desvarían sin consonantes.

Si es grande la distancia entre Zorrilla y Espronceda es mayor la que existe entre Zorrilla y Campoamor. Sobre el último han caido todas las hojas secas de los viejos ideales y en vez de abandonarse al pesimismo sin consuelo que hace renegar de nuestra edad á Nuñez de Arce, toma la vida por su aspecto más amable, y aun cuando llore dibuja en el nublado de su llanto el iris de la risa.(169) Excéptico sin hiel, demoledor regocijado, sensualista por temperamento, humorista por sistema, se las da también de metafísico y hasta tiene, como todo Tenorio jubilado, una moral

---

Yo tengo el tulipán de cien colores
Que adoran de Stambul en los confines
I el lirio azul, incógnito y terrestre
Que nace y muere en el peñón selvestre

Difícil es saber lo que dice el poeta, pero raro será el lector que la pregunte.

(169) El dudar y el creer confundo tanto,
Que unas veces mi llanto acaba en risa
I otras veces mi risa acaba en llanto.

erótica simpática y sui géneris, aunque no muy puritana. Continuador á su manera de Quintana y Espronceda elude los estímulos históricos de la musa española, cuyo encogimiento intelectual es bastante conocido, y á este fin pone en rimas las más áridas ideas y hasta los aspectos más oscuros de los sistemas filosóficos, haciéndolos tangibles con un rasgo preciso ó con una comparación reveladora. Eso sí, tiene buen cuidado, para hacerlos amenos, de referirlos á problemas de índole amorosa, porque en D. Ramon de Campoamor hasta Cupido filosofa. Unas veces apela al panteismo para probar á una muchacha como puede repercutir en Cadiz un beso dado en Cantón. Ya le basta y sobra con dos versos para exponer el excepticismo radical que coloca en el sujeto la realidad del fenómeno objetivo ; (170) ora expresa felizmente atrevidas paradojas y antítesis audaces mediante un concepticismo enrevesado y pintoresco. (171)

---

(170) Todo espectáculo está
Dentro del espectador.

Compoamor repite este pensamiento varias veces aunque con formas diferentes :

I es que en el mundo traidor
Nada es verdad ni es mentira :
Todo es según el color
Del cristal conque se mira.

(171) En esta sentido resulta tipica la dolora. *Amar al vuelo:*

Sé amorosa y nunca amante
Lleva á la vejez tu infancia
Sé constante en la inconstancia
O en la in constancia constante ;

Claro es que su originalidad es relativa porque antes que él ya habian trillado su camino los más grandes poetas europeos ; pero sus imitaciones son las imitaciones de su pueblo que privado del oxígeno moderno cuando intenta aspirarlo lo busca fuera de sus límites geográficos.

La sensibilidad en Campoamor es un medio que aprovecha para la producción de algún contraste. Toma como auditorio preferido á las mujeres y entre las mujeres á las niñas cuya inocencia maliciosa ofrece un campo inmenso á sus teorías sobre la vida y el amor. Sus doloras, á pesar de la significación que envuelve el nombre y el pesimismo en que quieren inspirarse, resultan humorísticas más que lacrimosas. [172] Los Pequeños Poemas son también doloras con mayor amplitud para la acción. En ellos el poeta se lanza en

---

Que en amor creen los más duchos
Contra los que son más locos
Que en vez de los muchos pocos.
Valen más los pocos muchos . . .
Tal ha de ser tu divisa ;
Amar muy poco y de prisa,
Como hacen las mariposas,
Aunque no importa realmente
Que ames infinitamente
Si amas infinitas cosas . . .
Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorada,
De un cierto todo que es nada
De un cierto nada que es todo . . .

(172) El humorismo de Campoamor suele resolverse en la "humorada," al revés del de Heine que por su origen

pleno drama creando situaciones que conmueven y sacuden con elementos muy sencillos; pero ni aun allí renuncia Campoamor á su papel de Mefistofeles, pues deja ver á lo mejor la mueca de su risa inextinguible entre las sombras de esos cuadros. Pero no hay ningún poeta que le venza en la sutil insinuación de ciertos lances escabrosos. Nadie ha osado decir cosas más difíciles con tan feliz delicadeza, y es más digno

---

pasional es más irónico y amargo. Para distinguirlos basta fijarse en estas dos composiciones:

HEINE:

Sobre los ojos de mi amada hermosa
Cuánta canción de amor tierno rimé:
¡ I á su boca, pequeña, deliciosa,
Los mejores tercetos dediqué.
A las mejillas de la amada mía
Compuse estancias que muy buenas son:
¡ I qué soneto al corazón le haría . . .
Si mi amada tuviera corazón !
(*Traduc. de F. Sellén.*)

CAMPOAMOR:

En la noche del dia de mi santo
(A Londres mé escribiste)
"Mira la estrella que miramos tanto
La noche en que partiste,"
Pasó la noche de aquel día y luego
Me escribiste exaltada:
"Uní en la estrella á tu mirar de fuego
Mi amorosa mirada."
Mas todo fué ilusion; la noche aquella,
Con harta pena mía,
No pude ver nuestra querida estrella . . .
Porque en Londres llovía.

de encomio porque la lengua castellana se resiste á indicar lo que puede decir sin medias tintas.([173])

Nadie llega á Gustavo Adolfo Bécquer en la expresión emocional de ese amor solitario que halla en sí mismo más que el objeto en que se pone el factor esencial de su existencia. Amar así como se ama en un sueño indeciso á una visión que pasa por el alma engendrando anhelos vagos y dolorosas ansiedades, es el modo de sentir más exquisito. Las Rimas son el monólogo constante de ese amor que no conoce la alegría, pero que se consuela y hasta goza con la posesión de su tristeza la cual llega á transformarse en un don inapreciable porque sin ella el poeta tal vez no lo sería.

Nada es tan difícil como hallar en la literatura caste-

([173]) En los labios de todo el que la mira
Casi se vé como palpita un beso.—

Porque sé que en la puerta donde hay boda:
"Silencio," un angel dice y sonriente
Pone después sobre la boca un dedo.

Al llegar el instante de la hora
En que se hunde aquel puente que separa
A Eva inocente de Eva pecadora.

Al comenzar la noche de aquel día,
Ella, lejos de mí,
—¿Porqué te acercas tanto? me, decia;
—¡Tengo miedo de tí!—
I después que la noche hubo pasado,
Dijo cerca de mí:
—¿Porqué te alejas tanto de mi, lado?
¡Tengo miedo sin tí!—

llana ese especial matiz del sentimiento, y aunque es cierto que Garcilaso de la Vega sintió con vaguedad y fué tierno y melancólico también, es evidente que entre Bécquer y él no existe analogía de medios y de fines. Lo mismo pasa con Francisco de la Torre, y en cuanto á los demás es inútil buscar la semejanza.

El árbol genealógico del dolor becqueriano no está en el mediodía, y Bécquer que por su apellido es alemán, es aún más alemán si atendemos á las demarcaciones ideales que el arte traza á sus dominios. Su libro, dice el ilustre escritor Don Rafael M. Merchán: "Deja la impresión de los inviernos del Norte: ter-"minada la última página parece que regresamos de "enterrar en el cementerio el cadáver de una persona "querida." Los inviernos del Norte . . . La frase de Merchán nos explica con extraordinaria exactitud el secreto de la fuerza poética de esta alma emigrada que, como la brújula, señala al Septentrión.

Será un caso de atavismo ó quizás una mera coincidencia, pero Bécquer por lo que dicen sus poesías no tiene nada de español. Se discute si ha imitado ó traducido; si á la originalidad de su emoción corresponde la originalidad de la forma en que la vierte, desconocida en su país; mas en mi concepto estos son detalles secundarios porque la cuestión queda resuelta comparando la calidad de la poesía septentrional, sugestiva y penetrante, llena de delicadas vibraciones y de misteriosas lontananzas, con la brillantez y precisión, el colorido y el relieve de la poesía meridional. (174)

(174) Como se manifiesta en Becquer la poderosa sugestión de la poesía septentrional, se vé claro en esta rima:

El poeta latino y, con mayor razón, un poeta sevillano,—Bécquer lo era—por tendencia de raza ó por la forma peculiar conque la naturaleza accciona sobre él, concede una preferencia marcadísima á los elementos materiales en la expresión de sus ideas. De aquí resulta el cuadro, la plasticidad de la creación que se hace física ó tangible, así se trate de aquellas situa-

---

Dejé la luz á un lado y en el borde
De la revuelta cama me senté,
Mudo, sombrío, la pupila inmóvil
Clavada en la pared.
Qué tiempo estuve así ? No sé, el dejarme
La embriaguez horrible del dolor,
Espiraba la luz y en mis balcones
Reia el sol.
Ni sé tampoco en tan terribles horas
En que pensaba ó qué pasó por mí,
Solo recuerdo que lloré y maldije
I que en aquella noche envejecí.

Hay aquí un drama indeterminado, una pena ó desventura sin antecedentes conocidos y, sin embargo, tenemos lo suficiente con lo poco que el poeta nos dice sobre la causa real de su dolor para comprender toda la inmensa deses peración que le posée :

Antes que tú me moriré, escondido
En las entrañas ya
El hierro llevo conque abrió tu mano
La ancha herida mortal.
Antes que tú me moriré y mi espíritu
En su empeño tenaz
Sentándose á las puertas de la muerte
Alli te esporará.
Con las horas los dias, con los dias
Los años volarán

ciones marcadamente subjetivas en que el estímulo inicial pugna cuanto puede para huir del contacto del mundo circundante. Jorge Manrique nos ofrece en sus Coplas una prueba completa de como el sentimiento, por íntimo que sea, se sale del sujeto resolviéndose en imágenes visibles, en representaciones derivadas de las cosas que nos cercan.(175)

I á aquella puerta llamarás al cabo.
¿Quién deja de llamar?
Entonces ya tu culpa y tus despojos
La tierra cubrirá
Bañándote en las ondas de la muerte
Como en otro Jordán.
Allí donde el murmurio de la vida
Temblando á morir va
Como la ola que á la playa viene
Silenciosa á espirar,
Allí donde el sepulcro que se cierra
Abre una eternidad,
Todo cuanto los dos hemos callado
Lo tenemos que hablar.

Aunque es más concreta que la anterior, se observa en esta rima un procedimiento semejante. Es una elegía que hubiera dado tela para difusas descripciones y lamentos al estilo de Melendez. Becquer se limita á insinuar un perjurio y á dar una cita en la eternidad: todo en seis estrofas de á cuatro versos cada una.

(175) A esa propensión inevitable responde hasta el mismo Garcilaso de la Vega que es el poeta castellano menos inclinado á emplear—no obstante el propósito descriptivo del género bucólico—el agente físico en la pintura de las situaciones subjetivas, Copiaré un fragmento suyo:

Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza y la quebrantan,

Bécquer, que vive en sí, concede una predilección indiscutible á los elementos psicológicos. Como Enrique Heine, ni siquiera designa con un nombre á la mujer por quien padece; el universo para él es el infinito de su espíritu y allí encuentra, con la idea, la vestidura vaporosa que la envuelve. El dolor en nuestra raza rara vez es silencioso. Los versos elegiacos en idioma castellano gritan mucho por lo mismo que no sienten, y Bécquer habla bajo sin imprecaciones ni arrebatos como el susurro grave de las pinos en las profundidades de la noche. Podrá negarse que ha bebido en la lírica alemana, pero, á la verdad que lo parece, y como prueba decisiva hay está la compo-

---

Los árboles parece que se inclinan,
Las aves qua me escuchan, cuando cantan
Con diferente voz se condolecen
I mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste . . .

Las piedras, las aves, los árboles y hasta la fieras, dan fé, como notarios, de la tristeza de Salicio. Este hecho también se confirma de una manera decisiva, recordando el bellisimo cantar anónimo que dice:

En el carro de los muertos
Ayer pasó por aquí;
Llevaba una mano fuera
¡ Por ella la conocí!

Así es como conmueve la poesía meridional, esto es, trazando un cuadro en el que se mira, casi con ojos materiales, el carro fúnebre, la mano de la muerta y la expresión desolada del amante ante la revelación abrumadora.

sición *El último poeta* de Anastasius Grünn (el conde de Auersperg), falsilla que le sirvío para escribir una de las más notables de sus Rimas.(176)

---

(176) La poesía de Grünn ha sido puesta en castellano por D. Antonio Sellén. (Figura en los *Ecos del Rin*, linda colección de poesias alemanas traducidas en verso por Francisco Sellén, New York, 1881.) Después de leida no creo que haya quien sostenga la absoluta originalidad del poeta andaluz:

Bécquer:

No digais que agotado su tesoro
De asuntos falta enmudeció la lira,
Podrá no haber poetas, pero siempre
Habrá poesía.
Mientras las ondas de la luz al beso
Palpiten encendidas, . . .
Mientras haya esperanzas y deseos
Habrá poesía.

Sigue una enumeración de causas y elementos semejantes cuya persistencia garantiza la eternidad de la poesía.

Grünn:

¿Cuándo preludiareis el postrimero
Cántico trovadores?
No recogieron ya nuestros hermanos
Del risueño pensil todas las flores?
Mientras el sol recorra refulgeute
Orbitas azuladas
I á su vivo esplendor las almas todas
Se sientan al mirarle deslumbradas:
Mientras las nubes guarden en su seno
La tempestad y el rayo,
I tiemble el corazón ante la ira
Del Hacedor en lánguido desmayo;
Mientras un arco íris de bonanza
Esplenda refulgente,

Nuñez de Arce, como lirico, coincide con Quintana en la grandlocuencia de la forma y con Zorrilla en la nostalgia del pasado, si bien se separa del primero en la repulsión mal encubierta que le inspira la obra radical del siglo XIX. y del segundo en la convición deses perada de que es inútil soñar con lo que fué, porque su muerte es indudable. Los *Gritos del Combate* giran sobre estos dos extremos, firmándo y negando sin que se sepa á punto fijo cual es la diréccion definitiva de la concicucia del poeta.([177]) En el prólogo de esa

---

I el alma por la paz y la concordia
Tras el dolor y la desgracia aliente . . .
Sobre la tierra reinará triunfante
La santa Poesía
I al poder de sus nobles elegidos
Renacerán los cantos de alegria . . .

Por otra parte, así como el ambiente de Espronceda es el de Byron, el de Becquer es el de Heine. El Sr. Merchán dice que si los versos de ambos pueden parecerse sus almas se separan, y se funda en que en las Rimas falta la risa del *Intermezzo*. Pero este divorcio accidental no destruye las innegables coincidencias que presentan. El perfil es idéntico, salvo que en Heine hay la forzada contracción del que, sufriendo, hace cuanto puede por reir.

([177]) Ruedan los tronos, ruedan los altares,
Reyes, naciones, pueblos y colosos
Pasan como la ondas de los mares
Empujados por vientos borrascosos.
Todo tiembla en redor, todo vacila,
Hasta la misma religión sagrada
Es moribunda lámpara que oscila
Sobre el sepulcro de la edad pasada.

Esta elocuente confesión del desquiciamiento de las instituciones tradicionales, no lo reconcilia con lo nuevo, antes

colección parece un esprítu moderno, y en las poesías no pierde ripio para desmentir lo que antes dijo en prosa. Voltaire, Darwin, la República, etc. dan materia á algunos de sus inofensivos anatemas y siempre que se le presenta la ocasión resulta un liberal del siglo XII.

No puede ser un alma alegre la que reniega de su tiempo. El pesimismo, en tales situacionas provoca en unos la desesperación, en otros la misantropia y en no pocos una amarga resignacion impuesta por la imposihilidad de combatir contra causas superiores á la flaca voluntad del átomo social. En Nuñez de Arce engendra el mal humor, como si el poeta quisiera reflejar la tristeza temible del leon aprisionado, cuya acometividad, al estrellarse ante los hierros de la jaula, se desahoga en profundos rugidos ya que no puede desahogarse en dentelladas y zarpazos.

Su originalidad es discutible y en esto sigue la ley común á los más grandes poetas españoles de este siglo. Hay mucho en su cosecha que le pertenece por completo, pero no faltan préstamos forzosos á costa de

---

al contrario, se complace de un modo sistemático en presentar sus aspectos repulsivos:

¡ Libertad, libertad ! No eres aquella
Diosa de blanca túnica ceñida
Que vi en mis sueños pudibunda y bella.
No eres, no, la visión esclarecida
Que alumbra con su luz come una estrella
Los oscuros senderos de la vida . . .
No eres la libertad, disfraces fuera,
Licencia desgreñada, vil ramera
Del motín, te conozco y te maldigo!

Childe Harold (*La última lamentacion de Lord Byron*,) ó á cargo de Dante, (*La selva oscura*) ó á cuenta del novelista Jorge Isaacs (El *Idilio.*) La imitacion no es servil en los dos primeros casos, pero sí lo es en el tercero.

El argumento del *Idilio*, su poema más sentimental, está basado, sin género de duda, en la popular novela colombiana. La joven huérfana del *Idilio*, es la joven huérfana de *María*; Juan, el estudiante de Nuñez de Arce, es Efrain, el estudiante de Isaacs; las escenas de amor y las pinceladas descriptivas revisten en ambas obras una semejanza manifiesta. Lo que difiere es el paisaje; pues el argumento de *María* se desarrolla en las márgenes del Cauca, dentro de la naturaleza soberana de los trópicos, y el del *Idilio* en la tierra desnuda de Castilla.

El poema, en mi opinión, es superior á la novela por la belleza extraordinaria de sus versos y tambien porque la acción se hace más intensa al concentrarse. (178)

---

(178) Reproduzco las últimas estrofas no porque sean las mejores sino por la circunstancia de contener el desenlace:

¡Terminé al fin! Mas triste y abatido
Regresé al patrio nido,
Como el que nada busca ni desea,
A los fugaces últimos reflejos
Del sol, y ya no lejos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

———

Doblaba lentamente la campana
Ancha franja de grana
Teñía el cielo de matices rojos,

Pero su triunfo es relativo, porque el plagio, á pesar de su éxito, no culmina en el asesinato del modelo; requisito indispensable, según afirma un escritor, para que el crimen literario se justifique ante la crítica. Quiero decir sencillamete que la superioridad de la copia no es suficiente, sin embargo, para matar á la novela.

En *El crepusculo vespertino* reproduce Nuñez de Arce la nota sollozante del Idilio, subjetivando aún más la situacion, y esta insistencia del poeta me inclina á suponer que, tal vez por la accion de un dolor personal, ha logrado en el ocaso de la vida corregir la sensibilidad irritadísima de su espíritu oscilante y de creyente que no cree, para entregarse al culto melancólico de un amor idealista que por ser muy lejano resulta más póetico.

Sepultábase el sol en el ocaso . . .
¡ Ay ! yo detuve el paso
I el llanto del dolor cegó mis ojos.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita
A cuyos muros me llegué temblando,
Aguardábame sola y enlutada
Mi madre idolatrada
Que se arrojó en mis brazos sollozando.

La estreché desolado y convulsivo
—Murió ! ¿ para qué vivo ?
Grité con ansia inacabable y fierá.
Mi madre dijo, señalando al cieto . . .
—Dios calmará tu duelo.
¡ Es la vida tan corta . . . Ora y espera !

I aquí doy fin á mi tarea porque estimo que el hecho de agregar los nombres de unos cuantos poetas secundarios nada añadiría al objeto de esta obra, en la cual analizando una cualidad imprescinsible en el artista—me he propuesto relacionar el estudio de la poesia castellana con la vida moral de la nación.

[FIN.]

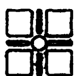
LA PAMPA TRAGICA

IMPRENTA SELECTA DE MASGRAU Y CIA., SANTIAGO

VICTOR DOMINGO SILVA

La Pampa Trágica

Cómo se vive y cómo se muere
en la Región del Salitre



SANTIAGO DE CHILE

EMPRESA EDITORIAL SELECTA
DE MASGRAU Y CÍA.

1921

Para pedidos, dirigirse a OSCAR A. VON CHRISMAR,
Casilla 1792 — Santiago.

El Curcuncho

Antonio J. Sotillo.

"EL CURCUNCHO"

¿Qué tacha hereditaria, qué conjunto de circunstancias fatales habrían intervenido en el nacimiento de aquel pobre hombre que, más que un hombre era un pequeño monstruo deforme, jorobado, pernituerto y feo hasta la exageración? Se le hacía un favor con llamarle simplemente Curcuncho, porque el serlo era sólo uno de sus incontables defectos físicos. Causaba tal lástima y repulsión su vista que, involuntariamente, se pensaba cuánto mejor habría sido que muriese antes de haber nacido. Pero la suerte, que tiene sus caprichos, se gozaba en prolongarle la vida. Y en la oficina habían desaparecido, ya por enfermedad o por accidentes, muchos de los que se burlaban de él o lo compadecían.

¡A cuántos había despedido él para el otro mundo con la sonrisa horrible de su enorme boca, eternamente contraída en una mueca de amargura y de odio! Porque era malo de veras, el Curcuncho.

¿Malo porque así saliera del vientre de su madre, o por-

que lo pusieron malo los demás, a fuerza de herir su pobre dignidad de fenómeno? Era malo, pero inteligente. Se dijera que sólo el cerebro había escapado a la espantosa catástrofe que, allá en el misterio del protoplasma, dió lugar a su monstruosa personalidad. Sus ojos, inquietos y azorados, relucían al escrutarlo todo. Sus manos eran las manos más hábiles de toda la oficina. El Curcuncho tenía una memoria prodigiosa, leía de todo con una facilidad digna de envidia, y era, además, relojero, mecánico, electricista, talabartero, lo que se le pidiese. Y todo de afición, sin que nadie se preocupase por enseñarle.

Dentro del personal de la oficina no era nada, pero servía para todo. Su pobre cuerpo raquítico no le permitía desempeñar ningún papel en la maestranza, ni en las máquinas, ni siquiera formar parte de la servidumbre. Pero se le aguantaba allí porque allí había nacido; allí se había criado y nadie era más útil que él cuando un caso de apuro reclamaba su intervención. Demás está decir que el Curcuncho era también compositor y curandero...

Imaginad la tragedia íntima de ese pobre sér enclenque para el cual no había, de parte de los demás, sino un poco de compasión envuelta en mucho desprecio. Nadie le agradecía sus servicios, ni se los pagaba. El mismo a quien había curado la víspera de un cólico atroz, o recetado una pócima para la bronquitis de la guagua, negábase al día siguiente a sentarse junto a él, en la mesa de la fonda; y, lejos de defenderle de las feroces pullas de los camaradas, era el más empeñado en zaherirle.

Mordíase los puños el Curcuncho y abandonaba la reunión, tartaleando, mientras los circunstantes todos le voceaban a coro su incurable cojera. Jurábase a sí mismo no volver a atender a nada ni a nadie, negarse a toda solicitud, dejar que se lo llevase todo el diablo, si iban a molestarle. Más de una vez trató de poner en práctica sus propósitos. Pero impuestos de ello los empleados, se le dijo también, a nombre del Administrador, que, si se obstinaba en ne-

garse, se le haría abandonar inmediatamente la oficina «en donde no se podía mantener a individuos inútiles».

Hostilizado siempre, desdeñado por todos, desconocido absolutamente en sus méritos, sirviendo hasta de «cuco» para las madres que amenazaban a sus cachorros indóciles con hacer venir al Curcuncho, el infeliz entró a alimentar un brutal odio hacia la vida y hacia los hombres mismos, que la hacían tan miserable. El sentimiento de superioridad con respecto a los trabajadores, era en él evidente. En su concepto, todos no pasaban de ser unos idiotas, simples máquinas humanas, incapaces de rebelarse aún contra las mayores injusticias. Se daba cuenta exacta de que la suma de todas esas inteligencias atrofiadas por la falta de ejercicio y la sobra de alcohol, no podría igualar a su sola inteligencia, nutrida por la lectura y robustecida por la observación constante...

Y este sentimiento, en el que se veía confirmado día a día por mil incidencias que ponían de manifiesto su mayor valer intelectual, contribuía a hacer más penosa la situación del pobre diablo y a enardecer la sed de la venganza que le quemaba las entrañas. Quizás, como su cerebro, su corazón era el de un sér superior. Él lo sentía latir dentro de la cavidad contrahecha de su caja toráxica, al recordar que cuando niño le había gustado cuidar tiestos de flores y hacer jaulas para los pájaros. También tuvo su predilecta entre las muchachas del campamento, hasta que alguien se fijó en esta preferencia y, corrida la voz en la oficina, él hubo de escuchar, de labios de la misma a quien adoraba en silencio, las más encanalladas desvergüenzas:

—¡Curcuncho indecente! ¿Qué se habrá figurado? Mil veces antes me casaría con un chino...

Y el pobre diablo sonreía ahora con su sonrisa horrible, pensando que sólo Dios es justo, porque efectivamente la muchacha había acabado casándose con un antiguo vendedor de mondongos! Delante de las gentes, deploraba, sin embargo, el mal paso que había dado «esa pobre chiquilla»

y a ésta solía preguntarle, con acento meloso y los ojos en tierra:

—¿Se porta bien el chinito?...

Su astucia natural se había refinado a extremos inconcebibles.

Era un redomado hipócrita. Había comprendido al fin que, contra la crueldad de los demás, no podía echar mano de otra arma mejor que el disimulo...

***

Se jugaba aquella noche en la fonda, y se jugaba grueso. Cuando entró el Curcuncho al «garipauche», uno de los presentes tuvo la ocurrencia de tocarle la joroba, hecho vulgar, pues se sabe que no se trata sino de un recurso contra la mala suerte, y, cosa del diablo o de quien sea, el que tuvo la ocurrencia empezó a ganar de una manera inesperada, a manos llenas. Los demás hablaron de echar al Curcuncho a puntapiés a la calle; pero el ganador se opuso con energía.

—Entonces, que talle!—apuntó uno, más en broma que en serio.

—Como quieran—replicó el Curcuncho.

Y, acto contínuo, remató la banca y entró a tallar. No había pasado media hora y ya casi todos estaban pidiendo fichas al fondero. Hasta la última chapa había pasado de los bolsillos de los jugadores a los del tallador.

El buen humor de los principios había ido convirtiéndose paulatinamente en un concentrado rencor, del que el Curcuncho parecía no darse cuenta. Miradas aviesas le envolvían. Más de uno crispaba los puños por debajo de la mesa.

El fondero, habitualmente bromista y charlador, pasaba la bandeja con copas en medio de un silencio desconcertante. Una frase lanzada al vuelo no hizo sino aumentar el malestar creciente:

—Este Curcuncho del diablo parece que está jugando con maña...

Hubo un conato de risa, semejante a un gruñido.

—Ha de tener pacto con el diablo,—insinuó otro.

Y, como obedeciendo a una señal convenida, todas las manos se abalanzaron hacia el tallador y, con el asentimiento tácito del fondero, lo estrujaron, lo registraron, lo saquearon en menos de un minuto. Entre el estrépito de las copas quebradas y de las sillas echadas a rodar se oyeron las protestas inútiles del Curcuncho, apagadas inmediatamente por el tumulto de las amenazas y de las injurias. El más atrevido le dió una palmada, y como si fuera poco, varios lo tomaron en peso y lo pusieron fuera de la fonda.

—A la perrera, pulguento!

—A tu sitio, tiñoso!

El buen humor volvió a la reunión. El fondero era quien más ruidosamente celebraba la hazaña, riéndose con una risa que le sacudía el abdomen. Ni siquiera percibieron, en medio de la alegría, de su cobarde triunfo, el alarido siniestro de un sér que se perdía, a trastabillones, por entre las tinieblas del campamento... El tránsito de la mañana borró fácilmente la cruz que unas uñas desesperadas habían trazado en el suelo, frente a la puerta misma de la fonda.

***

A los dos días, el Curcuncho, que se había guardado de salir para evitar las cuchufletas, reapareció por los mismos sitios que acostumbraba frecuentar. Oía y pasaba sonriendo. No dijo una palabra a nadie. Al bodeguero, que demostró interesarse sinceramente en el caso, se contentó con decirle:

—Payasadas de los niños, patrón. ¿Qué se le va a hacer?

Y siguió, camino de la maestranza, adonde tenía libre acceso, de orden superior. El tiempo fué pasando, y antes de mucho ya nadie se acordaba del último chasco sucedido al Curcuncho. Nadie, sino él, naturalmente, que un buen día sorprendió a los pensionistas de la fonda con la noticia de que acababa de fabricar una maravilla, un aparato eléc-

trico de su invención, que quería exhibir a la brevedad posible.

Efectivamente, el ingenioso monstruo había logrado, valiéndose de un fonógrafo inservible que recibió en obsequio de la Administración, construír una máquina parlante que era a la vez una ruleta. Sobre la caja, alrededor del disco, había dispuesto una serie de figurillas de palo montadas en un aro de alambre. Las figuritas eran variadas: hombre, mujer, caballo, chancho, pájaro, pez, tortuga, etc., y el azar del juego consistía en apostar a cualquiera de ellas una suma dada, pues se había fijado al disco una punta de flecha que indicaba al ganador.

Naturalmente, si la flecha, al detenerse el disco, apuntaba al vacío, el dinero de las apuestas era para el propietario de la máquina.

La codicia del fondero, a quien el Curcuncho demostró prácticamente las ventajas de la novísima invención, se despertó en el acto. Cerraron trato. La ruleta funcionaría en la fonda, como propiedad suya, y se repartirían las utilidades como buenos amigos, mitad y mitad.

—Aceptado,—dijo el Curcuncho.

Y el fondero, haciendo en el aire los más estupendos castillos, se llevó la máquina.

***

—Voy a caballo, cinco pesos.

—A mono, dos!

—A mona, siete!

—Un peso a pájaro!

Estas voces, salidas atropelladamente del concurso de trabajadores, atraídos aquella noche a la fonda por el estreno de la Ruleta Mágica, revelaban el éxito pleno alcanzado por la última invención del infeliz Curcuncho. Bien conocía él cuánto se podía sacar del vicio del juego, tan profundamente arraigado entre los obreros de las salitreras.

Los había allí de todas las secciones: tiznados, pampinos, de las máquinas, de las bodegas, y hasta algunos suches de la Administración...

Modestamente disimulaba su presencia el inventor, de quien, por lo demás, bien poco se acordaban. Él, en cambio, sonreía viendo llegar más y más gente. En mitad de la mesa se exhibía el aparato maravilloso.

Bastaba mover una llave y el disco se echaba a girar.

No podía darse nada más ingenioso y sencillo.

—¡Qué Curcuncho más diablo! — comentaba alguno, por lo bajo.

—¡Si ha de ser brujo!... — agregaba otro.

El fondero resplandecía, contando de reojo las cabezas apiñadas: calculaba las entradas de la sesión. También las contaba el Curcuncho y se hundía las manos en los bolsillos por no restregárselas de gusto. ¡Todos esos eran enemigos suyos, a todos los odiaba a muerte, y aquella misma noche se la tendrían que pagar!

—¡A ver, pues, niños! Vamos apostando.

La gruesa y satisfecha voz del fondero dominaba el concurso.

¡Tentar la suerte! ¡Tentar la suerte!...

Comenzaron a cruzarse las apuestas, y a caer fichas, pesos fuertes y billetes sobre el grasiento hule de la mesa de juego.

—Cinco, al caballito!

—Uno, al chancho!

—El pescado me tinca, voy tres pesos!

—¡Nos fuimos!— gritó el fondero.

El disco giró rápidamente y todos los ojos se abrieron con la ansiedad de la codicia y del miedo... Escena única la de aquellos seres mordidos por todas las formas de la degeneración, lívidos, terrosos, estirando el cuello y clavando las miradas ávidas en un disco que gira, mientras las gargantas resecas dejan escapar medias palabras! ¡Escena única, que ya nunca habrá de repetirse, por más que

la Pampa sea un nido de tragedias, y el corazón humano capaz de las peores locuras!...

—Gana, caballito!

—Pajarito, pajarito!...

—Chit..., —dice el fondero, observando que el disco empieza a disminuir de velocidad, a tiempo que se siente distintamente el campaneo del reloj, que da las diez en el departamento vecino.—Chit!...

Y la mesa, la sala con toda la concurrencia, la fonda entera vuelan en medio de un estruendo colosal, del conocido estruendo de un dinamitazo. Imposible describir la catástrofe, que ha sido horripilante. Toda un ala del edificio está deshecha y de entre sus escombros se escapan alaridos desgarradores, clamores de auxilio que se apagan instantáneamente. Cuando de carrera, entre preguntas reveladoras de un pánico brutal, llegan de todas partes empleados y trabajadores y traen luz, no se ven más que miembros mutilados y dispersos, charcos de sangre, vísceras pegadas a las calaminas, y tal cual agonizante, cuyos estertores nada pueden explicar... ¡Nada más que aquello espantoso, aquello espeluznante y trágico que todos ven: la muerte, la fatalidad, la sangre, sobre un resto de miserable vida que se extingue!

*
* *

¿Se hallará entre tanta ruina humana el cuerpo del siniestro vengador?... ¡Ojalá! Porque por vasta que sea la Pampa, por fácil que parezca ocultar en las salitreras la huella de los crímenes ¿a dónde irá que no sea reconocido y no se cebe una vez más en él,— mísero entre los míseros, —la crueldad de sus hermanos?

El Gancho

EL GANCHO

Al volver aquella tarde a la cantina, se extrañó Feliciano de no ver, como de costumbre, a la Etelvina esperándole con su mejor sonrisa.

—¿Qué pasará?—pensó el mozo, a quien sus compañeros llamaban cariñosamente Chano.

Trabajaba en la Maestranza: era de los tiznados. Un obrero correcto, bastante filarmónico y algo aotor dramático, especialista en papeles de viejos cascarrabias. Simpático el muchacho. Le gustaba arreglarse, rapábase casi diariamente y usaba el pelo a la americana, donosamente cortado por el peluquero japonés de la oficina. Apodábanle el Maucho, creyéndole oriundo del Maule, aunque, en realidad, en las provincias de la región salitrera, son «mauchos» todos los nacidos más al sur de Santiago.

Aquella tarde Chano se había lavado y acicalado con más escrupulosidad que habitualmente. Ya su pololeo con la Etelvina, la hija de ño Mañungo, el barretero, no era un misterio para nadie. Ya la muchacha había dado a

entender, sin lugar a dudas, su preferencia por el joven mecánico. Así, pues, con cierta perplejidad pasó a ocupar su asiento junto a sus compañeros de pensión, ante la mesa cubierta de luciente hule. Comió silencioso, entre las pullas intencionadas de los demás comensales.

—¿Se te voló la palomita, Chano?

—Si lo apuran, llora...

—Y si le cantan, baila...

Terminada la comida, todos los pensionistas, obreros solos, se fueron a la fonda a echar su manito. La cosa iba a estar buena esa noche.

—¿No vas vos, Chano?—le preguntó uno.

—Nó,—respondió él,—tengo que hablar con ño Mañungo.

*
* *

Efectivamente habló. Pidió de beber, e invitó un trago a ño Mañungo y a su mujer, que hacía de cocinera. El viejo aceptó de mala gana, como que ya adivinaba las que se traía el mozo. La cantinera rehusó alegando que tenía que lavar la vajilla. A la Etelvina no se le divisaba por ninguna parte.

—¿Está enferma la Etelvina?—preguntó Chano, mirando con insistencia su vaso.

—No, ¿por qué?

—Como no la hei visto...

Se hizo un silencio largo y embarazoso. Chano volvió a servir. Ambos bebieron.

—Mire, ño Mañungo—dijo el muchacho, después de un esfuerzo que le contrajo el rostro — ¿quere que le iga una cosa? Yo quero a la Etelvina y con güen fin... Creo que los dos nos queremos... Yo soy un hombre trabajaor y honrao... ¿Por qué no los deja que nos casemos?

—Saltó la liebre...— repuso el viejo. — Te estaba viendo venir.

—¿Y qué ice usté?

—No quero que se case la Etelvina entuavía... Es casi una chiquilla, y tiene que arle algún alivio a sus paires... No quero que se case.

—Alguna vez tendrá que hacerlo.

—No igo que nó. Pero será cuando nosotros queramos, su madre y yo. ¿Qué saca con casarse? Llenarse de hijos, sufrir penaliáes... Ya lo habimos pensao.

—¿Y por eso no queren que yo la vea?

—Por eso. Porque a estas chiquillas cuando le soplan en l'oreja, es contra ná nomás.

—¿Es su última palabra, ño Mañungo?

—Si querís, te pueo icir otra. Que te busquís otra cantina, o comáis en la fonda. No quero vete puaquí...

—¿Es icir que me echan?

—Más claro, échenle agua.

—Está bien, ño Mañungo. No esperaba tanto de usét... Pero yo no l'hey de icir más que una cosa: que la Etelvina me quiere, que la quiero yo, y que será mi mujer, por la güena o por la mala.

—¡Güena cosa dihombre guapo!... — exclamó el viejo con sorna, mientras que Chano tomaba su sombrero y salía violentamente, sin despedirse.

***

Leandro atravesaba el Helesponto por besar a su Heros, Romeo tendía una escala de cuerdas hasta el balcón de su Julieta... ¿Qué no ha hecho, qué no hará el amor por alcanzar su objetivo, si es el pequeño dios milagroso de todos los mundos y de todos los tiempos?

Chano y la Etelvina se entendieron. No faltó la intervención celestinezca de alguna comadre del campamento. Tampoco faltó un compañero, leal y buen amigo. Ello es que una noche, cuando de mayor confianza se sentía poseído el ánimo de ño Mañungo y su consorte, la pareja enamorada desapareció de la oficina. Era temprano aún, no clareaba,

cuando el sereno, avisado por el viejo, fué a dar cuenta del hecho al Administrador. La guarnición de carabineros se puso en acción, se telefoneó a las oficinas y pueblos del contorno. Y aquella mañana, en veinte leguas a la redonda, no hubo pampino que no supiese y comentase el rapto de la Etelvina.

—¡Qué gallo ha sío el Maucho!

—¿Y diay? ¡Bien hecho! ¿Por qué no los dejaban casarse?

—¡Eso es dihombre!...

—¡A güen tiempo los van a pillar!...

A eso de las diez, los carabineros comunicaron, desde el cuartel de policía del poblacho vecino, que los prófugos habían sido habidos y estaban a la sombra, mientras se acordaba la forma en que se procedería con ellos. El Administrador puso a disposición de los ofendidos padres el carrito de la oficina. Ño Mañungo y su cónyuge partieron hechos un par de furias, entre la condolencia hipócrita de las mujeres y la irónica sonrisa de los hombres.

***

La escena es en la sala del juzgado de subdelegación. Una mesa, una oleografía de Arturo Prat, y dos sillas desvencijadas, para el señor juez y su actuario, el receptor. Están presentes el raptor y la raptada, los padres de ésta, el carabinero que aprehendió a los prófugos y el asiático Li-Hung, en cuyo hotel fueron descubiertos.

El Juez (carraspeando solemnemente).—El reo está convicto y confeso de haber raptado a la menor...

Chano.—Con su consentimiento, Usía.

El Juez.—¡Callarse!

Ño Mañungo.—Con el d'ella tal vez, Usía; pero no con el de nosotros.

El Juez.—¡Callarse he dicho! La ley es terminante. El artículo... incisos..., del Código Penal dispone que el ofensor debe reparar la ofensa desposándose con la ofendi-

da. Los testigos, ¿están contestes en aseverar que los reos han pasado la noche en el hotel del asiático Li-Hung?

CARABINERO.—Sí, Usía.

EL CHINO.—Sí, siñó jué.

EL JUEZ.—Entonces no me queda nada que hacer. Que venga el Oficial del Registro Civil!...

ÑO MAÑUNGO.—Usía., ¿me permite una palabra?

EL JUEZ.—Hable Ud.

ÑO MAÑUNGO.—Yo no quero que mi chiquilla se case. Yo hey venío con mi mujer a llevármela, no a consentir que ese tiznao insolente se me quee con ella...

EL JUEZ.—¿Pero cómo? ¿después de lo que ha pasado? ¿Así estima Ud. la honra de su hija?...

ÑO MAÑUNGO.—¡Honra de pobre! ¡No será la primera!

EL JUEZ —Entonces él pasará a la cárcel por el delito de rapto. y élla a la corrución por abandono de hogar.

LA MADRE.—(Llorando) ¿A la Corrupción? ¡eso sí que menos!

ETELVINA.—(Desolada)—Por diosito, señor! Si Chano quere casarse, y yo también...

EL JUEZ.—¿Qué puedo hacer yo? La ley es terminante... ¿Qué dice el padre de la reo?

ÑO MAÑUNGO.—Yo no iré que nó, siempre que la chiquilla quee en casa...

EL JUEZ.—Esa es cuestión de ustedes.

CHANO.—(Con altivez).—¿Me permite Usía, una palabra?

EL JUEZ.—Hable el reo.

CHANO.—Yo no hey tocao a la chiquilla, Usía. Si me la robé, fué pa que m'hicieran casar con ella. Nunca la hey querío con mal fin... La culpa es de ño Mañungo que no quiso dar su brazo a torcer... Porque la chiquilla ha sío el *gancho* de la cantina... (el juez y el receptor levantan la cabeza) Pa eso la queren .. ¡Pa que no se le vayan los pensionistas! Sí, Usía. Por eso queren que no salga e la casa... Pa que siga ayuándoles a ganar plata. Parece mentira que sean tan sin corazón algunos cristianos... Yos toy dispues-

to a casarme en cuanto ordene Usía. Pero no güelvo a la Oficina. Un hombre honrao y trabajaor en ninguna parte se muere dihambre... Nada más tengo que icir, Usía. ¡Que se efienda ño Mañungo agora!

El Juez.—(A los presuntos suegros)—¡A ustedes debería mandarlos a la cárcel ahora, so viejos sinvergüenzas, explotadores de sus hijos! Mándense mudar en el acto, y usted, carabinero, vaya a llamar al Oficial Civil...

***

Bajo el sol abrazador de la pampa, dos parejas se encaminaban en dirección opuesta; hacia la oficina, cariacontecidos, gruñendo sordas frases de protesta, ño Mañungo y su consorte; y hacia el puerto que les incita como un espejismo, hacia el Puerto donde hay trabajo y alegría. Chano y la Etelvina que se hablan al oído y se besan con los ojos antes de besarse con los labios.

—Vamos, mi linda... ¡Vamos a querernos mucho!

—¿Y después?

—A trabajar... y a querernos entuavía mucho más.

El Héroe

"EL HEROE"

Jamás ha habido un hombre como aquel. Se habría muerto antes de faltar a una lista. Creía él, en el fondo, que no existía en el mundo dignidad más alta que la bomberil. Cuando a Mr. Hawkins se le veía pasar por las embarradas calles del Puerto con su casaca roja constelada de medallas, y sus pantalones blancos, bien planchados, resplandeciente bajo su casco brocíneo, se le hubiera creído un general victorioso. Mr. Hawkins tenía la bomba en la sangre...

Y era un marido casero Mr. Hawkins. Como él lo repetía a menudo—es decir cada vez que se sobrepasaba en la ingestión de whisky—sólo con la bomba le era infiel a su mujercita, la linda Miss Hawkins, una meztiza de inglés y peruana que sabía corresponderle a su manera. Desgraciadamente, no tenía élla gran entusiasmo por la bomba ni por los bomberos. Suele ocurrir así en esta vida, tan llena de contradicciones, que a vuestra mujer le fastidia precisamente lo que constituye vuestra debilidad.

***

La linda mesticita se había casado a los veinte años, sin querer mucho ni poco a su marido. Se había casado por deber filial, por salvar a la familia—venida a menos, tras una serie de malos negocios—y por lo que suelen aceptar el sagrado yugo tantas mujeres en la tierra: por hacer rabiar a sus amiguitas.

—Matilde,—le dijeron,—Mr. Hawkins ha pedido tu mano. ¿Sabes que es un gran partido?

Ella se encogió de hombros. Con él o con otro le era igual, siempre que sus padres fuesen gustosos. Mr. Hawkins estaba ya algo maduro; pero, en fin, los maridos con plata, aunque sea en el norte, no se pescan con red... Y el gringo parecía bueno.

Muy pronto se sintió arrepentida, sin embargo. Ella creía que «el matrimonio era otra cosa». Estaba aburrida con su padre, que era un inglés algo empalagoso, y pensó que al cambiar de estado iba a entrar a disfrutar de una libertad, más bien dicho, de una autoridad que no tuvo nunca. Pero se equivocó, porque Mr. Hawkins, como la mayoría de los que se casan solterones, le resultó terriblemente casero. Y lo que deseaba Matilde era que la dejasen sola, para poder hacer la dueña de casa, regañar a la servidumbre, recibir a sus amiguitas en privado... La sangre criolla se le revolvía en las venas.

Siguió, pues, aburriéndose en su casa como se había aburrido en la de sus padres. Mr. Hawkins, después del inevitable viaje de novios, se metió en el nido y, como tenía una gran renta y socios muy respetables, abandonó los negocios. Sólo la bomba le hacía salir: una sesión de directorio, un ejercicio, una academia, le obligaban a deshacerse en excusas ante Miss Hawkins, que hubiera palmoteado de gusto... Un amago de incendio le retuvo dos horas fuera de casa, y Matilde llegó a desear que se quemase un edificio cada día.

*
* *

En un baile de la colonia se encontró Matilde con un antiguo amigo de la infancia, Alvaro Rivas, que acababa de llegar de Europa, donde se había educado. Alvaro volvía a Chile con toda la aureola de un buen mozo, a quien se ha dejado una herencia respetable. Matilde bailó con él un vals, y luego otro. Pasaron juntos al buffet. Al terminarse la tertulia, Mr. Hawkins se había bebido una cantidad considerable de champaña helado, y Matilde estaba encendida de tanto reír con los recuerdos de otro tiempo, elocuentemente evocados por su pareja de baile. Alvaro llegó hasta insinuar que quizás habían sido algo novios y Matilde no tuvo ningún inconveniente en aceptarlo.

—Estoy cansada, déjame,—dijo ella a su marido cuando estuvieron en casa.

Por la primera vez, desde la fecha de su matrimonio, Miss Hawkins, se durmió aquella noche con la sonrisa en los labios.

*
* *

—No puede ser, Alvaro; si no sale nunca de casa. Es imposible.

El rogaba, suplicaba, buscaba inútilmente argumentos. Habíala encontrado en el camino de la playa, frente al mar, fijos en el horizonte sus grandes ojos oscuros. Y había obtenido la gracia de sentarse unos minutos a su lado. Desde hacía un mes se veían fugazmente en el comercio o por casualidad en casa de alguna amiga, a la hora del aperitivo. También solían divisarse en el Teatro, durante la función de la tarde...

—Cuando una mujer quiere, no repara en obstáculos,—insistió él.

—Pero en casa no, no puede ser... Y fuera tampoco,—repitió con firmeza...

Sentíase encadenada a Alvaro por un sentimiento que ni siquiera sospechaba. Nunca había amado. Su naturaleza ardiente y apasionada había permanecido aplastada por la vulgaridad cuotidiana. Hasta había experimentado secreta envidia hacia sus amigas que la hacían confidente de sus emociones sentimentales, y odiaba las novelas porque no hablaban de otra cosa que de la dicha y del dolor de amar...

—¡Por qué fuiste a casarte! le reprochó Alvaro. — Yo te hubiera hecho tan feliz...

Ella abandonó su mano entre las del joven.

—Has comprendido el secreto de mi corazón, Alvaro, y estás abusando...

Se puso de pie, como venciéndose a sí misma.

—¿Te vas?

—Hace mucho rato que estamos juntos... Vamos a dar que hablar.

—Sé, por lo menos, bastante buena para hacerme una concesión.

—Díla.

—Dejame buscar el medio para que te dejen sola....

Ella sonrió ruborizándose como una colegiala. No contestó; pero Alvaro comprendió, en su apretón de manos de despedida, que había otorgado la concesión solicitada.

*
* *

La campana de todos los cuarteles llamaba insistentemente a incendio. Se había declarado el fuego en un conventillo situado en un barrio lejano, a donde era difícil el acceso del material de bombas, y el siniestro amenazaba asumir proporciones colosales. Bomberos a medio uniformarse corrían en todas direcciones. Casi todas las preguntas quedaban sin respuesta. Rodaban coches y automóviles con un ruido que ponía espanto y que hacía más alarmante el traqueteo de las bombas a vapor arrastradas por los gigan-

tescos percherones. Un incendio siempre es terrible, pero en las ciudades del norte, con su edificación de madera, retostada por el sol canicular, no es preciso ser pesimista para esperar de cada amago una catástrofe....

Mr. Hawkins fué de los primeros en acudir. Reposaba la comida, fumándose un "Rey Eduardo" cuando hirió sus tímpanos la primera campanada de fuego. Dió un beso á su mujercita, se vistió como pudo su flamante uniforme de bombero, y tomó el coche que ya había hecho llamar por teléfono y que vino a escape.

—¿Dónde es?—preguntó al cochero.

—En el conventillo del Diablo, de don Alvaro Rivas...

—Pero, ¿no estaba mandado demoler?

—Creo que sí patrón... Dicen que estaba en ruinas.

—¡Bueno, azota, azota, y tendrás buena gratificación!

*
* *

Eran las 3 de la madrugada cuando Alvaro salía de casa de Mr. Hawkins. Las campanas habían dejado de sonar hacía ya rato. Había una camanchaca espesísima que allá a lo lejos, sobre el sitio preciso del incendio, tomaba un tono sonrosado, muy poético... Alvaro sintió el brusco contraste de las temperaturas, se levantó las solapas del abrigo y se caló los guantes. ¡Hacía frío esa endiablada noche!...

Al doblar una esquina, se encontró con un acompañamiento de bomberos. Entre la niebla tenían un fulgor funerario las antorchas, que varios de ellos empuñaban. Traían, en una camilla, a un compañero mal herido, acaso moribundo. Sintió algún remordimiento...

—¿Es verdad—preguntó al que le pareció jefe del cortejo—que es una de mis propiedades la incendiada?

—Sí, señor. El conventillo del Diablo.

—Lo siento. Pero, en fin, no es gran cosa lo que se ha perdido.

—En cambio, aquí tiene Ud. a uno de nuestros compañeros más queridos, a Mr. Hawkins...

—¿Qué? Qué? ¿Es Mr. Hawkins?

—Sí, señor; se ha portado como un héroe... Estaba en lo alto de una escalera dirigiendo el combate. Se derrumbó un tabique y...

—Yo necesito verlo—dijo Alvaro.—Yo soy muy amigo suyo... lo quiero mucho.

El acompañamiento se detuvo. La camilla fué depositada en el suelo, con su trágico bulto, cubierto por la bandera de la Compañía.

—¿Está muy grave?—preguntó aún Alvaro, sinceramente conmovido.

—Pudo haberle costado la vida. Hubo que sacarlo de entre los escombros.

—¡Pobre amigo mío!

Levantó un extremo de la bandera y descubrió el rostro ensangrentado del entusiasta voluntario, que mantenía los ojos cerrados y respiraba trabajosamente.

—Mr. Hawkins... — murmuró el joven.

El accidentado abrió los ojos y lo reconoció. Una sonrisa de triunfo iluminó su fisonomía bonachona.

—Siento su desgracia—agregó Alvaro—y siento más todavía que haya sido por salvar una propiedad mía.

El ilustre bombero no dejó de sonreír. Alvaro le tomó una mano y se la estrechó. A la presión, Mr. Hawkins volvió a abrir los ojos y a mirarle placidamente.

—Ha sido Ud. un héroe, Mr. Hawkins. Todo mi cariño y admiración son para Ud.

El héroe no respondió. Su alma gigantesca consideraba en ese instante que nada hay tan noble en la vida como sacrificarse por el bienestar de los demás. Alvaro volvió a cubrirlo con el glorioso trapo, símbolo de las glorias de la Compañía, y se alejó en silencio.

—¡Verdaderamente hace frío aquí en la calle!—pensó.

Encendió un cigarrillo, y contra toda su voluntad—hay que decirlo—tuvo que sonreir...

La Compañerita

LA COMPAÑERITA

La encontró en un salón, una noche de juerga como cualquiera otra. Era una muchacha triste, que no abusaba del carmín ni de los cosméticos y que, en lugar de responder a la injuria con la injuria sonreía dolorosamente al verse ofendida. En su rostro pálido y marchito, sus ojos enormes ponían una claridad como de amanecer...

Al Caudillo le interesó la hembra, y se dignó hablarla. Ella, al principio, lo escuchó distraída. Sin duda sería uno de tantos... Pero después, cuando, por él mismo, supo de quién se trataba, cuando empezaron a salir de labios de su interlocutor palabras tan hermosas como la redención del proletariado y la reivindicación de los oprimidos, su faz se iluminó y una grande y sincera ansiedad la mantuvo pendiente del Caudillo.

—Yo no vengo aquí por beber ni por saciar apetitos bestiales—le dijo él por fín.—¡Eso, para los burgueses! Hasta

aquí llega nuestra propaganda... Yo vengo a conquistar adeptos para la idea. Raquel, ¿ese es tu nombre?

—Sí.

—Pues bien, Raquel. ¿Quiéres ser de los nuestros?

La pobre hembra de placer no respondió. Era una cosa tan grande, tan nueva, tan extraña... ¿Cómo? ¿Ella podía ser útil a la idea? Los obreros que, según este hombre, luchaban en el mundo entero por su emancipación ¿podían esperar algo de ella? El Caudillo seguía mirándola, sugestionándola con sus ojos de zahorí de las almas plebeyas.

—Responde... No te confundas. Debes saber que para la construcción del hermoso edificio de nuestra libertad, necesitamos toda clase de materiales.

—Pero, ¿quién va a cargar conmigo?

—Serás mi compañera,—dijo el Caudillo, poniendo una mano protectora sobre el hombro de la muchacha.

***

No se vió nunca un prosélito más entusiasta, más decidido, más fogoso. Raquel comprendía ahora cuán verdad era que ella no había nacido para aquella vida de miseria y de horror en cuyo fondo la encontró el Caudillo. Nó. Ella era una muchacha buena. La fatalidad, la desgracia, la habían ido empujando cuesta abajo... Y Raquel soñaba, en sus desvaríos de ferviente socialista, con gastar todas sus energías en la redención de la mujer caída...

Nadie como ella para empaparse en la lectura de los folletos y periódicos de propaganda, nadie más puntual en asistir a las sesiones de los diversos grupos en que se hallaba organizado el partido.

A pesar de que las atenciones domésticas, a que la obligaba su adhesión al Caudillo, le quitaban casi todas las horas hábiles del día; ella se daba tiempo para aprenderse de memoria arengas y poesías incendiarias que luego recitaba en las veladas, en medio del frenético aplauso de los compañeros.

Seguía pálida y triste. Pero había un fulgor nuevo, un fulgor de iluminada en sus grandes ojos mansos. La voz velada y tímida de otros tiempos había adquirido un timbre metálico que, al estremecerse en los arranques oratorios y líricos, hacía pasar un solo escalofrío, por entre su auditorio. La Compañerita — como la llamaron luego— llegó à hacerse popular, y su presencia en los comicios y en las asambleas era indispensable. Había algo de sublime en el gesto de aquella antigua moza del placer, lanzando imprecaciones al egoísmo humano, fuente de todas las miserias de la vida, y enalteciendo la virtud redentora de una idea llamada a levantar el nivel moral e intelectual de la mujer...

Un día se ofreció una gira de propaganda por la Pampa. Había que recorrer numerosas oficinas, desde las cuales llegaban informes de que la gente se resistía a comprender y aceptar los beneficios de la idea. Hacía tiempo que la aguijoneaba el deseo de realizar esta misión: llevar la palabra nueva, sembrar la simiente del nuevo evangelio humano en los mismos sitios donde se le había conocido como una obscura bestezuela de vicio y sufrimiento.

Cuando se lo comunicó a su compañero, el Caudillo tuvo un gesto desapacible. El hombre se opuso tenazmente, aunque sin dar razones precisas.

—No conviene por ahora...

—Es que yo estaba casi comprometida.

—Te repito que no conviene. Entiéndeme a mí.

Raquel se asustó del tono violento, casi brutal de aquella réplica. Era la primera vez que su compañero la trataba así, y no atinó ni remotamente con la causa de semejante conducta. ¡Pobre compañerita, si hubiese podido adivinar que el Caudillo, egoísta como todos los de su especie, empezaba a sentir celos de su creciente popularidad!

*
* *

Hace diez días que están en huelga los obreros del Puerto, la gente de mar, gremios a los cuales se han plegado los «tiznados» del ferrocarril salitrero, los panaderos y otros proletarios, desde tiempo atrás asociados sobre las bases dictadas por el Caudillo. Comisiones secretas han subido a la Pampa a ponerse al habla con los jefes de los diversos grupos organizados en pueblos y oficinas. Hay alarma, una gran alarma en la metrópoli salitrera. El teléfono funciona constantemente para comunicar siempre lo mismo: «los trabajadores de... se han negado a salir» Empiezan a bajar trenes repletos de gente obrera con sus mujeres y sus niños. Es la tempestad que se inicia.

La autoridad como siempre, hace lujo de inepcia. Nada se le ha ocurrido, sino telegrafiar al sur pidiendo el envío de buques de guerra y tropas de línea en previsión de desórdenes. ¡La sangría, como única salvación! Cunde la alarma, entre tanto. Hay ya diez mil, acaso veinte mil hombres desocupados en el puerto. El avestruz, es decir la autoridad, sigue con la cabeza escondida tras de la piedra... Los obreros son dueños de la situación. Así lo declaran en sus discursos, en los que hablan de banderas rojas flameando al viento de la libertad, de auroras de redención y de jornadas de purificación de la humanidad por la sangre. Se han prohibido las manifestaciones callejeras; pero, recluídos en el local de una escuela pública, los "leaders" siguen enardeciendo a sus oyentes con su fraseología revolucionaria... La Compañerita opera allí en su elemento.... Grita, gesticula, no se da punto de reposo, aparece en todas partes a la cabeza de los más exaltados, está ronca de vociferar. Tiene la conciencia de que aquella jornada será la definitiva, de que, gracias a los eternos explotados del norte, triunfarán las ideas socialistas en este rincón de la tierra y se impondrán para esparcirse por el mundo entero!



La ciudad se halla en estado de sitio.

Han desembarcado ametralladoras y las cálles están llenas de marineros y soldados. Se ha dispuesto que los obreros desalojen el local de la escuela y se vayan al del Hipódromo, situado en las afueras de la ciudad, a campo abierto. Ensoberbecidos o engañados por sus Caudillos, ellos se niegan a moverse. Se les notifica que se hará fuego sobre ellos. Los obreros se ríen, blasfeman, lanzan epigramas terribles, hacen irrisión de la Ley y del Ejército. Y aquello en que no se creía, aquello espantoso que será siempre una vergüenza recordar, el fusilamiento del pueblo en masa, sobreviene. ¡Jamás en ciudad alguna se ha presenciado un espectáculo semejánte a aquel! Es la tragedia que sopla, la sangre que hierve, los miembros que saltan esparcidos entre estampidos de metralla... Página de eterno luto para la historia nacional.

Aquello no dura más que unos segundos, pero es demasiado. Los brazos se levantan, las gargantas enronquecen implorando piedad. Sólo ella, la Compañerita, se ha mantenido impasible ante la catástrofe. Agitando un trapo rojo, grita a los soldados:

—¡Maten, Caínes! Asesinos de sus propios hermanos...

Y cae también palpitante, hecha trizas por las ametralladoras, sobre un montón de cadáveres. El trapo rojo se confúnde con los charcos de sangre.



El Caudillo ha escapado a la muerte y a la prisión, y emigra. Huye disfrazado por los solitarios caminos de la Pampa que llevan a la frontera boliviana, y piensa con filosofía, y no sin razón, que aquella mujer extraordinaria, que aquella Compañerita sacrificada en aras de la idea, era una mártir sublime, pero que le empezaba a hacer sombra...

Pat'e Cabra

PAT'E CABRA

Muy atrasada recibió la noticia Juan Ramón, pero no por eso dejó de afligirlo. Se había venido al sur a arreglar un enredo con unos prestamistas que querían quedársele con la heredad paterna, mientras su madre, la pobre vieja en cuya compañía ocupaba una casa-habitación en el campamento, permanecía allá en la oficina al cuidado de monos y cacharpas. Dejóle sus ahorrillos, porque era hombre sobrio y de buenas costumbres, y ya se preparaba para emprender el viaje de regreso, cuando leyó en la sección «Provincias», de un diario de Santiago, la información del salvaje crimen: la anciana había sido muerta a puñaladas, bajo el incentivo del robo. Nada se sabía del hechor, sino que había dejado olvidado el instrumento ejecutor del asesinato: un cuchillo vulgar de mesa, arreglado al uso de la pampa, o lo que es lo mismo, transformado en «Pata de Cabra».

Juan Ramón no era de los que hacen aspavientos, ni se desgañitan en interjecciones; o le devoran los hígados a

media humanidad. Era un hombre reservado, seriote, poco amigo de bromas, de esos que antes de cumplir los treinta años, se ganan con justicia el tratamiento respetuoso de «Ño». No derramó una lágrima; pero se quedó largo rato con los ojos clavados en el suelto, el que recortó cuidadosamente.

Le dió una gran pena pensar que su pobre vieja había sido amortajada y sepultada por manos mercenarias... Y evocó, sin quererlo, la visión de los cementerios de la Pampa, de los horribles cementerios de la Pampa: montón de cruces azotadas por todos los vientos y retostadas por un sol de infierno.

Hizo un juramento mental; puso telegrama a la oficina, y tomó pasaje en el primer vapor que zarpaba para el norte. ¡Con cuánta amargura había vuelto a deshacerse de los «cariños» y «recuerdos» que llevaba del sur para su querida y pobre vieja!

⁂

Lo primero que hizo Juan Ramón, ya de nuevo en la oficina, fué indagar si la policía y la justicia habían adelantado algo en las pesquisas. En una y otra parte se le respondió con frases vagas y con egoístas evasivas... El roto se encogió de hombros, convencido una vez más de que la autoridad y la ley no han sido hechas para servir a los pobres. No hacía un mes que su madre había sido asesinada en la forma más horrenda y alevosa... y ya nadie se acordaba del asunto, ni se pensaba siquiera que había allí un crimen que esclarecer y castigar. Lo único que, como gracia, pudo obtener del juez, fué que le obsequiara el cuchillo, la siniestra «pata de cabra», que aún conservaba en su hoja los vestigios de la sangre...

—¿Qué piensas hacer, Juan Ramón?—le preguntó el juez.

—Hacerme justicia yo mismo, ya que Usía no quiere — tuvo intención de responder.

Pero se contuvo, se reprimió como era su costumbre, y mirando la hoja del cuchillo y encogiéndose de hombros, se limitó a decir:

—Dios dirá...

Aquella misma tarde partió solo en dirección del Cementerio. Bien poco trabajo le costó dar con el sepulcro de su madre.

La cruz era nueva; aun los vientos, los soles y las camanchacas no habían borrado el epitafio... Juan Ramón, arrodillado al pie, deseó recordar alguna oración. De repente brotó esta exclamación de su garganta contraída:

—¡Mi pobre vieja! ¡Mi mairecita!

Lloró amargamente. Sollozó como un niño. Y ya casi de noche, al marcharse, empuñó la «pata de cabra» y arañó en cruz la tierra ya endurecida de la sepultura...

*
* *

La vida siguió igual en la oficina. Igual para todos, menos para el apenado Juan Ramón, que sentía el corazón desgarrado por un doble dolor: el de la pérdida del sér más querido para él y el de no poder aplicar la ley del Talión al asesino.

De reservado que era, se volvió sombrío, casi taciturno. En cada uno de sus compañeros le parecía ver a aquel que tenía fatalmente que morir a sus manos.

Lo que más exacerbaba la sensibilidad del pobre roto, era la consideración de que hubiesen apuñaleado a su madre por el interés de unos cuantos pesos.

—Matar por celos, matar por un arrebato, naide está libre—pensaba. — Pero a ese perro que me dejó sin maire, por robarle una porquería, a ese tengo que patiarle la sangre...

Acercábase como un espía a los corrillos. Hacíase el distraído para escuchar las conversaciones de las mujeres jun-

to a la ventanilla del pasatiempo, o al mostrador de la pulpería; sin gustarle mayormente la copa ni las cartas, comenzó a hacerse un asiduo parroquiano de la fonda; a veces, en plena Pampa, se quedaba tendido al borde de una cueva, reteniendo el aliento, por si algo pescaba en el monólogo de algún barretero; en los salones, simulaba estár borracho y hacíase dormido, con la secreta esperanza de que alguna indiscreción delatase al asesino. Y acariciaba el mango de su «pata de cabra».

—Cada día lo veo más triste, Juancito,—le dijo una noche una muchacha, antigua amiga suya, a quien llamaban la Perla del Salón.

—¿Y cómo querís que no esté triste? ¿No sabís demasiao lo que me pasa?

—Sí, pero...

—¿Pero vos te creís que yo voy a estar tranquilo? ¿Te creís que no tengo entrañas?...

Debía ser feroz la expresión del pampino, porque la Perla del Salón se estremeció. Siempre había querido a Juan Ramón, porque era serio y nada «pantominero»; pero, ahora, ante la chispa que le saltó a los ojos, lo encontraba admirable.

—Tenís razón... Tenís razón. Mira, Juan Ramón, ¿querís que te diga una cosa? Pero váis a guardarme el secreto... Prométemelo, si es cierto que sóis hombre.

—¡Será por lo paliquero que soy! Te lo prometo...

—Güeno. ¿Tia corday del Chureja?...

El pampino dió un salto, y sintió que se le sublevaba el corazón.

—Sí, mia cuerdo,—dijo—pero hace mucho tiempo que no lo veo... ¿Y qué tiene que ver?...

—¿Sabís, Juan Ramón, que ese es un roto malo?

—Mala fama tiene.

—Al día siguiente de la desgracia estuvo en el salón y...

—¿Andaba con plata?

—Montón de fichas traía... Gastó, se emborrachó...

—¿Y tuvo contigo?, — insinuó el pampino, con no sé qué de brutal en el acento.

—Sabís demasiao que no lo hey podío pasar nunca... ni con plata.

Juan Ramón se retiró luego y se marchó a la oficina, pensando en que había mucho que ver en eso de que El Chureja, roto aventurero, que no le trabajaba a nadie ni andaba nunca con dinero, hubiese desaparecido a raíz del asesinato, no sin pasar a uno de los salones del pueblo vecino a darse facha como un príncipe...

***

Cuando Juan Ramón entró al garito de la fonda, ya no se jugaba monte ni bacarat. Funcionaba la maraca, y, a pesar de que no bajaban de veinte los hombres, agrupados en torno del tablero, no se oía sino el ruido característico de los dados que se revolvían y rodaban ante las miradas ávidas de los interesados.

A la primera ojeada pudo el pampino cerciorarse de que no lo habían engañado; de que, efectivamente, el Chureja se hallaba en aquella oficina, y, como corresponde a un roto vicioso, más tiempo en la fonda que en la faena.

A fuerza de cavilar, los indicios habían llegado a hacerse convicción de su ánimo. Habría sido capaz de jurar ante los tribunales que el Chureja era el matador de su madre. Pero como no tenía pruebas, la que menor, se limitó a indagar la pista y el actual paradero del presunto asesino. Súpolo, por fin, de buen origen y una buena noche partió a piesito, pampa atraviesa, hacia la oficina que se le había indicado.

Nadie notó su presencia ni se preocupó de él. El Chureja apostaba con entusiasmo, como los demás. Juan Ramón se le puso lo más cerca posible, y, de improviso, apenas el fondero terminaba su indicación a cubrir las pintas, levantó la voz, seca y sonora:

—¡Al buque, cinco pesos!

Y clavó los ojos en el Chureja, que cogido de sorpresa, no pudo disimular la impresión del primer momento. El acento y la fisonomía de Juan Ramón le eran familiares. Quiso rehacerse, pero no lo consiguió. Pálido hasta la blancura se le puso el rostro, al extremo de que varios de los presentes lo advirtieron.

—¿Qué le pasa al Chureja?—murmuró el fondero.

Y volvió a incitar a las apuestas.

—Oye, Chureja,—le dijo Juan Ramón.—¿Cómo te va yendo?

El otro no acertó a responder. Juan Ramón continuó:

—Me hey metío apostar y agora resulta que no tengo plata ¿Poís prestarme unos cinco pesos?

—Yo no tengo... alcanzó a decir el Chureja cada vez más desmoralizado.

El juego, a pesar de los esfuerzos del fondero, se había interrumpido. Algo solemne, casi trágico, flotaba bajo la techumbre de calamina.

—Pero tenís prendas de valor... Como por ejemplo, esta, que te vengo a devolver....

Y Juan Ramón sacó del cinto la "pata de cabra" y la mostró en la palma de la mano. El Chureja retrocedió, vencido de antemano. Había reconocido su arma. Los demás nada comprendían.

—Fondero, ¿no pasa ná por esto?—preguntó Juan Ramón.

—Eso no sirve...

—¿Cómo no ha de servir? Fíjese...

Y con un quite de cuerpo, gimnástico y felino, el vengador ganó la distancia que le separaba de su enemigo y le clavó el cuchillo en la mitad del pecho. No se oyó más que un grito y el Chureja, retorciéndose al caer, quedó de bruces sobre el suelo de costra...

—¡Así se mata, de hombre a hombre; no como vos, bandío, que apuñaliaste por robarle, a una viejecita indefensa!...

Los otros no se daban cuenta todavía del significado de la escena, y algunos pretendieron atacar al vengador.

—Güeno—dijo él—cómanme entre todos... ¡pero que nunca ningún perro les mate a su maire por robarle cuatro cobres!

—Si es ño Juan Ramón!—gritó alguno, que por fin le había reconocido.

Y todos, incluso el fondero, le abrieron calle para dejarle huir.

Ya a salvo, bajo el cielo sereno y límpido, bajo el millón de estrellas que tembleteaban como con miedo, el bravo roto dejó escapar un suspiro de satisfacción, sintiendo ahora su alma engrandecida, inmensa, generosa como la Pampa que se extendía ante sus ojos.

Romanticismo

(4)

ROMANTICISMO

Acaso no haya habido en la Pampa un casamiento más sonado que el de la hija única de don Polo Vásquez, el viejo y corpulento corrector.

Era una chiquilla encantadora, a pesar de su incurable romanticismo. Educada a todo costo en el colegio de Mme. Lacordaire, en el Puerto, había aprendido a dibujar y a pintar el retrato de su papá, a bordar relojeras y almohadones, a coser algo de lencería, a tocar el bandolín por música, pero especialmente a leer novelas de un sentimentalismo trashumante. Se llamaba Olegaria; pero a fuerza de ingeniarse en ello, había conseguido que no se la conociese sino por Olga. Su padre estaba tan orgulloso de ella, que no se habría podido decir qué le causaba más alegría, si verla en la Filarmónica disputada por todos como pareja de baile, o encontrarse, después de un tiro grande, con una Pampa rica en salitre de 35%. Enamoróse de ella un comerciante del cantón, hombre que pasaba por rico, picado de viruelas, él, y amigo de hablar grueso, de lucir fajos de

billetes con cualquier pretexto y de usar cadena de oro con medallones de libras esterlinas. Enamoróse, y tanto hizo, que la romántica Olga tuvo que ceder, no sin pensar en todas las heroínas de novelas que ha sacrificado la tiranía paterna.

*
* *

¿Podía faltar a tan idealista criatura, en sus veinte años floridos, un pololo clandestino? Ciertamente que nó. Y el elegido por el corazón de Olga no era, como pudiera creerse, un trovador al estilo de los que suelen aparecer en las obras que han hecho derramar más lágrimas a las almas femeninas. Los trovadores no hacen baza en los dominios del salitre. El furtivo galán de Olga Vásquez era nada menos que el primero Urrea, jefe de la guarnición de carabineros acantonados en la oficina. Salido de la antigua Escuela de Clases, Urrea era un mozo listo y simpático; taconeaba recio, llevaba el sable con soltura y garbo, usaba el bigotillo a la alemana, y tenía, al decir de las mujeres, una conversación de salón.

Olga y él podían verse diariamente. El militar no tenía mucho que hacer; y, en cuanto a la dama, se la pasaba casi todo el día en el corredor de su casita leyendo a Miss Braemé o arreglando los maceteros. Sólo que papá Vásquez, avisado por el ama de llaves, se había opuesto absolutamente a tales relaciones y amenazado con que, en caso de no ser obedecido, metería a la enamorada en un convento.

Así, pues, ellos debían contentarse con la telegrafía inalámbrica, más bien dicho, con el sistema de semáfora... y también ¿por qué no decirlo? con la comunicación epistolar, facilitada por uno de los subalternos del Primero, un roto borrachín a quien, no seguramente pór bonito, denominaban el «Chanfeo».

—¿Soldaillos a mí?—protestaba don Polo, cada vez que recordaba la aventura. ¡No faltaba más! Yo no crío flores pa que se la coman los chanchos....

Se dormía feliz, seguro que una hija tan bien educada como la suya no habría de continuar cultivando relaciones condenadas por la autoridad paterna.



El corrector es, por lo general, un antiguo obrero de pampa, a quien se asciende por su seriedad y por sus conocimientos prácticos en pastas, costras y caliches. A veces, también, este ascenso es debido a cierta política de adulo y de intriga seguida por el interesado o, lo que es peor, a razones inconfesables. El corrector está, dentro del régimen de las oficinas, en la gerarquía de los «empleados»; es decir, a la altura de los jefes de sección y ocupa como ellos una casa-habitación ajena al campamento. No es siempre respetado, pero siempre es temido. Jamás se ha visto que dé la razón a los trabajadores y es bastante ducho en el arte de birlar al pampino carretadas de material...

Don Polo Vásquez era uno de tantos. Odiaba particularmente a los obreros respondones y leyistas, a los que calificaba de «tinterillos» y les decía que se marchasen al Puerto, a poner plancha. Gustábanle los rotos de antiguo cuño, fornidos, mansos, de esos que cogen las herramientas y agachan la cabeza para no levantarla hasta que no vean terminada la tarea. «Correr el zorro», era la muerte para don Polo.

Por él, los rotos no habían de darse tiempo para tomar un sorbo de agua, ni para encender un cigarrillo.

—Con estos tinterillos no se vá a ninguna parte!—vociferaba con desprecio.—Todo se les vuelve reglas...

Cuando se le indicaba alguno como adicto al socialismo, no descansaba hasta no verlo fuera de la oficina. Decía de los socialistas que eran como la maleza y que había que arrancarlos de raíz. Olga que, durante algún tiempo, se había apasionado por las ideas de «El Judío Errante» y sentía

una secreta admiración por los obreros simpáticos como Agricol, deseó más de una vez contradecirle. Pero papá le infundía terror... y además, su romántico idilio con el Primero Urrea llevó sus inclinaciones hacia un campo tan distinto! Irresistible prestigio de los bigotes kaiserianos y de los botones amarillos...



Considerábase Olga la más desgraciada de las mujeres. Siempre han de pensar así aquellas a quienes no se quiere dejar casar con el predilecto de su corazón. Más aún, si, como en el caso de la encantadora pampina, se pretende torcer las naturales afecciones para hacerlas consagrar a un sér burdo, ya no del todo joven, picado de viruelas y algo barrigudo.

¡Oh, cartas que día a día, en el curso de mes y medio, llevó y trajo Chanfeo! Podría creerse que, en el fondo, Olga celebrase la dramática circunstancia de la oposición paterna, que provocaba aquella pleonástica correspondencia, en la que podía admirarse al mismo tiempo, la influencia de la escuela romántica y la escasa ortografía de los enamorados.

Mientras más menudeaba sus visitas el comerciante y mayores y más delicadas eran las demostraciones de su amor, más honda y desesperante era la queja de aquella Eloísa y de aquel Abelardo de la Pampa. Llegó a tener la enamorada una idea genial; en la imposibilidad de rehusar los obsequios de su novio oficial, optó por enviárselos a su gentil galán, «en prueba de su cariño eterno, hasta la tumba». Urrea tuvo un gesto noble y se negó al principio a recibirlos; pero como ella insistiese y comenzasen a llegar, no ya baratijas, sino objetos de positivo valor, hubo de resignarse al fin. No dejaba aquello de ser una especie de consuelo...

Chanfeo también sacaba su partija: la propina no era

escasa, y gozaba de libertad completa para ir a cada hora a gastársela a la fonda.



Acaso no haya habido en la Pampa un casamiento más sonado que el de la hija única de Don Polo Vásquez... Con permiso especial del Administrador—que bailó con la novia las primeras cuadrillas—la tertulia se prolongó hasta las tres de la madrugada. El novio tenía prisa y protestaba. ¿Todos habían de bailar con su mujer, caramba? Pero nadie le hizo caso. El propio don Polo ya bastante achispado, comenzó a embromarlo. Intervino el Oficial Civil que los había casado y amenazó con deshacer lo hecho. El novio, tomándolo en serio, le objetó que en tal caso tendría que devolverle la coima de cien pesos que le había pagado. El digno funcionario, algo mohino, tuvo a bien palmotearle el hombro y apaciguarlo, diciéndole que nadie pensaba quitarle su mujer y que lo hecho no podía deshacerlo ni el mismo Presidente.

A las tres se tocó retirada.

Adornado de ramas verdes y flores traídas del oasis, aguardaba el carrito que debía llevar a los novios y comitiva al pueblo vecino, residencia de los nuevos cónyugues. Abrazos, besos, bromas, algazara general. Hiciéronse chistes a costa del Espíritu Santo. Don Polo lloraba jurando que era la primera vez de su vida que se le saltaba una lágrima.

Tal fenómeno en él, era consecuencia más que del cariño paterno, de la embriaguez creciente que lo entorpecía.

La novia, pálida desde antes de la ceremonia, y en el curso de toda la fiesta, subió al carro en silencio, y, una vez sentada, cerró los ojos y adoptó la actitud que le pareció más propia de una heroína sacrificada...

¡El Primero Urrea no había aparecido por ninguna parte; pero ella sí, ella sabía dónde estaba y lo que hacía! En

su última carta, escrita en la mañana de ese mismo día, ella le había dicho:

—«¡Tuya o de la muerte!»

A lo que él contestó:

—«Podrán casarte por la fuerza, pero no serás nunca sino mía!»

— ¡Arre, arre, mula vieja!—gritó el carrero, e hizo chasquear el látigo.

Siguióse nueva barahunda de saludos, y el carrito, al trote de las mulas, dejó la oficina y tomó hacia la Pampa abierta.

Olga seguía soñando despierta, entre el barullo de las conversaciones y el chirrear de las ruedas sobre los rieles. Creíase en plena película dramática.

Adivinaba hasta la primera palabra del salvador que, como ocurre siempre, aparece en el momento crítico. A su lado, el novio, mirándola embobado, no se atrevía siquiera a respirar. La Pampa, en torno, se extendía como una gran mansedumbre.

A lo lejos, en todas direcciones, pestañaban las luces de las oficinas como barcos en alta mar.

De las estrellas, brillantes en un azul profundo, descendía una dulzura de sonrisa materna.

* * *

De pronto, al torcer una curva tendida en medio del rajo, el carro es detenido violentamente. Las mulas se encabritan. El carrero salta del pescante y huye. Se oyen gritos desaforados, injurias horribles, entre el chillar de las mujeres de la comitiva.

Cinco hombres armados apuntan contra los viajeros, en actitud trágica. Todos, incluso el novio, huyen a la voz de «¡Bandidos! ¡Salteadores!» y se dispersan entre los costrales de la Pampa, escondiendo el bulto.

Nadie reconoce a los asaltantes, porque están enmascarados y llevan el sombrero a los ojos.

Suenan disparos de revólver que aumentan la confusión y el pánico. ¿Y la novia? Sin duda se ha desmayado, pues permanece inmóvil en su asiento y tan pálida que su tez compite con el traje de bodas.

Uno de los enmascarados trepa entonces al carro, abraza aquel cuerpo que parece exánime y escapa con su preciosa carga por la Pampa...

Olga se ha movido al fin y estrecha con sus brazos lánguidos el cuello de su raptor. Disparos aislados siguen resonando en el vasto silencio de la noche.

* * *

La noticia del «salteo» se sabe en la oficina por los mismos de la comitiva, que, apenas repuestos de su terror, y encabezados por el novio, resuelven desandar lo andado.

Imposible describir la sensación que el caso produce, por lo inaudito y por lo extraño.

Mientras se avisa al Administrador (que en cuanto al reciente suegro duerme su mona «musicalmente») el sereno se dirige al cuartel de los Carabineros. Lo siguen el novio y una gran porción de curiosos, con las caras ávidas y entontecidas. Chanfeo monta la guardia, medio dormido al parecer junto a una botella de cognac ya casi vacía...

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? — pregunta restregándose los ojos.

—¿Qué ha de pasar? Un salteo...

—¿Y el Primero Urrea?...

—¿Mi Primero Urrea?...

Y el roto bellaco no se siente capaz de disimular la picardía que le asoma al rostro abotagado.

—¿Mi Primero Urrea?—repite.— Ha ido a hacer una pequeña diligencia...

—¿Pero volverá pronto?

—Sí, prontito ha de volver...

—¿Te estás jugando, roto de?...

Y el sereno, a quien el prestigio de la autoridad se le sube a la bufanda, suelta una interjección brutal. Luego insiste:

—¿Vendrá pronto el Primero? Dí...

—Sí, lueguito va a venir...

Y Chanfeo, por no dar paso a la carcajada que le revienta en la bocaza, se da vuelta hacia la pared y hace como que se ha dormido.

———

El Cerco

EL CERCO

Mirando en torno suyo, la señora del Administrador de... llegó a la conclusión de que el mejor partido para Rosaura, su hermana soltera, no podía ser otro que el propio contador de la oficina, un muchacho correcto, laborioso y, según la expresión de su jefe, de gran porvenir dentro de las salitreras. Llamábase Diego, tenía apenas veinticinco años y su educación, completamente británica, permitíale, además del conocimiento del idioma inglés y de la teneduría de libros, el dominio de toda esa serie de deportes indispensables por hoy a las personas distinguidas. Entonces no tuvo reparo la simpática dama en empezar a desarrollar la táctica que, empleada años atrás para con ella, la elevó a la alta dignidad de administradora, con todas las prerrogativas y regalías del caso.

Como primera medida, trajo a casa a la presunta novia. Pero no lo hizo sin antes anunciarlo mucho, de tal modo que durante varios días fué el tema de todas las conversaciones, en esa oficina y en las del contorno, la llegada de

la señorita Rosaura. Además, ofreció ella en su honor una comida a la que concurrieron todas sus relaciones pampinas, para presentarla a aquel extraño mundo social. En tal ocasión la conoció Diego y a decir verdad no le llamó mayormente la atención, ni despertó su interés. ¿Era bonita Rosaura? Quizá. Pero no era rubia, y él sentía debilidad por las mujeres de pelo claro. Además, tenía una estatura menos que mediana, y a él le agradaban extraordinariamente las mujeres altas. Estuvo amable con ella, por deber de cortesía y también por tratarse de la cuñada de su jefe. Pero nada más. Y ni por la imaginación se le pasó que aquella noche misma se iniciaba el cerco alrededor de su persona y de su libertad de célibe. Bailó, ni más ni menos que el resto de los contertulios, y ya iba a retirarse en compañía de los demás empleados—pensando que tenía que madrugar—cuando la señora del jefe le indicó que se acercase.

—¿Por qué se va, Diego? ¿Está muy cansado?...

Era la primera vez que la señora se dignaba tratarlo tan familiarmente, y Diego se sintió confuso.

La señora nunca había descendido de su pedestal ante ninguno de los subalternos de su marido. Diego guardaba silencio.

—Baile el último one step con Rosaura — le dijo ella: Rosaura está encantada de su manera de bailar.

El joven obedeció, halagado en el fondo por semejante distinción.

Y mientras se movía y giraba armoniosamente con su pareja, tuvo tiempo y ánimo para rozarle el oído con algunas frases almibaradas. Creía así pagar las finezas de la señora de su jefe. Rosaura sonreía, bajando los ojos con discreto rubor. Diego, animándose más, llegó a decirle que las bellezas como la suya, en la aridez de la pampa, eran flores de perfume tan exquisito que penetraban al alma...

***

A los quince días ya el joven se había dado exacta cuenta del movimiento envolvente que se operaba a su alrededor. Ya no cabía duda. Su jefe tenía para con él deferencias que nunca había gastado. Más de una vez prolongó la sobremesa y le habló, entre sorbo y sorbo, del porvenir que la Pampa ofrece a los jóvenes trabajadores y meritorios. Después se le invitaba al salón, donde Rosaura hacía música. Un día se habló de cabalgar, y Rosaura declaró ser una entusiasta amazona, a quien sólo faltaba un caballero que la hiciese compañía. Diego se ofreció galantemente, y desde la mañana del siguiente día tuvo que empezar a llenar su papel de la mejor manera. Rosaura no sabía tennis, y Diego hubo de iniciarla en tan bello como brillante deporte. Diego recordó una noche sus autores favoritos, y Rosaura le pidió libros porque, precisamente, eran esas las firmas literarias que ella prefería.

Celébrase aquel día el cumpleaños de matrimonio del Administrador. Se había organizado un paseo campestre, (por decirlo así) un almuerzo en plena Pampa, entre el exiguo verdor de un «Donkey» o pozo proveedor de agua para ciertos servicios de la oficina. Los invitados pasaban de cuarenta. Uno de éstos, un colega, Miguel Torres, contador de la oficina «Odalisca», fué precisamente el primero a quien oyó Diego una indirecta acerca de lo que se estaba temiendo: se le estimaba el pololo oficial, acaso el novio de Rosaura, y era un hecho que acabarían por casarse...

Sintió una gran molestia, que apenas pudo disimular. Lo peor era que se le hacía imposible demostrar en la práctica su escasa simpatía especial por aquella señorita. Habría pagado porque le dejasen en libertad de no ocuparse de ella, de no atenderla, de no hablarla siquiera.

¡Como! Era la cuñada del jefe, era la hermana de la señora del jefe.. y toda aquella buena gente, que lo vió en la

mesa, al lado de Rosaura, y haciéndole pareja en todo momento, a pie ó a caballo, acabó por convencerse de que, efectivamente, el Espíritu Santo los contaba entre sus elegidos. Una sorda cólera dominaba al mozo. A Rosaura no se le escapó ciertamente que algo insólito hacía presa en el ánimo de su compañero y trató de inquirirlo en la primera oportunidad.

—Voy a tener que ser franco, señorita,—dijo él.— Hay algo grave en lo que no me cabe a mí la menor culpa. Pero antes necesito saber una cosa...

—Diga...

—Necesito saber si Ud. ha encontrado en mi conducta algo inconveniente, si estima Ud. que haya sido yo indiscreto o atrevido para con Ud...

—¡Oh! Si así fuese, no andaríamos ahora juntos... y casi solos.

—Pues bien: se ha producido una situación que es preciso que se aclare.

—Ud. dirá.

—Me han hecho bromas con Ud. ¿entiende?

—¿Qué le han hecho bromas?... Es una insolencia.

—Lo mismo creo yo. Sé lo que soy, lo poco que valgo, y nunca sería tan osado; me hace sufrir la sola idea de que mi jefe llegue a creer lo que se dice y me suponga capaz de... ¡nó, señorita! Le juro a Ud. que si permanezco tan asiduamente a su lado, es sólo porque estimo que ese es mi deber... y porque ni Ud. ni la señora me han dado a entender que mi compañía es fastidiosa.

—Y es un deber muy penoso, ¿verdad?

—De ninguna manera. Pero ya vé Ud. a los comentarios que se presta... Yo no debo consentirlo, señorita, ¿no le parece?

—No le dé importancia.

—Tengo que dársela. Yo, ¿qué pierdo? Al contrario. Si fuera vanidoso, me halagaría todo ese chismorreo. Pero Ud. no ha venido a la Pampa para que su nombre corra

en lenguas junto al de un pobre empleado como yo, ¿no es cierto?

Diego hablaba con tal sencillez que élla se sintió desconcertada. Precisamente tocaba él el punto delicado de la cuestión y el porvenir dependía de como ella se manejase.

—¿Y qué haría Ud.—replico al fin—si yo le dijese que todo eso me encanta?

—Sería una fineza de Ud. Pero mi deber es, de todas maneras, evitarlo.—

—¿No cree usted que si a mi hermana le molestase esta situación, ya no habría tratado de destruírla?

—Ella comprende que alguien tiene que desempeñar la dulce, aunque delicada tarea de distraerla a Ud. a fin de que la vida de la Pampa no acabe por enfermarla.

—Veo que está usted cansado de cumplir lo que llama su deber. Pierda cuidado, ya no voy a molestarlo más.

Frunció los labios y se puso seria. Él no pudo, o no quiso pronunciar una palabra más. Mientras se encaminaban a reunirse de nuevo al grupo general, mirábala a hurtadillas y la encontraba apetecible, ahora sí, con el ceño arrugado y la nariz henchida. En el resto del día ya no volvieron a juntarse, ni siquiera en el viaje de regreso a la oficina. Y en la noche, ella bailó con todos, menos con él.

***

—Es curioso,—pensaba Diego;—ahora que apenas la diviso, me dan unas ganas locas de conversar con ella...

Y así era, efectivamente. Su actitud había provocado una gran reacción en contra suya, en las altas esferas de la Administración. Ya no se le distinguía, ya no se le invitaba. El jefe no le dirigía la palabra más que por asuntos extrictos del servicio. Y en más de una ocasión le había hecho ciertas observaciones en tono seco, casi áspero. El joven tenía resuelto marcharse. Dolíale la injusticia que había en

el fondo de todo aquello, y se habría despedido ya, definitivamente, a no pensar que se hacía indispensable una entrevista que pusiese «las cosas en su lugar».

—¡Caramba con las señoritas, — pensaba, — que suben a la Pampa a pescar novio a todo trance y que se enojan porque el pez no muerde el cebo!

Estaba herido, molesto: sentíase horriblemente mortificado. Y respiró con secreta satisfacción el día que vió embarcarse a la «pescadora» en dirección al Puerto, con la red vacía y el anzuelo inútil... Al menos era esa su ilusión, y hubo de comprenderlo un poco tarde. Porque desde el momento en que vió desaparecer el tren que se llevaba a la linda forastera, sintió como que toda su juventud se iba con ella y que la Pampa se volvía más árida, más monotona y más triste. A nadie contó sus penas. Trató de consolarse leyendo sus libros predilectos y recordando ciertas lejanas y gratas charlas sobre autores en el vasto vestíbulo de la Administración, y ciertas manitos juveniles que corrían sobre el teclado...

¡Cómo echaba ahora de menos esa vida plácida, ese ambiente simpático que lo envolvió mientras se le tuvo por posible marido de la señorita Rosaura! Y luego, había que ver: la chiquilla no era fea, de ninguna manera, y tenía tanta gracia, era tan fina, tan inteligente... La mirada especialmente, que caía sobre él como caricia de luz, sentíala el pobre muchacho como una obsesión persiguiéndolo a todas horas, en el trabajo y en el reposo, en la mesa y en el lecho.. Hasta que al fin, harto de esa soledad monótona, torturado una noche por las luces de la casa-Administración, a donde ya no se le invitaba, en un estado de verdadera neurastenia, comprendió que estaba enamorado de Rosaura. Y entonces empezó para él una nueva faz de sus sufrimientos: insomnios, inapetencia, arrebatos de irascibilidad inmotivados, incursiones clandestinas por el campamento, noches de grosera bacanal en los salones del pueblo, buscando un olvido y un consuelo imposibles.

Una mañana se decidió por fin a dar un paso decisivo. Iría a la casa-Administración, preguntaría por la señora, se lo confesaría todo, de rodillas si era preciso, y solicitaría la mano de su hermana, único sér en el mundo de quien podía esperar la felicidad. Después pensó que sería mejor dirigirle una carta. Pero, ¿cómo? ¿No habría en ello una gran falta de respeto? ¿Y los comentarios que seguramente se harían?...

*
* *

Con nervioso impulso hizo sonar el timbre eléctrico y penetró al vestíbulo.

—¿Está la señora? —preguntó al mayordomo, un japonés eternamente risueño.

—Espérese, señor.

Diego se sentó, y para entretenerse mientras le traían la respuesta, reconstruyó en su mente la exposición que iba a hacer y que ya se tenía aprendida de memoria. Se imaginó la escena que había de producirse. Veía a la señora de su jefe, muy seria y empecatada, y se veía a sí mismo, humilde y recogido, haciendo la confesión de su amor y de sus esperanzas. Como tardara en venir, se puso a hojear los periódicos que, sin abrir aún, estaban sobre la mesa, en mitad del vestíbulo. Y he aquí que la primera línea fué para él como una puñalada en pleno corazón.

¿Cómo soñarse semejante cosa? ¡Rosaura se casaba! Así lo decía por lo menos el diario en su sección de Vida Social:

«Próximo enlace.—Ha contraído compromiso matrimonial la distinguida señorita Rosaura... con el meritorio caballero don Miguel Torres, Contador de la oficina «Odalisca».

—¿Por mí preguntaba usted, señor?

Muy digna, de pie, ante él, la señora de su jefe, se manifestaba extrañada de la presencia del joven, a aquella hora, en la casa-Administración. Diego se incorporó vivamente,

Completamente encendido, perturbado y trémulo; sólo acertó a decir:

Ha sido una equivocación, señora. Buscaba al señor Administrador...

—Pero ¿qué le pasa a usted? —inquirió la señora, sin poder dejar de observár la turbación del joven.

—Estoy algo enfermo, señora... Precisamente, por eso necesitaba a mi jefe. No voy a poder seguir en la Oficina.

Se despidió con una inclinación de cabeza, y escapó, tropezando con los muebles...

Perucho

PERUCHO

Impuesto por el jefe de Maestranza, de que Perucho había faltado aquella mañana a su trabajo, el sereno mayor fué personalmente a averiguar el motivo y a hacer levantarse, en caso necesario, al que ya consideraba un remolón.

Perucho, mecánico-tornero, ocupaba, en compañía de su madre, una habitación en el campamento. Desde muchacho trabajaba en la oficina. Su padre, obrero de la misma, excelente fundidor, pero un gran borrachín, había muerto alcohólico, degenerado, víctima de los diablos azules, hacía a la fecha unos diez años, y fué en aquella época cuando empezó para el niño la batalla de la vida. Malo, no lo era; raro, caprichoso, sí, con alternativas de mal humor y de alegría inmotivada y loca, irascible, violento cuando se le contrariaba, y sin embargo, de un fondo tan bondadoso que, por causas a menudo baladíes, se enternecía hasta las lágrimas. Aun en la lactancia, sufrió un ataque que le tuvo rígido, como muerto, durante una hora, y que el médico de la oficina calificó de alferecía. En su primera infan-

cia, no ofreció su desarrollo nada que le hiciese distinguir de los demás niños; despreocupado, juguetón, holgazán; sólo la orfandad pareció provocar una reacción en su carácter. Entrar a trabajar y darse importancia, fué todo uno para él. A los quince años sufrió su primer acceso de epilepsia.—«Aire», dijeron sus compañeros de trabajo.—«Gota coral», corrijieron las comadres del campamento.

Seis meses después, en circunstancia que ayudaba al maestro a tornear un biela, cayó de bruces sobre el taladro y se rompió la frente. La epilepsia reincidía. Y fué cosa de todo el mundo sabida que a Perucho le daba el «mal». Aquella conclusión, tan deficiente, satisfizo a todos, y a la curiosidad siguió la resignación, punto final de la miseria.

La pobre vieja padeció inmensamente, sobre todo al principio, cuando, no habituada aún a tal espectáculo, veía el cuerpo exánime de su niño traído por un grupo de obreros. Ella, cuya vida conyugal había sido un tormento al lado de un alcohólico que la injurió y la golpeó más de una vez y que la hizo arrastrarse siempre por los fondos de la más baja miseria, tenía ahora que soportar y cuidar al hijo, atacado de un mal misterioso, de curación imposible. Tenía la cara rugosa y aburrida, más bien angustiosa, de todas las mujeres de nuestro pueblo. Flaca, desdentada, deshecho el cuerpo por las penurias de treinta años, hablaba bajito, como si siempre pareciera estar oyendo la interjección soez con que su marido la hiciera callar. Su inteligencia se hallaba reducida al mínimum posible. No discurría más acerca de los mezquinos asuntos de la casa. Su labor consistía en lavar y cocinar para ella y para su hijo. Todo lo soportaba con mansedumbre, como si un obscuro instinto hereditario, le dijese que la mujer del pueblo nace irremisiblemente destinada a que la apalée el padre, la patée el marido y la regañe el hijo.

* * *

El sereno mayor, un hombre fornido y magestuoso, golpeó la puerta con la contera de la huasca; volvió a golpear, y como no obtuviera más respuesta que el silencio, empujó: cedieron las bisagras y el sereno introdujo la cabeza. El cuarto estaba en penumbras y el sol de la mañana, calentando las calaminas, hacía sofocante aquella atmósfera encerrada. Encandilado por la reberberación solar de afuera, el visitante nada pudo distinguir en un principio; pero luego hubo de quedarse paralizado de terror: sus dedos se apretaron contra el marco de la puerta; sintió que se le helaba la sangre y que un escalofrío violento inundaba todo el cuerpo como una marea; le latieron las sienes.

El cuadro era en verdad, espeluznante.

Madre e hijo parecían muertos: ambos inmoviles, de espaldas con un gesto horrible en la cara; ellá en su lecho, con un cuchillo enterrado en el abdómen, en medio de coagulos de sangre; él babeando, en una actitud de contorcionista, ensangrentado también, con las manos agarrotadas al cuello, los ojos vueltos y vidriosos. Repuesto apenas de su espanto, el sereno corrió a dar la noticia al Administrador.

—¡Han muerto a Perucho y a su madre!

—¿Qué dices?

—Los acabo de ver... fuí a despertar al niño porque no había salido a trabajar y los he visto... A puñaladas los han muerto. ¡Bandidos!

Se telefoneó al dóctor que aquel día andaba de gira por otras oficinas, y se dió cuenta a los carabineros. Y sin tocar nada ni mover una cosa de su sitio, se remachó la puerta a fin de evitar la invasión de vecinos, cuya curiosidad no podría saciarse sólo con saber a medias, por las reticentes palabras del sereno, lo que había ocurrido.



—¿Qué opina Ud., Doctor?

Hablaban en el hall de la casa-Administración, el Médidico, el Administrador y el Teniente de Carabineros. Ya se había examinado a las víctimas; la anciana estaba realmente muerta, la cuchillada había sido como para matar a un buey. Perucho no, no tenía herida alguna; solo presentaba magulladuras en el cráneo; observado con atención por el Doctor, se pudo comprobar que el muchacho había caído fulminado por la epilepsia, y efectivamente ya a aquella hora la intensidad del ataque había disminuido considerablemente.

—Puede ser—dijo el Doctor—y es lo más probable que Perucho haya despertado al ruído de la lucha que sostenía su madre con el criminal, el que no tuvo así tiempo más que para huir y cerrar la puerta tras de sí. El muchacho ha corrido a auxiliar a la anciana y al verla moribunda, con el cuchillo en el vientre, ha caído como bajo una descarga eléctrica.

—¿Y las manchas de sangre que tiene él en la ropa?— inquirió sonriendo el Teniente.

—Querrá decir que él ha alcanzado a acercarse a ella lo suficiente para que la sangre lo haya embadurnado...

—Sin embargo—objetó el Teniente—no hay huellas desconocidas ni en el cuarto, ni en la puerta, ni en la calle. Lo he comprobado personalmente. Además el cuchillo con que se cometió el crimen era de la casa, el mismo de que se servía la pobre vieja para sus menesteres en la cocina.

—¿Entonces?... — preguntó inquieto el Administrador.

—Yo creo que el hechor es el propio muchacho, el epiléptico ese...

—¿Y por qué—replicó el anterior.—Todo crimen tiene causa.

—Para eso— agregó el médico, algo contrariado,—sería menester que se hubiese vuelto loco.

—¿Y quién nos dice que no lo ha estado?... ¿qué no lo está todavía?

—Yo estimo eso una hipótesis muy aventurada: Sería necesario un indicio más concluyente, algo menos vago...

—Quien sabe si hay alguno... Mientras Ud. doctor, observaba a la muerta y al accidentado, y el señor Administrador se ocupaba en impedir la irrupción de curiosos, yo me obstinaba en descubrir ese indicio. Ud. recordará que el cuarto estaba empapelado con periódicos viejos.

—¿Y qué tiene que ver?...

—Ud. recordará también que yo ayudé a cargar con el enfermo cuando se le llevó hasta la cama: yo le sostenía de la cabeza. Pues bien, al inclinarme para acondicionarlo bien sobre la almohada, mis ojos, bajo la obsesión del hecho de sangre a cuyo epílogo asistíamos, leyeron en la pared, en grandes letras negras la siguiente frase: «Crimen Horrendo». y más abajo, con los vivos colores que los repórteres gastan en la relación de la crónica roja, los detalles de un asesinato alevoso, *cometido con un arma cortante de la que el hechor se valió para abrir el vientre de su victima.* Ahora. Doctor, es Ud. quien tiene la palabra. Yo soy lego en la materia; me limito a insinuar los efectos que en aquel cerebro de epiléptico ha podido ir ejerciendo la lectura cotidiana, y durante meses y meses y quizás si años, de aquel mismo crimen. Al dormirse, al despertar, al tenderse sencillamente en su lecho para descansar. él veía siempre vigorosamente descrita, la misma escena trágica; el asesino arremetiendo, cuchillo en mano, contra una mujer indefensa, que cae al suelo bañada en sangre, con el abdomen abierto. Aquel párrafo era su desayuno mental y su oración de la noche.

—Sí,—dijo el Doctor, con un último jesto de duda— sería un caso de obsesión muy explicable. Pero ¿la causa precisa? ¿la causa inmediata?

—Talvez algún disgusto inesperado, algún altercado do-

méstico, ¡qué sé yo!... Quizás si llegó borracho y la madre lo estaría riñendo.

—Efectivamente,—confirmó el Administrador,—el sereno me dice que, después de cerrada la fonda, Perucho se fué de visita a casa de un amigo y continuó bebiendo.

***

En aquel momento, el ruido de un gran tumulto que venía del campamento los hizo incorporarse, extrañados, casi inquietos. Un hombre, Perucho, apareció en la plazoleta, desgreñado, lleno de sangre, a medio vestir, los ojos en extravío, como batiéndose a cuchillo con invisibles enemigos. Una poblada le seguía.

—¡Atájenlo! ¡Atájenlo! Va loco...

Pero nadie se atrevía a cortarle el paso. Atemorizaba aquel hombre con su solo gesto. El cuchillo en su mano goteaba... El fugitivo torció hacia las máquinas, seguido siempre de los curiosos, a cuya cabeza iba el sereno. Incorporado al grupo, el Administrador le inquirió:

—¿Y qué es lo que ha pasado?

—Volvió, señor, el niño, de su mal... Ya estábamos velando a la finada, y en cuanto Perucho supo lo que había pasado, pegó un grito espantoso, se volvió loco de veras, agarró un cuchillo y comenzó a tajearse el pecho, los brazos, el pesquezo... Fué inútil tratar de sujetarlo. Después se arrancó.

El Teniente había entre tanto llamado a dos de sus soldados, y con ellos se lanzaba en persecución del fugitivo. Pero éste les llevaba una ventaja inmensa. Se le vió trepar como un marinero las escaleras de la maquinaria, deslizarse por entre las barandas de los cachuchos. en medio del espanto de los obreros que le cedían el paso, llegar al borde de la plataforma y lanzarse al espacio, desde una altura de veinte o veinticinco metros para caer aplastado sobre los rieles de la línea destinada a la extracción de ripios.

Un grito de horror, un alarido indescriptible se levantó de todos los pechos. Los carabineros hubieron de volverse contra los curiosos que querían ser los primeros en llegar junto al cuerpo deshecho del infeliz Perucho. Administrador, médico y teniente volvieron a encontrarse juntos en torno de él.

—¡Desgraciado!

—Sí, desgraciado!—agregó el Doctor con pesadumbre. El culpable no es él. El culpable está allá...

Y su dedo mostraba en la lejanía el cementerio de la oficina, montón de cruces retostadas por el sol de la Pampa, bajo una de las cuales yacía, desde años atrás, un hombre muerto a consecuencia del deliriun tremens.

—Tampoco ese pobre tuvo la culpa—dijo en tono sentencioso el Teniente.—La culpa es de todos, de todos nosotros... que tanto podemos hacer, y nada hacemos por el pueblo.

El Administrador y el médico guardaron silencio. Pero miraron con cierto recelo al grupo de curiosos mantenidos a distancia por el sereno y los soldados.

Hembra fatal

HEMBRA FATAL

Llegó a las salitreras entre el rebaño humano de un enganche. Tenía por aquella época diez años. Toda la familia había decidido emigrar, a raíz de una sequía que dejó la mortandad en las majadas y fué la ruina y el hambre para muchos campesinos. Iban el abuelo, la abuela, el padre, los hermanos; mamá había muerto a consecuencia de un mal parto, y ella, la pequeñuela, había tenido que ser para la pobre criaturilla, todo: madre, nodriza y niñera. Fué así como la Udosia hizo su entrada en la vida y su aprendizaje en el dolor y la miseria.

De aquel viaje en la bodega de un gran vapor guardó ella por mucho tiempo una impresión viva y tenaz. Recordaba el inconfundible olor del barco, el vaho de establo que venía del compartimento vecino, (bodega para animales); el ir y venir de los mozos con baldes y platos llenos de una bazofia, hedía a estropajo; la eterna penumbra de aquel sitio donde comían y dormían más de doscientos seres en un abigarrado hacinamiento, en medio de una atmós-

fera que apestaba a humo, a cocina y a mil cosas peores....

Todo se le representaba con un vigor neto y preciso como si aquellas lejanas imágenes le hubiesen sido grabadas a buril. Pero lo que no había podido olvidar jamás—quizás si por que se trataba de una imagen que se repitió insesantemente a lo largo de su vida mísera y anónima— fué el proceder brutal de las gentes de a bordo para con todos aquellos tristes parias, dolorosos emigrados del trabajo, aventureros de ínfima ralea... Los gritos, las injurias, los empellones, los golpes, los sentía aún como si ayer no más fuese cuando, a cada balance del vapor, se sobreponía a las anguntias del mareo para arrullar y dar su biberón a la guagua tendida entre harapos a su lado y deshecha en un llanto inconsolable!

*
* *

Erró con los suyos de oficina en oficina. El enganchador había engañado, como suele ocurrir, a sus víctimas. Les había pintado la vida de trabajo, llena al mismo tiempo de holgura y de independencia: grandes jornales y excelente trato, garantías éstas desconocidas en el sur. Udosia era muy pequeña para darse cuenta exacta de ciertos hechos. Pero no se acostumbraba a esta nueva vida, a su reducida habitación de calamina y sacos, en un campamento semejante a un basural, al hosco paisaje nortino con sus polvaredas acres, sobre la llanura desolada, sus ásperas sierras rojizas y su cielo sin nubes. Echaba de menos el verdor de sus campos familiares, la fragancia benigna de las quebradas, el rumorear del agua corriente. Creyó en un principio que ese eterno moverse de la familia, ese vagar, de una oficina a otra, obedecía a un sentimiento semejante, a la esperanza de dar con un paraje que les recordase "su tierra". Pero luego hubo de convencerse de que todos los establecimientos eran parecidos, y que aquella Pampa fea, monótona y aburridora, no tenía fin...

Los abuelos no pudieron resistir la nostalgia; y murieron uno tras otro «de pensión», como acaban ciertas bestias domésticas a las que se arranca de su querencia. El padre halló consuelo en la copa. Dióse a beber, él, que allá en la estancia de su patrón, no se embriagaba más de dos veces al año: para el primer rodeo y para la primera trilla de la temporada... Además de ama seca, tuvo la pobre Udosia que ser cocinera y entrar a lidiar con las travesuras de sus hermanos pequeños y con las majaderías o el mal humor de su padre y del hijo primogénito, Críspulo, que se había ocupado de mulero. A veces llegaba el hombre acompañado de dos o tres amigotes, igualmente achispados, y Udosia tenía que servirles de comer y de beber. En cinco años conoció, arrastrando siempre la misma vida aporreada y sombría, diez o quince oficinas.

Un día notó que su padre comenzaba a retrasarse en las llegadas. Explicaba sus tardanzas con la lejanía de la Pampa donde lo había instalado el corrector. Pero Críspulo se encargó de desengañarla, asegurándole que su padre estaba *templado* en el campamento y que probablemente se casaría. Así al menos se corría entre los trabajadores. Udosia no chistó. Su padre era hombre y podía hacer lo que se le antojase. El tampoco creyó del caso dar explicaciones de ningún género, cuando adoptó una resolución definitiva; y fué así como Udosia se encontró de repente con que tenía una madrastra instalada en su casa. Nada dijo, e inclinó la cabeza; pero aquella noche rezó con más fervor que nunca (era devota de la Virgen de Andacollo) y no se durmió sin haber llorado mucho, mucho, ahogando sus sollozos bajo los cobertores.

***

Críspulo tenía un amigo. Se llamaba Lorenzo y lo llamaban el Loló. Era carretero, un roto fornido y cruel como todos los de su oficio, blasfemador, insigne y cerrado de mollera como la más terca de las mulas de su piara.

Udosia lo conoció en los momentos en que ya se le hacían insoportables las tragedias domésticas que producían a diario entre su madrastra y ella.

La mujer, que era una peruana viva de genio y de palabra, había llegado hasta ponerle la mano encima, sin que el viejo, dominado por las zalamerías de su cónyu ge, se sintiese capaz de protestar ni de oponerse.

El Lolo, a quien su amigo Críspulo impuso de estas incidencias, tuvo una frase enérgica que le ganó las simpatías de la infeliz muchacha. Llegaba ésta por lo demás, a la edad en que despiertan los afectos y en que los seres, por humildes que sean, tienen vagos sueños que les llenan de ansiedad. Udosia y el Lolo se entendieron.

Y un buen día, ayudados por el propio Críspulo que era testigo y partícipe de los sufrimientos de su hermana, huyeron de la oficina jurándose amor sin límites hasta la eternidad.

Entre terneza y terneza, el Lolo lanzaba interjecciones feroces contra las madrastras en general y contra la de Udosia en particular. Ella, temblando de pasión y de miedo, se acurrucaba sobre el velludo pecho del carretero.

*
* *

¡Sufrir, siempre sufrir: con el padre, con el hermano, con el marido, con el compañero, y luego con el hijo, ese es tu dote, ese el número fatal que te deparó el azar, misérrima mujer de nuestro pueblo!

La dicha de Udosia fué leve y fugaz como una sonrisa. Rayo de sol de invierno, alcanzó apenas a calentar su corazón con una caricia... Jamás conoció la pobre una vida más triste, más penosa, más áspera y arrastrada que la que siguió a su luna de miel, llena de los sobresaltos de la fuga. El Lolo era un roto harto malo. La dejó confinada en el más sucio cuarto de un conventillo del Puerto y se dió a ausentarse días enteros. Llegaba después, borracho buscando con los

ojos extraviados un objeto cualquiera que hacer llevar a la Agencia. Udosia esperaba verlo bueno y sano para comunicarle el gran secreto... ¡Cómo imaginarse en qué circunstancia iba a tener que cumplir con ese dulcísimo deber de las mujeres para con el padre de su primer hijo!

Por uno de los compinches del Lolo supo Udosia un día la terrible nueva: el carretero se había trabado en pendencia y, más fuerte que su contrincante, había sacado sin embargo la peor parte... Herido a cuchillo en un costado, el Lolo estaba en el Hospital, entre la vida y la muerte. Allá corrió la mísera. Aquel bruto no se quejaba: blasfemaba y maldecía; su gran preocupación era sanar, y sanar pronto, para vengarse a gusto. Apenas entró en convalescencia, Udosia le repitió al oído lo que venía deseando confesarle desde tanto tiempo. El cárretero se limitó a mirarle la cintura y sonreir...



Aun no había cumplido Udosia sus veinte años y ya representaba más de treinta. Linda no había sido nunca; pero sí, graciosa y atrayente, con su mirada clara y serena de hembra valerosa, y con su sonrisa fácil que dejaba lucir la dentadura sana y pareja, y con su tez morena, de saludable frescura. Pero ahora, escuálidas y marchitas las mejillas, casi desiertas las encías, los ojos afeados por el llorar y el trasnochar continuo, no era más que una sombra, una evocación lamentable. Había sido madre cuatro veces, pero sólo conservaba dos de sus pequeñuelos: uno se lo habían llevado entre el "empacho" y las yerbateras, y el otro había nacido prematuramente de resultas de una pateadura feroz que le propinó el terrible carretero. El Lolo había pasado su temporadita de cárcel, expiando un par de piquetes hechos en la piel de su antiguo adversario, en cumplimiento de la palabra empeñada. Udosia trabajó a matarse; lavó. planchó, sirvió temporalmente de nodriza, para

Una luz

UNA LUZ

Viajaba yo una noche a caballo por medio de la Pampa. Habíame quedado a comer en una oficina y me dirigía a otra, en donde estaba comprometido a hospedarme. No había luna; pero, presentábase la admósfera tan serena que me bastaba, para nó desviarme de la huella, la tenue claridad de los astros, inmóviles en la inmensidad. A mi lado el propio, en su mula cuyana, sonándole al trote las espuelas de hierro, se limitaba a contestar con monosílabos mis preguntas de viajero observador. En torno nuestro, desparramábase al azar, sobre la Pampa, montones de luces eléctricas, centellantes en la limpidez del horizonte, revelaban la existencia de oficinas en donde se trabajaba también y se sufría....

De repente, mi cabalgadura, espantadiza como todas las de las salitreras, resopló orejeando y esquivó el cuerpo. Era que en un recodo del camino, dentro de una como Hornacina hecha de costras de salitre, resplandecía una luz. Clavé espuelas, y el caballo hubo de decidirse a pasar. Al-

cancé a divisar entre las rendijas de aquella grosera urná, hasta unas diez velas encendidas que chorreaban esperma. El espectáculo no era nuevo para mí. La Pampa salitrera, si se la juzga por los signos de piedad y de muerte diseminados en su haz, podría ser considerada como un vasto y exraño cementerio. Las cruces de maderas o de zuncho, los puequeños hitos de pedruzco, las bugías encendidas día y noche, recuerdan al viajero un crimen o un accidente que no se quiere dejar olvidado: ya es el tren que ha atropellado a un trabajador o un mercachifle, ya una pendencia que degeneró en asesinato, ya un dinamitazo que hizo trizas a un cuerpo...

Pero eso no llama a nadie la atención en la Pampa. ¡Cuando sólo en contados casos tienen los cementerios sus muros de calamina y cuando casi siempre—trágica irrisión en las comarcas del oro blanco—la necrópolis es sitio de libre acceso para los perros hambrientos y vagabundos!...

*
* *

—¿Sabes tú la historia de estas luces?—dije al propio, sin curiosidad alguna, más bien por hacer hablar a aquel muchacho taciturno y casi hosco.

—Un finao,— me contestó.

—Ya me lo suponía... Pero ¿se trata de algún accidente, de un crimen, de una desgracia?...

—Lo mataron.

—¿Cuándo? ¿En qué forma? ¿Por qué? ¿Cómo se llamaba el muerto? ¿Quienes lo asesinaron?

El propio se decidió por fin a hablar. Y me contó una historia que, menos vulgar que la mayoría de los obscuros dramas pampinos, cuyo índice está en esos signos fúnebres que halla el viajero a cada paso, merece el recuerdo unas cuantas líneas.

***

Hacía un año que se había casado Salustio, el derripiador; era un hombre feliz. Envidiábanle su suerte los compañeros, porque la Lucha, su mujercita, le había salido buena y trabajadora, como pocas. Nunca había sido Salustio un gran bebedor; pero, desde la fecha de su casamiento, sólo una vez "para el 18" se le pudo ver algo apuntado. Era un mozo fuerte y sano, en toda la plenitud del vigor y la resistencia para el trabajo: veintiocho años bien llevados, pecho y brazos de atleta, salud de hierro y un dón de alegría que, hasta por causas fútiles le hacía reventar a carcajadas. Tenía el mosetón una gran confianza en sí mismo y en sus fuerzas. No le amedrentaban las fondadas; y de toda la cuadrilla de derripiadores de la oficina, siempre era él el primero que terminaba la tarea. Entonces se iba al estanque del baño y, bien fresco y limpio, regresaba a su casa. La Lucha era una muchacha delicada de figura, pero no enfermiza. Ella y Salustio eran paisanos, de los mismos campos de Colchagua, y ambos gozaban, igualmente, canturreando al son de la guitarra las tonadas más dulces de la tierra, mientras en el caldero gorgoriteaba la olla...

Pero llegó la pára en la oficina y la pareja feliz tuvo que emigrar. No le fué difícil encontrar trabajo en otra oficina a aquel hombre excepcionalmente vigoroso y sobrio. Lo malo estuvo en que ya, por aquella época, estaba muy avanzada *en su enfermedad* la Lucha, y en que ambos hubieron de saborear por primera vez, después de casados, las penurias de una escasez muy parecida a la miseria. Habían tenido que deshacerse de sus *monos* a cualquier precio, antes de perderlos del todo, y pagaron a un muchacho que acompañase a la enferma y le ayudase en los menesteres domésticos. Para todo esto, Salustio con su confianza ingénita, se había visto obligado a encalillarse, y sentía un gran dolor al pensar que el esperado hijo iba a venir al mundo

sin contar siquiera con el ajuar digno de su importante persona. Se puso triste y caviloso. La Lucha procuraba animarlo; pero el roto, coloso del trabajo como era, tenía un corazón de niño, y volvía la cara avergonzado y prefería salir por no oír las palabras de su mujercita, que eran de consuelo, pero que lo hacían sufrir lo indecible. Para remate empezó un buen día a sentir dolores vagos y cierto embaramiento al brazo derecho. "Corrimiento", le dijeron sus camaradas y le hicieron aplicarse un parche confortativo de aire. Pero el malestar siguió, más agudo ahora hasta que, constreñido a consultar al médico de la oficina, supo que se trataba de la más terrible de las enfermedades que puedan atacar a un trabajador de su clase: el reumatismo. ¡Con qué angustia oyó el diagnóstico el infeliz muchacho, y qué espanto se pintó en su cara cuando se le dijo que, como primera medida deberería abandonar el trabajo de la derripiadura!

***

—Por poca cosa te afligís, Salustio,—le dijo una tarde ño Venancio, el viejo particular, viéndole mustio y cariacontecido, sentados ambos en la solera del corredor, frente a la pulpería.

Ño Venancio, a quien por lo flaco o por lo sucio, llamaban el *poco sebo*, era un pampino viejo, curtido por el sol, los vientos y las camanchacas del desierto, ducho en tretas para sacarlas siempre bien e incapaz de echarse a morir por nada. Él había visto mucho y sabía que de todas maneras se puede vivir y que en todo caso más vale estar vivo que muerto...

—¿No me hey de afligir, ño Venancio? ¿Es poca cosa pa un hombre como yo, estar con la mujer esperando guagua y no tener ni trabajo ni alcance en la libreta, y entuavía enfermo?

—Echarse a morir por eso .. mira Salustio, la plata hay que irla a buscar onde está, ¿no te parece?

—Ya lo creo.
—Güeno; vos sabís que de aquí a dos leguas están levantando una oficina nueva...
—Sí, la Pirámide...
—Güeno. Hey ta corriendo plata como recaballo...
—Pero si yo tengo los remos malos, ño Venancio.
—No me entendís, Salustio. Si lo que yo te igo es que hey los niños están tirando la naipá que es lindo... L'otra noche con cinco pesos me levanté dociento..
—Nunca hey jugao.
Hay que tentar la suerte... Yo te habilito. No porque pongay un peso a una carta te van a poner nombre. Y si la acertay, te armay al tiro.
—¿Ud. me habilita, ño Venancio?
—Con tu amigo. ¡No faltaba más!...
—Vos soy hombre, y con los hombres es con los que a mí me gusta meterme...

***

Nada hay más típico en la Pampa que la construcción de una nueva Oficina. Allí se junta de todo. No hay tiempo de seleccionar el elemento. Y por otra parte, no organizada aún la faena, no se ha impuesto la disciplina e impera en el trabajo y en la vida, un desorden característico, a base de insolencia y de vicio. Es realmente peligroso. Se vive de cualquier manera, a cielo raso, y se muere lo mismo...

Allí es donde se palpan prácticamente las ventajas de ciertos servicios públicos, como los de policía y alumbrado.

Serían las ocho de la noche cuando ño Venancio y Salustio llegaron al improvisado campamento de la Pirámide. Era pintoresco el espectáculo de aquellos grupos, apenas iluminados por chonchones y viejas lámparas de parafina, desplumándose al monte y a la pinta.

Como las máquinas no se hallaban aún instaladas, ni

corría la oficina, ni siquiera la planta eléctrica estaba en condiciones de suministrar energía, la noche, para toda aquella gente debía por necesidad distraerse en la bebida y en el juego.

Ño Venancio, viejo conocido en ese mundo de viciosos, se incorporó luego a un grupo, y otro tanto hizo su acompañante, sin que nadie parase la atención en ello.

Como suele ocurrir a los jugadores novatos, Salustio recibió las caricias del azar. Ganó apostando primero y luego como tallador. No eran las once aún cuando ya tenía en el bolsillo más de cuatrocientos pesos. Entonces recordó que no había ido a jugar por vicio, sino por tentar la suerte, por salvar una necesidad sagrada en su hogar; evocó la imagen de su mujercita enferma, a quien no había tenido valor de imponer su desesperada resolución, y fueron inútiles las pullas y los ruegos con que se le quiso detener. Algunos llegaron a injuriarle y a echarle en cara su tacañería. Era una canallada, una perrería, mandarse mudar con la plata de todos, sin conceder revancha...

Salustio cerró los oídos, y dejando desparramadas algunas fichas como barato, se terció su chalina al cuello en actitud de marcharse. Como ño Venancio se negase a acompañarlo, emprendió solo el camino de regreso. Iba alegre el roto, iba feliz y bendecía la idea de su viejo camarada, y hasta pensaba que el buen Dios se había apiadado de él y por aquel medio inesperado hecho llegar a su poder el dinero que necesitaba para afrontar las embestidas del destino. Ni el brazo le molestaba ya. Sentíase ágil y liviano, ganando a trancos elásticos la distancia que le separaba de su campamento y de su mujer. El ruido de sus pasos en el suelo costroso ponía como un comentario insistente a su monólogo interior...

Iría a mitad de camino, cuando sintió que varias voces más próximas o lejanas, en el silencio de la Pampa le ordenaban detenerse. Echó una ojeada alrededor y no vió a nadie. Una injuria feroz, lanzada por una garganta de al-

cohólico, hirió sus tímpanos, al mismo tiempo que una costra venía a caer á corta distancia, delante de sus pasos. Entonces se detuvo. No llevaba revólver, porque sus recientes aprietos lo habían obligado a empeñarlo al fondero. Pero peló su cuchillo pampino, lo empuñó con la zurda, y encorvado, casi a ras del suelo, aguardó.

No supo en qué momento se vió acometido por derecha e izquierda...

—¡En cuadrilla, cobardes!—gritó, al ver que, de ambos lados, cinco, seis bultos se le venían encima.

Y no pudo decir más. Un costrazo certero le dió en la frente. Salustio soltó el cuchillo y cayó de costado sin lanzar un quejido, sin alcanzar siquiera a reconocer a sus recientes compañeros de juego. Cinco, diez, veinte costrazos concluyeron con él en unos cuantos minutos, en medio de un trágico silencio. Los asesinos se inclinaron sobre el cadáver aun caliente y le registraron la vestimenta. Uno de ellos halló el fajo de billetes y el montón de monedas sencillas, objeto de su brutal codicia.

—¡Hay que repartirse a lo amigo!—gritó uno, con ansiedad mal disimulada.

Y, efectivamente, se hizo la distribución por partes iguales, mientras uno de ellos, un muchacho de horrible aspecto de zorro, machacaba la cara del muerto.

—P'a que no lo conozcan—explicó con una sonrisa astuta, alargando la mano ensangrentada, en la que cayeron fichas y billetes.

*
* *

De cuantas historias he tenido ocasión de escuchar en mis excursiones salitreras, pocas me han conmovido como ésta, que he procurado reproducir, conservando intacto el fondo del asunto tal como salió de labios del narrador.

—¿Y qué fué de los asesinos? ¿Los pillaron?—pregunté.

—Los bandíos golvieron a la mesa e juego, pero ño Venancio les conoció que habían hecho la grande... ¡Claro! Sacar a lucir tantísima plata, cuando no hacía rato que los habían dejao pelaos... El *Poco Sebo* se jué callaíto y los denunció... Los tomaron presos y al otro día tempranito los bajaron pal Puerto con barra e grillo... Si no se meten los carabineros, los niños e l'oficina los hacen peacitos, como a perros.

—¿Y sabes tú qué ha sido de la familia?—inquirí aún al propio, comprendiendo que había terminado su relato.

—No sé, señor; parece que los niños le hicieron una colecta entre ellos y...

—¿Y tendría que irse de la oficina, naturalmente?

—¡Quién sabe si después se iría!... Pero entonces, nó.

—¿No? ¡qué raro!

—No, porque pa que no la echaran, entró a vivir con ño Venancio... En la Pampa hay que hacerlo así—terminó filosóficamente—porque en las oficinas no se admiten mujeres solas

Extraviado

EXTRAVIADO

Tuvo sus palabras con el Jefe de Máquinas, por no sé qué cuestiones del trabajo, y, como era un roto robusto y nada flojo, resolvió trasladarse a otra oficina. El no era un esclavo ni estaba inválido. ¿Por qué iba a ser el perro de nadie? Tenía sus dos brazos buenos para el trabajo y, en la Pampa, no hay quien se muera de hambre. Así pensaba Hipólito Pizarro, el derripiador, después de la faena diaria mientras se daba su baño, bajo el chorro de agua salobre de la cañería. Era solo, no tenía más que lo puesto, y se hallaba encalillado hasta los topes... ¿A qué dudar más?

Se dirigió a su cuarto, se vistió sus cacharpas domingueras, hizo un lío con la «vicuña» y sus prendas de trabajo y, de tardecita, sin decir a nadie una palabra, abandonó la oficina. Ya ardían en el amplio horizonte las luces de todos los establecimientos salitreros del contorno. Hipólito pensó con rázon que sería inútil ir a buscar «cabe» en cualquiera de ellas, pues pertenecían todas a la misma compañía y el «boy-cot» era fijo para él. Entonces torció hacia

el norte, hacia la Pampa libre, con la esperanza de dar con una oficina extraña, donde ni se le averiguase la procedencia. Llevaba por todo bastimento de viaje una botella de agua, un frasco de coñac, dos sandwiches y un puñado de coca. Cantando a media voz una tonada de sus tierras del sur, tomó resueltamente por las ásperas serranías y bien pronto su silueta se perdió en la creciente sombra de la noche.

Hacía frío, un frío cortante y duro, traído por el viento de la cordillera. El pampino, con un movimiento de los hombros, acondicionó bien el atado que llevaba a cuestas y apuró el paso. Antes de mucho ya había perdido de vista las luces de las oficinas y no tuvo más guía que la pálida lumbre de las estrellas, temblеteantes en un cielo sin nubes. El alba le sorprendió en plena serranía, sin un camino, sin un sendero por delante; y el sol, que recibió al principio como una caricia reconfortante, empezó luego a hacérsele insoportable.

Anduvo, anduvo. No quería tocar su ración de agua, en previsión de la sed que habría de acometerle a las horas de mayor calor. Entonces decidió «cuyucar», es decir. ir echándose a la boca hojas de la popular yerba boliviana. Pronto se produjo la salivación y el roto saboreó con delicia los efectos del anestésico: una frescura característica le inundaba las fauces y le bajaba hasta el estómago: no sentía hambre ni sed. Sólo la reverberación solar ardiente sobre aquel suelo metálico, le quemaba los párpados, obligándole a cerrar los ojos.

Anduvo, anduvo... Sonreía ante los espejismos, habituado a la falacía de ese fenómeno de óptica de los desiertos. Sobre las tierras lejanas dibujábanse extrañas cabalgatas, ejércitos en lucha, trenes en rápida fuga, ciudades mágicas que aparecían para desvanecerse instantáneamente y más cerca, como si fuese apenas a unas cuantas millas, en el confín de la llanura, la feérica visión del lago transparente, bordeado de juncos y surcado de aves acuáticas...

Sonreía el pampino, pensando en los viajeros novatos que se habrían dejado engañar por semejante ilusión. Sonreía, pero no se hallaba capaz de cantar. El viento matinal le zumbaba en los tímpanos despertando en ellos el vago sonido de una banda militar que tocara a la distancia. Siguió andando, hora tras hora, hasta que sintió los primeros mordiscos de la sed. Mezcló en su «tacho» un poco de coñac con agua y se lo hechó de un sorbo. Como el atado empezara a pesarle con exceso, se desprendió de él, lo depósitó en el suelo y lo convirtió en asiento, más blando y fresco, sin duda, que aquella tierra ríspida y calcinada. Entonces sintió como si cayera una lluvia de fuego sobre su cabeza y sus espaldas. Empapó su pañuelo y se cubrió el cráneo. Nada más que soledad y silencio había en torno suyo. Ni una senda, ni una huella, ni el indicio del paso de un hombre o de una bestia. Nada más que el paisaje horrendamente seco, la naturaleza mineral, bajo el cielo brutalmente luminoso. Sus músculos, entrenados por la formidable faena de la derripiadura respondían aun victoriosamente a su voluntad de caminar: sólo los píes, desollados por la marcha, se le iban como entrabando. Anduvo así el día todo, distanciando las ingestiones de líquido y de coca, último resto de sus escasos víveres. A la tarde, ya rendido, experimentó secreta alegría al descubrir rastros humanos. Pensó que no debía hallarse muy distante alguna oficina o por lo menos, algún campamento; pero no menor que su alegría fué su amargura cuando pudo cerciorarse de que iba sobre sus propias huellas, de que, despues de diez horas de caminar sin tregua, hallábase en el mismo sitio en donde se había detenido a reposar!

No quiso andar más aquella noche, ni tampoco habría podido. Sus zapatos estaban destrozados, y cada pisada equivalía para él a mil aguijones que le clavasen en los piés. Habría jurado que una bandada de moscardones revoloteaba dentro de su cabeza. Para el hambre y la sed crecientes no le quedaba más que un dedo de agua con

coñac. Tendió la «vicuña», se cubrió con sus cacharpas y de cara al cielo, se puso á dormir. Se durmió como si hubiese estado ebrio, y sólo despertó a la madrugada, agarrotado por el frío. Empezaban a palidecer las estrellas y del lado de la cordillera se insinuaba sobre el horizonte una claridad difusa, que hacía destacarse con serenidad el perfil de las sierras. Hipólito, lleno ya del terrible miedo de los extraviados, tuvo que decidirse a reanudar la marcha. Deshecho su calzado, estaba obligado a optar entre seguir a pié desnudo o con los gruesos y monstruosos zapatos de derripiador, pesados como grandes suecos. Tuvo que decidirse por lo último; antes de avanzar un kilómetro, le pareció que iba arrastrando grilletes. Debilitado ahora, ya no pudo sonreír ante los espejismos. Le hacían daño, y hubo de marchar con los ojos cerrados...

A medio día, aplastado por el fuego que le caía a oleadas, agotada ya su ración de agua y de coca, habría deseado tenderse allí a esperar la muerte, que veía ahora como una liberación. Tendió una última mirada circular, y no vió por donde quiera más que la eterna Pampa áspera y rojiza, rodeadas de serranías que parecían extenderse hasta lo infinito. El sabía que, en el desierto caer equivale a morir. ¡Había oído tantos cuentos de extraviados que habían sucumbido por no tener valor de dar unos cuantos pasos más! Y había visto él mismo tantos esqueletos de hombres y de bestias botados a una milla de un centro de población...

Acumuló sus energías y siguió andando. Ya no podía siquiera respirar, porque en sus fauces, sollamadas por la fiebre, el aire hacía el efecto de un cáustico. Empezó a sentir los primeros síntomas del delirio característico de los sedientos. No sabía ya si soñaba o estaba despierto. Un tropel de imágenes dislocadas y absurdas, de infernales visiones de pesadilla se adueñaban de su cerebro. Vagamente recordó los casos heroicos de viajeros perdidos que llegaron a beberse sus orines o rompieron la cañería del agua

potable que atraviesa la Pampa a medio metro bajo la superficie... De pronto, al dar un paso, sintió un choque brutal en todo sú cuerpo y, sin fuerzas para sostenerse, cayó de espaldas y perdió el sentido.

Cuando volvió en sí, un líquido tibio y salado le llenaba la boca. Lo sorbió con fruición. Abrió los ojos y se encontró junto a un poste telefónico, en el cual había tropezado sin saber. Aquel líquido era su propia sangre, que le fluía de la frente y de las narices. La desesperación le inspiró entonces una idea salvadora: romper los alambres, cortar la comunicación y quedarse aguardando. Pero ¿cómo? ¿de dónde sacar fuerzas para treparse al poste? Arriba, bruñidos por el sol, divisaba los alambres que eran su salvación, su vida...

El run-rún del poste le recordó el murmullo del agua corriente...

De repente, como si un genio misterioso hubiese llegado a iluminar su imaginación, echó mano a la cintura y sacó su cuchillo. Sin pensar siquiera en enjugarse el rostro o restañarse la sangre, se arrodilló junto al poste y comenzó a cavar, febril, violentamente... La tierra ardiente y endurecida le escaldó pronto las manos: pero él siguió como si nada sintiera. Se hubiera dicho que era un perro cazador que acababa de descubrir una madriguera. Aquello no duró más que unos cuantos minutos. Soltó el roto su cuchillo, y se tumbó sobre el poste que, ya sin apoyo alguno, se vino pesadamente al suelo. Rompió en seguida los alambres, a cuchilladas, y, como si aquel esfuerzo supremo le arrancara el último vestigio de vigor orgánico, volvió a quedar exánime. Aquella escena épica, remota reproducción de las luchas entre el hombre primitivo y los elementos, no habían tenido un solo testigo...

***

Hipólito Pizarro fué conducido al hospital del puerto en calidad de reo. El delito era manifiesto. La cuadrilla de

trabajadores de la Empresa de Teléfonos lo había encontrado en el sitio mismo en que lo cometió. Arrastrado a presencia del Juez, apenas convaleciente, el bravo pampino lo confesó todo. Estaba dispuesto á sufrir la condena que se le impusiese; pero él estimaba que todo hombre puesto en su caso tenía derecho a proceder en igual forma...

—Yo no quisiera ver a S. S. en el percance que a mí me llevó a la fatalidá — dijo dirigiéndose al Juez. — Pero me parece que S. S. no se dejaría morir por no echar un poste abajo o no romper un alambre...

La historia interesó a la prensa local, y se publicó con lujo de detalles. Hubo sensación. Intervinieron algunos médicos. Un joven abogado, ávido de acreditarse, tomó la defensa del reo, y la justicia, en primera y segunda instancia, lo absolvió. Al salir Hipólito de la cárcel, un periodista se acercó a él y le preguntó.

—Y ahora, hombre, ¿qué vas a hacer? ¿A dónde te vas a ir?

Y el roto, con una sonrisa fatalista del hombre que ha aceptado valientemente su lote en esta vida de miserias, le respondió:

—¿Y a ónde hey d'ir, patrón? A la Pampa...

Barreta

BARRETA

Del grupo de trabajadores que sesteaban bajo el corredor, frente a la ventana de la pulpería, surgió un grito de cómica alarma:

—¡Agarrar fierro, niños! Allí viene el Barreta...

Todos volvieron la vista y, al divisar al cura-párroco que venía del campamento, lanzaron una sola rotunda carcajada. Y se repitió el calificativo irritante:

—¡El Barreta, niños! ¡El Barreta!

Sereno, sin un movimiento en los músculos faciales, sin una alteración en sus ademanes, el Cura se dirigió a ellos. Detúvose ante el grupo y sin encararse con nadie en particular, preguntó:

—¿A quién he ofendido? ¿Qnién es el que me insultaba?

No obtuvo más respuesta que el silencio. Los rotos se miraban a las caras, cogidos de sorpresa.

—Si nadie habla—insistió el Cura—es porque todos se hacen responsables del insulto... Y el que insulta y no responde es sencillamente un cobarde.

Terminó la frase con una interjección que no puede reproducirse y se dispuso a alejarse con la misma tranquilidad con que se había acercado.

—¡Güena cosa'e pairecito que había salío gallo!—le dijo entonces uno de los hombres, un «chanchero» o trabajador de las acendradoras, que lucía aún su característica indumentaria de saco.

—Como tú quieras,—le replicó el cura. Y agregó todavía:

—Si para hacerles salir la vergüenza a la cara hay que decirles a ustedes una cosa gruesa, bueno, pues allá va...

Y repitió la interjección, sin abandonar su actitud serena y decidida.

—Usté abusa porque anda con polleras—saltó otro.—¡Porque no es un hombre!

—Ustedes son los que abusan, de quien no puede defenderse... Porque son malos y cobardes. Al Administrador le besan el pie, al carabinero le arrancan, al corrector le hacen la pata... Sólo el Cura es para ustedes el «Barreta», sólo con él se atreven .. Y a ver, al fin de cuentas, ¿quién es el hombre entre todos ustedes? ¿Quién es el matón?

—¡Yo soy pu, iñor, y quiay con eso?—contestó el que había hablado.—¿Qué me va pegar su reverencia? Dígamelo pa ponerme a llorar con tiempo...

Y se puso en guardia de boxeador, alentado por la risa de sus compañeros.

—En cuadrilla no, de uno por uno, dijo el Cura, arremangándose la sotana.

Entre tanto los curiosos habían ido formando corro al rededor de la escena; el pulpero y sus subalternos, un sereno, mujeres, chiquillos, varios perros vagos... ¡Aquello era tan nuevo y tan interesante!

—Aprende a insultar, boquiabierto!— exclamó el Párroco, a tiempo que dirigía a la cara de su contrincante un recto derecho que éste no pudo o no supo barajar.

El roto llegó a quejarse bajo la acción de los kilógramos

que le hicieron remecer las quijadas. Trastabilló como un ébrio y fué a rodar a tres metros, dando, al caer, con el cráneo sobre la solera. Nadie tuvo alma de reír.

—¿No hay otro?— preguntó con naturalidad el vencedor.

Pero, otra vez, como al principio, sólo un silencio general fué la respuesta. Entonces, el Cura, volviendo a vestirse el traje talar, tomó la palabra gravemente, dirigiéndose no sólo a sus gratuitos ofensores sino a todo el concurso que le rodeaba:

—Me he visto obligado a usar de la fuerza, ya que parece ser éste el único argumento que por aquí se acostumbra. Me ha sido doloroso, pero necesario, probar que también en ese terreno se me encuentra cuando, a pesar mío, se me busca. Pero mi campo es otro: Yo soy Cura de almas y trato de desempeñarme a satisfacción de mi Señor y de mis superiores. No he sido yo, ha sido Dios el que, por mi mano ha castigado ese hombre, a quien perdono porque es un desgraciado, que no sabía lo que hacía. Si ahora mismo él u otro requiere mis servicios, si necesita un consejo, un consuelo, confesar sus culpas y volver al buen camino, esa es mi misión, listo estoy para cumplirla...

Era tan sincero el tono de su voz, había tal serenidad en su actitud que todos se sintieron dominados, y hombres y muchachos se quitaron el sombrero. El Párroco trazó en el aire una cruz con la diestra y se alejó en silencio hacia la casa-Admidistración.

***

El Cura Ibieta ¿era un grande hombre? Tenía muchos enemigos, pero también muchos amigos. Para aquellos era un desastrado, un mal sacerdote, un sujeto imposible; en cambio los últimos, agotaban en su honor los términos encomiásticos del léxico, y todo, en el clérigo, les hacía gracia. Puede, pues, calcularse como fué juzgado y comentado por ambas corrientes de opinión el incidente del

Párroco con los pampinos. Mientras unos decían que había sido un escándalo sin precedentes y llegaron a inducir temerariamente, que el improvisado pugilista debía de haber andado «con sus copas», los otros celebraron su triunfo con copiosos champañazos y, sólo ante la oposición tenaz del interesado, renunciaron a la idea de ofrecerle un banquete monstruo.

Lo que hay es que el clérigo era un hombre eminentemente simpático. Gran charlador, nada gazmoño, tan bueno para dar como para recibir bromas, ducho en toda clase de juegos, chascarrero insigne, constituía el tipo de lo que suele llamarse un «cura liberal». Cumplía a conciencia su oficio de pastor de almas, decía su misa de mañana, enseñaba el catecismo los domingos por la tarde, confesaba, visitaba a los pobres y a los enfermos, hacía caridad silenciosa, no escatimaba sacrificios en bien de sus feligreses. Pero todo esto, según él, no se contraponía a una vida agradable y algo bulliciosa, ni al trato con amigos simpáticos y dicharacheros, ni a tal cual sesión de billar, de pinta o de pocker en el salón reservado del hotel o en la casa-Administración de alguna oficina cercana. A su juicio y al de su círculo, era esa la única manera de ser un buen cura de la Pampa. No había otro medio de conciliar el ministerio religioso con las costumbres bastante ásperas y bien poco monásticas de la región salitrera.

Y quien conozca esa vida, quien se haya penetrado del carácter de aquella gente, habrá de justificar que el Cura Ibieta no permaneciese todo el día en la casa parroquial.

¿Puede humanamente exigírsele a alguien, sea o nó sacerdote, que renuncie al roce social y haga, a los treinta años, vida de anacoreta? En otras partes, el Párroco tiene su mundo que lo rodea y le agasaja, seres que se disputan el honor de servirlo y de hacerle grata la existencia, caballeros y señoras que acuden a menudo a su tertulia, donde, al calorcillo del té o del mate se desuella un poco al prógimo y se despuntan cuestiones de orden teológico para el

uso de los creyentes. ¡Pero en la Pampa! Si el Cura no saliese a toparse con tal cual amigo conocido acabaría por volverse loco.

Sólo que el Cura Ibieta—al decir de los que no le querían bien—iba demasiado lejos. No es cosa de repetir en letras de molde las hazañas estupendas de que se le hacía autor, y en las que aparecía siempre como un Don Juan consumado o como un Pantagruel capaz de arrasar él solo con una despensa. Se incurriría en la maldad de que más tarde hubieron de arrepentirse sus difamadores.

Cuéntase aún, en la Pampa, a este respecto la respuesta que dió el Cura a la señora de un Administrador. Reprochábale dulcemente la dama la excesiva liberalidad de sus costumbres, e insinuábale que acaso sería más conveniente para él no dar pábulo a tantas habladurías como las de que se le hacía víctima.

—Señora—le replicó sin acritud el Cura.—¿Me cree usted una mala persona?

—No, padre, de ningún modo...

—Y entonces ¿por qué se preocupa?

Y aprovechando la perplegidad de su interlocutora, le contó, que más de una vez le había tocado oir la confesión de personas que, en la rejilla del santo tribunal de la penitencia, le habían pedido perdón por los chismes inventados o propalados por ellas contra su buen crédito...

*
* *

Se juega, y se juega grueso en el salón reservado del Hotel. Hay buena clientela: administradores, comerciantes, jueces rurales, comisarios de policía, toda gente que maneja fichas bien o mal avenidas. También está allí el señor Cura, que ha ganado sus guapos pesos a la pinta, su entretención favorita. Ahora impera "Don Ladislao", el rey, según dicen, de los juegos de azar. El banquero, un comerciante,

ha quebrado, y entra a tallar un joven peruano, administrador de una de las oficinas del cantón. Bien pronto se remata la banca y queda en poder del Cura Ibieta, en cuyo favor soplan aquella noche todas las brisas del azar. Uno de los jugadores, un español vendedor viajero de una de las firmas más acreditadas en el Puerto, ha perdido ya mucho dinero! Al ver tallando al Párroco; no puede ocultar su irritación y declara en voz alta "que se siente en la calle".

Se baraja, se alza, se dan cartas. ¿Contento? ¿Contento? El Cura sonríe.

El montón de fichas va engrosando frente a su asiento. El español que sigue perdiendo, gruñe y blasfema sin que nadie considere del caso replicarle. Corren bandejas con champaña: todos beben menos el Párroco, pues ya es más de media noche y él tiene que oficiar a la salida del sol. No hay quien no respete esta consigna, a la que ya está todo el mundo acostumbrado. De pronto el español se incorpora, sale del aposento y regresa con un fajo de billetes de banco. Suelta una interjección enérgica, de lo más castiza, y sigue haciendo posturas. La suerte está decididamente en contra suya. Se desahoga en denuestos que se convierten en pullas feroces, dirigidas a todos los clérigos de la tierra y especialmente al que allí hace de banquero. Ya ha dicho "Barreta" varias veces, con algunos agregados hirientes, sin que el Párroco se inmute. Ha repetido sus misteriosos viajes fuera de la sala de juego para volver a perder, lo que lo pone furioso. Por fin, con su última moneda, da un puñetazo sobre la mesa, y, ebrio de champaña y de ira, grita a tiempo de marcharse:

—¡Me caiga muerto si alguna vez en mi vida vuelvo a meterme a jugar con estos "barretas" de la Pampa!



Horas después, a tiempo de levantarse la sesión, el Hotelero, llama aparte al señor Cura y le conversa al oído.

—¿Qué me dice Ud?

—Yo creo que es algo grave, Padre. Ese hombre está como loco... Parece que ha perdido plata ajena. Venga usted ¿quiere?

Lo conduce por un pasillo, lo detiene ante una puerta y lo obliga a mirar por el ojo de la cerradura. El Párroco se queda inmóvil ante el cuadro que le es dado contemplar. El español, su injuriador de momentos antes, sentado ante un montón de papeles, llora, se meza los cabellos y besa con ademán febril unos retratos. Entre los papeles se divisa siniestro y reluciente, un revólver.

—¿Qué ha visto usted?—preguntó el Párroco a su acompañante.

—El hombre va a cometer un disparate, Padre. Me pidió una botella de coñac, y lo he visto escribir varias cartas... No me condene Dios.

—¡Aló, amigo, buenas noches!—dice entonces el Párroco, golpeando la puerta con los nudillos.

—¿Qué? ¿Quién?—grita el de adentro, con inexpresable temblor en la voz y una chispa de terror en los ojos.

—Abra, soy yó: Ibieta. Tengo que hablar con usted urgentemente.

La puerta se abre, y el Cura entra y vuelve a cerrarla.

—¿Viene usted a pedirme explicaciones?

—Nó, hijo mío. Vengo a cumplir con mi deber.

—¿...?

—¿Cuánto perdió usted esta noche?

—5,900 pesos.

—¿De ésto cuánto era suyo?

—450.

—¿De manera que le faltan a usted 5,450?

—Exacto, Padre. Pero...

Con ademán tranquilo, casi modesto, mete el Párroco la mano en el bolsillo, aparta la suma señalada y dejándola sobre la mesa, junto al revólver, dice:

—Aquí los tiene, amigo. Me los devolverá cuando pueda...

Le tiende la mano, que el otro estrecha maquinalmente, y se despide con una suave y pastoral sonrisa.

—Y ahora, buenas noches, y que duerma tranquilo.

Cuando el casi suicida acierta a pronunciar una palabra y quiere caer de rodillas, ya el Cura Ibieta ha desaparecido.

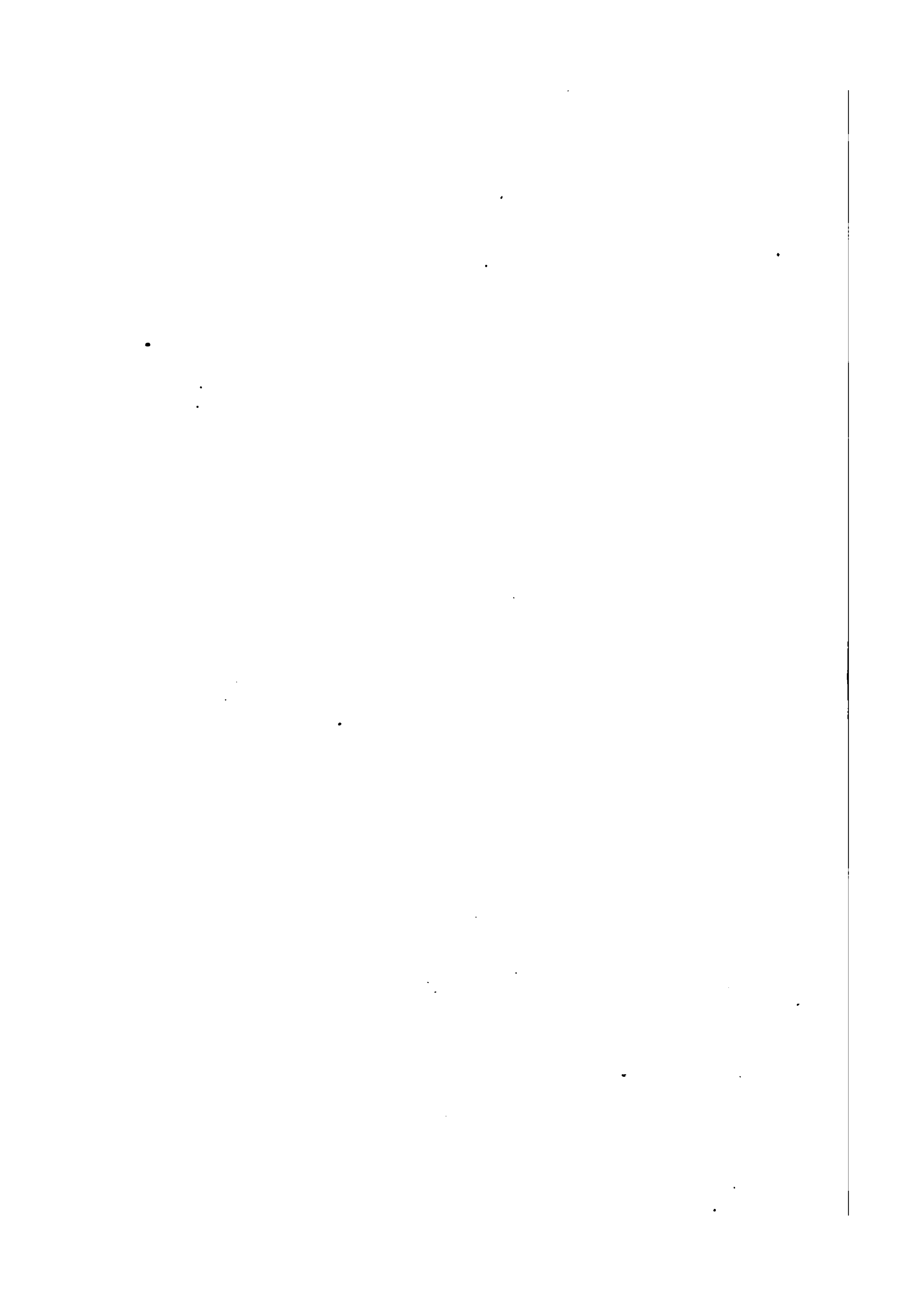
***

Sonaba la campanita llamando a los escasos fieles del pueblo a la misa matinal. Feliz de haber salvado una vida y un hogar, el Párroco no sentía siquiera el frío penetrante de la camanchaca que hacía crujir los salares y sonreir por la fuerza a los chinitos de los almacenes. De un grupo de carrilanos que se desperezaban, adormilados aún, surgió la misma injuria estúpida de otras ocasiones:

—Ahí viene el Barreta... Agarrar fierro, niños.

Pero esta vez el Párroco, que iba a cumplir su ministerio, se hizo como que no había oído y entró a la casa de de Dios tan limpio de cuerpo como de alma.

La Primera Sangre



LA PRIMERA SANGRE

—¡Alto ahí!—le gritó el sereno; con destemplado acento.

El pobre mercachifle, creyó que se trataba de una broma: tan acostumbrado estaba a entrar libremente à la oficina, mediante el pago de la indispensable coima, al mismo que ahora se presentaba cerrándole el paso. Con todo, se paró en seco.

—¿Qué dice, patrón? ¿Que cree que llevo contrabando? —preguntó.

—Hay orden expresa—explicó el sereno. Me costaría el puesto si te dejo pasar.

—Esa sí que había sido... ¿Y por qué?

—El hombre no quiere ver nada con los mercachifles.

—¿Y di a onde le a salío al Ministro esa novedá?

—Es que andan medio regüeltones los niños, y parece que el Teniente Carabinero le ha pasao el soplo de los libros socialistas que ustedes le traen a la gallá...

Se interrumpió el sereno en sus explicaciones, porque aprovechándose del diálogo, el mercachifle seguía acortando la distancia que le separaba del campamènto.

—Páre la marcha, amigo! Que yo no estoy dispuesto a quedar en la calle por ser condescendiente.

—Pero, amigo...

—Es inútil, mire.

—Pero fíjese que yo tengo la mar de crédito allí. Casi toda la gallá del campamento me está debiendo. No me perjudique...

—¿Qué querís que yo le haga? Vuelve mañana y habláis con el hombre...

Profundo conocedor de los hábitos pampinos, el buhonero supuso que lo que la nocturna autoridad pretendía, era sacarle una coima más suculenta que la de costumbre. Y así empezó a insinuarse, sin dejar de avanzar. El sereno era hombre de mundo... y comprendería. El tampoco era un chiquillo y estaba dispuesto a portarse a la altura... Por él no había de quedar. Un tanto dulcificado, el sereno se dirigió entonces a su interlocutor por su nombre de pila.

—Mira, Rómulo—le dijo—no creáis que es por interés que te prohibo la pasada. Lo que no se puede, no se puede. Ya sabís que yo hablo claro y me gusta que me hablen lo mismo.

—Y qué voy a hacer a estas horas en mitad de la Pampa?

Era ya entrada la noche. Tenía razón el mercachifle. Se necesitaba ser inhumano para dejarlo allí en medio de los calichales, su cajón de cachibaches a cuestas y su atado de cortes de casimires bajo el brazo.

—Yo debía obligarte a volver por donde te has venido —replicó el sereno. Pero... en fin, si te vas derechito a la fonda y mañana de alba te mandáis cambiar, yo le explicaré al Administrador... Le diré que no habís venido por negocio.

—Claro.

—Bueno, ¿y traís algo que valga la pena?

Por toda respuesta, el mercachifle depositó su carga en el suelo. El sereno proyectó sobre la tapa de la caja la viva luz de su linterna.

—Me gustan esas peinetas,—dijo señalando una de falso carey, cuyas «labores» de metal chispeaban.

—Desgraciadamente, tienen dueño,—explicó Rómulo. Se las traigo a mi novia...

—¿A la Rosalía?

—Sí, a la chiquilla de Ño Amancio, el carpintero. Es un compromiso. Están pagadas,—explicó aún,—temeroso de que el sereno se empecinase en «requisarle» la prenda más valiosa de toda su existencia de tendero ambulante.

—Es lo único que me gusta,—terminó el otro con tono seco y displicente. Y agregó:

—Hemos charlado mucho. Tome sus porquerías y mándese cambiar en el acto. ¡Qué se había figurado el mercachifle indecente!

Extrañóse Rómulo del cambio repentino que semejantes palabras revelaban. Pero no tuvo tiempo para adoptar ninguna actitud decisiva, pues se sintió muy cerca, en aquel mismo instante, un ruido de caballos sobre el camino y dos jinetes hicieron alto junto al grupo. Eran dos carabineros que volvían medio ebrios de una excursión por las oficinas de la guarnición.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?—inquirió uno.

—Contrabando—dijo el sereno.—Llegan a tiempo, porque el peine se estaba haciendo rastra...

—¿Quién? ¿Este piojillo?—protestó el otro carabinero.—Déjenmelo a mí...

Y atropelló brutalmente a Rómulo, que apenas pudo esquivar el golpe, echándose de un salto al lado del camino. La caja rodó por otro lado, entre un ruido de vidrios rotos...

—No he querido faltar. ¡Téngame lástima!—gritó, sin osar incorporarse ni abandonar su sitio.

—Es un sirvergüenza,—continuó el sereno.—Se hace el leso pero es un pillo de siete suelas. Está acostumbradito a meter licor a la oficina...

—¡Largo! ¡Largo!—le ordenó metiéndole el caballo, el

primero de los soldados que había participado en la escena.

—¡Mandarse cambiar, echárselas, antes de que te charquiemos a sablazos!

—¡Pero, por Diosito! Déjenme recoger mis cosas...

—¿Tus cosas? ¡Mira! para que aprendas...

Y desenvainando los sables los dos carabineros divirtiéronse en hacer añicos y esparcir los efectos que constituían todo el haber del mercachifle. Después lo obligaron a ponerse en pie, entre interjecciones soeces, y a empellones lo fueron alejando, Pampa atraviesa, bajo la noche silenciosa, amparadora de todos los crímenes.

*
* *

Como prendería una larga mecha de pólvora que fuese bajo tierra; así, sin ser advertida por nadie, ha prendido la huelga en todas las oficinas del cantón.

Los patrones culpan a los diarios y libros de propaganda subversiva que, a pesar de todas las prohibiciones, se introducen a los establecimientos y llenan de ideas locas las cabezas de los obreros. Culpan también a los predicadores del socialismo, a quienes se permite dar conferencias en el pueblo o recorrer la Pampa en todas direcciones, para, disfrazados de obreros, sembrar entre ellos la mala semilla de la rebelión y el descontento.

Hay huelga, y huelga general. Ni en la Pampa, ni en las máquinas, ni en la maestranza, ni en las canchas, ni en el ingenio, ni en la casa de yodo, sale nadie a trabajar. ¿Por qué? ¿De qué protestan, qué exigen los trabajadores? Se quejan de mal trato, de atropellos cotidianos, de abusos de que se les hace víctimas a ellos o a su familia, ya descontándoles carretadas de caliche bueno, ya aplicándoles multas injustas, ya vendiéndoles artículos averiados a precios tres veces superior al corriente en plaza, ya metiéndolos al pulguero por cualquier motivo o expulsándolos como a cri-

minales, entre una pareja de carabineros que les sablean sin compasión...

No. Ellos no se quejan del trabajo. Para eso han nacido. Son pobres, y están conformes con su destino. Pero quieren que se les trate como a seres humanos, no como a bestias. Quieren tener garantías, vivir sometidos a la ley común, no al capricho de los jefes.

Estos, como siempre, arrastrados por el amor propio, se exaltan. Vociferan contra esos rotos infames, contra esa canalla mal agradecida, y tratan de salvar el principio de autoridad representado por ellos, el respeto al superior. «¡Expulsarlos a todos!» es la primera orden. Pero luego se tropieza con la negativa unánime de los huelguistas: nadie se mueve; que los maten, si quieren, pero no saldrán del campamento. Y luego, es tan difícil y peligroso adoptar medidas violentas cuando no es sólo una, sino veinte oficinas, todo un cantón el que se ha declarado en huelga.

El telégrafo y el teléfono funcionan sin descanso. Se anuncia que del Puerto va a subir tropa de línea. Al trote de sus recias mulas, los propios van y vienen de oficina en oficina. El tiempo pasa, las conferencias menudean. las guarniciones de policía y carabineros están en pie de guerra, los diarios llegan del Puerto repletos de informaciones sensacionales. Y la tropa de línea—la ansiada solución por la fuerza—no aparece ni aparecerá sabe Dios hasta cuándo...

Entonces se decide parlamentar con los huelguistas, y una comisión de administradores recibe en audiencia al comité designado por los trabajadores. Este, que confía poco a la palabra, lleva sus reclamaciones por escrito: es una exposición en que se señalan con precisión las causas que han producido el movimiento y se enumeran las exigencias que es necesario llenar para que las faenas reanuden su curso normal.

Después de dos horas de debate, se llega a esta desconsoladora conclusión: a que por justa que sea la actitud de

los obreros, nada se puede resolver si no empiezan ellos por volver al trabajo... Además, los administradores acaban por confesar que carecen de atribuciones para pactar en definitiva con los huelguistas y que, en consecuencia, hay necesidad de consultar a los «escritorios» del Puerto.

Lo que hay es que la mayoría de aquellos representantes de los patrones se ha dejado sugestionar por las insinuaciones de uno de ellos, en cuya opinión bastaría, para hacer entrar en vereda a toda esa mala ralea, negarle todo recurso, cerrando la pulpería y la recova.

Pero aquella medida apenas alcanza a ponerse en práctica, porque, como un chispazo, sube del campamento la noticia de que los obreros han acordado asaltar y saquear ambos depósitos. La cosa se pone seria. Se comprende que hay una fuerza inteligente que dirige aquel movimiento, espontáneo y ciego, tal vez en su origen, pero encauzado ahora y hábilmente orientado y gobernado por una mano vigorosa y experta.

¿Cuál era esa mano? ¿A quién pertenecía? De pronto un nombre sonó repercutiendo de oficina en oficina, pronunciado por todos en gestos de sorpresa, de admiración, de odio, de simpatía o de desprecio: Rómulo, Rómulo, el mercachifle!

Efectivamente, a partir de la noche aquella en que sin más testigos que las estrellas, fué salteado y vejado por un sereno avieso y dos carabineros brutales, Rómulo se había consagrado con tanto ardor como discreción y tino a la propaganda de las ideas de redención proletaria.

Él sabía,—¡y cómo no saberlo!—que semejante semilla caía en terreno propicio y que pronto habría de fructificar.

Burlando todos los cordones sanitarios, introdujo a millares las publicaciones libertarias, organizó asociaciones, se mantuvo en constante comunicación con los obreros más inteligentes y estudiosos, dió conferencias; en fin, lo-

gró hacerse el punto de mira de las esperanzas siempre renovadas de toda aquella mísera porción de humanidad.

Y, cosa curiosa, siendo el alma de todo, Rómulo no aparecía por ninguna parte. Fué imposible a soldados y polizontes dar con él, cuando se pensó —como es natural— aprehenderlo en previsión de desórdenes cuya responsabilidad se le atribuía de antemano. Y el movimiento seguía, entre tanto, majestuoso como una inundación, temible, como un torbellino, silencioso como esas nubes que llevan el rayo en sus entrañas.

***

Mil hombres con sus mujeres y sus niños se encuentran reunidos en el vasto local de la CONFEDERACIÓN PAMPINA. Hay tristeza, más que ira, en esas fisonomías cansadas de atender a los oradores de la causa. Han hablado los delegados de diversas oficinas asegurando que la decisión es igual en todas partes y que sólo en la resistencia está el secreto del triunfo. Ha hablado también un viejo particular, ya escarmentado de huelgas; sus advertencias, perfectamente atinadas, han desazonado a muchos y molestado a todos. «Con sangre pagaremos ésta, como las hemos pagado todas», —dice el viejo.

Hombres y mujeres se miran a las caras. Empieza la vacilación en los ánimos...

Entonces Rómulo, a quien no se le escapa uno solo de los gestos de aquella muchedumbre, que ha aprendido a dominar, ocupa la tribuna, y hàbla, primero suavemente, con la persuación de maestro, y subiendo en seguida el tono, tocando todos los recursos del conductor de pueblos, apelando a la ironía, al sarcasmo, a la imprecación, pintando el cuadro de los hogares desmantelados y de la prole muerta de hambre; recordando los accidentes diarios del trabajo, las tropelías del jefe y autoridades y señalando como única solución posible la voluntad de la víctima...

Es pequeño, pálido, delgado; pero la inspiración tribunicia le transfigura, lo ajiganta, lo ilumina. Sus ojos despiden rayos, su voz se parece a la del trueno. De pronto, mientras un largo aplauso retumba bajo las calaminas, clava los ojos en uno de los oyentes, reprime una contracción facial y, recurriendo a una violenta transición, alude a los verdaderos enemigos del obrero, al obrero que se transforma en perro para sus amos y en tigre para sus hermanos, sigue acumulando colores sobre esta figura con pinceladas certeras, y concluye sin señalar, sin nombrarlo, al sereno que lo vejó y lo atropelló sin motivo, por pura perversidad...

—¡No huyas, cobarde! ¡No te escondas, traidor! —grita dirigiéndose con la mirada encendida al espectádor que acababa de llamarle la atención y en quien, al través del difraz, ha reconocido al sereno.

—No huyas, ¡defiéndete!...

Pero el otro se ha escabullido por entre el tumulto y toma sigilosamente la puerta.

—¡Compañeros! —dice Rómulo— estamos invadidos de espías. Ese que acaba de salir es uno de ellos...

Veinte obreros se precipitan a la puerta, y corren, vociferando, tras el prófugo que trata de ganar la Pampa libre, en dirección a su oficina. Viéndose en peligro, empieza a disparar su revólver, sin detenerse. Los tiros enardecen a los perseguidores, en vez de atemorizarlos... Comienzan a volar pedazos de costra —el arma primitiva del pampino— El fugitivo carga y vuelve a disparar. Pero un certero costrazo en el cráneo le derriba por tierra, y minutos después no queda de él más que un montón de carne y huesos ensangrentados...



Al día siguiente, comentábanse en un grupo de obreros, las informaciones publicadas acerca de la huelga por los

diarios del Puerto. Leía Rómulo, con su acento característico de tribuno popular, teniendo a su lado a Rosalía, que ya era su mujer y que escuchaba con los pómulos pegados a las palmas de las manos, pensativa.

«*El conflicto se agrava por momentos—decia el diario—ayer ha sido asesinado a costrazos el sereno de la oficina. Se ha derramado pues, la primera sangre, y ha tocado desgraciadamente a los obreros, dar un ejemplo que ojalá no provoque represalias*».

—¡Mentira! —exclamó Rómulo, arrugando con rabia el papel—¡Mentira! ¡No hemos sido nosotros!

Y quitándose con prisa la blusa y el «cotón», mostró a sus interlocutores las cicatrices, aun enrojecidas, de feroces sablazos que, como siniestras rúbricas le cruzaban las espaldas y los hombros ..

El Oasis

EL OASIS

Se habían conocido de niños. No conservaban siquiera el recuerdo de la fecha en que se vieron por primera vez. Pertenecían ambos a esas familias de antiguos residentes peruanos que, mientras el tiempo pasa, más arraigados se sienten por la tradición y por el afecto a su patria de origen. Ellos también, creados en el fondo del oasis, ajenos al movimiento del mundo, sentíanse peruanos de corazón y abrigaban esa secreta aversión a todo lo chileno, que no siempre logran disimular los nietos de Manco Capac...

Pedro emigró pronto, a ejemplo de todos sus compatriotas del oasis en donde la juventud masculina no tiene actividades en que ejercitarse. Emigró para incorporarse al personal de una oficina administrada por un lejano pariente de su madre, tarapaqueño como él y de la cepa del norte. Un galope de cuatro horas le dejó en la estación del ferrocarril, muy de mañana todavía (había salido de madrugada acompañado de un propio) y a la tarde llegaba al establecimiento, donde debía empezar, desde el día si-

guiente, a desempeñar las importantes funciones de pasatiempo. Trabajo no poco le costó acostumbrarse a su nuevo género de vida. En el oasis se hablaba de la Pampa como de una cosa conocida y familiar, pero jamás se le ocurrió a él que se tratase de algo tan triste y horrible.

En su imaginación de adolescente comparaba aquella desolada aridez con el verdor generoso de las fincas, y aquel acre olor a yodo y salitre con la fragancia de los naranjos perpetuamente cubiertos de flores o de frutos. Más de una vez, mordido por la nostalgia en el fondo de su cuarto de empleado subalterno, decidió renunciar, regresar a la casa paterna. Pero le contenía el orgullo. ¿Por qué había de ser él menos que los demás? ¿No estaban allí cien, mil, diez mil personas que llevaban, aun en peores condiciones, una vida semejante a la suya? ¿Acaso el Administrador, su jefe, no había salido también, como él, de su rinconcito encantado para hacerse hombre y crearse una situación?

Entre sus imágenes favoritas, le acariciaba a menudo, haciéndole sonreir, la de aquella amiguita de la infancia, en cuya casa se le había despedido con una tertulia de confianza. Mercedes, la Mechita, había estado encantadora. Quizás la gravedad de la ocasión hacía que él la viese rodeada de una seducción nueva y extraña. Tocó el piano, cantó, le dió conversación a solas, y cuando él se retiraba, con la muerte en el alma, le pasó a hurtadillas, apretándole al mismo tiempo la mano, un ramillete de violetas atado con una cinta roja.

Desde la distancia veíala ahora Pedro más linda, más interesante. Juzgábala irresistible. Sentíase profundamente enamorado. Para él, el oasis, su madre y Meche constituían su porvenir, todo lo que en la vida podía importarle. Y se complacía en rememorar todos los episodios en que su dulce amada y él pudieron haber participado: recordaba ciertas amables excursiones a los baños, algunas siestas bajo las arboledas, los ruidosos carnavales, las tibias y poéticas

veladas de familia en que ella sobresalía siempre por su gracia y su despejo. Y se repetía, enternecido hasta las lágrimas, la letra de los tristes que ella cantaba más a menudo, haciendo sollozar la guitarra:

"Quien puede haberte amado
con un cariño igual..."

Solía recogerse tarde, a pesar de que al alba debería hallarse en pie, pero no por divertirse, sino porque sentía la necesidad de quedarse a solas con su pensamiento, asistiendo al desfile de las visiones queridas. Desde la plataforma de las máquinas, tendía la vista hacia el sur por la vasta Pampa sembrada de montones de luces, y engañado por el deseo llegaba a sentir el viento frío de los páramos, ráfagas olientes a las arboledas del oasis. Besaba entonces, con fruición devota, el pequeño retrato de Mercedes que escondía en la contratapa del reloj, y se metía en su cuarto murmurando un nombre femenino, predilecto entre todos...

***

Pasaron tres años. Pedro—ascendido a fichero—había curado de su nostalgia, pero no de su mal de amores. Fácil le fué obtener una semana de licencia y darse el lujo de ir a pasar unos días al oasis; era un buen empleado, y todos,—jefes y compañeros,—estaban satisfechos de él. Encargó al Puerto unos cuantos *recuerdos* para llevar a su casa y emprendió, lleno de ilusión, aquel regreso con tantas ansias esperado.

Se hacía ya de noche; el sol se había ocultado tras de las abruptas sierras de la costa; Pedro, seguido a la distancia por el propio, incitaba a su caballo con la espuela y el látigo... pero el camino, ancho y polvoroso al través del llano interminable, parecía alargarse y alargarse como por obra de encantamiento. Por fin, después de franquear una

hondonada, percibió distintamente, agradeciéndola como una caricia, una bocanada de aire vegetal, al mismo tiempo que hería sus pupilas el vivo fulgor de un fanal destacado sobre el horizonte. ¡Era el oasis! Pedro llamó al propio, ordenándole que apresurase la marcha. Le temblaba la voz como el día, ya lejano, en que hizo su primera comunión.

Meche estaba más linda que nunca. En aquellos tres años se había hecho toda una preciosa jovencita: las faldas bajas, el peinado alto, la reserva en los modales, todo en ella denotaba el desaparecimiento de la locuela encantadora que le despidió furtivamente con un manojo de violetas. Reanudóse el idilio, mas ya sin el carácter infantil de otros años. Ya no jugaban. Limitábanse a hablar largo y gravemente. La gente los consideró novios desde luego, y ellos, lejos de disgustarse y oponerse, se sintieron encantados, celebrando el rumor público con una sonrisa que equivalía a un pácto de alianza. Y días después, cuando Pedro, con el corazón compunjido, tuvo que resolverse a partir, ya eran oficialmente novios, ya estaban comprometidos a ser el uno para el otro hasta la muerte...

¡Quién podría decir cuántos tiernos y calurosos mensajes llevó y trajo el valijero del oasis a la oficina, y de la oficina al oasis! Los que venían, jamás dejaron de traer los pétalos de una clavelina, de una violeta, de un junco o de un azahar... Pedro se dolía de no poder retribuír con igual delicadeza esos recuerdos. En cambio todas las joyas y todas las telas que veía en manos de los agentes viajeros le parecían mezquinos presentes para la novia lejana.

Hasta que llegó el día suspirado. Pedro había ascendido a contador, tenía veinticinco años, era lo que suele llamarse un empleado modelo, y el porvenir le sonreía como un buen mago de las leyendas cargado de tesoros espléndidos. Casáronse. Resonó el oasis al ruido de las fiestas nupciales, en las que participó lo más brillante de la sociedad que vegeta apaciblemente en las tres aldeuchas que en él tienen asiento. La vieja y sonora campana de la parroquia se

rejuveneció de alegría, echando al aire los repiques de sus mejores tiempos. La murga de una oficina invadió las calles con sonidos nunca escuchados hasta entonces en el querido óasis. La pólvora hizo un gesto estupendo de estrépito y de humo.

Jamás el oasis se había parecido tanto a un rincón del Paraíso como en los quince días de aquella luna de miel. Pedro no podía dejar de pensar en que la felicidad no es una triste ilusión de los hombres, no. El temía a cada paso morir de felicidad. La gloria no estaba en el cielo, sino en la tierra, al alcance de su mano. Saboreábala en la boca de su bien amada, bebíala en sus ojos que, al mirarlo, lo perturbaban hasta lo infinito, llenándolo de una como embriaguez desconocida. Llorando, llorando dolorosas lágrimas de hombre, hubo de separarse esta vez de la bien amada, a la que no podía—por no permitírselo la tradición inviolable de la Compañía—llevar consigo a la oficina. Consolábalo su pobre madre, recordándole que antes de mucho sería Administrador y que entonces, sí, podría realizar por completo sus aspiraciones. Mercedes no lloraba quizás por no acabar de enternecer a su maridito. Pero en el último instante, cuando ya él se decidía a tomar la puerta, aplastado por una inmensa pesadumbre, se colgó a su cuello y le llenó el rostro de lágrimas...

*
* *

¿Imagináis vosotros la sensación de un hombre que, colocado en una gran altura, se sintiese de improviso empujado y rodando cabeza abajo por un abismo sin fondo? He ahí lo que experimentó Pedro cuando, de regreso en la oficina, luchando con su pena infinita, recibió y leyó la infame carta sin firma en que se le comunicaba "para su bien" que era una pobre víctima de la perfidia de una mujer sin corazón, que le estaba engañando desde antes de dejarse conducir al altar. "Venga usted—se le decía—venga usted sin

avisarlo a nadie y si llega de noche, conocerá toda la verdad. Es una cosa horrible!"

Sería fácil llenar muchas páginas relatando las torturas de esa alma enamorada que una mano criminal acaba de desgarrar así. Pedro quiso reír, pero su risa degeneró en una mueca. Se esforzó en pensar que todo aquel absurdo no era sino el fruto de las envidias, suscitadas por la belleza y la dicha de su dulce Mercedes. Pero el aguijón del anónimo había penetrado muy hondo, y el pobre muchacho tuvo que convenir en que tenía el pensamiento envenenado y en que no podría en adelante disfrutar de un sólo instante de tranquilidad. Al cabo de tres días del más espantoso de los suplicios, de monólogos mentales interminables, de arrebatos, de llantos y de insomnios, se resolvió a confiar en su jefe, acabando por rogarle que le diese una opinión descarbada.

—Es usted un loco, Pedro. ¿No vé que están jugando con Ud?

Parece mentira que haga usted caso de uno de esos papeles infames...

El joven tuvo un momento—nada más que un momento—de consuelo y quietud. Pero luego le sobrevino la torturadora angustia que le venía matando, corroyéndole el alma como una ponzoña sutil. Y aquella misma noche, incapaz de sobreponerse a su propio dolor, sin avisarlo a nadie, burlando hasta el sereno, ensilló su caballo, cargó su revólver, y partió al galope, como llevado de un vértigo, por la Pampa infinita.

***

—¡Abre!

—¿Quién es?

—¡Abre! Soy Pedro. ¡Abre!

Había golpeado con la culata del revólver, y cada segundo que tardaban en responder y en abrir acumulaba más

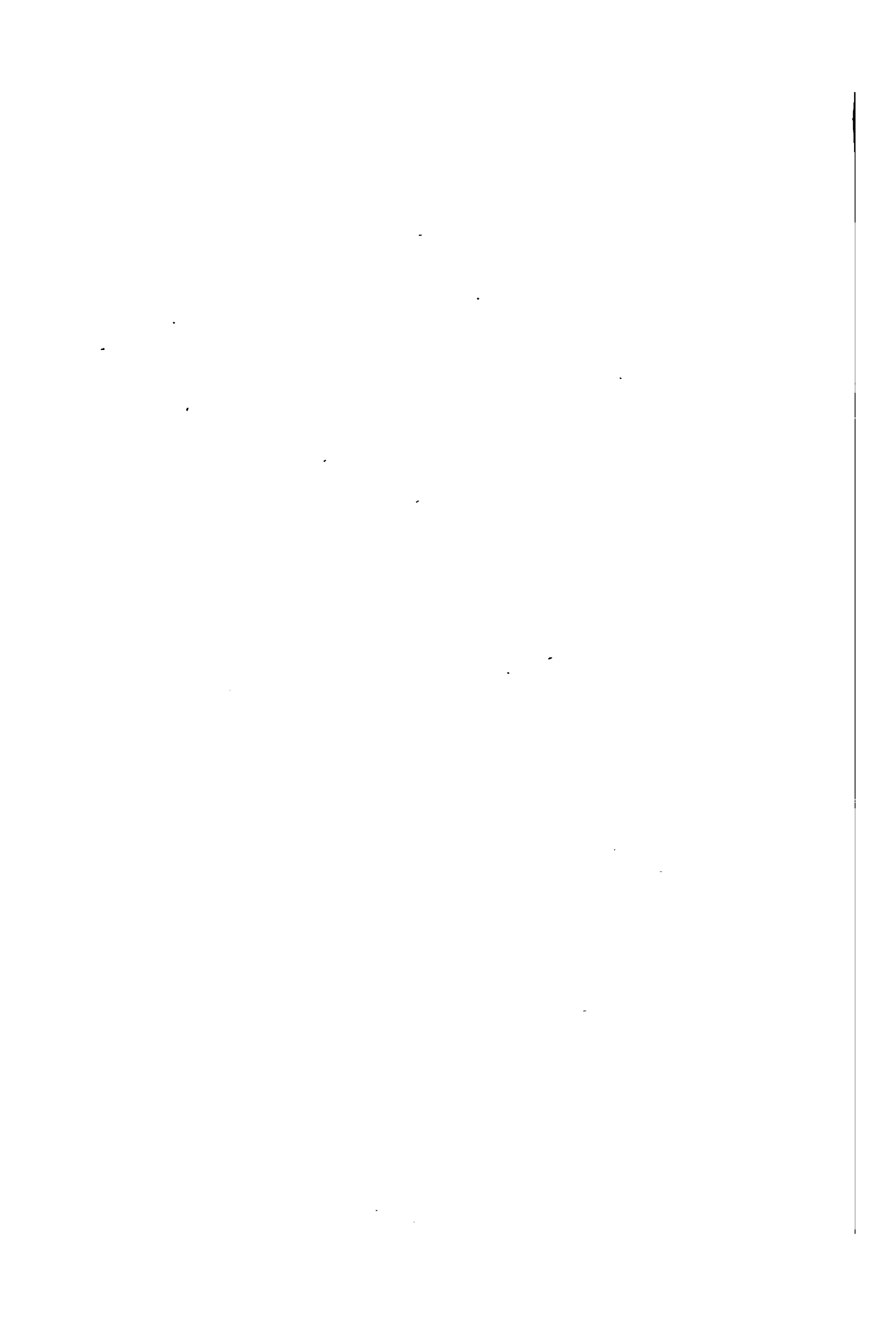
frío en su corazón y más sombra en su cerebro. Un silencio profundo siguió a su última frase. La aldea dormía beatíficamente. En la atmósfera tibia erraba un penetrante olor a azahares...

—¡Abre!—insistió, con la voz estrangulada.

Creyó percibir, adentro, ruidos de pasos precipitados, crujir de bisagras, cuchicheos de alarma... Enloquecido, fuera de sí, empujó con todo el cuerpo, la puerta cedió chirriando... En el lecho nupcial se arrebujaba alguien. Pedro distinguió al fondo la puerta abierta y se lanzó por ella. Un hombre saltaba la cerca del corralón. Volvió a la alcoba. Mercedes se abalanzó a él, demudada, lívida, el pelo desgreñado: Pedro descerrajó sobre ella los cinco tiros de su revólver. La infiel cayó, sangrando sin alcanzar a proferir un grito. El vengador montó en su caballo, jadeante y sudoroso aún, se internó en la Pampa desolada.

***

Huía hacia el oriente, hacia la frontera boliviana, que era la liberación. Vencido de fatiga, el caballo se detuvo y entonces el fugitivo pudo darse cuenta de que el mismo viento en que llegaban a sus oídos los ladridos de los perros despertados por los disparos, flotaba, con la insistencia de una caricia de mujer apasionada, el perfume de los azahares, ¡el alma tropical del oasis!



El martillazo

EL MARTILLAZO

En pago de servicios «políticos» (es decir, de asaltos y palizas realizados en homenaje a la causa) se había dado aquel monopolio a Juan de Dios, álias el *Popa'e Lancha,* entusiasta y reconocido matón.

¿En qué consistía el negocio? Sencillamente en obligar a todo el personal de la Policía de Aseo a que se surtiese de licores y de menestras en el «almacén» establecido para el caso por Juan de Dios. Un empleado superior de la Tesorería Municipal, que lo había «habilitado», percibiría el 35% de las utilidades...

Jornalero de oficio, con anchas y recias espaldas para cargar bultos y con pesados muslos de elefante, el *Popa'e Lancha* se metió en política por sugestión de su compadre y amigo, el cochero Jiménez. Y cuando vió, aquel bruto, que por lanzar unos cuantos vivas al caudillo y repartir algunos garrotazos se ganaba por lo menos tanto como echando los pulmones en la playa, ya no hubo quien le hiciera perder el gusto al nuevo y lucrativo sport. Asistir a

los choclones, desfilar a la cabeza de los mítines, vociferar indecencias contra los partidos antagónicos y sus jefes, pasar bebiendo,comiendo y jugando día y noche, estar bajo la protección de la Prefectura, armar escándalos y desórdenes sin ser llevado preso ni castigado con multas, injuriar y golpear impunemente al prójimo y tener siempre en el bolsillo unos cuantos «congrios» ¡eso era lindo! ¡eso era vivir bien! Lo demás; para los indios.

Pronto se ganó Juan de Dios la fama de ser el más temible matón de la cuadrilla. Se contaron por centenares las fechorías que acometió, solo o acompañado. Su especialidad era la de echar puertas abajo y golpear a los moradores, fuesen hombres o mujeres, sanos o enfermos, chilenos o extranjeros.

En los salones se le servía gratis, ponchera tras ponchera, antes que él las pidiese... porque, de lo contrario, vaciaba a tiros las estanterías llenas de licores. También acostumbraba saltear a los tortilleros, moteros y otros infelices vendedores ambulantes, haciendo volar a patadas el canasto o el cajón en que llevaban su mercancía. Partidario tan decidido y eficaz merecía una recompensa, y se le dió. El habría deseado un puesto municipal cualquiera, con sueldo seguro y casi sin ningún trabajo, pero su compinche Jiménez le sugerió la idea de la pulpería aquella, y el rollizo matón se dejó fácilmente convencer.



¡Había que ver, los Sábados por la tarde, las escenas que ofrecía el almacén de Juan de Dios! Cómo funcionaba contra la ley, sin patente de ninguna especie, era aquello despacho, cantina y garito, todo a un tiempo: una madriguera de la cual nadie salía con un centavo en el bolsillo y donde más de una vez los parroquianos dejaron la chaqueta y el calzado.

Allí se bebía, se reñía y se jugaba libremente. Ni siquie-

ra se pagaba coima, por la sencilla razón de que el dueño de casa era del mismo pelo de los funcionarios policiales y municipales. A menudo se veía allí a algunos guardianes y tal cual «comisionado» alternando con la parroquia habitual del establecimiento.

Durante el curso de la semana se canjeaban vales por mercaderías y hasta por dinero (con intereses inicuos) y el Sábado, que era el día de mayor movimiento, se hacía la liquidación. Solían producirse altercados a consecuencia de algún reclamo por el precio fijado a los artículos o por errores en las cuentas, siempre favorables a la casa. Pero nunca los desórdenes tomaban mayores proporciones, porque intervenía la autoridad policial allí presente, o porque el *Popa'e Lancha,* haciendo funcionar los puños y el garrote, imponía silencio.

El antiguo coloso de la ribera estaba echando grasa y ya no cabía detrás del mostrador. Engordaba. Reía con satisfacción de hombre que ha encontrado su verdadero camino, y al reír, temblábale la papada y la barriga, como gelatinosas «copuchas»...

***

Es un Sábado por la tarde, como cualquiera otro. Hay un gran gentío en la pulpería de Juan de Dios. Todas las mesas están ocupadas, y junto al mostrador se acumulan los hombres, ansiosos de que se les haga pronto la liquidación y se les despache.

El viejo Toyo, el herrero, que ha entrado sin que nadie se percate de su presencia, se acerca a una mesa desde donde se le ha llamado con cierta deferencia.

—¿Qué ice, ño Toyo?

—Qué hey de icir... Que me llegó la mala no más.

—¿Cuándo lo vamos a enterrar al niño?

—Mañana tendrá que ser...

—Tómese un trago, ño Toyo.

—Ño pueo, hijito. Le prometí a la Virgen no probar licor antes de un año, y soy hombre de palabra.

—Pero sería en si acaso le salvaba el niño. Y como se murió...

—No me tiente el diablo de tomar. Voy a arreglar cuentas con Juan de Dios...

El viejo se encamina al mostrador. Hay algo en su ruda fisonomía que revela un pesar profundo, una pena de esas que aturden y anonadan. Se le ha muerto un hijo, el último que le quedaba. Era herrero como él; pero no en la Policía de Aseo, sino en la Maestranza del Ferrocarril Salitrero. El muchacho era una promesa por lo listo y trabajador; se había aficionado al foot-ball, y una tarde. de vuelta de la cancha pescó una pulmonía doble que acabó con él en menos de una semana. Ño Toyo no podía consolarse, no podía siquiera resignarse a la pérdida de aquella perla de hijo. Lo cuidó día y noche; le pagó una enfermera que lo atendiese mientras él tenía que estar en la herrería: vió los mejores médicos; hizo mandas a Nuestra Señora de Andacollo; no dejó sacrificio por realizar... Todo inútil. El organismo del enfermo no reaccionó, a pesar de su vigor congénito, y una tarde que el viejo estaba batiendo una herradura, llegaron a avisarle que su hijo entraba en la agonía

*
* *

—Usted no tiene alcance, ño Toyo—le dijo Juan de Dios. Al contrario, queda con una calilla pa l'otra semana...

—¿Qué? ¿Cómo?—replicó el obrero, extrañado, porque era hombre metódico y llevaba la cuenta en la memoria.

—Que no alcanza un cobre, iñor. ¿Qué más quere que le igan?

—Eso no puée ser. Si yo sé lo que hey pedío...

—Así será, pues. Te estarán robando entonces.

—Yo no igo ná. Pero yo sé que todo lo que hey pedío esta semana son unas frioleras pal pobrecito finao.

—¿Unas fríoleras? ¿Y la botella de coñac? A mí me han de regalar el licor, pues!

—Coñac que recetó el doctor que se le diece al niño... Total: cinco pesos... ¿Y qué más?

—¿Cinco pesos? ¿Está loco o se le ha revuelto la sesera, ño Toyo? ¡Cinco pesos la botella de coñac legítimo!... Ja! ja! ja!...

—Y entónces, ¿a cómo la cargó...

—¿A cómo quería?... A doce pesos...

Calló ño Toyo, sintiéndose vacilar bajo el peso de esta declaración. Pero se rehizo enseguida, para erguirse cuanto le era posible y gritar con energía:

—Ese es un robo escandaloso, y vos no sóis más que un ladrón! Te estáis llenando con el pulmón de nosotros... ¡Ladrón!

—Si no fuera que sóis un pobre viejo te sacaba a patás ahora mismo, ¿sabís? viejo arestiniento! Pero te váis a embromar por lengua larga. A veinticuatro pesos te va a salir el coñac! Y ya está... ¡Pa la calle, ahora! Pa la calle...

Ño Toyo vió en un segundo todo el cuadro de calamidades que representaban las amenazas del tabernero. Sabía él en qué forma era protejido por las autoridades y por los magnantes del partido triunfante en la provincia. Se dió cuenta de que si seguía protestando o si reclamaba a los superiores, sería expulsado del servicio... Y por otra parte, vió a lo lejos, en medio de su cuarto de obrero, sobre unos cajones, entre cuatro velas, el cuerpo rígido e inanimado de su pobre hijo, a quien tendría que sepultar dentro de unas cuantas horas.

—¡Don Juan de Dios!—clamó casi llorando, con la voz temblorosa.—¡No me deje sin cobre! No tengo con qué enterrar a mi chiquillo...

—¡Pa la calle, he dicho, viejo hocicón!

Y al decir esto, el heroico matón, al influjo de los instintos sanguinarios que le habían hecho célebre, adelantó el cuerpo y con toda la fuerza de su brazo atlético, a mano abierta, pegó al viejo Toyo un golpe que lo hizo rodar casi sin sentido. Oyóse un grito como de bestia herida. Ño Toyo, con los puños en alto, sollozando, huía...

⁂

Huía, pero para volver. Nadie entre aquel tumulto babélico, notó su reaparición. Ño Toyo había corrido a su casa, había besado entre lágrimas el cadáver de su hijo, sacado del taller un martillo hecho de una sola pieza de hierro, y allí estaba ahora, en la Pulpería, silencioso y huraño, con no sé qué siniestra resolución pintada en el semblante, cuadriculado de arrugas y en los ojos que chispeaban...

Acercóse al mostrador, siempre silencioso. Doblado sobre el pecho *Popa'e Lancha* examinaba una libreta .. ¡quizás la de otra víctima de aquella infame organización!

Ño Toyo, con un ademán que venía repitiendo desde cuarenta o cincuenta años atrás, esgrimió el martillo y lo dejó caer sobre el cráneo de su enemigo, que se derrumbó como una masa, sin lanzar un grito. No se oyó más que la voz del viejo, que, oprimiendo aún el mango de su martillo ensangrentado, decia:

—Aprende, hijo de perra, a robarle a los pobres! Así se pega... Era terrible su actitud de vengador. Nadie se atrevía a acercárcele. Y sin embargo, cuando acudió la policía, se entregó sin resistencia, resignado a todo...

Aquel bruto de *Popa'e Lancha* sobrevivió al formidable martillazo. El Directorio del Partido creyó del caso costear,—con fondos del Municipio, se comprende,—la curación de un correlijionario que hacía honor a la colectividad y cuya existencia podía ser tan útil. Se hizo la trepanación y se reemplazaron los huesos rotos, con una plancha de plata. *Popa'e Lancha* ha seguido siendo con el cochero

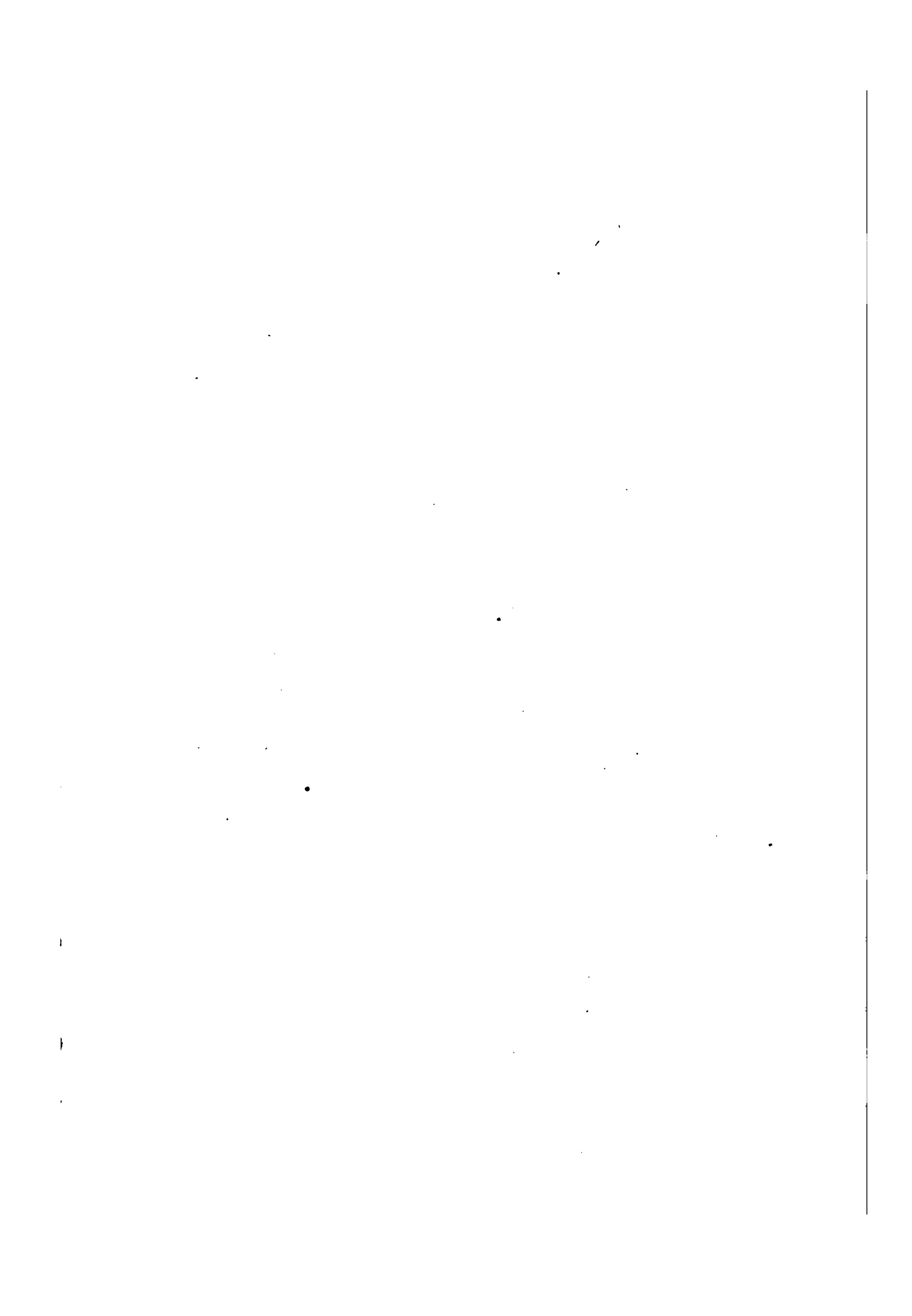
Jiménez, uno de los más conspicuos "hombres de acción" de la política local. Ño Toyo murió en la cárcel, más de tristeza que de enfermedad física alguna. Se cuenta que estaba muy mal cuando lo trasladaron al Hospital de Caridad y que, conversando con los enfermeros, les confesaba que sentía morirse, no por no dejar está arrastrada vida ni este mundo de miserias donde ya nada le quedaba, sino porque sabía que "el otro" iba a seguir gozando y haciendo de las suyas.

—Me salió por cinco años—decia.—Pero yo no más sé lo que haría si llegase a cumplirlos vivo...

—¿Qué haría, ño Toyo? le preguntaba el enfermero.

—No me tiente el diablo, pero el bribón no se me escapaba nunca. L' otra vez le dí con un martillo; pero lo que es agora, hermanito, onde m'iban a faltar agallas pa manijar un macho de los de treinta libras... Y, agora, por Diosito, agora si que no la erraba!

El Costino



EL COSTINO

En este país, donde los salteos nutren copiosamente la crónica policial de los diarios, han de ser muy pocos los que recuerden el que se efectuó veinticinco años atrás, en una de las comunas rurales de la provincia del Ñuble. Fué un hecho vulgar que si llegó a llamar la atención, se debió solamente a la excesiva azaña de los bandidos, pues no contentos éstos con violar el domicilio y robar y golpear a sus moradores, asesinaron sin objeto y acabaron por prender fuego a la casa. Faltando a su tradición, la policía anduvo feliz en la persecución de los malhechores, los que en su mayoría cayeron en poder de la justicia y están pagando con presidio perpetuo su salvaje crimen. Quizás parezca extraño que no haya funcionado para ellos el patíbulo; pero debe advertirse que, de la confesión de todos los reos aprehendidos, apareció que el principal culpable, el instigador y acaso el único autor del salteo, de los asesinatos y del incendio, era un mocetón de malos antecedentes; ya bien conocido en los anales policiales de la provincia, a quien apo-

daban el *Costino* y que, más audaz o más astuto que sus cómplices logró burlar la persecución y desaparecer. Se envió la filiación y el retrato del *Costino* a todas las policías de la República; pero pasó el tiempo sin que se tuviese de él la menor noticia, y el crimen y los criminales acabaron por ser olvidados definitivamente.



Son las siete de la mañana. Es la hora de mayor y más intensa actividad en la oficina, la hora en que el calor tórrido que hace reverberar los calichales no obliga todavía a los pampinos a interrumpir la faena. El campamento, donde no se quedan más que las mujeres y los párvulos, todavía ineptos para el trabajo, está casi solitario, porque todo el mundo se ha ido de compras a la pulpería y a la recova. El sereno pasea por las calles desiertas, armado de su huasca de hierro y seguido de su quiltro avisador. A la puerta de la casa de ño Virginio, el viejo particular, se ha asomado una muchacha nada mal parecida; pero, apenas divisa la persona de la autoridad, vuelve al interior. El sereno se detiene entonces y saluda con voz solemne, deseoso de entablar conversación.

—Siempre arisca la palomita—dice— ¿por qué se arranca?

—Ya le he dicho, Arturo—le responden de adentro—que no quiero que venga cuando estoy sola... que no quiero dar que hablar a la gente.

—¿I qué tiene que ver? ¡Tanto cuidado con la gente, ahora!

—Ahora y siempre, Arturo... ¿Por qué no viene cuando están aquí mi papá y mis hermanos?

—¡Poca ley que no me tienen!

—Por algo será...

—Yo nada les he hecho... Y en cambio, yo podría decir muchas cosas y me lás guardo... por lo que yo sé.

—Siempre con las mismas, Arturo. ¿Qué es lo que usted sabe? Ya me tiene hasta aquí... con sus amenazas ¿Le estamos debiendo algo?

—Dígame que entre y se lo diré... Aquí afuera hace mucho calor.

—¡Miren el joven delicado! No se vaya a derretir...

—Será como usted quiera... Pero yo le vuelvo a repetir que a usted no conviene despreciarme.

—Sabido es que usted como sereno nos puede hacer mucho mal. Pero eso no sería de hombre. A la mujer hay que buscarla por la buena...

—Por la buena le busco, Juana Rosa.

El diálogo se interrumpe de pronto. El sereno ha divisado al Administrador que acaba de separarse del contador. Viene de las máquinas y anda de excursión por el campamento. Sin despedirse de la muchacha, el sereno va al encuentro de su jefe, a quien, como es natural, adula servilmente. Se descubre delante de él, lo saluda con frases y jestos perrunos y se queda como aguardando órdenes.

—¿No hay novedad, Arturo?

—Ninguna, señor. Estaba ahí en la puerta de ño Virginio. Me habían dicho que tenía gente alojada y quería averiguarlo.

El Administrador sigue andando y el sereno se pone a su lado. Como aquél guardara silencio, cree oportuno ir extendiéndose en detalles.

—Es mala gente ésta, señor, ya se lo he dicho, y hay que desconfiar de ella. La cabra tira al monte...

—¿Parece que le tienes ojeriza?...

—Ninguna, señor. Es desde que supe que el tal ño Virginio no era de los trigos muy limpios, me he puesto a observar y; francamente, sería mejor que se les diese la bota...

—Es gente trabajadora, Arturo.

—Será, pues. Yo no lo dudo. Pero hay que andar con cuidado con esa gente. El que ha sido moro viejo...

—¿Y tú crees, Arturo, que todos los que comen el pan de esta oficina son de trigo más limpio que ño Virginio? ¡Trabajo tendríamos para rato si nos pusiéramos a averiguar los antecedentes de todo el personal!

—Es que este ha sido salteador, señor, y de los finos. Es hombre que debe muchas muertes. Yo soy de su misma tierra, y no ignoro nada. Ño Virginio anda arrancado, y si la justicia llega a ponerle la mano encima, no se libra de que le peguen cuatro tiros.

—Eso habrá sido mucho tiempo atrás. Aquí el hombre se porta bien, tiene familia, todos son trabajadores y hay que dejarlo tranquilo...

—Hasta que haga la grande,—comenta el sereno, filosóficamente, golpeándose las polainas con la huasca.

—Voy a rrecorrer la Pampa—dice el Administrador, ansioso de cortar una conversación que le molesta.

—¿Le traigo la yegua?—pregunta el sereno, con exagerada obsequiosidad.

—Ligerito!

***

En aquella abierta cancha de pelea que se llama la Pampa Salitrera se reconoce fácilmente el carácter de las diversas razas que allí acuden a competir cara a cara con el peligro y la fatalidad. Entre el chino timido y astuto, el peruano meloso y tacaño, el indio boliviano pasivo y estúpido, el japonés discreto y ágil, destácase el roto chileno con todo su carácter, orgulloso, despilfarrador y fatalista.

Es un fenómeno sencillo que puede constatar diariamente el patrón o el empleado superior, al reconocer la Pampa: el boliviano, apenas siente el ruido del caballo que monta su jefe, interrumpe el trabajo, abandona las herramientas para descubrirse y pronunciar, con profunda sumisión y un «Buenos días le de Dios, señor»; el peruano, sin descubrirse, saluda también con cortesía humilde y se prepara

a ser interrogado; el chileno vuelve la cabeza para observar al que llega y continúa golpeando como si nada hubiese visto. Si lo saludan, responde, con voz entera y reposada, sin dejar por nada del mundo el combo ni el barreno...

Así ocurrió aquella mañana con ño Virginio. Reconoció en las pisadas a la Champaña, la yegua favorita del Administrador que se acercaba al sitio de su trabajo y ni siquiera se dignó volver la vista, cuando observó que sobre el se proyectaba la sombra del jinete y su cabalgadura. Siguió resonando, con ritmo isócrano, el golge del combo sobre el barreno.

—Buenos días, ño Virginio.

—Buenos días patrón.

—¿Quiére que hablemos un ratito?

—Con mucho gusto.

Soltó el pampino la herramienta y con el dorso de la mano se enjugó la frente, inundada de un sudor copioso. A lo lejos sonó un tiro que había quedado casi listo la víspera. Se levantó una pequeña polvareda, y luego, bajo el sol aplastante, todo volvió a quedar en silencio.

—Un cachorro — dijo el viejo refiriéndose a la calidad del tiro...

—¿Qué tal la Pampa que le han dado, ño Virginio?

—Así, regular suave, patrón. Un poco dura ... pero güena.

—¿Se porta bien el Corrector?

—Yo no hablo mal de naide, patrón. Cuando uno se porta bien...

—¿Y el sereno?

Una chispa malina fulminó en las pupilas ya algo apagadas del rudo peón de la Pampa. Después, fijos los ojos en los de su jefe, lo interrogó, recurriendo, para dulcificar su actitud, a un tratamiento desconocido en el norte.

—¿Por qué me lo pregunta su mercé?

—Yo quiero tener gente buena en mi oficina, ño Virginio. Usted me comprende demasiado. ¿Tendría usted in-

conveniente para responderme con toda franqueza a lo que le voy a preguntar?

—Pregunte, patrón.

—¿Es cierto que usted en el sur ha sido un hombre malo? ¿que usted anda arrancado de la justicia? Que...

Quiso el Administrador seguir su interrogatorio; pero se contuvo ante la emoción inmensa que vió pintada en la actitud del roto. Temblábale la barba, hasta castañearle los dientes. Un suspiro venido de muy hondo le hinchó el velludo pecho, que la abertura de la camisa descubría a medias. Sus dos manos se hundieron en la ardiente y áspera costra del caliche. Después, quitándose con rabia el raído sombrero y golpeándose con él los muslos exclamó como en un sollozo:

—¡Que no se puea ser güeno en esta vía, por la maire! Sí, patrón, juí hombre malo... cuando niño. Las malas juntas, la fataliá... Las ganas de divertirse y pasarla bien sin tener plata... ¿Arrancao e la justicia? También es cierto. Pero se lo juro por la Virgen... Después en la vía le hey hecho mal a naide... nunca, nunca, patrón. ¿Juí saltiaor? Tal vez. ¿Debo muertes? Las tendré que pagar, porque esa es la ley. Pero patroncito, por la Virgen... ¿Por qué no me dejan ser güeno? Pregúntele a los patrones que hey tenío, a ver dónde hey dejao mala fama... Pregúntele a mi mujer si le hey dado mala vía... A mis hijos, si no les hey enseñao a trabajar y a ser hombres de ley... Pregúntele a m' hijita, esa pobrecita Juana Rosá, que me miro en sus ojos, si no hey pagao lo que no tengo pa que aprienda el bordao y la costura...

Y el roto bravo, el antiguo bandido envejecido, como si el evocar la imagen de su hija querida, le produjese una emoción superior a sus fuerzas, rompió a llorar como un niño. Por su rostro atezado de pampino, enharinado de polvillo o «chuca», las lágrimas corrían a torrentes, mientras él seguía tartamudeando recriminaciones.

—¿Qué daño le hey hecho a naide, patrón? ¡Yo quiero que me igan! ¿O quieren que me vote a saltiaor de nuevo y acabe en el banquillo, pa vergüenza de mi mujer y de mis pobres hijos? Diga, patrón: ¿usté quiere que me vaya?

—No, ño Virginio .. Aquí no se echa a nadie, mientras se porta bien. Pero usted le habrá hecho algo a Arturo?

—¿Al sereno? ¡Me condene vivo! Si es a él, patrón, que le ha dado la perrera conmigo... Cosas de los pobres, patrón. Arturo le anda haciendo la ruea a la Juana Rosa, y la chiquillá no lo puee ver ni en pintura. Al corazón no se le manda, ¿no es cierto, patrón?

—Tiene razón, ño Virginio. Es él el que tiene que salir de aquí... Deme su mano, viejo!

Ante semejante resolución, el viejo pampino, apenas repuesto de su reciente emoción, no halló qué decir. Estrechó maquinalmente la mano que se le tendía y ni siquiera a dar las gracias atinó. Sólo cuando oyó que el Administrador le decía «hasta luego» y volvía bridas para alejarse Pampa adentro, acertó a incorporarse y gritarle con el sombrero en alto:

—El Señor y la Virgen Santísima se lo han de pagar, mi patroncito! Toos los patrones debieran ser así... Yo era el famoso «Costino» bándío, el «Costino» saltiaor; pero ese se murió... se murió... Al Señor y la Virgen se lo debo... Se murió el «Costino». No hay más que Virginio agora, el viejo Virginio, el roto pampino, trabajaor y honrao, y agraecío como un perro...

Después llorando todavía, tornó a la faena, con el corazón ligero, con la risa en los labios como si hubiese rejuvenecido veinte años en unos cuantos minutos, y, al empuñar el combo, le pareció que pesaba menos que una pluma.

Duelo a muerte

DUELO A MUERTE

Treinta años de labor continua y de sobriedad sin ejemplo, le habían hecho dueño de unos cuantos realejos que el hombre, después de pensarlo mucho, invirtió en la adquisición de una propiedad en el pueblo, y en la instalación de una cantina a la que puso, magestuosamente el nombre de «El Descanso del Roto». Paulino Cáceres era un desarraigado. Hacía ya muchos años que había cortado toda relación con sus parientes del sur, de quienes no sabía ya si estaban vivos o muertos. Se había adaptado maravillosamente al medio pampino: creíase en el mejor de los mundos, y tenía la palabra fácil, el gesto franco y las maneras algo rudas de todas esas gentes del norte, que abrigan su idea especial acerca de las cosas de la vida. Pero Paulino Cáceres, como lo vamos a ver, era un buen hombre, lo cual no quitaba que tuviese sus puntillas de malicioso.

«El Descanso del Roto» se hizo el paradero obligado de

todos los trabajadores en sus giras de compras por el pueblo. Ño Paulino era un gran cantinero. Como viejo pampino tenía gusto por los temas que absorven casi en absoluto la preocupación de la gente de trabajo en las oficinas: el «Ministro» si es malo o bueno; el corrector, si abusa o no abusa; si el pulpero roba o da buen mercado; si a éste o aquel trabajador le ha tocado buena pampa, o cuántas carretadas de salitre le irán a rebajar del acopio...

Había sido, pues, un acierto el del antiguo pampino al instalarse con aquel negocio. La fortuna empezaba a encaminarse a él, pasito a pasito. Desgraciadamente se hicieron conocidas de la autoridad sus ideas avanzadas, sus convicciones radicales,—de las que se sentía orgulloso,—y jueces y policía se dieron a hostilizarlo. Sonrió el viejo con aire de hombre que lo comprende todo, y no fué tardo en resbalar aceite. ¡Si él sabía ya que en la pampa la coima es una ley a la que no escapa nadie! Aceptáronle la coima, de buen grado; pero la guerra de la autoridad no cesó por eso: multas a destajo, órdenes de cerrar en las horas de mayor movimiento, notificaciones injustificadas, en fin; todo el cuadro de bellaquerías con que la ralea judicial y policial suelen presionar al comercio. Ño Paulino pidió entonces explicaciones, y se las dieron: sabían de él que era un "furibundo radical" y eso no lo podía consentir la autoridad, puesta allí por el cacique para dar facilidades a sus correligionarios. La dignidad política del ciudadano Cáceres, se sublevó ante aquel atentado. No quiso llegar a ningún arreglo, porque todos le parecieron desdorosos y aceptó la guerra. ¡Heroico e inútil sacrificio hecho en aras de la santa doctrina! Antes de los seis meses, ya el pobre viejo Cáceres, casi no tenía clientela y estaba, en cambio, acribillado de deudas...

No es cosa de enumerar aquí los infinitos recursos puestos en juego por la autoridad para perjudicar los intereses de «El Descanso del Roto». Quien haya vivido un año por allá sabe que no es costumbre reparar en medios cuando se

posee la fuerza. Debe dejarse, sí, estampado porque es típico, el hecho de que la policía estuvo aprehendiendo infaliblemente por «ebriedad» a todos los trabajadores que veía salir de la cantina de Cáceres: en el cuartel se les azotaba y atormentaba, y el juzgado se encargaba de aplicarles una gruesa multa *Ad libitum*... Fácil será ahora explicarse que «El Descanso del Roto» fuese viéndose desierto, y su propietario a un paso de la ruina. Pero ¿créis que por eso amenguaba el sentimiento ultra-liberal de nuestro buen pampino? Muy lejos de eso: reunía amigos y vecinos y entre copa y copa, dando feroces puñetazos en el mostrador, aventaba docena de frailes (que denominaba «parásitos») y destruía iglesias y conventos para convertirlos en escuelas.

*
* *

El asiático Li-Ting, dueño del Almacén «El Cocodrilo Azul» entabló a ño Paulino querella por cobro de pesos. Debíale el ínclito pampino unos ochocientos pesos, valor de una partida de licores. Cáceres, convencido de que los chinos son unos piratas que todo lo que tienen se lo deben al robo, no se manifestaba deseoso de pagar. Pero el asiático hallábase representado por un tinterillo terrible, por el famoso don Pepe, rufián, tahur y ladrón de gallinas, perfecta personificación de la rapacería amparada por el papel sellado. Así, pues, aquel duelo entre el pampino, terco, rudo y malicioso y el tinterillo cínico y astuto, se hizo bien pronto interesante. Fuerte en su debilidad, Paulino, después de escabullir largamente el bulto a las notificaciones, ni siquiera se dignó asistir a los comparendos, y fué condenado con costas. Sonrió, sin moverse de tras del mostrador donde departía graves cuestiones políticas con unos amigotes. Se le quiso embargar la existencia del negocio; pero se vió en seguida que no quedaba nada de valor. Incapaz de aceptar una burla como aquella, el tinterillo trabó embargo sobre la propiedad misma; pero ¡oh

sorpresa! la compra de élla por Paulino Cáceres no constaba en escritura alguna y este negaba que la casa le perteneciese... Mostró, en cambio, recibos por los cuales comprobaba que estaba ocupándola en calidad de arrendatario. Y sin embargo, para todo el mundo, inclusive para el ilustre tinterillo, era evidente que no había más dueño que Paulino Cáceres, en cuyo favor se inclinaba hasta ese instante el éxito de la batalla. Don Pepe, herido en su amor propio profesional, juraba (le era fácil) que ese roto bellaco se las tendría que pagar...

Una noche, —estaba ya cerrado el comercio— vagaba el tinterillo por las calles del pueblo urgando en su imaginación un medio para «hacer soltar la pepa» al empecinado pampino. Al pasar frente a «El Descanso del Roto» divisó luz por los intersticios de la puerta y escuchó un animado rumor de conversaciones. Atenuando el paso, don Pepe se detuvo a espiar. Cáceres hablaba adentro, sin reservas, a un grupo de sus relaciones habituales. Se trataba de política y el hombre se refocilaba en medio del más complaciente de los auditorios.

—...Es inútil —decía— en este país no habrá progreso mientras estemos dominados por esos «parásitos». (Ya varias veces había proferido su expresión favorita). Esa es la rémora (otra palabra aprendida en los editoriales de los diarios del Puerto), la rémora de este país. Yo los odio a muerte. Lo que es a esta casa, tengo orgullo en decirlo, no ha entrado jamás ninguno, ni entrará MIENTRAS SEA MÍA. (Aquí, un puñetazo sobre el mostrador).

El tinterillo no quiso oír más. Acababa de ocurrírsele una idea luminosa y a estudiárla, para ponerla en práctica cuanto antes, corrió a su domicilio (que por aquel entonces era el de un amigo de buena voluntad).

* * *

—Buenos días, le dé Dios, hermano.

Alzó Cáceres la cabeza al oír estas palabras pronunciadas con místico zonsonete y una oleada de sangre le subió al rostro: ante la puerta misma de su negocio, destacábase la gran silueta negra de un fraile barbudo, cuyas manos movían las cuentas de un rosario.

—Siga su camino, amigazo,—le dijo el cantinero,—conteniendo la ira.

—Hermano, una limosna para la peregrinación de Tierra Santa...

—¿Yo? ¿Yo limosnas a ustedes? ¿A los parásitos? ¡Ni lo negro de la uña!

—Permítame entonces descansar a la sombra de su techo, hermano... Vengo muy rendido... He caminado mucho.

—Siga, mi amigazo, le he dicho... Yo tengo mis ideas, y con ustedes no quiero nada.

—Ah! yo he reposado antes aquí,—observó el otro.—¿Por qué me niega ahora un rincón de su vivienda?

—Eso habrá sido antes—replicó Paulino Cáceres con voz campanuda—cuando ésto no era mío... Pero yo he jurado, y lo cumplo, que ningún "individuo de sotana" entrará a esta casa mientras sea mía...

—¿De modo que esto es suyo, hermano?—inquirió el peregrino, sin abandonar su aire de humildad.

—Mío, y muy mío,—gritó Caceres. Y añadió todavía: Y adquirido con el fruto de mi trabajo, peso a peso... Por que yo no soy de esos parásitos...

—No pudo continuar.. Violentamente penetraron al negocio el Juez, el receptor y dos testigos, a tiempo que el barbudo fraile se quitaba sus adminículós sacerdotales y dejaba aparecer la popular figura de don Pepe, que sonreía al fin con satisfacción de triunfador.

—Era lo que necesitaba saber—dijo—supongo que usted no negará ahora la declaración que ha hecho ante la justicia... S. S.,—agregó dirigiéndose al Juez, muy grave y solemne,—S. S. dirá si procedemos al embargo, en vista de...

El Receptor había sacado de sus bolsillos tintero y plu-

ma y escribía, escribía... Paulino Cáceres, anonadado por aquel golpe de comedia, ni hablaba ni parecía oír.

—¿Firma?—le dijo de pronto el Receptor, pasándole un legajo.

—No sé firmar—respondió él, despreciativo y altanero. Después agregó:

—Hagan lo que quieran. Me es igual...

Se inclinó, y extrajo de junto al mostrador un cajoncito.

—Es dinamita,—explicó.—Yo la tendré porque es peligrosa. Alguien puede botar un pucho, y...

Varios se le acercaron y vieron que efectivamente, eran paquetes del terrible explosivo. Comenzó el inventario. Don Pepe, triunfador, iba enumerando las especies que el Receptor ponía en lista. El Juez y los testigos, silenciosos como comparsas, seguían con la vista la interesante operación. Todos eran lobos de una misma camada. Paulino Cáceres los reconocía como viejos compinches.

Nadie advirtió, pues, cuando el tozudo pampino los abandonó para ganar la calle. Hacía ya mucho tiempo que aquel hombre se había formado su resolución para cuando llegasen los buitres de la justicia a arrebátarle lo suyo. Esa caja de dinamita no estaba allí demás. Desde fuera la lanzó sobre el grupo de sus enemigos, por el claro de la puerta, con el mismo pulso firme y certero de sus mejores tiempos de pampino.

—¡Tomen, canallas! Llévenselo todo!

La mecha iba encendida y un segundo después, no sólo la casa, el barrio entero se estremecía del estallido de un dinamitazo formidable. Del antiguo "Descaso del Roto" no quedaron más que los míseros cimientos. La banda de buitres desapareció también, pulverizada...

***

—Y yo les había advertido, S. S.,—decía más tarde Cáceres al Juez del Crimen,—yo les había dicho que tuviesen

cuidado con esa dinamita... ¡No vé que yo sé lo peligrosa que es!...

El Filarmónico

EL FILARMÓNICO

Sólo la forma cómo acostumbran a proceder los empresarios de enganches para las salitreras, puede hacer verosímil la presencia de aquel empedernido filarmónico entre los trabajadores contratados para la oficina «Ukrania». Llamábanle el *Deshojado Lirio* y era un tipo de indiscutible popularidad entre ese elemento propicio que se divierte y suda a poco precio en las reuniones de medio pelo para abajo, gracias al espíritu de sociabilidad aplicado a la coreografía.

Una mañana salía el bizarro calavera de una casa de cena, después de haber bailado, tocado y cantado toda la noche en el gran salón-teatro de la «Sociedad Artística de Honra y Provecho». Llevaba en el estómago una cazuela de ave, un riñón saltado y no menos de una botella de vino barato: su larga familiaridad con los mozos le había permitido cenar al crédito, porque a la sazón andaba el hombre en una vergonzosa crisis de bolsillo. Aquel día (día festivo, para mayor y más crudo contraste) se le presentaba,

por consiguiente, con bien pocas halagüeñas espectativas.

A pesar de su inexpugnable buen humor, el *Deshojado Lirio* gruñía bajo la alzada solapa de su sobretodo, pensando en los medios de que echaría mano para pasar bien aquella tarde...

Estaba rendido y el sueño empezaba a entorpecerle el cerebro. Se había divertido como nunca y hecho las delicias de la concurrencia. Agotó su repertorio de cancionetas, monólogos, chascarros y galanterías; hasta hizo prestidigitación y transformismo; y como si fuera poco, sacó a bailar y bailó con todas las tías y mamás asistentes a la tertulia. Su triunfo había sido pleno. Por todas partes no se oían más que risas y ditirambos en honor del *Deshojado Lirio*...

De improviso, al doblar una esquina, dió de manos a boca con una extraña caravana de obreros—hombres, mujeres y niños—que desfilaban en cierto orden y en silencio, como si se tratase de un acompañamiento fúnebre. Algunos de entre ellos llevaban, al hombro o al brazo, atados y paquetes. En general, vestían todos con excesiva modestia.

—¿Qué diablos será ésto? — se preguntó el soñoliento filarmónico.

Comprendió que no se trataba de ningún acto social, pues no flameaban banderas ni se exhibían letreros intencionados. Tampoco podían ser reos, puesto que andaban libremente y no se divisaba, ni precediéndolos ni siguiéndolos, la popular silueta de ningún guardián. Un hombre gordo y sudorífico que cerraba la marcha observó la atención con que el *Deshojado Lirio* contemplaba el desfile y, deteniéndose delante de él, le preguntó sin ningún género de preámbulos si estaría dispuesto a irse con ellos.

—¿A dónde?—inquirió sorprendido el calavera.

—Pues, al norte... A las salitreras. ¿No ve que éste es un enganche?

—Y usted ¿es el enganchador?

—Yo mismo. Me gustaría llevármelo. Se conóce que tiene Ud. buenos pulmones.

—Así, regularcito...

—¿Qué dice? ¿Nos acompaña?

—Pero las condiciones...

—Por el camino se las voy diciendo. Usted no arriesga nada y viaja grátis. Si después no le gusta, esa ya es cosa suya... ¿Qué le parece? Atrévase...

—¡Quién dijo miedo!

Y el *Deshojado Lirio*, apurando el paso junto al enganchador, se agregó a la caravana, tomó con ella el tren, viajó con ella en la bodega de un vapor costero y un buen día dió con su humanidad en la fonda de una oficina salitrera.

Iba vestido de correcto smocking — tal como salió del baile—y no llevaba en las faltriqueras ni un centavo, ni siquiera un cigarrillo. Contaba triunfar con su desparpajo de vividor y su inagotable repertorio de insigne filarmónico...

***

Era la hora del medio día. Oleadas de fuego envolvían la oficina, desierta, al parecer, pues todo el mundo huía el bulto al calor. Los obreros recién llegados, en espera de la revisión que haría el Administrador, entreteníanse conversando y bebiendo en el vasto comedor de la fonda. Muchos de ellos empezaban ya a sentir la profunda pena que invade al habitante del Sur en los primeros días de su transplantamiento a las áridas comarcas del salitre. Algunas mujeres lloraban en silencio, presintiendo que nunca irían a acostumbrarse a su nuevo género de vida. El filarmónico, en cambio, parecía feliz. Ya había conseguido con el fondero una guitarra y—sin quitarse el sobretodo para no lucirse en tenida de baile—se despepitaba con las décimas del Copihue Rojo...

A lo mejor del canto, penetró a la sala el sereno imponiendo silencio porque venía el patrón. Era este un inglés seco y estirado, monosilábico y amigo de hablar con la cachimba en la boca. Entró, acompañado del enganchador, (a quien ya había, naturalmente, sometido a un minucioso interrogatorio) y del contador de la oficina, que llevaba en la mano la lista de enganchados. Sin ceremonia alguna, en medio del más profundo silencio, se dió comienzo a la revisión de nombres. Presentábase el llamado y debía declarar su especialidad operaria, su edad, su estado civil, su nacionalidad y, si le era posible, mostrar recomendaciones de la firma a cuyas ordenes hubiese trabajado. No intervenía para nada el médico; bastaba la declaración del interesado y el examen ocular del Administrador...

—¿Julio Bastías?—leyo el contador.

Era el nombre del "Deshojado Lirio". Levantóse el joven filarmónico y se decidió a contestar. El inglés dirigióle del alto a bajo, una mirada perpleja. Aquel raro ejemplar de enganchado no tenía aspecto de obrero. ¿Qué significaba ese sobretodo cerrado hasta el cuello en pleno medio día y bajo un calor tórrido? Luego, aquellas zapatillas de baile... Gruñó, mascando siempre su pipa y ordenó a su subalterno que hiciese quitarse al tal Bastías una prenda tan poco oportuna.

El joven filarmónico obedeció en el acto y quedó luciendo en la gallarda aunque ya un poco ajada figura que tantos triunfos le había valido en los salones de la "Sociedad de honra y provecho" y de otras instituciones congéneres.

—Esto no es un trabajador—dijo el inglés al enganchador, en tono de reproche.

—Usted me ha pedido gente sana, fuerte y joven. Es lo que yo le he traído. ¡Fíjese usted que manos, que espaldas!

—¿Para qué sirve usted?—le preguntó el inglés al joven filarmóulco.

—¿Yo? para todo.

—Entonces que le den herramientas. Y el corrector que le señale una buena pampa...

***

Jamás se ha visto en la región del salitre un espectáculo más extraordinario: un señor de smoking y zapatos de baile barrenando un tiro en plena calichera! Aquello era demasiado extraordinario para que pudiese durar. Antes de las veinticuatro horas, el flamante pampino había abandonado la oficina. Estaba todo molido y le brotaba sangre de las manos. Maldijo la hora en que se topó con el enganchador, apostrofó a los salitreros y, orientándose por ciertas luces que veía titilar a lo lejos, tomó resueltamente el camino del pueblo, cabecera del cantón. No se sabe qué hizo el gran Bastías durante el curso de sus dos primeros años de forzoza permanencia en los dominios del nitrato. Se perdió de vista y hasta se le olvidó, a pesar que el inglés, cuando estaba de humor, solía contar el singular episodio de Mr. Bastías. De algún modo se manejó el emigrado, pues de pronto pudo vérsele ocupando el importante cargo de sereno mayor, en una de las principales oficinas del cantón vecino. El antiguo filarmónico estaba transformado. Nada parecía quedar en él del vividor contumaz, del incorregible calavera, trasnochador y bromista. Era un gran sereno, brazo derecho de la justicia y de la autoridad representada por su jefe: El hombre se manifestaba resuelto a crearse una posición, y a regresar a sus «antiguas canchas», con plata en el bolsillo y perfectamente cacharpeado. Al Administrador solían llegarle papelitos anónimos, que le hacían revelaciones efectivas acerca de los antecedentes de Bastías; pero él se limitaba a encojerse de hombros. ¿Qué le importa lo que pudiese haber hecho este hombre, si ahora se desempeñaba como el mejor de los serenos, si era vigilante, perspicaz y no se movía una hoja en la oficina sin que él lo supiese para darle cuenta exacta y minuciosa? «El Des-

ma y escribía, escribía... Paulino Cáceres, anonadado por aquel golpe de comedia, ni hablaba ni parecía oír.

—¿Firma?—le dijo de pronto el Receptor, pasándole un legajo.

—No sé firmar—respondió él, despreciativo y altanero. Después agregó:

—Hagan lo que quieran. Me es igual...

Se inclinó, y extrajo de junto al mostrador un cajoncito.

—Es dinamita,—explicó.—Yo la tendré porque es peligrosa. Alguien puede botar un pucho, y...

Varios se le acercaron y vieron que efectivamente, eran paquetes del terrible explosivo. Comenzó el inventario. Don Pepe, triunfador, iba enumerando las especies que el Receptor ponía en lista. El Juez y los testigos, silenciosos como comparsas, seguían con la vista la interesante operación. Todes eran lobos de una misma camada. Paulino Cáceres los reconocía como viejos compinches.

Nadie advirtió, pues, cuando el tozudo pampino los abandonó para ganar la calle. Hacía ya mucho tiempo que aquel hombre se había formado su resolución para cuando llegasen los buitres de la justicia a arrebátarle lo suyo. Esa caja de dinamita no estaba allí demás. Desde fuera la lanzó sobre el grupo de sus enemigos, por el claro de la puerta, con el mismo pnlso firme y certero de sus mejores tiempos de pampino.

—¡Tomen, canallas! Llévenselo todo!

La mecha iba encendida y un segundo después, no sólo la casa, el barrio entero se estremecía del estallido de un dinamitazo formidable. Del antiguo "Descaso del Roto" no quedaron más que los míseros cimientos. La banda de buitres desapareció también, pulverizada...

***

—Y yo les había advertido, S. S.,—decía más tarde Cáceres al Juez del Crimen,—yo les había dicho que tuviesen

cuidado con esa dinamita... ¡No vé que yo sé lo peligrosa que es!...

El Filarmónico

EL FILARMÓNICO

Sólo la forma cómo acostumbran a proceder los empresarios de enganches para las salitreras, puede hacer verosímil la presencia de aquel empedernido filarmónico entre los trabajadores contratados para la oficina «Ukrania». Llamábanle el *Deshojado Lirio* y era un tipo de indiscutible popularidad entre ese elemento propicio que se divierte y suda a poco precio en las reuniones de medio pelo para abajo, gracias al espíritu de sociabilidad aplicado a la coreografía.

Una mañana salía el bizarro calavera de una casa de cena, después de haber bailado, tocado y cantado toda la noche en el gran salón-teatro de la «Sociedad Artística de Honra y Provecho». Llevaba en el estómago una cazuela de ave, un riñón saltado y no menos de una botella de vino barato: su larga familiaridad con los mozos le había permitido cenar al crédito, porque a la sazón andaba el hombre en una vergonzosa crisis de bolsillo. Aquel día (día festivo, para mayor y más crudo contraste) se le presentaba,

por consiguiente, con bien pocas halagüeñas espectativas.

A pesar de su inexpugnable buen humor, el *Deshojado Lirio* gruñía bajo la alzada solapa de su sobretodo, pensando en los medios de que echaría mano para pasar bien aquella tarde...

Estaba rendido y el sueño empezaba a entorpecerle el cerebro. Se había divertido como nunca y hecho las delicias de la concurrencia. Agotó su repertorio de cancionetas, monólogos, chascarros y galanterías; hasta hizo prestidigitación y transformismo; y como si fuera poco, sacó a bailar y bailó con todas las tías y mamás asistentes a la tertulia. Su triunfo había sido pleno. Por todas partes no se oían más que risas y ditirambos en honor del *Deshojado Lirio*...

De improviso, al doblar una esquina, dió de manos a boca con una extraña caravana de obreros—hombres, mujeres y niños—que desfilaban en cierto orden y en silencio, como si se tratase de un acompañamiento fúnebre. Algunos de entre ellos llevaban, al hombro o al brazo, atados y paquetes. En general, vestían todos con excesiva modestia.

—¿Qué diablos será ésto? — se preguntó el soñoliento filarmónico.

Comprendió que no se trataba de ningún acto social, pues no flameaban banderas ni se exhibían letreros intencionados. Tampoco podían ser reos, puesto que andaban libremente y no se divisaba, ni precediéndolos ni siguiéndolos, la popular silueta de ningún guardián. Un hombre gordo y sudorífico que cerraba la marcha observó la atención con que el *Deshojado Lirio* contemplaba el desfile y, deteniéndose delante de él, le preguntó sin ningún género de preámbulos si estaría dispuesto a irse con ellos.

—¿A dónde?—inquirió sorprendido el calavera.

—Pues, al norte... A las salitreras. ¿No ve que éste es un enganche?

—Y usted ¿es el enganchador?

—Yo mismo. Me gustaría llevármelo. Se conóce que tiene Ud. buenos pulmones.

—Así, regularcito...

—¿Qué dice? ¿Nos acompaña?

—Pero las condiciones...

—Por el camino se las voy diciendo. Usted no arriesga nada y viaja grátis. Si después no le gusta, esa ya es cosa suya... ¿Qué le parece? Atrévase...

—¡Quién dijo miedo!

Y el *Deshojado Lirio*, apurando el paso junto al enganchador, se agregó a la caravana, tomó con ella el tren, viajó con ella en la bodega de un vapor costero y un buen día dió con su humanidad en la fonda de una oficina salitrera.

Iba vestido de correcto smocking — tal como salió del baile—y no llevaba en las faltriqueras ni un centavo, ni siquiera un cigarrillo. Contaba triunfar con su desparpajo de vividor y su inagotable repertorio de insigne filarmónico...

***

Era la hora del medio día. Oleadas de fuego envolvían la oficina, desierta, al parecer, pues todo el mundo huía el bulto al calor. Los obreros recién llegados, en espera de la revisión que haría el Administrador, entreteníanse conversando y bebiendo en el vasto comedor de la fonda. Muchos de ellos empezaban ya a sentir la profunda pena que invade al habitante del Sur en los primeros días de su transplantamiento a las áridas comarcas del salitre. Algunas mujeres lloraban en silencio, presintiendo que nunca irían a acostumbrarse a su nuevo género de vida. El filarmónico, en cambio, parecía feliz. Ya había conseguido con el fondero una guitarra y—sin quitarse el sobretodo para no lucirse en tenida de baile—se despepitaba con las décimas del Copihue Rojo...

ma y escribía, escribía... Paulino Cáceres, anonadado por aquel golpe de comedia, ni hablaba ni parecía oír.

—¿Firma?—le dijo de pronto el Receptor, pasándole un legajo.

—No sé firmar—respondió él, despreciativo y altanero. Después agregó:

—Hagan lo que quieran. Me es igual...

Se inclinó, y extrajo de junto al mostrador un cajoncito.

—Es dinamita,—explicó.—Yo la tendré porque es peligrosa. Alguien puede botar un pucho, y...

Varios se le acercaron y vieron que efectivamente, eran paquetes del terrible explosivo. Comenzó el inventario. Don Pepe, triunfador, iba enumerando las especies que el Receptor ponía en lista. El Juez y los testigos, silenciosos como comparsas, seguían con la vista la interesante operación. Todos eran lobos de una misma camada. Paulino Cáceres los reconocía como viejos compinches.

Nadie advirtió, pues, cuando el tozudo pampino los abandonó para ganar la calle. Hacía ya mucho tiempo que aquel hombre se había formado su resolución para cuando llegasen los buitres de la justicia a arrebátarle lo suyo. Esa caja de dinamita no estaba allí demás. Desde fuera la lanzó sobre el grupo de sus enemigos, por el claro de la puerta, con el mismo pulso firme y certero de sus mejores tiempos de pampino.

—¡Tomen, canallas! Llévenselo todo!

La mecha iba encendida y un segundo después, no sólo la casa, el barrio entero se estremecía del estallido de un dinamitazo formidable. Del antiguo "Descaso del Roto" no quedaron más que los míseros cimientos. La banda de buitres desapareció también, pulverizada...

***

—Y yo les había advertido, S. S.,—decía más tarde Cáceres al Juez del Crimen,—yo les había dicho que tuviesen

cuidado con esa dínamita... ¡No vé que yo sé ló peligrosa que es!...

El Filarmónico

EL FILARMÓNICO

Sólo la forma cómo acostumbran a proceder los empresarios de enganches para las salitreras, puede hacer verosímil la presencia de aquel empedernido filarmónico entre los trabajadores contratados para la oficina «Ukrania». Llamábanle el *Deshojado Lirio* y era un tipo de indiscutible popularidad entre ese elemento propicio que se divierte y suda a poco precio en las reuniones de medio pelo para abajo, gracias al espíritu de sociabilidad aplicado a la coreografía.

Una mañana salía el bizarro calavera de una casa de cena, después de haber bailado, tocado y cantado toda la noche en el gran salón-teatro de la «Sociedad Artística de Honra y Provecho». Llevaba en el estómago una cazuela de ave, un riñón saltado y no menos de una botella de vino barato: su larga familiaridad con los mozos le había permitido cenar al crédito, porque a la sazón andaba el hombre en una vergonzosa crisis de bolsillo. Aquel día (día festivo, para mayor y más crudo contraste) se le presentaba,

por consiguiente, con bien pocas halagüeñas espectativas.

A pesar de su inexpugnable buen humor, el *Deshojado Lirio* gruñía bajo la alzada solapa de su sobretodo, pensando en los medios de que echaría mano para pasar bien aquella tarde...

Estaba rendido y el sueño empezaba a entorpecerle el cerebro. Se había divertido como nunca y hecho las delicias de la concurrencia. Agotó su repertorio de cancionetas, monólogos, chascarros y galanterías; hasta hizo prestidigitación y transformismo; y como si fuera poco, sacó a bailar y bailó con todas las tías y mamás asistentes a la tertulia. Su triunfo había sido pleno. Por todas partes no se oían más que risas y ditirambos en honor del *Deshojado Lirio*...

De improviso, al doblar una esquina, dió de manos a boca con una extraña caravana de obreros—hombres, mujeres y niños—que desfilaban en cierto orden y en silencio, como si se tratase de un acompañamiento fúnebre. Algunos de entre ellos llevaban, al hombro o al brazo, atados y paquetes. En general, vestían todos con excesiva modestia.

—¿Qué diablos será ésto? — se preguntó el soñoliento filarmónico.

Comprendió que no se trataba de ningún acto social, pues no flameaban banderas ni se exhibían letreros intencionados. Tampoco podían ser reos, puesto que andaban libremente y no se divisaba, ni precediéndolos ni siguiéndolos, la popular silueta de ningún guardián. Un hombre gordo y sudorífico que cerraba la marcha observó la atención con que el *Deshojado Lirio* contemplaba el desfile y, deteniéndose delante de él, le preguntó sin ningún género de preámbulos si estaría dispuesto a irse con ellos.

—¿A dónde?—inquirió sorprendido el calavera.

—Pues, al norte... A las salitreras. ¿No ve que éste es un enganche?

—Y usted ¿es el enganchador?

—Yo mismo. Me gustaría llevármelo. Se conóce que tiene Ud. buenos pulmones.

—Así, regularcito...

—¿Qué dice? ¿Nos acompaña?

—Pero las condiciones...

—Por el camino se las voy diciendo. Usted no arriesga nada y viaja grátis. Si después no le gusta, esa ya es cosa suya... ¿Qué le parece? Atrévase...

—¡Quién dijo miedo!

Y el *Deshojado Lirio*, apurando el paso junto al enganchador, se agregó a la caravana, tomó con ella el tren, viajó con ella en la bodega de un vapor costero y un buen día dió con su humanidad en la fonda de una oficina salitrera.

Iba vestido de correcto smocking — tal como salió del baile—y no llevaba en las faltriqueras ni un centavo, ni siquiera un cigarrillo. Contaba triunfar con su desparpajo de vividor y su inagotable repertorio de insigne filarmónico...

***

Era la hora del medio día. Oleadas de fuego envolvían la oficina, desierta, al parecer, pues todo el mundo huía el bulto al calor. Los obreros recién llegados, en espera de la revisión que haría el Administrador, entreteníanse conversando y bebiendo en el vasto comedor de la fonda. Muchos de ellos empezaban ya a sentir la profunda pena que invade al habitante del Sur en los primeros días de su transplantamiento a las áridas comarcas del salitre. Algunas mujeres lloraban en silencio, presintiendo que nunca irían a acostumbrarse a su nuevo género de vida. El filarmónico, en cambio, parecía feliz. Ya había conseguido con el fondero una guitarra y—sin quitarse el sobretodo para no lucirse en tenida de baile—se despepitaba con las décimas del Copihue Rojo...

en Dios, hermano, y en su bondad... No crea que yo lo olvide en mis oraciones de todos los días.

Y pasaba, sonriente siempre, mientras el enfermo se quedaba siguiéndola con la vista, bendiciéndola desde el fondo de su corazón, sintiéndose aliviado merced a la sola visita matinal de la incompárable criatura. Todos querían recibir como una gracia. la presencia de Sor Eulalia, embelesarse mirando aquella fisonomía angelical y escuchando aquella voz que vibraba como una música, más honda y más pura que todas las de la tierra.

—Hermana, ¿qué desea?, preguntaba a alguna enferma la Madre Superiora, dando vueltas entre los dedos rugosos a un rosario de cuentas negras.

—Una sola cosa, Madre: que venga Sor Eulalia... Que venga un momentito.

Y de los lechos vecinos se escapaba la misma petición:

—Sí... Que venga Sor Eulalia. Todas queremos verla.

*
* *

Al principio como enfermero y más tarde como practicante, hacía ya cerca de diez años que Ruben servía en el Hospital. Era un muchacho inteligente y listo, nada nervioso para las operaciones y curaciones, y dotado de inagotable buena voluntad. Los médicos lo estimaban en su justo valer, y hasta uno de ellos, en un momento de buen humor, solía llamarle «colega». Arreglado en sus costumbres, aficionado a leer, repugnábale los groseros goces a que estaban abituados sus compañeros: noches de ruidosas carreras por los salones o pantagruélicas comilonas en las picanterías. No hallando otra cosa que sacarle, la maledicencia había inventado que Ruben era el fruto clandestino de los amores ilegítimos de un magnáte salitrero, circunstancia que, según los propios murmuradores, obraba en conocimiento del interesado. Como la mayoría de las casas habitáciones en el Puerto tiene, además de la principal,

una segunda puerta más estrecha, para el uso de la servidumbre. los compañeros del practicante solían decir de él que era «caballero por la puerta falsa»...

Y había en realidad algo de distinguido, de poco vulgar, en la fisonomía y en los modales de aquel oscuro servidor del Hospital: un rostro agraciado, sin ser hermoso, con su bigotillo cuidadosamente atusado, su dentadura blanca y correcta y sus ojos claros, grandes y vivàces. Además tenía la vocación del practicante. Se veía en él, lo observaban los médicos, que no trabajaba sólo por el sueldo, sino porque le tenía amor a la profesión. Se interesaba por los enfermos y sus dolencias. Mantenía en estado de perfecta limpieza el instrumental quirúrgico, preocupábase de que nunca escasease el material antiséptico, seguía con minuciosidad el curso de las temperaturas en el gráfico clavado en la pared, a la cabecera de cada lecho. Era, en suma. un auxiliar utilísimo.

*
* *

Desgraciadamente, aquello no fué eterno. ¡Codición mudable de las cosás humanas! Apareció en el hospital Sor Eulalia y todo cambió desde aquel momento para el pobre mozo. Fué el «rayo» de que hablaban los antiguos novelistas. Rubén se sintió deslumbrado, sobrecogido, víctima de una emoción inexplicable, desconocida hasta entonces para él. Su viveza tornóse en melancolía, su talento en torpeza. Los médicos lo extrañaron, y no sin motivo, porque Rubén se les presentaba ahora como el menos apto y el más nervioso entre el personal auxiliar del establecimiento. La vida entre tanto, era para el infeliz muchacho un tormento horrible.

—¡Soy un sacrílego!—pensaba, fulminándose a sí mismo con los peores calificativos.— ¡Soy un hereje! ¡Un animal!

Y hacía los propósitos más sinceros de vencerse, de dominar aquella pasión en mala hora nacida, y que a sus propios ojos lo exibía como un monstruo. Lograba pequeños y momentaneos triunfos de voluntad. Pero apenas volvía a verla, al oír su voz, veníase instantáneamente al suelo todo aquel vano edificio de su conciencia atormentada. Latíale el corazón, ahogábase «como si se hubiese inyectado demasiado cocaína», y tornaba a ser el triste esclavo de aquel delirio inconcebible, el débil jueguete de ese frenesí de su corazón. Enardecido, loco, huía. Metíase en su cuarto y allí, a solas, se mezaba los cabellos, se revolcaba en su lecho, vociferando, imaginando las más atroces locuras. Aunque no tenía sino muy vagas ideas religiosas, pensó en el Capellán, de quien quizás recibiría un consejo oportuno o por lo menos un consuelo. Pero tuvo miedo. Sintió una inmensa vergüenza. Pensó que el Çapellán — a pesar del secreto de la confesión—iba a denunciarlo, á publicar su crimen... sin provecho para nadie, y sólo con perjuicio para él, que sería despedido y quedaría deshonrado y escarnecido. Entonces decidió marcharse. Pero ¿cómo vivir lejos del objeto de su amor? ¿Cómo soportar el dolor de no ver aquel rostro de celeste belleza, de no oír aquel acento que parecía haber robado al coro de los ángeles sus mejores notas? Rehuía encontrarse con ella, esfuerzos increíbles para mantenerse lejos de la influencia de sus encantos. Y esa lucha constante, de la que siempre resultaba vencido, agotaba su sistema nervioso, abatíalo a extremos incocebibles, lo hacía sentirse más desventurado y miserable. No dormía, no comía, no podía siquiera leer...

*
* *

Una mañana había trabajado mucho ayudando al más bromista de los médicos, en una difícil y prolongada operación. El y su jefe estaban visiblemente fatigados. Por fortuna el trabajo había sido feliz, y el enfermo—un pobre ac-

cidentado de la Pampa—acababa de ser trasladado por los mozos a la sala general. El doctor se lavaba las manos en una solución antiséptica, y Rubén se disponía a desinfectar los instrumentos recién usados. Con su paso leve de criatura extra-terrestre penetró Sor Eulalia. Dió los buenos días al médico (a Rubén ya lo había saludado) y le pidió informaciones e instrucciones con respecto al enfermo operado momentos antes. El doctor le dijo lo de simpre: el caso era sencillo y solamente había que temer alguna complicación proveniente de la fiebre. ¿Dieta? No. Bastaba con que se le diese a sus horas la comida ordinaria... Sor Eulalia volvió a hacer la venia y se retiró. Rubén, olvidando que no estaba sólo, quedóse embelesado mirando a la Hermana, y alverla desaperecer, dejó escapar un suspiro incontenible.

—¿Usted conoce a Ruy Blas, amigo?—le preguntó el médico.

Rubén se volvió con el brusco gesto de alarma de quien se ve sorprendido en el acto de ejecutar un delito. Encendióse su rostro hasta parecer congestionado, las manos le temblaron, no halló qué responder. Con la voz ahogada, haciendo un esfuerzo supremo, pudo decir al fin:

—¿Ruy Blas? ¿Quién es ese caballero?

—No; si es una obra de Víctor Hugo. En cualquier librería podrá usted encontrarla.

Rubén no se halló capaz de sostener la coversación. Tornó a su mutismo y, sin alterarlo, reanudó su labor. La pregunta del médico fué desde ese instante para él una obsesión. Ruy Blas! Ruy Blas! ¿Qué significaba aquello? Adquirió por fin la obra de Víctor Hugo, en traducción anónima y edición barata, y se dió por cierto, cuenta exacta de la intención hiriente envuelta en las palabras de su jefe. Si él no era más que un pobre empleado, casi un sirviente, y hacía mal en poner sus ojos profanos en Sor Eulalia como había hecho mal el lacayo Ruy Blas elevarlos hasta su propia Reina y Señora!

Días más tardes, encontrándose de nuevo solos; el doctor le preguntó sonriendo siempre:

—¿Y?... ¿mi amigo? Ya leyó Ruy Blas?

Rubén sintió ímpetus de abalanzarse sobre su verdugo y clavarle en la gárganta el bisturí que en esos instantes tenía en las manos. Pero logró contenerse y responder, entre dientes, sin mirar a su interlocutor.

—Si, señor. Ya lo he leído.



Es la tarde de un apacible día de invierno. Apacible, sí, como que en la costa de la zona salitrera los inviernos son como primaveras sin flores. Rubén, aplastado ya por su tremenda crisis pasional, en ese período extraño y peligroso de las enfermedades psíquicas en que se ha perdido el dominio de toda facultad, debilitado por lòs crueles insomnios, sacudido por el perpetuo vaivén de emociones que se sacuden y repiten en él contra su voluntad, oscurecido el cerebro por la idea fija que se ha enredado allí como una tela araña, no vé ya otra salida que el negro agujero del suicidio, término de tan espantoso laberinto. Ha decidido, pues, eliminarse. A las perplejidades en que él hunde su propio pensamiento, a la conciencia de su triste fatalidad, tenía que agregar el bochorno de saber su secreta pasión, publicada por el primero que creyó sorprenderla y no quiso o no pudo respetarla. Ya notaba, entre los médicos, sonrisas de ironía, gestos de inteligencia malévola. Ah! ya no tardaría en saberlo todo el mundo... No, no; mil veces preferible era desaparecer. La vida era un horror, una vergüenza, un asco.

Se encerró en la botica. A aquella hora nadie tenía nada que hacer allí, ni vendría a perturbar su paso a la eternidad. Se mataría de un tiro. Era más rápido y decisivo. Pero antes, escribiría unas líneas, a fin de que se supiese, no la causa de su determinación, sino su determinación misma.

No quería complicaciones que pudiesen ocasionar molestias al personal del establecimiento. Dejó sobre una mesita el revólver y se sentó a escribir. De pronto—¡oh, misteriosas combinaciones del destino!—se abrió la puerta suavemente. Alzó Rubén los ojos y vió a Sor Eulalia que entraba con un frasco en la mano, y que no tuvo ningún gesto de sorpresa al encontrarle allí. Rubén, en cambio, sintió como si le estrangularan el corazón. Insconcientemente, como un autómata, cayó de rodillas ante la Hermana, y frases de amor no aprendidas se atropellaron en su boca:

—Sor Eulalia... Sor Eulalia: yo la quiero! Yo la adoro a usted!

La Hermana retrocedió asustada. Dió un grito, cayósele de las manos el frasquito, y trató de ganar la puerta. Pero Rubén se interpuso, fuera de sí, con el rostro descompuesto y la voz trémula:

—No huya usted, Sor Eulalia... Yo no lo quiero! Sor Eulalia... Iba a matarme por usted... Téngame usted compasión!

Ella gritó, pidiendo socorro, y eso fué su perdición. Exasperado, loco ya, frenético del todo, el infeliz practicante cogió el revólver, y antes de que pudiese nadie acudir a los gritos que se apagaron por los desiertos corredores, disparó dos veces al corazón de su víctima y, volviendo el arma contra sí, se descerrajó un tiro en las sienes.

El Ogro

EL OGRO

¿Cómo llegó a la provincia? Fugitivo, perseguido por la justicia, como llegan tantos a aquellas playas de salvación. Era alcaide de una cárcel del Sur y un buen día dilapidó en una remolienda la planilla de sueldos de los guardianes y los haberes devengados con su trabajo por los reos, y no le quedó más camino que el de la fuyenda. Pidió a un amigo su caballo, a otro los aperos y a revienta-sinchas se alejó de la ciudad. Nunca volvió a saberse de él, hasta que los ecos de una ruidosa campaña periodística lo presentaron en calidad de señor de horca y cuchillo ejerciendo las funciones de Comisario de la Pampa. Era rudo, grosero, tanto en su físico como en sus modales y en sus gustos. El cráneo obtuso; la frente estrecha, invadida por el cabello, recio y cerdoso que el cepillo no conseguía dominar. Las espaldas de toro, coronadas por la protuberancia sebácea de la nuca. El rostro abotagado, la dentadura bestial y una gran papada flácida que no le permitía el uso de los cuellos postizos. Era un carnicero dentro del uniforme policial.

Desde su arribo a la región del salitre se hizo pasar por sobrino o ahijado del Cacique político, quien, incorporándolo a la policía en el rango de sarjento, lo envió de guardián a cierto establecimiento mineral que poseía hacia la costa. De la conducta del reo prófugo puede dar idea este detalle: no había pasado un año cuando el tío lo hizo promover a sub-inspector... y lo alejó de su propiedad, porque ya ésta iba corriendo peligro de quedar toda entera en manos del sobrino! Ráfagas electorales favorables siguieron encumbrándolo, y al cabo de unos cuantos años tenemos a nuestro perillán convertido en inspector y luego en Comisario con diez pueblos y cincuenta mil habitantes bajo su jurisdicción. Era su sueño dorado. Empezaba para él la época de las vacas gordas, y no habría cambiado su posición por la del propio Intendente de la Provincia.

Siempre ha sido la Pampa un campo propicio a las expoliaciones y exacciones de la autoridad. El abuso ha sido allí, durante largos años, la única norma establecida. Pero ese régimen alcanzó su máximun de esplendor, su pleno apogeo, bajo la huasca del señor Comisario, rebautizado con tanta justicia más tarde con el apodo de «Ogro de la Pampa». El fué quien elevó a la categoría de las más acreditadas máximas morales aquello de que «al norte no se va a cambiar de temperamento» y, consecuente con este principio salvador, se apresuró a reglamentar el capítulo de ingresos extraordinarios. No era posible que él personalmente recogiese la «coima» fijada a cada taberna clandestina, a cada garito y a cada prostíbulo en cada uno de los pueblos de la Pampa. Esto demandaba mucho trabajo y podía, además, prestarse a comentarios. Más fácil y racional era asignar un tributo fijo e invariable a cada guarnición, y cercenarlo, a fin de mes, de la planilla de pagos respectivos... ¿Podía darse nada más sencillo y eficaz? La guarnición sabría cómo y de dónde sacar ese dinero!

***

El «Ogro de la Pampa» tenía un gran aliado en la justicia rural, servida, casi en su totalidad, por entusiastas correligionarios. Lo cual se explica fácilmente, si se advierte que existía entre ellas comunidad de intereses y analogía de procedimientos. Comisario y jueces labraban su fortuna o se costeaban su vida de crápula esquilmando a comerciantes y trabajadores; y si no era justo, era por lo menos lógico y conveniente que marchasen en perfecto acuerdo. En cierta ocasión, sin embargo, surgió una grave desavenencia entre el ilustre Comisario y un juez de subdelegación, el famoso gordo Braña, tunantón que llegó del Sur en un estado de absoluta inopía y a quien, para sacarlo a flote, se le agració con aquel cargo «honorífico». La causa del desacuerdo ¿fué acaso una invasión de atribuciones? ¿O el excesivo celo de algunas de las partes por llenar a conciencia sus deberes? ¿O la interpretación de algún artículo del Código o de la Constitución del Estado? Candidez sería suponerlo: la causa no fué otra que la codicia provocada en ambos dignísimos funcionarios por los despojos de un almacenero chino, muerto *ab-intestato*. He aquí como ocurrieron las cosas. Vale la pena detenerse en pormenores, porque ellos son característicos.

Tibio aún el cadáver del ciudadano Chungwha, acudieron a su domicilio el Comisario y el Juez. Mientras subía desde el puesto el Cónsul de los Estados Unidos (que representa en la Provincia los intereses comerciales de la República Asiática) el «Ogro» sintió iluminada su obtusa cabeza por una idea colosal: hacer un «quinteo» con las mercaderías del almacén! El gordo Braña aceptó entusiasmado, y el sarjento favorito de la guarnición procedió a la operación, consistente, como se habrá adivinado, en requisar, de cada cinco artículos, uno para las autoridades, en representación del Fisco... ¡Las botellas de licores finos,

las latas de conservas, las piezas de telas, los sombreros de fieltro y de pita, los sacos de harina, los relojes, la ropa hecha, los cartuchos de dinamita que, por tan delicado procedimiento, pasaron aquella noche del negocio del difunto al local de la Comisaría! Allí se hizo el reparto, y el señor Juez, como buen socio, se dió por satisfecho...

Sin embargo, al día siguiente, cuando en presencia del Canciller del Consulado americano, se reabrió el almacén a fin de proceder al inventario legal, la primera ojeada le bastó al Ogro para cerciorarse de que se había realizado un nuevo despojo; y, como la llave había quedado en poder del señor Juez, clavó en él con insistencia sus ojos de ave de rapiña. El gordo Braña sonreía, seguro de su situación.

Horas más tarde, al amor de unos cuantos frascos de champaña, tuvieron en el club su explicación, exigida por el Comisario.

—Compañero—le dijo el gordo Braña—¿usted cree que yo soy tonto? Usted, como siempre, se tomó la parte del león, y el «quinteo» fué por eso un fracaso para mí. Entonces ¿qué cosa más natural? se me ocurrió hacer un «requinteo».

El Ogro se dignó celebrar de corazón la travesura de su compinche y le palmoteó el hombro, entre frases de grosera zalamería. Y de allí mismo, ya bastante achispados, se dirigieron al burdel en mayor boga a la sazón, dejando a la puerta al sargento con la consigna de que no permitiese la entrada ni a Jesucristo en persona...

Pero aquel incidente debía de ser el comienzo de un conflicto entre autoridades, que dió mucho pasto a la maledicencia regional y que tuvo un desenlace doloroso para el gordo Braña.

Una noche que regresaba, totalmente borracho, a su domicilio, fué asaltado por unos cuantos guardianes disfrazados de pampinos, quienes se cebaron en él con más furia que los arrieros de la posada con el escudero de Don Qui-

jote, y lo dejaron exánime, ensangrentado y molido a palos y puntapiés.

Entonces intervino el Cacique. Se apagó el escándalo y se produjo la reconciliación, en homenaje a los sagrados intereses de la causa!...



Seguía, como se ve, sin eclipsarse, la estrella del señor Comisario. Brazo derecho del partido en la Pampa, hombre de confianza y hasta pariente del Cacique, señor de vidas y haciendas, con facultades omnímodas para allanar y aprehender, para azotar y torturar, ¿quién podría resistírsele? ¡Oh, y cuánta razón tenía para repetir que él no había ido a la Pampa a cambiar de temperamento!

Como la Iglesia Católica, el que no estaba con él estaba contra él. Y, como lo probaba la venganza tomada en la persona de su antiguo compadre el gordo Braña, era de una inquina y una ferocidad insaciables cuando estaban de por medio sus intereses. No perdonaba a nadie, ni a nadie pagaba. ¡Ay, del comerciante que se negase a cubrir sus listas de pedidos! No tardaban las multas en empezar a lloverles, hasta que la víctima, arrepentida y mejor aconsejada, levantaba bandera de parlamento.

Un periodista del Sur, errante por aquellos mundos, se atrevió a hacer en la prensa regional algunos denuncios con el ánimo de iniciar una campaña de opinión contra la corrupción policial y judicial de la Pampa; pero, al segundo artículo, el Ogro lo amenazó con darle de azotes en la plaza pública y lo expulsó del territorio de la Comuna «por desacato a las autoridades y perturbación del orden social».

El orden social lo entendía él a su manera, es decir, exigiendo subvenciones a las oficinas; despojando a los trabajadores; imponiendo tributos a los comerciantes; sacando dinero de todas partes y por cualquier modo; violando domicilos; armando paseos y remoliendas en que se las

daba de generoso a costa de sus eternas víctimas; obligando a lós hombres, por el temor, a consentir en el deshonor de sus mujeres y de sus hijas; organizando rifas y sorteos cuyos premios venían a quedar entre sus propios subalternos; arrasando los tamarugales; desmantelando e incendiando oficinas abandonadas; negando su firma estampada en documentos públicos; raptando, usurpando, ejerciendo, en suma, todas las formas del robo, desde la rapiña y el hurto, hasta el saqueo.

De la larga y siniestra hoja de servicios de este funcionario modelo, ningún hecho tan típico y revelador como la usurpación cometida en los bienes de una pobre mujer del pueblo.

Hacía muchos años que vivía ella en la región tarapaqueña, unida por el amor y por el trabajo a un obrero peruano. Era chilena, pero pocas veces se habrá visto ni aún en matrimonios entre compatriotas, una pareja más feliz y bien avenida. Él, de oficio panadero, logró al cabo de los años, montar un establecimiento en grande, hacerse de una casita y redondearse una situación de relativa holgura. Se querían, vivían el uno para el otro, nada les habría sido tan grato como formalizar legalmente un vínculo creado por el afecto y vigorizado por los intereses y el hábito de largos años. Sin embargo, por indolencia, y a influjos de una costumbre generalizada en la Pampa, nunca llegaron a casarse, y sólo pensaron seriamente en ello cuando él se vió afectado de una grave dolencia cardíaca. Fué tan rudo y violento el acceso, que apenas les dió tiempo para hacer venir al médico de la oficina más cercana, quien, después de examinar escrupulosamente al enfermo, opinó que el caso era delicado, y se dispuso a aplicar una inyección. Mientras preparaba la jeringuilla, un nuevo acceso sobrevino, y el enfermo, dándose cuenta de que no resistiría sus mortales angustias, declaró en voz alta,—ante el doctor y los vecinos que habían acudido a ofrecerle sus cuidados, que era su expresa voluntad dejar a su compañe-

ra la totalidad de sus bienes: la casita con su mobiliario, la panadería con sus útiles y toda la existencia de harina en la bodega.

—Esto es tan suyo como mío—agregó entre hipos de muerte.—Ella me ha ayudado a ganármelo, ha sido buena, fiel, trabajadora como ninguna... Lo que siento es morirme, sin que estén presentes, el señor Cura y el Civil, para que hubiesen cumplido su deber.

—Ella misma ha ido a buscarlos—dijo uno de los presentes.—Siempre llegan a tiempo.

Fué una profecía errada, porque apesar de la inyección, el hombrecito murió casi en seguida, y cuando regresó la mujer, no se encontró sino con su cadáver, tibio todavía, del que se abrazó llorando. Con sus propias manos le amortajó, y puso en torno del catre, empujado al centro de la pieza, las cuatro velas encendidas que son de reglamento. Después, arrebozada en su manto, partió con dirección a la casa de funerales. Quería para su compañero un entierro modesto, pero digno...

Ni siquiera lo pudo hacer. A su regreso encontró su domicilio "con punto fijo" ordenado por el terrible Comisario. De pie en la puerta, muy seco y orondo, el sargento se limitó a decirle que, como el difunto no tenía parientes conocidos, la autoridad en nombre de la ley, había declarado que se trataba de "una herencia yacente" y se incautaba de todas las especies.

—¿Hasta mis cositas?—preguntó la infeliz, con la voz extrangulada por la angustia.

—No, sus cosas personales se las puede llevar—explicó el representante de la autoridad. Su cama, una caja con sus trapos... Pero nada más.

¡Y este crimen, realizado así, a la luz del día, por los propios instrumentos de la seguridad y el orden público, ha quedado impune! Como han quedado tantos otros, sin que los clamores de justicia que levantan en los corazones vejados, lleguen, a pesar de su número, al oído de aque-

llos que están en el Gobierno para hacer la felicidad del pueblo... La pampa es tan inmensa y desolada y vienen de tan abajo esos clamores, que la tragedia habrá de perdurar por muchos años, quizá por siglos todavía!...

***

La estrella del Ogro se eclipsó por fin. Una campaña periodística le echó por tierra. Denunciado, exonerado de su cargo, declarado reo, aprehendido, logró al cabo su libertad condicional y desapareció de la región salitrera. Descansaron por fin el comercio y los hogares. Fugitivo del norte, como antes lo fué del sur, el Ogro de la Pampa ha rodado por la frontera lanzando boladronadas contra los canallas que le hicieron la guerra por "envidia" y no le dejaron alcanzar el medio millón... Compró por allá con un dinero tan honrosamente adquirido, un fundo rústico, y se propuso dárselas de opulento agricultor. Pero escrito está que la cabra tire al monte, y un mal día, cegado por los vapores del alcohol, al final de una remolienda de cuarenta y ocho horas consecutivas, mató de un tiro a un pacífico vecino que había tenido la pésima ocurrencia de aludir a ciertos comisarios que se enriquecen en el desempeño de sus cargos. Y si no lo han salvado sus correligionarios, es probable que el Ogro se halla ahora "cambiando de temperamento" en el fondo de una cárcel.

Ciego y Manco

CIEGO Y MANCO

—¡«Con fuego!»

Ante este grito, pronunciado millares de veces al día en tóda la extensión de las comarcas salitreras, se produjo un desbande de trabajadores. Saltando por sobre los montones de costra removida, algunos con sus sacos al hombro, otros con las herramientas en la mano, corrieron a situarse lejos, volviendo de cuando en cuando la vista. Se iba a tronar un tiro y se acababa de anunciar que se había encendido la larga mecha de pólvora. En unos segundos más, resonaría el estruendo característico del dinamitazo, y se levantaría, como un árbol milagroso, la ancha columna de humo y de polvo. Pero pasaba el tiempo y el fenómeno no se producía. Se pensó entonces que había ocurrido algo muy frecuente, en el trabajo de explotación de la Pampa: que el tiro se había echado o achatado, es decir, dejado de estallar, por la mala calidad o deterioro de la guía, o por cualquier otra causa. Sin embargo, la experiencia había enseñado a aquellos hombres, que el explosivo es muy trai-

cionero. Aguardaron, pues, sin moverse algunos instantes más, al cabo de los cuales Carmelo Yáñez, el barretero que había barrenado el tiro se dirigió a su rajo, y se reanudó la faena. Pero casi inmediatamente se realizó la explosión. Los trabajadores siguieron escabullendo el bulto, temerosos de que les cayese encima un trozo de costra o de caliche. Nada, fuera del estampido del tiro, habían escuchado; más ahora, restablecido el silencio, oían distintamente quejidos humanos, que surgían desde el sitio mismo del polvorazo. Acercáronse a prisa y vieron, tendido de espaldas, el cuerpo mutilado de Carmelo, inconocible bajo el barro de sangre que le cubría el rostro.

—¡Se malogró Carmelo, por la Virgen!—exclamó uno, con sincero dolor, mientras todos se apresuraban á socorrer al compañero mal herido.

En el trencito costrero fué conducido el accidentado a la oficina, donde el médico, después de hacerle lavar y vendar las heridas, movió la cabeza con un gesto que daba pocas esperanzas. Carmelo tenía destrozado los dos ojos; contusiones en el tórax y en los muslos, y las manos dislocadas y rotas. Grupo de obreros y mujeres—entre estas la madre y la hija del barretero—se apiñaban junto a la puerta del dispensario. Cuando el Doctor salió, con aire preocupado, le inquirieron informe; pero él, se negó a darlo. Lo único que dijo a los deudos, por mucha deferencia, fué que era indispensable llevar a Carmelo al Hospital del Puerto. El practicante fué más explícito. Según él, si el herido llegaba a librar, quedaría sin ojos y sin manos...

—¡Manco y ciego!—gimió la anciana, levantando los brazos en petición de misericordia.—¡Virgen Santísima!

*
* *

No anduvo descaminado en su pronóstico aquel mancebo, que era, a la vez que practicante, boticario y enfermero. A los cinco meses volvió Carmelo a la oficina, es decir, *lo*

trajeron; pero ¡en qué estado! había desaparecido el atleta del combo y del barreno, el Hércules pampino, y en su lugar regresaba un infeliz inválido, inútil para todo, con las manos amputadas y las cuencas vacías. Además, rengueaba al andar, porque una pierna le había quedado como agarrotada. ¡Y a qué volvía aquel estropajo humano a la oficina! Así lo habían dispuesto los patrones, a fin de que no se dijese que allí se abandonaban a los obreros inutilizados para el trabajo por el trabajo mismo; pero, en realidad, a fin de economizar el dinero de la indemnización. Era claro como el día que a la oficina le cabía la responsabilidad toda de aquel accidente: si el material hubiese sido de buena calidad o no hubiese estado en malas condiciones, la explosión se habría producido a su tiempo y nada podía haber ocurrido de anormal. Pero el Administrador, celoso defensor de los intereses de la Compañía, hizo comparecer a su presencia a la madre y a la hija del infeliz inválido, y les manifestó que, como se había comprobado fehacientemente que Carmelo estaba ebrio en el momento del hecho, de nada tenía que responder la oficina; que, sin embargo, en consideración a que se trataba de un obrero antiguo y cumplidor, la Compañía iba a correr con los gastos de su curación; y, finalmente, que si ellas querían permanecer en el establecimiento percibiendo un «diario» para ayudarse, mientras estuviese ausente el jefe de la familia, tenían que firmar un escrito renunciando a todos los derechos que pudiesen favorecerles como consecuencia del accidente...

Las oyentes no entendieron bien sino dos cosas: que se atribuía a la borrachera de Carmelo el origen de la desgracia, y que no se las echaba de la oficina. Ambas habrían deseado protestar de lo primero, cuya falsedad les constaba; pero el temor de perder lo segundo, que era, sin duda, una compensación, selló sus labios y las decidió a firmar el documento que el patrón les presentaba: la abue-

la con una cruz, porque no sabía escribir, y la nieta con su fina letra de alumna distinguida: *Isidora Yáñez.*

El trabajo del lavado y especialmente el de la cocina, dieron a las valerosas hembras lo suficiente para sostenerse con decencia. Varios obreros, por sentimiento de solidaridad y también —hay que decirlo— porque les gustaba la chiquilla, tomaron pensión en la nueva cantina; y así no es raro que, al tomar nuevamente su sitio en el hogar, recibiese el pobre inválido la noticia de que la Isidora estaba pedida en matrimonio.

—No me disgusta —dijo él, por toda respuesta, cuando le manifestaron que el novio era nada menos que Fermín Velásquez, segundo del taller de herrería y vice-presidente del Centro Filarmónico.

En cambio, ¡qué amargo disgusto experimentó al imponerse de que se le culpaba, por borracho, de su propia desgracia! Esto llegó a hacerse en él como una obsesión: era el tema eterno de sus conversaciones con los antiguos camaradas que acudían a verle por las noches y aligerarle las horas de soledad y de tinieblas.

—¡Curao yo! — decía — crimen que me levantan... Cuando l'unica vez que l'echo un trago es p'al 18...¡Si an ganas de ponese a llorar!

¡No te apresures a llorar por tan poco, desgraciado, que peores cosas vas a tener que oír! Como hasta hora, después de tu fatalidad, no has vivido sino entre gente extraña, todavía no sabes lo triste que es ser un estorbo para los de la propia casa! No te imaginas cuán próximo está el momento en que el egoísmo de los que ven y tienen sus miembros sanos, los hará sentirse cansados y molestos de tu presencia, y pensar que habrías hecho mucho más bien en despacharte de una vez! Tú también lo pensarás, pobre resto náufrago del trabajo, sobreviviente de una obscura tragedia, cuando sientas que pasan las horas y que nadie se acerca a poner el alimento en tu boca; cuando tengas que dormirte vestido por que nadie se acuerda de desnudarte;

a tí, que luchaste, a tí, que caiste por llevar a los tuyos el abrigo y el pan!

Abajo, como arriba, la vida es absorbente y tiránica. Recibido con júbilo, atendido al principio con solicitud, bien pronto el antiguo barretero, ciego y manco, «más inútil que una guagua», como decía a menudo Isidora, conversando con su novio, se hizo una carga pesada, que sólo la anciana soportaba con resignación. Pero la pobre mujer, retenida por los quehaceres domésticos, preocupada de dejar contentos a los pensionistas, no disponía del tiempo necesario para servir a su hijo como hubiera deseado. Y en cuanto a Isididora, tenía demasiado con sus pensamientos y sus obligaciones de novia... Su Fermín le robaba las horas ¡y era tan odioso ese hombre quejumbroso, lleno de caprichos y, de llapa mal agradecido!

—Como si una no tuviera otra cosa que hacer que llevarse cuidándolo!

Fermín le encontraba razón, Contemplando a su novia, sana, regordeta, radiante en sus dieciocho años floridos, y mirándose sus recias y callosas manos de joven herrero, pensaba que la vida está hecha para los que pueden disfrutarla y que los hombres que ya no lo son, como Carmelo, deben ir a terminar sus días en un asilo de inválidos.



El pobre Carmelo deseaba morir. Llamaba a la muerte, la pedía, con palabras de enamorado; salidas desde el fondo del alma. No quería seguir viviendo, porque eso no era vida. Más abandonado cada vez, el matrimonio de su hija acabó por posponerlo definitivamente. Ya no era, ni siquiera por fórmula, el dueño de casa. Ahora era Fermín el que mandaba, sólo su voz se oía; y él no pasaba de ser un trasto inútil de esos que han servido mucho, pero que ya sólo están buenos para el fuego. El día de la boda lo dejaron botado como un perro, en un rinón, y nadie,

pero nadie, se acordó de ir a pasarle un sorbo de agua ni un mendrugo de pan... ¡Con qué ansias deseó entonces la muerte! Cómo habría celebrado tener siquiera una mano con que registrar a tientas por todas partes y pillar un cartucho de dinamita, para llevárselo a los dientes y morder, morder con frenesí, con furia! ¡Qué bocado para su hambre, su amargura y su cólera!

Ya no se quejaba. Supo que sus lamentaciones fastidiaban, y ahora hasta sus llantos eran silenciosos: las lágrimas fluían en abundancia, pero sin hipos ni sollozos, de sus cuencas vacías. Puesto que no le compadecían, no quería que le viesen llorar! Y una mañana que se encontró solo—las mujeres se habían ido de compras y Fermín estaba en el trabajo—abandonó la casa con ánimos de alejarse para siempre del campamento y de la oficina. Tenía su propósito, largamente elaborado en el fondo tenebroso de la ceguera: irse por los caminos, rodar por algún rajo, hacerse atropellar, pedir de rodilla a algún viejo compañero que le regalase dinamita para destaparse el cráneo... morir, de cualquier modo, pero morir. Sintió una voz de un niño a su lado que le preguntaba:

—¿Onde va, ño Carmelo?

—Voy al pueblo—respondió iluminado por un pensamiento secreto.—Guíame por el amor de Dios...

El niño lo tomó del faldón de la chaqueta, feliz de hacer caridad a un pobre ciego. ¡Trágico viaje de la inocencia y el dolor!

—¿Va a la estación?—preguntó el niño.

—A la estación, m'hijito. Encamíname, no más, y me dejáis después...

El inválido había recordado que a unas dos cuadras del pueblo, cerca del camino que llevaba a la oficina, existía un antiguo pique abandonado, un hoyo profundo del que se decía que era el sepulcro de más de un ebrio desatinado y hasta de más de algún infeliz caído bajo el puñal asesino. ¿Cómo decir a su improvisado lazarillo, sin despertar

sus sospechas, que era allí donde quería ser conducido? Siguieron andando, en silencio, largo rato, bajo el sol que les escaldaba.

—¿Falta mucho, m'hijito?—dijo el ciego.

—Ya vamos a llegar.

—Güeno, déjame aquí no más. Y que Dios te pague tu güen corazón.

—¿Y no le tiene miedo al pozo, ño Carmelo? No se vaya a caer...

—¿Está muy cerca el pozo?—preguntó el inválido, estremeciéndose con un gozo terrible.

—Allí cerquita,—dijo el chico, levantando el brazo y señalando, como si el otro pudiera verle.

—Déjame aquí nó más. Seguiré derechito.

—A la mano izquierda quea el pozo. ¡Cuidado, ño Carmelo!

—No hay cuidado...

El niño se volvió corriendo, y bien pronto ño Carmelo dejó de oir el ruido de sus plantas descalzas sobre el áspero suelo del camino. Entonces se sentó, y, apoyándose en los muñones, se fué arrastrando hacia la izquierda... Estaba resuelto a morir, a terminar de una vez, a cesar de sufrir; pero le asaltó de pronto una idea, y se detuvo. ¿Y si aquel pozo, cegado poco a poco por las ventoleras de la pampa, no era bastante hondo? Y si escapaba de nuevo a la muerte, y volvía a tener qúe soportar el dolor de las heridas, de las operaciones y de las curaciones? ¿Y si quedaba con vida y se moría de hambre, entre esqueletos, en el fondo del antro? Morir de hambre, lentamente, estar agonizando días de días... ¡Qué horror! El quería morir, sí: pero de un golpe, recibir la muerte dulce que da la dinamita. Recordó que para llegar al borde del pozo se necesitaba bajar un pequeño plano inclinado, y siguió arrastrándose hasta que sintió bajo los pies que el suelo dejaba de ser horizontal. Entonces se incorporó, suspirando. Tanteó, y tropezando con un guijarro lo hizo rodar por el declive y se

quedó escuchando con el oído aguzado. Percibió los choques del pedruzco en las paredes del pique, pero no pudo sentir el ruido que hizo al quedar depositado en el fondo. Repitió el ensayo, siempre con el mismo resultado. ¡Aquel antro parecía no tener fondo, ser hecho de tinieblas y de vacío! Y le sobrecogió tal espanto, un pavor tan grande, a la sola idea de caer al pozo, que, olvidado de su deseo de morir, volvió la espalda y huyó, tropezando, hacia el camino...

⁂

Seguía, con todo, resuelto a desaparecer, y no quiso restituirse al hogar. Vagó. Vivió de limosna, entregado à la Providencia. Se guareció en los muladares. Esperaba con resolución el momento propicio para suicidarse, aun cuando ya no volvió a pensar en precipitarse por la boca del pozo. Un día que tropezó con los rieles de la vía férrea le asaltó un pensamiento atroz, y no vaciló en ponerlo en práctica. Se alejó, línea arriba, en dirección contraria al pueblo; y, cuando estimó que se hallaba en un paraje bastante desolado se tendió de bruces sobre la trocha, y esperó. Dos horas, quizás tres, pasaron, sin que el mísero inválido experimentase otra sensación que la del calor ardiente que le envolvía como en una oleada de fuego. Al fin, un estremecimiento sacudió el cuerpo del infeliz. Con el oído pegado a uno de los rieles, había sentido, muy lejos, a una distancia imprecisable, el rumor de un tren en marcha! Habría deseado tener manos para agarrarse con sus diez dedos, como tenazas, a la barra de hierro... A cada instante, el rumor se hacía más distinto, menos vago; quizás, a no estar ciego, alcanzaría a divisar el humo de la locomotora; acaso sólo unos cuantos kilómetros—unos cuantos minutos—le separaban de la muerte, que era la liberación!

—¡Viejo del diablo! ¿Estás borracho?

Oyó esta frase, proferida en un tono brutal por una voz recia, al mismo tiempo que le sacudían de un vigoroso empellón.

—¡Ciego y zunco el muy peine!—prosiguió la voz, cambiando el tono grosero por el irrisorio.—A ver, vamos andando...

Lo obligó a levantarse y lo desvió de la línea. Instantes después pasaba el tren, pujante y sonoro, con su carga de nitrato destinada a fecundar el mundo.

—¿Y que es lo que pretendías, oye, infeliz?—preguntó el recién llegado, que era un carabinero, de regreso a su guarnición.

—Morir, contestó el viejo, sin saber que su respuesta tenía la grandeza de un poema.

*
* *

Llevado a la fúerza por los carabineros, ño Carmelo llegó en la noche a su casa... es decir, a la casa de Fermín. Su madre se le echó al cuello, entre lágrimas. Los esposos estaban ausentes, pues esa noche había academia en el Centro Filarmónico.

—¡Carmelo, lo que me he acordao de vos!

—Sí, y por eso será que me han buscao tanto...

—Fermín es el que no ha querío... Pero yo he llorao lágrimas amargas. ¡Al fin, Dios y la Virgen Santísima se acordaron de mí! Hijo! ¡Mi pobrecito Carmelo! Habrís sufrío mucho...

El inválido, hosco y reservado, se había ido a acurrucar a un rincón. Seguía empecinado en su idea, y meditaba el plan de una nueva escapatoria.

—¿Ahora ya no te irás más, no, Carmelo?—insistía tiernamente la anciana.

Pero no obtenía más respuesta que el silencio. De pronto, se dejó oír un ruído que Carmelo no conocía: un llanto de guagua que rabia reclamando atención. El inválido se

movió en su sitio, como si no diese crédito a sus sospechas...

—Es el niño e la Isidora, Carmelo. Es tu nietecito...

—Llévame, madre, hasta la cuna. Quiero verlo...

Se le escapó esta frase, olvidando que vivía en las tinieblas. Pero, apenas estuvo junto al niño, hundió el rostro demacrado y sombrío entre los tibios cobertores, aspirando aquella carnecita fresca que se movía ávida de vida, besando esas manecitas regordetas...

—El angelito! El angelito e Dios!—murmuraba.—Y, después, cuando ya calmada, la guagua dejó de lloriquear, él se puso en cuclillas junto a la cuna y con sus pobres muñones, inútiles para todo, empezó a mecerla. Lloraba; pero no de dolor, sino de felicidad y de alegría, pensando que ya no estaba de más en aquella casa, que ya servía para algo. Y se dió a canturrear, bajo la mirada cariñosa de la anciana:

Duérmete niñito,
Duérmete por Dios...

El Acordeón

EL ACORDEON

Era el 28 de Julio, y José del Tránsito, que tenía muy buenos amigos entre los operarios de nacionalidad peruana, había amanecido "apuntado". Su habilidad como ejecutante de acordeón le hacía indispensable en las tertulias caseras, en las que reemplazaba con ventaja al empalagoso gramófono. Porque debe tenerse en cuenta que el roto poseía además una excelente voz, algo rústica, es cierto, pero muy entonada; y cuando estaba de humor, ni él se cansaba de cantar, ni los demás de oirle.

Avisó, pues, que no podía salir, al trabajo, a fin de que le pusieran «gallo». Estaba comprometido con sus amigos «choletas» a fin de acompañarles en su holgorio y todo le permitía presumir que iba a pasarlo lindamente.

Además,—¿por qué no decirlo?—le andaba borneando el ala a una peruanita, lindo pimpollo de dieciocho años; hija de un matrimonio arequipeño transplantado, de mucho tiempo atrás, a la Pampa. Y como él, para eso del amor,

no era de los muy de a pie, y como la criatura le estaba poniendo bastante buenos ojos...

Desgraciadamente, no se le encontró «gallo», y José del Tránsito fué notificado de que tenía que acudir a la faena. Había gran apuro; el Administrador se había comprometido a producir una cuota determinada de quintales; se hallaban a fin de mes, y el trabajo de José del Tránsito, que era el de bota-ripios, no admitía parada. ¡Por culpa de los encargados de botar el ripio no se iban a apagar los fuegos!

El obrero hizo ver que él andaba «puestón» y que podía pasarle algo. Pero el sereno, estimando la explicación como un simple pretexto para salir con su gusto, le manifestó—en nombre del patrón—que si se obstinaba en no concurrir al trabajo, se le haría el ajuste inmediatamente, esto es, dicho en términos pampinos, «se le daría la bota».

—¡Gallitos!—dijo el sereno con aire filosófico— Too es que se tiemplen, pa que le pierdan el amor al trabajo...

—Y a usté, iñor, ¿le va yendo algo en la pará?—le replicó el roto, contrariado de veras con la resolución de la superioridad, que le destruía todas las espectativas del día.

Para desquitarse, ya que tenía que acatar la orden del «Ministro», le puso firme y tupido, y al dirigirse a las máquinas, su cerebro estaba entorpecido doblemente: por los vapores del alcohol y por la modorra de la trasnochada.

Y ocurrió lo que él se temía, lo que cualquiera hubiera presumido fácilmente: una maniobra torpe—la vista poco fija y clara, el pulso vacilante—produjo la partida loca del carro de ripios por el plano inclinado y su choque con otro que se preparaba a subir; y José del Tránsito, que no atinó a dejarse caer a tiempo, o que no pudo hacerlo, saltó fuera de la vía con ambas piernas destrozadas.

Demás está decir que la Compañía creyó haber procedido filantrópicamente costeando la curación del accidentado y permitiéndole que regresase al establecimiento, en

donde se le daría una ocupación compatible con su invalidez. La amputación total se hizo imprescindible. José del Tránsito lloró de pena al verse sin sus miembros inferiores, pensando en que tendría que andar arrastrándose, apoyado en las manos, como tantos que había visto ya por los campamentos y las estaciones. Se acordó de su prenda, a la que ya no tenía derecho de pretender; y se acordó también de su acordeón, que habría deseado tocar, más que nunca ahora, ahora que estaba tan solo, tan triste y tan ocioso!

Hizo la petición, y se le dijo que no había inconveniente para que tocase, en los corredores y en los patios y siempre que no molestase a los enfermos. ¡Qué iba á molestarlos! Por el contrario, fué una diversión para los hospitalizados y aún para el personal del establecimiento. En cuanto a él, debió querer más que nunca a su acordeón; el amigo y auxiliar de sus horas de alegría y de amor y el confidente y consolador de sus penas de inválido.

Todos en el Hospital lamentaron la partida de José del Tránsito. Y es que el roto tenía alma de músico, y cuando se le oía, aunque tocase cosas alegres, daban ganas de llorar.

***

Ni una palabra dijo el inválido cuando, ya de nuevo en la oficina, se le comunicó que su antigua novia lo era ahora, definitivamente, de un paisano. ¿Qué podía hacer él? ¿No habría sido ridículo que hubiese seguido teniendo pretensiones? Muy dueña era la chiquilla de fijarse en quien le diese la gana. Lamentaba sí que un peruano hubiese venido a llevarse la florcita del campamento... Pero debía de quedarle algún resquemor, pues evitaba a todo trance encontrarse con ella y con los de su familia, y por las no-

ches se oía en el campamento, como una queja hum el armonioso rumor del acordeón.

La verdad era que Ifigenia—así se llamaba la heroí había empezado a querer a ese muchacho tan lleno de patía y que tan lindas canciones le enseñaba a sacar e guitarra. Pero, naturalmente, no era su amor como obligarla a sacrificarse al lado de un inválido, y, de a do con sus padres, se comprometió con Menares, buen chacho también, que hasta entonces había sido su «n ro dos».

Una noche se encontraron por fin, en una tertulia antiguos novios, se hizo la reconciliación y de hecho q sellado un pacto de amistad. José del Tránsito convin que no tenía motivos para ausentarse, como lo estab ciendo, y se comprometió a enseñar a Ifigenia las últ novedades de su repertorio.

Se acercaba entre tanto, la fecha fijada para la bod novio tenía sus ahorrillos y deseaba que las cosas se l sen en grande. Como en la oficina no había iglesia n pilla, irían al pueblo vecino; pero en cuanto al Reg Civil, el oficial en persona tendría que venir a casa aunque sabían que el hombre se hacía pagar caro el s ficio. La novia estaba muy contenta. Contaba con ajuar bastante completo, que se complacía en mostr sus amiguitas del campamento. Menares había sido as dido, en vista de su cambio de estado, y la dicha se sentaba a los ojos de la futura pareja como una hada gada de toda clase de dones.

—Tengo una canción nueva, había dicho el inváli su alumna.

—A ver, ¿será muy difícil?

—No, es sencillita. Pero esa me la reservo para el grande...

Había dicho con tanta tristeza estas palabras, que I nia prefirió hablar de otra cosa. José del Tránsito tom acordeón y apoyándola en los pobres muñones de sus p

nas, se decidió a tocar un tango de los más conocidos. El novio se había demostrado ni molesto ni sorprendido de volver a verlo en casa de Ifigenia: acaso, en el fondo, gozaba de su triunfo delante de su rival, ahora derrotado, pero que le llevó siempre ventajas.



El casamiento fué, con cortas diferencias, como todos los que se celebran en la Pampa entre la gente del pueblo. Por tratarse de la hija única de un antiguo obrero de la oficina, y además de un compatriota, el Admistrador se dignó honrar el acto con su presencia durante breves momentos. Asistieron también los empleados de la pulpería. La tertulia fué en grande; durante varias horas no se permitieron más que bailes serios, hasta que el entusiasmo generalizado exigió del dueño de casa que autorizase la cueca. La música corría a cargo de la Estudiantina del Centro Filarmónico, de modo que José del Tránsito y su acordeón habían pasado casi inadvertidos. Pero llegó un momento en que los jóvenes filarmónicos quisieron también tomar parte en el baile, y entonces fué cuando todos volvieron la vista hacia el inválido.

—¡José del Tránsito, a vos te toca ahora!

—¡Caramba, que te hacías rastra!

—L'acordiona no se toca sola, amigazo!

—¡Hácela llorar, José del Tránsito!

El músico tomó el instrumento y ejecutó una escala. Después, ante el recogido silencio de los concurrentes, se inició con una canción de estilo popular que nadie conocía:

Penas sufre el limosnero
que anda solo y sin amparo
y penas sufre el avaro
que le niega su dinero...

La voz del cantor, perfectamente acordada con
mento, se elevaba serena, casi tímida, expresan
bien la melancolía del motivo musical, que iba a
más intencionado cada vez:

Penas sufre el marinero
que deja en tierra su amor,
¡ay! pero es mucho mayor
la pena que en mí se encierra
puesto que voy por la tierra
a rastras con mi dolor .

Una salva de aplausos recibió la décima del t
acordeón siguió resonando, y luego el músico rea
canción:

¿Cuál ha sido mi pecado
para andar pisando abrojos?
Poner tan alto los ojos
que sin ellos me he quedado.

Es tanto lo que te he amado
que aún vivo para quererte;
pero es tan perra la suerte
de mi existencia perdida
que la que ha sido mi vida
será causa de mi muerte...

Los últimos versos apenas se oyeron. Quebrósele
al desgraciado inválido que dejó el acordeón cuand
se estremecía la sala al ruído de las palmadas y los
Ifigenia no estaba presente. Antes de terminarse la ca
había salido pretextando un malestar repentino.

—Y esa cánción, José del Tránsito, ¿parece que e
va?—le preguntó alguien.

—Sí,—respondió él.

Imitando con el mayor aplomo, agregó:

—Me la enseñaron en el puerto.

—¿Cómo se llama?

—Yo le he puesto El Inválido...

*
* *

Nunca volvió Ifigenia a insistir ante José del Tránsito en que le enseñase "su última canción". Ella, con el instinto propio del alma femenina, había adivinado la intención de su antiguo adorador. ¿A alguien le había aprendido él esa música y esos versos, o eran de su propia creación? El dolor había inspirado a aquel oscuro y mísero trabajador de la Pampa. Eso se supo más tarde por unos de los empleados de la Pulpería, un muchacho español, aficionado a hacer coplás, a quien el inválido le había dictado esos versos "de literatura" para que les pasase una manito...

A partir de aquella noche, se oyó resonar en el campamento, lloriqueada por el acordeón de José del Tránsito, la canción de El Inválido. Los recién casados despertaban a lo mejor de su sueño, y, sin quererlo, nitidamente trasportados por el aire quieto, en medio del silencio nocturno, escuchaban los sonidos, trémulos, quejumbrosos, desgarradores:

...¡ay! pero es mucho mayor
la pena que en mí se encierra
puesto que voy por la tierra
a rastras con mi dolor!

—No se hablaban. Pero ambos sufrían de un modo distinto ante aquel largo sollozo de dolor y de amor perdido por los calichales. El se sentía molesto, deseoso de hacer algo que pusiese término a la majadería de ese pobre diablo que no dejaba dormir con sus tocatas. Ella pensaba en la inmensa desgracia de aquel hombre que había soñado con hacerla feliz y que ahora no tenía otro desahogo que el de acordeón, del mismo instrumento en que ella le había oído en tiempos más felices, las canciones más tiernas y senti das. Con los ojos muy abiertos en la oscuridad, iba siguien do con los versos, mentalmente, la entonación del triste

...pero es tan perra la suerte
de mi existencia perdida,
que la que ha sido mi vida
será causa de mi muerte...

Un sollozo inmenso resonó en el dormitorio. Ifigeni
había podido contenerlo.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—le preguntó su marid

Ella no contestó. Sacudida por una crisis de llant
ocultaba la cara con los cobertores del lecho. La m
había cesado. De pronto se oyó el estampido de un
mitazo, en el silencio de los calichales solitarios.

El Inválido había dejado de sufrir.

ÍNDICE

